

Viaje al centro de la Tierra

Julio Verne



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Viaje al centro de la Tierra

Verne, Julio

Novela

Se reconocen los derechos morales de Verne, Julio.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

El 24 de mayo de 1863, domingo, mi tío, el profesor Lidenbrock, volvió precipitadamente a su pequeña casa situada en el número 19 de Königstrasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo.

Nuestra criada, Marthe, debió pensar que iba muy retrasada, porque la comida apenas había comenzado a hervir en el fogón de la cocina.

«Bueno —me dije—, si mi tío, que es el más impaciente de los hombres, tiene hambre, pondrá el grito en el cielo».

—¿Ya está aquí el señor Lidenbrock? —preguntó Marthe, estupefacta, entreabriendo la puerta del comedor.

—Sí, Marthe, pero la comida tiene derecho a no estar preparada, porque aún no son las dos. Acaba de sonar la media en Saint-Michel.

—Entonces, ¿por qué vuelve el señor Lidenbrock?

—Él nos lo dirá seguramente.

—¡Ahí está! Yo me escapo, señor Axel, hágale usted entrar en razón.

Y Marthe volvió a su laboratorio culinario.

Me quedé solo. Pero hacer entrar en razón al más irascible de los profesores era algo que mi carácter un poco indeciso no me permitía. Por eso, me disponía a volver prudentemente a mi cuartito del piso de arriba, cuando la puerta de la calle rechinó sobre sus goznes; unos enormes pies hicieron crujir la escalera de madera, y el dueño de la casa, cruzando el comedor, se precipitó inmediatamente en su gabinete de trabajo.

Durante este rápido recorrido había tirado en un rincón su bastón de cabeza de cascanueces, su amplio sombrero sobre la mesa y había lanzado a su sobrino estas sonoras palabras:

—¡Axel, sígueme!

No había tenido tiempo de moverme cuando el profesor me gritó con tono impaciente:

—Pero ¿todavía no estás aquí?

Me lancé hacia el gabinete de mi temible maestro.

Otto Lidenbrock no era un mal hombre, lo admito gustosamente; pero a menos que sucedan cambios improbables, siempre será un extravagante terrible.

Era profesor en el Johannaum, y daba una clase de mineralogía, durante la cual, por regla general, se encolerizaba una o dos veces. No se preocupaba de tener alumnos asiduos a sus lecciones, ni del grado de atención que le otorgaban, ni del éxito que luego podían obtener; estos detalles apenas le inquietaban. Daba clase «subjetivamente», según una expresión de la filosofía alemana, para él y no para los demás. Era un sabio egoísta, un pozo de ciencia cuya polea rechinaba cuando se quería sacar algo de él: en una palabra, un avaro.

En Alemania hay algunos profesores de este género.

Por desgracia, mi tío no gozaba de una extrema facilidad de palabra, al menos cuando hablaba en público, y ése es un defecto lamentable en un orador. En efecto, en sus demostraciones en el Johannaum, a menudo el profesor se paraba en seco, luchaba contra una palabra recalcitrante que se negaba a salir de sus labios, una de esas palabras que se resisten, se hinchan y terminan por salir en la forma poco científica de un juramento. Y eso le enfurecía en grado sumo.

Y en mineralogía hay muchas denominaciones semigriegas, semilatinas, difíciles de pronunciar, muchos de esos rudos sustantivos que despellejarían los labios de un poeta. No quiero hablar mal de esta ciencia. Lejos de mí semejante idea. Pero cuando uno se encuentra en presencia de cristalizaciones romboédricas, de resinas retinasfálticas, de gelenitas, de fangasitas, de molibdatos de plomo, de tungstatos de manganeso y de titaniatos de circonio, hasta a la lengua más diestra le está permitido trabarse.

Así pues, en la ciudad se conocía este perdonable defecto de mi tío, del que se burlaban, y le esperaban en las coyunturas difíciles, lo cual le enfurecía y hacía que se rieran de él, cosa que no es de buen gusto, ni siquiera para alemanes. Y si siempre había gran afluencia de oyentes en las clases de Lidenbrock, ¡cuántos seguidores asiduos sólo lo eran para reírse con los accesos de cólera del profesor!

Sea como fuere, debo decir ante todo que mi tío era un verdadero sabio. Aunque a veces rompiese sus muestras por tratarlas con demasiada brusquedad, unía al genio del geólogo el ojo del mineralogista. Con su martillo, su punzón de acero, su aguja imantada, su soplete y su frasco de ácido nítrico, era un experto. Por la rotura, por el aspecto, por la dureza, por la fusibilidad, por el sonido, por el olor, por el gusto de un mineral cualquiera, lo clasificaba sin vacilar entre las seiscientas especies que actualmente cuenta la ciencia.

Por eso el nombre de Lidenbrock sonaba con honor en los institutos y asociaciones nacionales. Los señores Humphry Davy, de Humboldt, y los capitanes Franklin y Sabine no dejaron de visitarle a su paso por Hamburgo. Los señores Becquerel, Ebelmen, Brewster, Dumas, Milne-Edwards, Sainte-Claire-Deville, gustaban consultarle sobre las

cuestiones más palpitantes de la química. Esta ciencia le debía bastantes hermosos descubrimientos y, en 1853, había aparecido en Leipzig un *Tratado de cristalografía trascendente*, por el profesor Otto Lidenbrock, gran infolio con ilustraciones, que sin embargo no cubrió los gastos.

Añádase a esto que mi tío era conservador del museo mineralógico del señor Struve, el embajador de Rusia: una magnífica colección de fama europea.

Tal era el personaje que me interpelaba con tanta impaciencia. Imaginaos un hombre alto, enjuto, con una salud de hierro y de un rubio juvenil que le quitaba diez buenos años a los cincuenta que tenía. Sus grandes ojos giraban sin cesar detrás de unas gafas considerables; su nariz, larga y delgada, parecía una hoja afilada; los maliciosos pretendían incluso que estaba imantada y que atraía las limaduras de hierro. Pura calumnia: sólo atraía el tabaco, pero en gran abundancia, a decir verdad.

Cuando un hombre alto, enjuto haya añadido que mi tío daba pasos matemáticos de media legua y que al caminar mantenía sus puños sólidamente cerrados, señal de un temperamento impetuoso, se le conocerá lo bastante para no sentir afición por su compañía.

Vivía en su casita de Königstrasse, morada mitad de madera, mitad de ladrillo, rematada en un frontispicio almenado; daba a uno de esos sinuosos canales que se cruzan en medio del barrio más antiguo de Hamburgo, que respetó afortunadamente el incendio de 1842.

La vieja casa se inclinaba un poco, cierto, y tendía el vientre hacia los transeúntes; tenía inclinado su techo sobre la oreja, como la gorra de un estudiante de la Tugendbund y la verticalidad de sus líneas dejaba que desear; pero, en resumidas cuentas, se mantenía bien gracias a un viejo olmo vigorosamente encastrado en la fachada, que en primavera echaba sus brotes en flor a través de los cristales de las ventanas.

Mi tío no dejaba de ser rico para lo que suele ser un profesor alemán. La casa le pertenecía por completo, continente y contenido. El contenido era su ahijada Graüben, joven virlandesa de diecisiete años; Marthe y yo. En mi doble calidad de sobrino y de huérfano, me convertí en ayudante-preparador de sus experimentos.

Confesaré que mordí con apetito en las ciencias geológicas; tenía sangre de mineralogista en las venas y jamás me aburría en compañía de mis preciosos guijarros.

En suma, se podía vivir feliz en aquella casita de Königstrasse, a pesar de las impacencias de su propietario, porque, aun comportándose de forma algo brutal, no por ello me amaba menos. Pero aquel hombre no sabía esperar, y apremiaba incluso a la naturaleza.

Cuando en abril plantaba esquejes de reseda o de *volubilis* en los tiestos de loza de su salón, iba regularmente todas las mañanas a tirarles de las hojas a fin de apresurar su crecimiento.

Con semejante extravagante no quedaba más remedio que obedecer. Por eso entré corriendo en su gabinete.

Aquel gabinete era un verdadero museo. Todas las muestras del reino mineral se hallaban allí etiquetadas en el más perfecto orden, siguiendo las tres grandes divisiones de los minerales: inflamables, metálicos y litoideos.

¡Qué bien conocía yo esas chucherías de la ciencia mineralógica! ¡Cuántas veces, en lugar de vagabundear con los chicos de mi edad, me había divertido quitando el polvo a aquellos grafitos, aquellas antracitas, aquellas hullas, aquellos lignitos, aquellas turbas! ¡Y los bitumés, las resinas, las sales orgánicas que había que preservar del menor átomo de polvo! ¡Y aquellos metales, desde el hierro hasta el oro, cuyo valor relativo desaparecía ante la igualdad absoluta de los especímenes científicos! ¡Y todas aquellas piedras que hubieran bastado para reconstruir la casa de Königstrasse, incluso con una hermosa habitación más, que tan bien me hubiera venido!

Pero al entrar en el gabinete no pensaba siquiera en estas maravillas. Sólo mi tío ocupaba mi pensamiento. Estaba hundido en su amplio sillón guarnecido de terciopelo de Utrecht, y tenía entre las manos un libro que miraba con la admiración más profunda.

—¡Qué libro, qué libro! —exclamaba.

Esta exclamación me recordó que el profesor Lidenbrock era también bibliómano en sus ratos perdidos; pero un libro de lance sólo tenía valor a sus ojos a condición de ser inencontrable, o por lo menos ilegible.

—Bueno —me dijo—, ¿es que no lo ves? Pues se trata de un tesoro inestimable que he encontrado esta mañana fisgoneando en la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —respondí con fingido entusiasmo.

En efecto, ¿a qué tanto alboroto por un viejo *en cuarto* cuyo lomo y cubiertas parecían hechas de vulgar becerro, un libraco amarillento del que colgaba una cinta descolorida?

Sin embargo, las interjecciones admirativas del profesor no cesaban.

—Mira —decía, haciéndose a sí mismo preguntas y respuestas—. ¿Es bastante hermoso? Sí, es admirable. ¡Y qué encuadernación! ¿Se abre el libro con facilidad? Sí, porque se queda abierto en cualquier página. ¿Y cierra bien? Sí, porque la cubierta y las hojas forman un todo perfectamente unido, sin separarse ni entreabrirse por ningún

lugar. Y este lomo que no presenta ni un rasguño después de setecientos años de existencia. ¡Ah, de esta encuadernación se habrían sentido orgullosos Bozerian, Closs o Purgold!

Mientras hablaba así, mi tío abría y cerraba sucesivamente el viejo libraco. Yo no podía hacer otra cosa que interrogarle sobre su contenido, aunque no me interesaba para nada.

—¿Y cuál es el título de este maravilloso volumen? —pregunté con una solicitud demasiado entusiasta para no ser fingida.

—¡Esta obra —respondió mi tío animándose— es el *Heims-Kringla*, de Snorre Turleson, el famoso autor irlandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

—¿De veras? —exclamé lo mejor que pude—. Y sin duda es una traducción al alemán.

—¡Vamos! —respondió enojado el profesor—. ¡Una traducción...! ¿Qué iba a hacer yo con tu traducción? ¿Quién se preocupa de traducciones? ¡Es la obra original en lengua islandesa, ese magnífico idioma, rico y sencillo a la vez, que permite las combinaciones gramaticales más variadas y numerosas modificaciones de palabras!

—Como el alemán —insinué yo con bastante acierto.

—Sí —respondió mi tío encogiéndose de hombros—, sin contar con que la lengua islandesa admite los tres géneros como el griego, y declina los nombres propios como el latín.

—¡Ah! —dije, con mi indiferencia algo quebrantada—. ¿Y son hermosos los caracteres de ese libro?

—¡Caracteres! ¿Quién te habla de caracteres, desdichado Axel? ¡Vaya con los caracteres! ¡Ah! ¿Tomas esto por un impreso? Pero, ignorante, es un manuscrito, y un manuscrito rúnico.

—¿Rúnico?

—¡Sí! ¿Vas a pedirme ahora que te explique esa palabra?

—Me guardaré mucho de hacerlo —repliqué yo en el tono de un hombre herido en su amor propio.

Pero mi tío siguió, a pesar de todo, y me instruyó contra mi voluntad en cosas que apenas me interesaba saber.

—Las runas —continuó— eran caracteres de escritura usados antiguamente en Islandia, ¡y según la tradición fueron inventados por el mismo Odín! ¡Pero mira y admira, impío, estos tipos que salieron de la imaginación de un dios!

Confieso que a falta de réplica iba a prosternarme, género de respuesta que debe agradar tanto a los dioses como a los reyes, porque tiene la ventaja de no azorarlos nunca, cuando un incidente vino a desviar el curso de la conversación.

Fue la aparición de un mugriento pergamino que se deslizó del libraco y cayó al suelo.

Mi tío se precipitó sobre aquella pieza con una avidez fácil de comprender. Un viejo documento, encerrado desde tiempo inmemorial en un viejo libro, no podía dejar de tener a sus ojos alto precio.

—¿Qué es esto? —exclamó.

Y al mismo tiempo desplegaba cuidadosamente sobre su mesa un trozo de pergamino de cinco pulgadas de largo y tres de ancho, sobre el que se alineaban caracteres de libro de hechicería, en líneas transversales.

He aquí el facsímil exacto. Debo dar a conocer estos extraños signos porque impulsaron al profesor Lidenbrock y a su sobrino a emprender la más extraña



expedición del siglo XIX:

El profesor contempló durante algunos instantes esta serie de caracteres; luego dijo, quitándose los lentes:

—Es rúnico. ¡Estos tipos son absolutamente idénticos a los del manuscrito de Snorre Turleson! Pero... ¿qué pueden significar?

Como el rúnico me parecía un invento de sabios para engañar a la pobre gente, no me preocupó ver que mi tío no comprendiese nada. Al menos eso fue lo que me pareció por el movimiento de sus dedos que comenzaban a agitarse terriblemente.

—¡Y, sin embargo, es antiguo islandés! —murmuraba entre dientes.

Y el profesor Lidenbrock debía conocer de sobra lo que decía, porque pasaba por ser un auténtico políglota. No es que hablara correctamente las dos mil leguas y los cuatro mil idiomas empleados en la superficie del globo, pero, en fin, sabía una buena parte.

En presencia de esta dificultad iba, pues, a dejarse llevar por toda la impetuosidad de su genio; y yo preveía una escena violenta, cuando sonaron las dos en el pequeño reloj de pared de la chimenea.

Al punto Marthe abrió la puerta del gabinete, diciendo:

—La sopa está servida.

—¡Al diablo la sopa! —exclamó mi tío—. ¡Y quien la ha hecho, y quienes la coman!

Marthe huyó. Yo volé tras ella y, sin saber cómo, me encontré sentado en mi lugar habitual en el comedor.

Esperé algunos instantes. El profesor no acudió. Era la primera vez, que yo supiese, que faltaba a la solemnidad de la comida. ¡Y, sin embargo, qué comida! Una sopa de perejil, una tortilla de jamón sazonada con acederas con mostaza, una chuleta de ternera con compota de ciruelas, y de postre, dulce de gambas, todo ello regado con un buen vino de Mosela.

Eso era lo que mi tío se iba a perder por un viejo papel. Y yo, desde luego, en calidad de sobrino abnegado, me creí obligado a comer por ambos al mismo tiempo. Y lo hice a conciencia.

—¡Jamás he visto nada parecido! —decía Marthe—. ¡El señor Lidenbrock no está en la mesa!

—¡Es increíble!

—Esto presagia algún acontecimiento grave —proseguía la vieja sirvienta moviendo la cabeza. En mi opinión, aquello no presagiaba nada, sino una escena espantosa cuando mi tío encontrase su comida devorada.

Estaba yo con mi última gamba cuando una voz estentórea me arrancó de las voluptuosidades del postre. Sólo necesité dar un salto para pasar del comedor al gabinete.

3

—Evidentemente es rúnico —decía el profesor frunciendo el entrecejo—. Pero hay un secreto, y lo descubriré... si no...

Un gesto violento remató su idea.

—Ponte ahí —añadió, señalándome la mesa con el puño—, y escribe.

En un instante estuve preparado.

—Ahora voy a dictarte cada letra de nuestro alfabeto que corresponde a cada uno de estos caracteres islandeses. Veremos lo que resulta. Pero ¡por san Miguel, cuídate mucho de equivocarte!

Comenzó el dictado. Me apliqué lo mejor que pude. Las letras fueron nombradas una tras otra, y se formó la incomprensible sucesión de las siguientes palabras:

m.rnll esr seec
s euel Jde

sgtss unt nied
mf eief rke

kt,sa atra Sao
mn teS drn

emta nua rrilS
nael ect a

Atvaa .ns ieaa
r crc bs

ccdr eeu frant
mi tul u

dt,iac ose Kedi
ibo iY

Cuando estuvo terminado este trabajo, mi tío cogió ávidamente la hoja en la que yo acababa de escribir, y la examinó mucho tiempo con atención.

—¿Qué quiere decir esto? —repetía maquinalmente.

Palabra de honor que yo no habría podido decírselo. Además, no me preguntaba, y continuó hablando consigo mismo:

—Es lo que llamamos un criptograma —decía—, en el cual el sentido está oculto bajo letras revueltas adrede, y que convenientemente dispuestas formarían una frase inteligible. ¡Cuando pienso que tal vez aquí esté la explicación o la indicación de un gran descubrimiento!

Por lo que a mí se refiere, pensaba que allí no había absolutamente nada, pero por prudencia callé mi opinión.

El profesor cogió entonces el libro y el pergamino y comparó los dos.

—Estas dos escrituras no son de la misma mano —dijo—; el criptograma es posterior al libro, y lo primero que veo es una prueba irrefutable. En efecto, la primera letra es una doble M, que en vano buscaríamos en el libro de Turleson, porque no fue añadida al alfabeto islandés hasta el siglo XIV. Así pues, hay por lo menos doscientos años entre el manuscrito y el documento.

Admito que esto me pareció bastante lógico.

—Por tanto —prosiguió mi tío—, esto me lleva a pensar que uno de los poseedores del libro fue el que trazó estos caracteres misteriosos. Pero ¿quién diablos fue ese poseedor? ¿No habrá puesto su nombre en algún lugar del manuscrito?

Mi tío se quitó los lentes, cogió una gruesa lupa y revisó cuidadosamente las primeras páginas del libro. En el reverso de la segunda, la de la portadilla, descubrió una especie de mancha que causaba a la vista el efecto de un borrón de tinta. Sin embargo, mirando más de cerca, se distinguían algunos caracteres medio borrados. Mi tío comprendió que allí estaba lo interesante; se empecinó, pues, sobre la mancha, y con la ayuda de su gruesa lupa terminó por reconocer los signos siguientes, caracteres

ᚠᚱᚱ ᚱᚠᚱᚱᚱᚱᚱᚱ

rúnicos que leyó sin vacilar:

—¡Arne Saknussem! —exclamó en tono triunfante—; pero si es un nombre, y un nombre islandés además, el de un sabio del siglo XVI, de un alquimista célebre.

Miré a mi tío con cierta admiración.

—Aquellos alquimistas —prosiguió—, Avicena, Bacon, Lulio, Paracelso, eran los auténticos, los únicos sabios de su época. Hicieron descubrimientos que todavía hoy nos asombran. ¿Por qué el tal Saknussem no habría ocultado bajo este incomprensible criptograma alguna sorprendente invención? Debe ser así. Es así.

La imaginación del profesor se inflamaba con esta hipótesis.

—Desde luego —me atreví a responder—, pero ¿qué interés podía tener ese sabio en ocultar de este modo algún descubrimiento maravilloso?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué sé yo? ¿No hizo lo mismo Galileo con Saturno? Además, ya lo veremos: descifraré el secreto de este documento, y no comeré ni dormiré hasta haberlo adivinado.

«¡Oh!», pensé yo.

—Ni tú tampoco, Axel —continuó.

«Diablos —me dije—, ¡qué suerte que he comido por dos!».

—Ante todo —dijo mi tío—, hay que encontrar la lengua de esta «clave». No debe de ser difícil.

Al oír estas palabras, alcé rápidamente la cabeza. Mi tío reanudó su soliloquio:

—Nada más fácil. En este documento hay ciento treinta y dos letras, que dan setenta y nueve consonantes por cincuenta y tres vocales. Y, poco más o menos, con esa proporción se han formado las palabras de las lenguas meridionales, mientras que los idiomas del norte son infinitamente más ricos en consonantes. Por tanto, se trata de una lengua del Mediodía.

Estas conclusiones eran muy justas.

—Pero ¿cuál es esa lengua?

Ahí esperaba yo a mi sabio, en quien, sin embargo, descubriría a un profundo analista.

—Este Saknussem —prosiguió— era un hombre instruido; desde el momento en que no escribía en su lengua materna, debía escoger preferentemente la lengua usual entre los espíritus cultivados del siglo XVI, es decir, el latín. Si me equivoco, podré probar con el español, con el francés, con el italiano, con el griego y con el hebreo. Pero los sabios del siglo XVI escribían, por lo general, en latín. Por tanto, tengo derecho a decir *a priori*: esto es latín.

Di un brinco en mi silla. Mis recuerdos de latinista se rebelaban contra la pretensión de que aquella serie de palabras estrambóticas pudiera pertenecer a la dulce lengua de Virgilio.

—Sí, latín —continuó mi tío—, pero latín embrollado.

«Vaya —pensé yo—. Si lo desembrillas, serás muy listo, tío».

—Hagamos un examen atento —dijo, volviendo a coger la hoja sobre la que yo había escrito—. Aquí tenemos una serie de ciento treinta y dos letras que se presentan en aparente desorden. Hay palabras en que las consonantes se encuentran solas, como en el primer grupo, «m.rnlls», otras en que, por el contrario, abundan las vocales: el quinto, por ejemplo, «unteief», o el antepenúltimo, «oseibo». Y esta disposición no ha sido combinada, evidentemente: viene dada *matemáticamente* por la desconocida razón que ha presidido la sucesión de estas letras. Parece seguro que la frase primitiva fue escrita regularmente, luego trastocada siguiendo una ley que hay que descubrir. Quien posea la clave de este «cifrado» lo leerá de corrido. Pero ¿cuál es esa clave? Axel, ¿tienes tú esa clave?

No respondí a esta pregunta, y con razón. Mis miradas se habían detenido en un encantador retrato colgado de la pared, el retrato de Graüben. La pupila de mi tío se encontraba entonces en Altona, en casa de una de sus parientes, y su ausencia me ponía muy triste porque, ahora puedo confesarlo, la linda virlandesa y el sobrino del profesor se amaban con toda la paciencia y toda la tranquilidad alemanas. Estábamos prometidos sin que lo supiera mi tío, demasiado geólogo para comprender sentimientos semejantes. Graüben era una encantadora muchacha rubia de ojos azules, de carácter un poco grave, de espíritu algo serio; pero no por eso me amaba menos. En cuanto a mí, la adoraba, si es que este verbo existe en la lengua tudesca. Así pues, la imagen de mi pequeña virlandesa me transportó, en un momento, del mundo de las realidades al de las quimeras, al de los recuerdos.

Volví a ver a la fiel compañera de mis penas y mis alegrías. Todos los días me ayudaba a ordenar las preciosas piedras de mi tío; las etiquetaba conmigo. ¡Qué buenísima mineralogista era la señorita Graüben! Habría dado lecciones a más de un sabio. Le gustaba profundizar en las cuestiones arduas de la ciencia. ¡Cuántas dulces horas habíamos pasado estudiando juntos! ¡Y cuánto envidiaba yo a menudo la suerte de aquellas piedras insensibles que ella manejaba con sus encantadoras manos!

Luego, llegado el momento del descanso, salíamos los dos juntos, enfilábamos las frondosas avenidas del Alster, y juntos nos dirigíamos al viejo molino alquitranado que hace tan buen efecto al extremo del lago; de camino, hablábamos cogidos de la mano. Yo le contaba cosas que le hacían mucha gracia. Así llegábamos hasta las orillas del Elba, y, tras haber dado las buenas noches a los cisnes que nadaban entre los grandes nenúfares blancos, volvíamos al muelle en la barca de vapor.

Y me encontraba yo soñando así cuando mi tío, dando un puñetazo en la mesa, me devolvió violentamente a la realidad.

—Veamos —dijo—, en mi opinión, la primera idea que debe ocurrírsele a uno para embrollar las letras de una frase es escribir las palabras verticalmente en lugar de trazarlas horizontalmente.

«¡Vaya!», pensé yo.

—Hay que ver lo que sale de esta forma, Axel, pon una frase cualquiera en ese trozo de papel; pero en lugar de disponer las letras unas detrás de otras, ponlas sucesivamente por columnas verticales, de modo que puedan agruparse en número de cinco o seis.

Comprendí de qué se trataba, e inmediatamente escribí de arriba abajo

—Bueno —dijo el profesor sin haberlo leído—. Ahora dispón esas palabras en una línea horizontal. Obedecí, y obtuve la siguiente frase:

—Perfecto —dijo mi tío, arrancándome el papel de las manos—, esto ya se parece al viejo documento: las vocales y las consonantes están agrupadas en el mismo

desorden; incluso hay mayúsculas en medio de las palabras, y hasta una coma, igual que en el pergamino de Saknussem.

No dejaron de parecerme muy ingeniosas estas observaciones.

—Ahora —prosiguió mi tío dirigiéndose directamente a mí—, para leer la frase que acabas de escribir, y que yo no conozco, me bastará con coger una tras otra la primera letra de cada palabra, luego la segunda, luego la tercera, etcétera.

Y mi tío, con gran asombro por su parte, y sobre todo por la mía, leyó:

¡Te amo mucho, mi pequeña Graüben!

—¡Cómo! —dijo el profesor.

Sí, sin darme cuenta, como torpe enamorado, había trazado esa comprometedora frase.

—¡Ah! ¿Conque quieres a Graüben? —prosiguió mi tío en un auténtico tono de tutor.

—Sí... No... —balbuceé yo.

—¡Ah! ¡Quieres a Graüben! —prosiguió maquinalmente—. Bien, apliquemos mi procedimiento al documento en cuestión.

Mi tío, sumido de nuevo en su absorbente contemplación, olvidaba mis imprudentes palabras. Digo imprudentes, porque la cabeza del sabio no podía comprender las cosas del corazón. Pero, por fortuna, el gran tema del documento le dominó.

En el instante de hacer su experiencia capital, los ojos del profesor Lidenbrock lanzaron destellos a través de sus lentes. Sus dedos temblaron cuando volvió a coger el viejo pergamino. Estaba profundamente emocionado. Por fin, tosió con fuerza, y, con voz grave, deletreando una tras otra la primera letra, luego la segunda de cada palabra, me dictó la serie siguiente:

*messunkaSenrA.icefdoK.segnittamurnt
ecertserrette.rptaovsadia,ednecsedsadne
lacartniiiluJsiratracSarbmutabledmek
meretarcsilucoYsleffenSnT*

Debo confesar que al concluir estaba emocionado; aquellas letras, nombradas una a una, no habían ofrecido ningún sentido a mi entendimiento; esperaba, pues, que el profesor dejara rodar pomposamente entre sus labios una frase de una latinidad magnífica.

Mas ¿quién hubiera podido preverlo? Un violento puñetazo sacudió la mesa. La tinta saltó, la pluma se escapó de mis manos.

—¡No es esto —exclamó mi tío—; esto no tiene sentido!

Luego, cruzando el gabinete como una bala y bajando la escalera como una avalancha, se precipitó en la Königstrasse, y echó a correr.

—¿Se ha marchado? —exclamó Marthe, acudiendo al ruido de la puerta de la calle, que, cerrada con violencia, acababa de sacudir toda la casa.

—¡Sí —respondí yo—, se ha marchado!

—¡Vaya! ¿Y su comida? —dijo la vieja sirvienta.

—No comerá.

—¿Y su cena?

—No cenará.

—¿Cómo? —dijo Marthe juntando las manos.

—No, querida Marthe, no volverá a comer, ni nadie en la casa. Mi tío Lidenbrock nos pone a todos a dieta hasta que haya descifrado un viejo libro de magia que es absolutamente indescifrable.

—¡Jesús! ¿Nos vamos a tener que morir de hambre?

No me atreví a confesar que, con un hombre tan inflexible como mi tío, era un destino inevitable.

La vieja sirvienta, seriamente alarmada, volvió a su cocina gimoteando.

Cuando me quedé solo, se me ocurrió la idea de ir a contarle todo a Graüben. Pero ¿cómo dejar la casa? El profesor podía regresar de un momento a otro. ¿Y si me llamaba? ¿Y si quería volver a empezar aquel trabajo logográfico, que en vano habrían propuesto al viejo Edipo? Y si yo no respondía a su llamada, ¿qué ocurriría?

Lo más prudente era quedarse. Precisamente un mineralogista de Besançon acababa de enviarnos una colección de geodas silíceas que había que clasificar. Me puse a la tarea. Escogí, etiqueté, y dispuse en su vitrina todas aquellas piedras huecas en cuyo interior se agitaban pequeños cristales.

Pero esta ocupación no me absorbía. El asunto del viejo documento no dejaba de preocuparme extrañamente. Mi cabeza hervía y me sentía dominado por una vaga inquietud. Tenía el presentimiento de una catástrofe próxima.

Al cabo de una hora, mis geodas estaban ordenadas. Me dejé caer entonces en el gran sillón de Utrecht, con los brazos colgando y la cabeza hacia atrás. Encendí mi pipa de larga boquilla curvada, cuya cazoleta esculpida representaba una náyade tendida con indolencia; luego me divertí siguiendo los progresos de la carbonización, que

poco a poco hacía de mi náyade una negra autentica. De vez en cuando escuchaba si algún paso sonaba en la escalera. Pero no. ¿Dónde podía estar mi tío en aquel momento? Me lo imaginaba caminando bajo los hermosos árboles del camino de Altona, gesticulando, golpeando la tapia con su bastón, azotando las hierbas con brazo violento, decapitando los cardos y perturbando el reposo de las cigüeñas solitarias.

¿Regresaría triunfante o desalentado? ¿Quién vencería a quién, el secreto a él o él al secreto? Me hacía estas preguntas y, maquinalmente, cogí entre mis dedos la hoja de papel sobre la que se extendía la incomprensible serie de letras trazadas por mí. Me repetía: «¿Qué significa esto?».

Traté de agrupar aquellas letras de modo que formaran palabras. ¡Imposible! Aunque las reuniera de dos en dos, de tres en tres, de cinco en cinco o de seis en seis, no resultaba nada que fuera inteligible. Las letras decimocuarta, decimoquinta y decimosexta formaban la palabra inglesa *ice*. Las letras octogésima cuarta, la octogésima quinta y octogésima sexta formaban la palabra *sir*. Finalmente, en el cuerpo del documento, y en la tercera línea, observé también las palabras latinas *rota*, *mutabile*, *ira*, *nec*, *atra*.

«Diablos —pensé—, estas últimas palabras parecen dar la razón a mi tío respecto a la lengua del documento. E incluso en la cuarta línea llegué a ver la palabra *luco*, que se traduce por “bosque sagrado”. Ciertamente que en la tercera línea se leía la palabra *tabiled*, de naturaleza perfectamente hebrea, y en la última los vocablos *mer*, *arc*, *mère*, que son claramente franceses».

¡Era para volverse loco! ¡Cuatro idiomas diferentes en aquella frase absurda! ¿Qué relación podía existir entre las palabras «hielo, señor, cólera, cruel, bosque sagrado, cambiante, madre, arco o mar»? Sólo la primera y la última podían relacionarse con facilidad: no resultaba sorprendente que en un documento escrito en Islandia se hablase de un «mar de hielo». Pero de ahí a comprender el resto del criptograma había un abismo.

Así pues, me debatía contra una dificultad insoluble; mi cerebro ardía, mis ojos parpadeaban sobre la hoja de papel; las ciento treinta y dos letras parecían revolotear a mi alrededor, como esas lágrimas de plata que se deslizan en el aire alrededor de nuestra cabeza, cuando la sangre sube a ella con violencia.

Era presa de una especie de alucinación: me ahogaba, necesitaba aire. Maquinalmente me abaniqué con la hoja de papel, cuyos dos lados se ofrecieron sucesivamente a mi mirada.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, en una de aquellas vueltas rápidas, en el momento en que la cara se volvía hacia mí, creí ver aparecer palabras perfectamente legibles, palabras latinas, entre otras, *craterem* y *terrestre*!

De pronto la luz se hizo en mi cerebro; aquellos únicos indicios me hicieron vislumbrar la verdad; había descubierto la clave del cifrado. Para comprender el documento no era necesario siquiera leerlo a través de la hoja del revés. No. Tal como estaba, tal como me había sido dictado, podía ser leído de corrido. Todas las ingeniosas combinaciones del profesor se materializaban. Había acertado en la disposición de las letras y en la lengua del documento. ¡Le había faltado «nada» para poder leer de cabo a rabo aquella frase latina, y ese «nada» acababa de proporcionármelo el azar!

¡Se comprenderá mi emoción! Mis ojos se enturbiaron. No podía servirme de ellos. Había extendido la hoja de papel sobre la mesa. Me bastaba echar una ojeada para convertirme en poseedor del secreto.

Por fin conseguí calmar mi agitación. Me impuse la obligación de dar dos vueltas a la habitación para aplacar mis nervios, y volví a hundirme en el amplio sillón.

«Leamos», me dije, tras haber llenado mis pulmones con una abundante provisión de aire.

Me incliné sobre la mesa, puse sucesivamente mi dedo en cada letra y sin detenerme, sin vacilar un instante, pronuncié en alta voz la frase entera.

Mas ¡qué asombro, qué terror me invadió! Al principio quedé como herido por un golpe súbito. ¡Cómo! ¡Lo que acababa de saber se había realizado! Un hombre había tenido suficiente audacia para penetrar...

—¡Ah! —exclamé dando un salto—. ¡No, no, mi tío no lo sabrá! ¡Sólo faltaría que llegara a conocer semejante viaje! ¡Querría probar él también! Nada podría detenerle. ¡Un geólogo tan decidido! ¡Partiría a pesar de todo, a despecho de todos! ¡Y me llevaría con él, y no volveríamos! ¡Nunca, nunca!

Me hallaba en un estado de sobreexcitación difícil de describir.

—¡No, no, no será! —dije con energía—, y puesto que puedo impedir que semejante idea llegue a la mente de mi tirano, lo haré. Dando y dando vueltas a este documento podría descubrir por azar la clave. Lo destruiré.

Había restos de fuego en la chimenea. Cogí no sólo la hoja de papel, sino el pergamino de Saknussem; con mano febril iba a arrojar todo sobre los carbones y reducir a nada aquel peligroso secreto cuando se abrió la puerta del gabinete. Apareció mi tío.

Sólo tuve el tiempo justo para volver a poner sobre la mesa aquel desgraciado documento.

El profesor Lidenbrock parecía profundamente absorto. Su pensamiento dominante no le dejaba un momento de reposo: evidentemente durante su paseo había escrutado y analizado el asunto, había puesto en práctica todos los recursos de su imaginación, y volvía para aplicar alguna combinación nueva.

En efecto: se sentó en su sillón y, pluma en mano, comenzó a establecer fórmulas que se parecían a un cálculo algebraico.

Yo seguía con la mirada su mano temblorosa; no me perdía uno solo de sus movimientos. ¿Qué resultado inesperado iba a producirse inopinadamente? Yo temblaba sin razón, porque hallada ya la auténtica combinación, la «única», cualquier otra búsqueda resultaba inevitablemente vana.

Durante tres largas horas mi tío trabajó sin hablar, sin levantar la cabeza, borrando, volviendo a escribir, tachando, comenzando de nuevo una y mil veces.

Yo sabía de sobra que si conseguía disponer aquellas letras en todas las posiciones relativas que podían ocupar, encontraría hecha la frase. Pero también sabía que con sólo veinte letras se pueden formar dos quintillones, cuatrocientos treinta y dos cuatrillones, novecientos dos trillones, ocho mil ciento setenta y seis millones, seiscientos cuarenta mil combinaciones. Y había ciento treinta y dos letras en la frase, y estas ciento treinta y dos letras daban un número de frases diferentes compuesto de ciento treinta y tres cifras por lo menos, número casi imposible de enumerar y que escapa a cualquier estimación.

Estaba tranquilo respecto a ese medio heroico de resolver el problema.

Sin embargo, el tiempo transcurría; llegó la noche; los ruidos de la calle se apagaron; mi tío, siempre inclinado sobre su tarea, no vio nada, ni siquiera a Marthe que entreabrió la puerta; no oyó nada, ni siquiera la voz de aquella digna sirvienta que decía:

—¿El señor cenará esta noche?

También Marthe hubo de irse sin respuesta. En cuanto a mí, tras haber resistido durante algún tiempo, me vi dominado por un sueño invencible, y me dormí en una esquina del canapé, mientras mi tío Lidenbrock seguía calculando y borrando.

Cuando al día siguiente me desperté, el infatigable trabajador seguía aún con su tarea. Sus ojos rojos, su tez pálida, sus cabellos revueltos bajo su mano febril, sus mejillas purpúreas indicaban de sobra su terrible lucha con lo imposible, y en qué fatigas del espíritu, en qué concentración del cerebro debieron pasar las horas para él.

Realmente me dio lástima. Pese a los reproches que me creía en el derecho de hacerle, cierta emoción se apoderó de mí. El pobre hombre estaba tan poseído por su idea que olvidaba incluso encolerizarse. Todas sus fuerzas se concentraban en un solo punto, y como no escapaban por su salida natural, podía temerse que la tensión le hiciera estallar de un momento a otro.

Yo podía con un gesto aflojar aquel torno de hierro que le apretaba el cráneo, ¡con una sola palabra! Y no hice nada.

Sin embargo yo tenía buen corazón. ¿Por qué permanecía mudo en semejante circunstancia? En interés mismo de mi tío.

«No, no —me repetía—, no, no hablaré. Querría ir, le conozco; nada podría detenerle. Es una imaginación volcánica, y por hacer lo que otros geólogos no han hecho, arriesgaría su vida. Me callaré; guardaré este secreto del que me ha hecho dueño el azar. Descubrirlo sería matar al profesor Lidenbrock. ¡Que lo adivine si puede! No quiero reprocharme un día haberle conducido a su perdición».

Una vez que decidí esto me crucé de brazos, y esperé. Pero no había contado con un incidente que se produjo algunas horas más tarde.

Cuando Marthe quiso salir de la casa para dirigirse al mercado, encontró la puerta cerrada. La gruesa llave no estaba en la cerradura. ¿Quién la había quitado? Evidentemente mi tío, cuando regresó la víspera después de su precipitada excursión.

¿Era adrede? ¿Era por descuido? ¿Quería someternos a los rigores del hambre? Esto me habría parecido demasiado fuerte. ¡Cómo! ¿Marthe y yo íbamos a ser víctimas de una situación que no nos afectaba lo más mínimo? Sin duda, y recordé un precedente cuya naturaleza era como para asustarnos. En efecto: hacía algunos años, en una época en que mi tío trabajaba en su gran clasificación mineralógica, permaneció cuarenta y ocho horas sin comer, y toda la casa hubo de conformarse a esta dieta científica. Por lo que a mí se refiere, con ello conseguía unos calambres de estómago muy poco divertidos para un muchacho de naturaleza bastante voraz.

Pronto tuve la impresión de que no habría almuerzo, como tampoco había habido cena la víspera. Sin embargo resolví ser heroico y no ceder ante las exigencias del hambre. Marthe se lo tomaba muy en serio y estaba desolada, la buena mujer. En cuanto a mí, la imposibilidad de abandonar la casa me preocupaba más, y con razón. Creo que se me entiende.

Mi tío seguía trabajando: su imaginación se perdía en el mundo de las combinaciones; vivía lejos de la tierra y verdaderamente al margen de las necesidades terrestres.

Hacia mediodía, el hambre me agujijoneaba con fuerza. En su inocencia, Marthe había agotado la víspera las provisiones de la despensa; no quedaba nada en la casa. Sin embargo, aguanté. Hacía de ello una cuestión de honor. Sonaron las dos. Aquello resultaba ridículo, intolerable incluso. Yo abría unos ojos desmesurados. Empezaba a decirme que exageraba la importancia del documento; que mi tío no lo creería; que vería en él un simple engaño; que, en el peor de los casos, le retendríamos a su pesar, si quería intentar la aventura; que, en última instancia, podía descubrir por sí mismo la clave del «cifrado», y que entonces la abstinencia habría sido inútil.

Estas razones, que la víspera habría rechazado con indignación, me parecieron excelentes; incluso encontré completamente absurdo haber esperado tanto tiempo, y decidí contarle todo.

Buscaba una forma no demasiado brusca de entrar en materia, cuando el profesor se levantó, se puso su sombrero y se preparó para salir.

«¡Cómo! ¿Abandonar la casa y dejarnos encerrados? ¡Nunca!».

—Tío —dije.

No pareció oírme.

—Tío Lidenbrock —repetí yo, elevando la voz.

—¿Sí? —dijo como un hombre al que despiertan de pronto.

—¿Y esa llave?

—¿Qué llave? ¿La llave de la puerta?

—No —exclamé yo—, la clave del documento.

El profesor me miró por encima de sus lentes; observó sin duda algo insólito en mi rostro, porque me agarró vivamente del brazo y sin poder hablar me interrogó con la mirada. Sin embargo, jamás pregunta alguna fue formulada de forma más nítida.

Yo moví la cabeza de arriba abajo.

Él sacudió la suya con una especie de piedad, como si tuviera que vérselas con un loco.

Yo hice un gesto más afirmativo.

Sus ojos brillaron con un vivo destello; su mano se volvió amenazadora.

Esa conversación muda en tales circunstancias hubiera interesado al espectador más indiferente. Y, en realidad, yo no me atrevía a hablar, del miedo que tenía a que mi tío me ahogara en los primeros transportes de su alegría. Pero se volvió tan perentorio que tuve que responder.

—Sí, esa clave..., el azar...

—¿Qué dices? —exclamó con emoción indescriptible.

—Mire —dije, presentándole la hoja de papel sobre la que yo había escrito—, lea.

—Pero ¿esto no significa nada! —respondió él arrugando la hoja.

—Nada, si se empieza por el principio, pero si se empieza por el final...

No había acabado mi frase cuando el profesor lanzaba un grito, más que un grito ¡un verdadero rugido! En su espíritu acababa de producirse una revelación. Estaba transfigurado.

—¡Ah, ingenioso Saknussem! —exclamó—. O sea que primero escribiste la frase al revés.

Y precipitándose sobre la hoja de papel, con la mirada empañada y la voz emocionada, leyó el documento entero, remontando de la última letra a la primera.

Estaba concebido en estos términos:

*In Sneffels Yoculis craterem kem delibat
umbra Scartaris Julii intra calendas descende,
audas viator, et terrestre centrum attinges.
Kod feci. Arne Saknussem.*

Lo que, de ese mal latín, puede traducirse así:

Desciende al cráter del Yocul de Sneffels
que la sombra del Scartaris acaricia antes de las calendas de julio,
viajero audaz, y llegarás al centro de la Tierra.

Yo lo he hecho. Arne Saknussem.

Tras esta lectura mi tío saltó como si por descuido hubiera tocado una botella de Leiden. Estaba pletórico de audacia, de alegría y de convicción. Iba y venía, se cogía la cabeza entre las manos, desplazaba las sillas, apilaba sus libros, hacía juegos malabares, cosas increíbles, con sus preciosas geodas; daba un puñetazo aquí, una palmada allá. Por fin sus nervios se calmaron y, como hombre agotado por un gasto excesivo de fluido, volvió a caer en su sillón.

—¿Qué hora es? —preguntó tras algunos instantes de silencio.

—Las tres —respondí.

—¡Vaya! Qué pronto se ha pasado la hora de comer. Me muero de hambre. A la mesa. Y luego...

—¿Luego?

—Harás mi maleta.

—¿Qué? —exclamé.

—¡Y la tuya! —respondió el despiadado profesor entrando en el comedor.

Ante estas palabras un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo. Sin embargo me contuve. Incluso resolví poner buena cara. Sólo los argumentos científicos podían detener al profesor Lidenbrock. Y los había, y buenos, contra la posibilidad de semejante viaje. ¡Ir al centro de la Tierra! ¡Qué locura! Reservé la dialéctica para el momento oportuno, y me ocupé de la comida.

No referiré las imprecaciones de mi tío ante la mesa sin poner. Todo quedó explicado y se devolvió la libertad a Marthe, que corrió al mercado e hizo todo con tanta diligencia que una hora después mi hambre estaba calmada y recuperaba la conciencia de la situación.

Durante la comida, mi tío estuvo casi alegre; se le escapaban esas bromas de sabio que siempre son inocentes. Tras el postre, me hizo señal de seguirle a su gabinete.

Obedecí. Se sentó en un extremo de su mesa de trabajo y yo en el otro.

—Axel —dijo con una voz bastante dulce—, eres un muchacho muy ingenioso; me has prestado un gran servicio cuando, cansado de luchar, iba a abandonar esta combinación. ¿Adónde me habría llevado mi extravío? Nadie puede saberlo. ¡Nunca olvidaré esto, muchacho, y tendrás tu parte en la gloria que vamos a conquistar!

«Bueno —pensé yo—, está de buen humor; ha llegado el momento de discutir esa gloria».

—Ante todo —prosiguió mi tío—, te recomiendo el más absoluto secreto, ¿me oyes? No faltan envidiosos en el mundo de los sabios, y muchos querrían emprender este viaje, que ni siquiera deben sospechar hasta nuestro regreso.

—¿Cree usted que es tan grande el número de valientes? —dije.

—Desde luego. ¿Quién vacilaría en conquistar semejante fama? Si el documento fuese conocido, un ejército entero de geólogos se precipitaría tras las huellas de Arne Saknussemm.

—De eso sí que no estoy convencido, tío, porque nada prueba la autenticidad de ese documento.

—¡Cómo! ¿Y el libro en que lo hemos descubierto?

—Bueno, concedo que el tal Saknussem haya escrito esas líneas, pero ¿significa eso que haya realizado de veras ese viaje? ¿No puede encerrar ese viejo pergamino una mistificación?

Casi lamenté haber pronunciado esta última palabra algo aventurada. El profesor frunció sus espesas cejas, y temí haber comprometido la continuación de la charla. Afortunadamente no fue así. Mi severo interlocutor esbozó una especie de sonrisa en sus labios, y respondió:

—Eso es lo que vamos a ver.

—¡Ah! —dije yo, algo molesto—; permítame agotar todas las objeciones relativas a ese documento.

—Habla, muchacho, no te preocupes. Te dejo en total libertad de exponer tus opiniones. Ya no eres mi sobrino, sino mi colega. O sea que adelante.

—Pues bien, ante todo le preguntaría qué son esos Yocul, Sneffels y Scartaris de los que nunca he oído hablar.

—Nada más fácil. Precisamente hace algún tiempo recibí una carta de mi amigo Augustus Peterman, de Leipzig; no podía llegar más oportunamente. Coge el tercer atlas del segundo estante de la biblioteca grande, serie Z, lámina cuatro.

Me levanté y, gracias a sus precisas indicaciones, encontré rápidamente el atlas pedido. Mi tío lo abrió y dijo:

—Éste es uno de los mejores mapas de Islandia, el de Handerson, y creo que va a darnos la solución a todos tus problemas.

Me incliné sobre el mapa.

—Mira esta isla formada por volcanes —dijo el profesor— y observa que todos ellos llevan el nombre de Yocul. Esta palabra quiere decir «glaciar» en islandés, y bajo la elevada latitud de Islandia, la mayoría de las erupciones se abren paso a través de las capas de hielo. De ahí esa denominación de Yocul aplicada a todos los montes ignívolos de la isla.

—Bien —respondí yo—; pero ¿qué es el Sneffels?

Esperaba que no habría respuesta para esta pregunta. Me equivocaba. Mi tío continuó:

—Sígueme por la costa occidental de Islandia. ¿Ves Reikiavik, su capital? Sí. Bien. Remonta los innumerables fiordos de estas orillas roídas por el mar y detente un poco por debajo de los sesenta y cinco grados de latitud. ¿Qué ves ahí?

—Una especie de península semejante a un hueso descarnado, que termina en una enorme rótula.

—La comparación es exacta, muchacho; fíjate, ¿no ves nada sobre esa rótula?

—Sí, un monte que parece haber crecido en el mar.

—¡Bien, eso es el Sneffels!

—¿El Sneffels?

—El mismo, una montaña de cinco mil pies de alta, una de las más notables de la isla, y a buen seguro la más célebre del mundo entero si su cráter conduce al centro del globo.

—Pero ¡eso es imposible! —exclamé yo, encogiéndome de hombros y rebelándome contra semejante suposición.

—¡Imposible! —respondió el profesor Lidenbrock en tono severo—. ¿Y por qué?

—Porque ese cráter evidentemente está obstruido por la lava, las rocas ardientes, y entonces...

—¿Y si es un cráter apagado?

—¿Apagado?

—Sí. El número de volcanes en actividad en la superficie del globo no es actualmente más que de unos trescientos; pero existe una cantidad mucho mayor de volcanes apagados. Y el Sneffels se encuentra entre estos últimos, y desde los tiempos históricos no ha tenido más que una sola erupción, la de 1229; a partir de esa época, sus ruidos se han aplacado poco a poco, y ya no está entre los volcanes activos.

Ante estas afirmaciones positivas yo no tenía nada que responder; por tanto, me volqué sobre los otros puntos oscuros que encerraba el documento.

—¿Qué significa esa palabra de Scartaris —pregunté—, y qué pintan aquí las calendas de julio?

Mi tío se tomó algunos momentos de reflexión. Tuve un instante de esperanza, pero uno solo, porque inmediatamente me respondió en estos términos:

—Lo que tú llamas oscuridad es luz para mí. Eso prueba los ingeniosos cuidados con que Saknussem ha querido precisar su descubrimiento. El Sneffels está formado por varios cráteres; por tanto, había que señalar el que lleva al centro del globo. ¿Qué hizo el sabio islandés? Observó que aproximadamente en las calendas de julio, es decir, hacia los últimos días del mes de junio, uno de los picos de la montaña, el Scartaris, proyectaba su sombra hasta la abertura del cráter en cuestión, y consignó el dato en su documento. ¿Puede imaginarse una indicación más exacta? Una vez llegados a la cima del Sneffels, ¿tendremos dudas sobre el camino a seguir?

Decididamente mi tío tenía respuesta para todo. Comprendí que era inatacable su interpretación del viejo pergamino. Cesé, pues, de insistir en ese tema, y como ante todo había que convencerle, pasé a las objeciones científicas, que en mi opinión tenían mayor gravedad.

—Está bien —dije—, me veo obligado a admitirlo, la frase de Saknussem es clara y no puede dejar ninguna duda en la mente. Concedo incluso que el documento parece ser de una total autenticidad. Ese sabio fue al fondo del Sneffels; vio la sombra del Scartaris acariciar los bordes del cráter antes de las calendas de julio; oyó incluso contar, en los relatos legendarios de su época, que ese cráter llegaba al centro de la

Tierra; pero en cuanto a que él mismo llegara a hacer el viaje y volviera, si es que se puso en camino, ¡no y cien veces no!

—¿Por qué razón? —dijo mi tío en un tono singularmente burlón.

—Porque todas las teorías de la ciencia demuestran que semejante empresa es impracticable.

—¿Todas las teorías dicen eso? —respondió el profesor, adoptando un aire bonachón—. ¡Ah, condenadas teorías! ¡Cuánta lata van a darnos esas pobres teorías!

Vi que se burlaba de mí, mas pese a ello continué:

—Sí, está perfectamente demostrado que el calor aumenta aproximadamente un grado por cada setenta pies de profundidad bajo la superficie del globo; ahora bien, admitiendo que esta proporción sea constante, y siendo el radio terrestre de mil quinientas leguas, en el centro habrá una temperatura superior a los doscientos mil grados. Por tanto, las materias del interior de la Tierra se encuentran en estado de gas incandescente, porque los metales, el oro, el platino y las rocas más duras no resisten semejante calor. Así pues, tengo derecho a preguntar si se puede penetrar en semejante medio.

—O sea, Axel, que lo que te preocupa es el calor.

—Por supuesto. Si llegamos tan sólo a una profundidad de diez leguas, habremos alcanzado el límite de la corteza terrestre, porque ahí la temperatura ya es superior a mil trescientos grados.

—¿Y tienes miedo a entrar en fusión?

—Le dejo a usted que decida por mí —respondí con humor.

—Pues lo que decido es lo siguiente —replicó el profesor Lidenbrock, adoptando sus gestos ampulosos—: Que ni tú ni nadie sabe con seguridad lo que pasa en el interior del globo, dado que apenas si se conoce la diezmilésima parte de su radio; que la ciencia es eminentemente perfectible, y que cada teoría se ve constantemente rebatida por una teoría nueva. ¿No se creyó hasta Fourier que la temperatura de los espacios planetarios iba disminuyendo siempre, y no se sabe hoy que el máximo frío de las regiones etéreas no supera los cuarenta o cincuenta grados bajo cero? ¿Por qué no había de ocurrir lo mismo con el calor interno? ¿Por qué a cierta profundidad no alcanzaría un límite infranqueable, en lugar de elevarse hasta el grado de fusión de los minerales más refractarios?

Al plantear mi tío la cuestión en el terreno de las hipótesis, no pude responder nada.

—Pues bien, te diré, además, que auténticos sabios, Poisson entre otros, han demostrado que si en el interior del globo existiera un calor de doscientos mil grados, los gases incandescentes procedentes de las materias fundidas adquirirían una elasticidad tal, que la corteza terrestre no podría resistirla, estallando como las paredes de una caldera bajo la presión del vapor.

—Ésa es la opinión de Poisson, tío, y nada más.

—De acuerdo, pero también es opinión de otros geólogos distinguidos que el interior del globo no está formado ni de gas, ni de agua, ni de las piedras más pesadas que conocemos, porque en tal caso la tierra tendría un peso dos veces menor.

—Bah, con las cifras se prueba todo lo que se quiere.

—¿Y no ocurre lo mismo con los hechos, muchacho? ¿No es cierto que el número de volcanes ha disminuido considerablemente desde los primeros días del mundo? Y si existe calor central, ¿no se puede suponer que tiende a debilitarse?

—Tío, si entramos en el campo de las suposiciones, no puedo discutir nada.

—Y debo decirte que refuerza mi opinión la de personas muy competentes. ¿Recuerdas una visita que me hizo el célebre químico inglés Humphry Davy, en mil ochocientos veinticinco?

—No, porque yo vine al mundo diecinueve años después.

—Bueno, Humphry Davy vino a verme a su paso por Hamburgo. Entre otras cuestiones, discutimos durante mucho tiempo la hipótesis de la liquidez del núcleo interior de la Tierra. Estábamos los dos de acuerdo en que tal liquidez no podía existir, por una razón a la que la ciencia nunca ha encontrado respuesta.

—¿Cuál? —pregunté algo asombrado.

—Que esa masa líquida estaría sujeta, como el océano, a la atracción de la Luna, y, por consiguiente, dos veces al día se producirían mareas interiores que, levantando la corteza terrestre, darían lugar a periódicos temblores de tierra.

—Sin embargo, es evidente que la superficie del globo ha estado sometida a la combustión, y podemos suponer que la corteza exterior se enfrió primero, mientras el calor se refugiaba en el centro.

—Falso —respondió mi tío—; la Tierra ha sido calentada por la combustión de su superficie, y no de otro modo. Su superficie estaba compuesta de gran cantidad de metales, como el potasio y el sodio, que tienen la propiedad de inflamarse al solo contacto con el aire y el agua; estos metales ardieron cuando los vapores atmosféricos se precipitaron en forma de lluvia sobre el suelo; y poco a poco, cuando las aguas penetraron en las fisuras de la corteza terrestre, provocaron nuevos incendios con explosiones y erupciones. De ahí que los volcanes fueran tan numerosos en los primeros días del mundo.

—¡Hipótesis muy ingeniosa! —exclamé yo un poco a mi pesar.

—Y que Humphry Davy me demostró, aquí mismo, con un experimento muy simple. Preparó una bola metálica hecha principalmente con los metales que acabo de citar, y que representaba perfectamente nuestro globo; cuando se dejaba caer una fina lluvia en su superficie, ésta se hinchaba, se oxidaba y formaba una pequeña montaña; en su cima se abría un cráter; la erupción se producía y comunicaba a toda la bola un calor tal que resultaba imposible sostenerla en la mano.

Verdaderamente comenzaba a vacilar ante los argumentos del profesor; además, los sostenía con su pasión y entusiasmo habituales.

—Ya ves, Axel —añadió—, el estado del núcleo central ha suscitado diversas hipótesis entre los geólogos; no hay nada menos demostrado que ese calor interno; en mi opinión, no existe, no podría existir; además, lo vamos a ver, y lo mismo que Arne Saknussemm, sabremos a qué atenernos sobre esta gran cuestión.

—Pues bien, sí —respondí yo, sintiendo que me ganaba su entusiasmo—; sí, lo veremos, si es que allí se puede ver algo.

—¿Y por qué no? ¿No podemos contar con fenómenos eléctricos para alumbrarnos, e incluso con la atmósfera que, al acercarse al centro de la Tierra puede volverse luminosa debido a la presión?

—Sí —contesté—, sí, después de todo es posible.

—Es seguro —respondió triunfalmente mi tío—; pero debes guardar silencio, ¿me oyes? Silencio sobre todo esto y que no se le ocurra a nadie la idea de descubrir antes que nosotros el centro de la Tierra.

Así concluyó aquella memorable sesión. La charla me dio fiebre. Salí del gabinete de mi tío como aturdido; en las calles de Hamburgo no había suficiente aire para reponerme. Llegué, pues, a las orillas del Elba, hasta la barca de vapor que comunica la ciudad con el ferrocarril de Hamburgo..

¿Me había convencido lo que acababa de oír? ¿No estaría sometido al influjo del profesor Lidenbrock? ¿Debía tomar en serio su resolución de ir al centro de la Tierra? ¿Acababa de oír las especulaciones insensatas de un loco o las deducciones científicas de un gran genio? En todo aquello, ¿dónde terminaba la verdad y dónde comenzaba el error?

Me debatía entre mil hipótesis contradictorias sin poder aferrarme a ninguna.

Sin embargo, recordaba haber estado convencido, aunque mi entusiasmo comenzaba a moderarse; pero me habría gustado partir inmediatamente y no tener tiempo para reflexionar. Sí, en aquel momento no me hubiera faltado valor para hacer mis maletas.

Debo confesar, sin embargo, que una hora después aquella sobreexcitación decayó; mis nervios se distendieron, y de los profundos abismos de la Tierra subí a su superficie.

«¡Es absurdo! —me decía—, esto no tiene sentido. No es una proposición seria que pueda hacerse a un muchacho sensato. Nada de todo eso existe. He dormido mal, he tenido un mal sueño».

Mientras tanto, yo había seguido la orilla del Elba y regresado a la ciudad. Después de haber remontado el puerto, había llegado al camino de Altona. Un presentimiento me guiaba, un presentimiento justificado, porque pronto divisé a mi pequeña Graüben que, con paso ágil, volvía rápidamente a Hamburgo.

—¡Graüben! —le grité de lejos.

La joven se detuvo, algo turbada, pienso yo, por oírse llamar así en un camino. En diez pasos me planté a su lado.

—¡Axel! —dijo ella sorprendida—. ¡Ah, has venido a buscarme! ¡Eso está muy bien, caballero!

Pero al mirarme, Graüben no tuvo dudas respecto a mi aspecto inquieto, trastornado.

—¿Qué te pasa? —me dijo, dándome la mano.

—¿Que qué me pasa, Graüben? —exclamé yo.

En dos segundos y con tres frases mi linda virlandesa estaba al corriente de la situación. Durante algunos instantes guardó silencio. ¿Su corazón palpitaba al compás del mío? Lo ignoro, pero su mano no temblaba en la mía. Caminamos un centenar de pasos sin hablar.

—¡Axel! —me dijo por fin.

—¡Querida Graüben!

—Será un hermoso viaje.

Di un brinco al oír estas palabras.

—Sí, Axel, un viaje digno del sobrino de un sabio. Es conveniente que un hombre se distinga con alguna gran empresa.

—¿Cómo, Graüben? ¿No me disuades de intentar semejante expedición?

—No, querido Axel, y yo os acompañaría gustosa a tu tío y a ti si una pobre muchacha no fuera un obstáculo para vosotros.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

¡Ah, las mujeres, las jóvenes, corazones femeninos siempre incomprensibles! ¡Cuando no sois los más tímidos de los seres, sois las más valientes! La razón no tiene mucho que hacer a vuestro lado. ¡Cómo! ¡Una niña me alentaba a participar en aquella expedición! ¡Ella no hubiera temido intentar la aventura! ¡Me empujaba a ella a mí, a quien, sin embargo, amaba!

Yo estaba desconcertado, y, por qué no decirlo, avergonzado.

—Graüben —proseguí—, veremos si mañana dices lo mismo.

—Mañana, querido Axel, diré lo mismo que hoy.

Graüben y yo, cogidos de la mano, pero guardando un profundo silencio, proseguimos nuestro camino. Yo estaba deshecho por las emociones de la jornada.

«Después de todo —pensé—, las calendas de julio están lejos todavía, y de aquí a entonces ocurrirán muchos acontecimientos que curarán a mi tío de su manía de viajar bajo tierra». Cuando llegamos a la casa de Königstrasse la noche se había echado encima. Esperaba encontrar la morada tranquila, a mi tío acostado según su costumbre, y a Marthe dando al comedor el último golpe de plumero de la noche.

Pero no había contado con la impaciencia del profesor. Le encontré chillando, agitándose en medio de un tropel de porteadores que descargaban unos bultos en la avenida; la vieja sirvienta no sabía dónde tenía la cabeza.

—Ven, Axel, ven, date prisa, desgraciado —exclamó mi tío desde lejos nada más verme—. Tu maleta no está hecha, mis papeles no están en orden, no encuentro la llave de mi maletín de viaje y mis polainas no acaban de llegar.

Yo estaba estupefacto. Me faltaba la voz. Mis labios apenas pudieron articular estas palabras:

—Entonces, ¿nos vamos?

—Sí, desgraciado, ¿quién te manda pasear en lugar de estar aquí?

—¿Nos vamos? —repetía yo con una voz debilitada.

—Sí, pasado mañana a primera hora.

No pude oír más, y eché a correr hacia mi habitación.

Ya no había duda. Mi tío acababa de emplear la tarde en conseguir una parte de los objetos y utensilios necesarios para su viaje; la avenida estaba atestada de escalas de cuerda, cuerdas de nudos, antorchas, cantimploras, crampones de hierro, picos, bastones herrados y piquetas en cantidad suficiente para cargar a diez hombres por lo menos.

Pasé una noche horrible. Al día siguiente, oí que me llamaban temprano. Yo estaba decidido a no abrir mi puerta. Pero ¿cómo resistir a la dulce voz que pronunciaba estas palabras?:

—Axel querido.

Salí de mi habitación. Pensaba que mi aspecto derrengado, mi palidez, mis ojos enrojecidos por el insomnio, producirían su efecto sobre Graüben y cambiarían sus ideas.

—¡Ay, querido Axel! —me dijo—, veo que estás mucho mejor y que la noche te ha calmado.

—¡Calmado! —exclamé.

Me precipité hacia el espejo. Pues bien, tenía mejor cara de lo que yo imaginaba. Era increíble.

—Axel —me dijo Graüben—, he hablado mucho tiempo con mi tutor. Es un sabio audaz, un hombre de gran valor, y debes recordar que su sangre corre por tus venas. Me ha contado sus proyectos, sus esperanzas, por qué y cómo espera alcanzar su meta. Lo conseguirá, no tengo ninguna duda. Ay, querido Axel, ¡qué hermoso consagrarse de esa forma a la ciencia! ¡Qué gloria espera al señor Lidenbrock! ¡Y repercutirá sobre su acompañante! Al regreso, Axel, serás un hombre, su igual, libre de hablar, libre de actuar, libre, en fin, de...

La joven, ruborizada, no acabó. Sus palabras me reanimaban. Sin embargo, aún no quería creer en nuestra partida. Llevé a Graüben hacia el gabinete del profesor.

—Tío —pregunté—, ¿está completamente decidida nuestra marcha?

—¿Cómo? ¿Lo dudas?

—No —dije para no contrariarle—. Sólo quiero preguntarle qué es lo que nos apremia.

—Pues ¡el tiempo! ¡El tiempo que huye con una rapidez irreparable!

—Pero si todavía estamos a 26 de mayo, y hasta finales de junio...

—Ignorante, ¿crees que se llega tan fácilmente a Islandia? Si no te hubieras ido como un loco, te habría llevado a la oficina de representación de Copenhague, a Liffender y Co. Allí habrías visto que de Copenhague a Reikiavik no hay más que un servicio, el 22 de cada mes.

—Y ¿qué pasa?

—Pues que si esperásemos al 22 de junio, llegaríamos demasiado tarde para ver la sombra del Scartaris acariciar el cráter del Sneffels. Por tanto, hay que llegar a Copenhague cuanto antes, para buscar un medio de transporte. ¡Vete a hacer la maleta!

No había respuesta posible. Subí a mi habitación. Graüben me siguió. Fue ella la que se encargó de ordenar, en una pequeña maleta, los objetos necesarios para mi viaje. No estaba más emocionada que si se hubiera tratado de un paseo a Lübeck o a Heligoland. Sus pequeñas manos iban y venían sin precipitación. Hablaba con calma. Me daba las razones más sensatas en favor de nuestra expedición. Me encantaba, y yo sentía una gran irritación contra ella. A veces quería dejarme llevar por esa cólera, pero ella no hacía caso y continuaba metódicamente su tranquila tarea.

Por fin quedó atada la última correa de la maleta. Descendí al piso bajo.

Durante aquel día se multiplicaron los proveedores de instrumentos de física, de armas, de aparatos eléctricos. Marthe no sabía dónde tenía la cabeza.

—¿Se ha vuelto loco el señor? —me preguntó.

Le hice una señal afirmativa.

—¿Y le lleva a usted con él?

La misma afirmación.

—¿Adónde? —preguntó.

Señalé con el dedo el centro de la Tierra.

—¿A la bodega? —exclamó la vieja sirvienta.

—No —dije yo finalmente—, más abajo.

Llegó la noche. Yo ya no tenía conciencia del tiempo transcurrido.

—Mañana por la mañana —dijo mi tío— partimos, a las seis en punto.

A las diez caí en la cama como una masa inerte.

Durante la noche mis terrores volvieron a dominarme.

La pasé soñando con abismos. Era presa del delirio. Me sentía sujeto por la vigorosa mano del profesor, arrastrado, abismado, hundido. Caía al fondo de insondables precipicios con esa velocidad creciente de los cuerpos abandonados en el espacio. Mi vida no era más que una infinita caída.

Me desperté a las cinco, quebrantado por la fatiga y la emoción. Bajé al comedor. Mi tío estaba sentado a la mesa. Devoraba. Lo miré con un sentimiento de horror. Pero Graüben estaba allí. No dije nada. No pude comer.

A las cinco y media se escuchó en la calle el rodar de un carruaje que llegaba para llevarnos al ferrocarril de Altona. Pronto estuvo hasta los topes con los bultos de mi tío.

—¿Y tu maleta? —me preguntó.

—Está lista —respondí con voz desfallecida.

—Bájala de prisa, o harás que perdamos el tren.

Luchar contra mi destino me pareció imposible entonces. Volví a subir a mi habitación, y dejando deslizarse mi maleta por los escalones me lancé tras ella.

En aquel momento mi tío ponía solemnemente entre las manos de Graüben las «riendas» de su casa. Mi linda virlandesa conservaba su calma habitual. Abrazó a su tutor, pero no pudo contener una lágrima al rozar mi mejilla con sus dulces labios.

—¡Graüben! —exclamé.

—Vete, querido Axel, vete —me dijo—, dejas a tu prometida pero a la vuelta encontrarás a tu mujer.

Estreché a Graüben entre mis brazos y ocupé un puesto en el carruaje. Desde el umbral de la puerta, Marthe y la joven nos dirigieron un último adiós. Luego, los dos caballos, excitados por el silbido de su conductor, se lanzaron al galope por el camino de Altona.

Altona, verdadero arrabal de Hamburgo, es cabeza de línea del ferrocarril de Kiel, que debía conducirnos a la orilla de los Belt. En menos de veinte minutos entrábamos en el territorio de Holstein.

A las seis y media el coche se detuvo ante la estación; los numerosos bultos de mi tío y sus voluminosos artículos de viaje fueron descargados, transportados, pesados, etiquetados y vueltos a cargar en el vagón de equipajes; y a las siete estábamos sentados uno frente al otro en el mismo compartimento. Silbó el vapor, la locomotora se puso en movimiento. Estábamos en marcha.

¿Me había resignado? Todavía no. Sin embargo, el aire fresco de la mañana y los paisajes de la ruta, rápidamente renovados por la velocidad del tren, me distraían de mi gran preocupación.

En cuanto al pensamiento del profesor, evidentemente iba por delante de aquel convoy, demasiado lento para el gusto de su impaciencia. Íbamos solos en el vagón pero no hablábamos. Mi tío inspeccionaba sus bolsillos y su maletín de viaje con minuciosa atención. Pronto vi que no le faltaba ninguna de las piezas necesarias para la ejecución de sus proyectos.

Entre otras hojas de papel, una meticulosamente plegada estaba encabezada con el sello de la cancillería danesa, con la firma del señor Christiensen, cónsul en Hamburgo y amigo del profesor. Nos ayudaría a obtener en Copenhague recomendaciones para el gobernador de Islandia.

También entreví el famoso documento cuidadosamente metido en el bolsillo más secreto de la cartera. Lo maldije desde el fondo del corazón, y me puse a contemplar de nuevo el paisaje. Era una vasta serie de llanuras poco atractivas, monótonas, cenagosas y bastante fértiles: una campiña muy adecuada para la construcción de un ferrocarril y propicia para esas líneas rectas tan queridas por las compañías ferroviarias.

Pero aquella monotonía no tuvo tiempo de cansarme, porque tres horas después de nuestra partida el tren se detenía en Kiel, a dos pasos del mar.

Como nuestros equipajes estaban facturados para Copenhague, no hubo que ocuparse de ellos. Sin embargo, el profesor los siguió con la mirada inquieta durante su transporte al barco de vapor. Allí desaparecieron en el fondo de la bodega.

En su precipitación, mi tío había calculado tan bien las horas de correspondencia del ferrocarril y del barco, que teníamos todo un día de espera. El vapor *Ellenora* no partía hasta la noche; lo que le provocó un acceso de cólera de nueve horas, durante las que el irascible viajero mandó al diablo a la administración de barcos y ferrocarriles y a los gobiernos que toleraban semejantes abusos. Tuve que apoyarle cuando la emprendió con el capitán del *Ellenora* sobre este tema. Quería obligarle a encender las calderas sin perder un instante. El otro le mandó a paseo.

Como en cualquier otro sitio, en Kiel un día es un día. A fuerza de pasear por las orillas verdeantes de la bahía en cuyo fondo se alza la pequeña ciudad, de recorrer los espesos bosques que le prestan la apariencia de un nido en un haz de ramas, de admirar las villas, provistas, todas y cada una, de su pequeña sauna, en fin, de vagabundear y de gruñir, llegaron las diez de la noche.

Los torbellinos de humo del *Ellenora* se elevaban por el cielo; el puente temblaba bajo los estremecimientos de la caldera; estábamos a bordo y éramos propietarios de dos literas puestas una sobre otra en el único camarote del barco.

A las diez y cuarto largaron amarras y el vapor surcó rápidamente las sombrías aguas del Gran Belt.

La noche estaba oscura; había buena brisa y mar gruesa; algunas luces de la costa aparecieron en medio de las tinieblas; más tarde, no sé dónde, un faro destellante resplandeció sobre la superficie de las olas; eso fue todo lo que quedó en mi recuerdo de esta primera travesía.

A las siete de la mañana desembarcábamos en Korsör, pequeña población situada en la costa occidental del Seeland. Allí saltamos del barco a un nuevo ferrocarril, que nos llevó atravesando una región no menos llana que las campiñas de Holstein.

Faltaban todavía tres horas de viaje para alcanzar la capital de Dinamarca. Mi tío no había pegado ojo en toda la noche. Creo que, en su impaciencia, empujaba el vagón con los pies.

Por fin, divisó un trozo de mar.

—¡El Sund! —exclamó.

A nuestra izquierda había un vasto edificio que se parecía a un hospital.

—Es un manicomio —dijo uno de nuestros compañeros de viaje.

«Bueno —pensé yo—, en ese establecimiento deberíamos terminar nuestros días. Y por grande que sea ese hospital siempre será demasiado pequeño para contener toda la locura del profesor Lidenbrock».

Por fin, a las diez de la mañana, pisábamos Copenhague; los equipajes fueron cargados en un coche y llevados con nosotros al hotel Phoenix, en Bred-Gale. Fue cosa de media hora, porque la estación está situada fuera de la ciudad. Luego, después de haberse aseado de forma sumaria, mi tío me arrastró tras él. El portero del hotel hablaba alemán e inglés; pero el profesor, en su calidad de políglota, le

preguntó en buen danés, y en buen danés le indicó aquel personaje la situación del Museo de Antigüedades del Norte.

El director de este curioso establecimiento, donde se amontonan maravillas que permitirían reconstruir la historia del país con sus antiguas armas de piedra, sus copas medievales y sus joyas, era un sabio, amigo del cónsul de Hamburgo, el profesor Thomson.

Mi tío tenía para él una calurosa carta de recomendación. En general, un sabio recibe bastante mal a otro sabio. Pero en este caso fue todo lo contrario. Como hombre servicial, el señor Thomson acogió cordialmente al profesor Lidenbrock, e incluso a su sobrino. Decir que el secreto fue guardado ante el excelente director del Museo, apenas resulta necesario. Queríamos buenamente visitar Islandia como desinteresados aficionados.

El señor Thomson se puso por entero a nuestra disposición, y recorrimos los muelles en busca de un navío que estuviera a punto de partir.

Yo esperaba no encontrar ningún medio de transporte; pero no fue así. Una pequeña goleta danesa, la *Valkiria*, debía hacerse a la vela para Reikiavik el 2 de junio. El capitán, el señor Bjarne, se hallaba a bordo. En medio de su alegría, el futuro pasajero le estrechó las manos hasta rompérselas. El buen hombre quedó algo asombrado por semejante apretón. Le parecía la cosa más simple ir a Islandia, ya que ésa era su ocupación. A mi tío le parecía sublime. El digno capitán aprovechó aquel entusiasmo para hacerse pagar al doble el pasaje en su navío. Mas nosotros no reparábamos en esas miserias.

—Preséntense a bordo el martes, a las siete de la mañana —dijo el señor Bjarne, tras haberse embolsado un respetable número de dólares.

Agradecemos entonces al señor Thomson sus buenos oficios, y volvimos al hotel Phoenix.

—¡Esto va bien! ¡Muy bien! —repetía mi tío—. ¡Qué suerte haber encontrado ese barco dispuesto a partir! Ahora almorcemos, y vayamos a visitar la ciudad.

Nos dirigimos a Kongens-Nye-Torw, plaza irregular donde se encuentra un puesto con dos inocentes cañones fijos que no dan miedo a nadie. Cerca de allí, en el número 5, había un restaurante francés al cuidado de un cocinero llamado Vincent; almorzamos abundantemente por el módico precio de cuatro marcos cada uno.

Luego yo sentí un placer de niño recorriendo la ciudad; mi tío se dejaba llevar; además no vio nada, ni el insignificante palacio del rey, ni el bonito puente del siglo XVII, que une las dos márgenes del canal delante del museo, ni el inmenso cenotafio de Torwaldsen, adornado de horribles pinturas murales y que en su interior contiene las obras de ese escultor, ni el castillo bombonera de Rosenborg, en un parque bastante hermoso, ni el admirable edificio renacentista de la Bolsa, ni su campanario hecho con las colas entrelazadas de cuatro dragones de bronce, ni los grandes molinos

de las murallas, cuyas amplias aspas se hinchaban como las velas de un bajel al viento del mar.

¡Qué deliciosos paseos hubiéramos dado mi hermosa virlandesa y yo por la parte del puerto, donde los bergantines y las fragatas dormían pacíficamente bajo su roja techumbre, por las orillas verdeantes del estrecho, a través de aquellas espesas enramadas en cuyo seno se oculta la ciudadela, cuyos cañones alargan sus negras fauces entre las ramas de los saúcos y los sauces!

Pero ¡ay!, mi pobre Graüben estaba lejos; además, ¿podía tener esperanza de volver a verla alguna vez?

Sin embargo, aunque mi tío no vio nada de estos encantadores parajes, quedó vivamente sorprendido por la vista de cierto campanario situado en la isla de Amak, que forma el barrio suroeste de Copenhague.

Recibí la orden de dirigir nuestros pasos hacia aquel lado; subí a una pequeña embarcación a vapor que hacía el servicio de los canales y que en unos instantes atracó en el muelle de Dock-Yard.

Después de haber atravesado algunas calles estrechas donde galeotes vestidos con pantalones medio amarillos y medio grises trabajaban bajo los bastones de los cómitres, llegamos ante Vor-Frelzers-Kirk. Aquella iglesia no ofrecía nada notable. Pero su campanario, bastante alto, había atraído la atención del profesor por lo siguiente: alrededor de la aguja de su campanario circulaba una escalera exterior cuya espiral se desarrollaba al aire libre.

—Subamos —dijo mi tío.

—Pero ¿y el vértigo? —contesté yo.

—Razón de más, tenemos que acostumbrarnos.

—Pero...

—Vamos te digo, y no perdamos tiempo.

Hubo que obedecer. Un vigilante, que vivía al otro lado de la calle, nos entregó una llave, y comenzó la ascensión.

Mi tío me precedía con paso ágil. Yo le seguía no sin terror, porque la cabeza me daba vueltas con lamentable facilidad. Yo no tenía ni el aplomo de las águilas ni la insensibilidad de sus nervios.

Mientras estuvimos encerrados en el recinto interior, todo fue bien; pero después de ciento cincuenta escalones el aire vino a golpearme el rostro: habíamos llegado a la plataforma del campanario. Allí comenzaba la escalera aérea, protegida por una frágil barandilla, y cuyos escalones, cada vez más estrechos, parecían subir hasta el infinito.

—Nunca lo conseguiré —dije.

—¿Vas a resultar un cobarde? ¡Sube! —respondió despiadadamente el profesor.

Forzoso fue seguirle agarrándome como una lapa. El viento me aturdí; sentía que el campanario oscilaba bajo las ráfagas; mis piernas fallaban; trepaba apoyado en las rodillas, luego en el vientre; cerraba los ojos, me mareaba de vértigo.

Por fin, tirándome mi tío por el cuello de la camisa, llegué junto a la bola.

—Mira —me dijo—, y mira bien, ¡hay que tomar *lecciones de abismo*!

Abrí los ojos. Divisé las casas achatadas y como aplastadas por una caída, en medio de la bruma de las humaredas. Por encima de mi cabeza pasaban nubes desmelenadas, y, por una inversión óptica, me parecían inmóviles, mientras que el campanario, la bola y yo éramos arrastrados a velocidad fantástica. A lo lejos, a un lado se extendía la campiña verdeante; al otro resplandecía el mar bajo un haz de rayos. El Sund se extendía hasta la punta de Elsinor, con algunas velas blancas, verdaderas alas de gaviotas, y en la bruma del este ondulaban las costas apenas difuminadas de Suecia. Toda aquella inmensidad giraba ante mis ojos.

Pero hube de levantarme, mantenerme erguido y mirar. Mi primera lección de vértigo duró una hora. Cuando al fin me fue permitido descender y tocar con el pie el pavimento sólido de las calles, estaba derrengado.

—Mañana lo repetiremos —dijo mi profesor.

Y, en efecto, durante cinco días repetí ese ejercicio vertiginoso y, de buena o mala gana, hice sensibles progresos en el arte «de las altas contemplaciones».

Llegó el día de la partida. La víspera, el amable señor Thomson nos había traído cartas de recomendación muy efusivas para el conde Trampe, gobernador de Islandia, el señor Pictursson, coadjutor del obispo, y el señor Finsen, alcalde de Reikiavik. A cambio, mi tío le otorgó los más calurosos apretones de manos.

El día 2, a las seis de la mañana, nuestros preciosos equipajes estaban ya a bordo de la *Valkiria*. El capitán nos condujo a unos camarotes bastante estrechos, dispuestos bajo una especie de toldilla.

—¿Tenemos buen viento? —preguntó mi tío.

—Excelente —respondió el capitán Bjarne—; viento del sureste. Vamos a salir del Sund con viento de popa y todas las velas desplegadas.

Algunos instantes después la goleta, impulsada por su mesana, su cangreja, su gavia y su juanete, aparejó y entró a toda vela en el estrecho. Una hora después, la capital de Dinamarca parecía hundirse en las lejanas olas y la *Valkiria* pasaba rozando la costa de Elsinor. En el nervioso estado de ánimo en que me encontraba, esperaba ver la sombra de Hamlet vagando sobre la legendaria explanada.

«¡Sublime insensato! —decía yo—. Tú, sin duda, nos aprobarías. Quizá nos siguieras hasta el centro del globo en busca de una solución a tu eterna duda».

Pero nada apareció sobre las antiguas murallas. El castillo es, además, mucho más moderno que el heroico príncipe de Dinamarca. Sirve ahora de alojamiento suntuoso al vigilante del estrecho del Sund, por el que todos los años pasan quince mil navíos de todas las naciones.

El castillo de Krongborg desapareció pronto entre la bruma, así como la torre de Helsingborg, levantada en la costa sueca, y la goleta se inclinó ligeramente bajo las brisas del Cattegat.

La *Valkiria* era un buen velero, pero con un navío a vela nunca se sabe a ciencia cierta qué va a pasar. Transportaba a Reikiavik carbón, utensilios domésticos, cerámica, vestidos de lana y un cargamento de trigo. Una tripulación de cinco hombres, todos ellos daneses, bastaba para su manejo.

—¿Cuánto durará la travesía? —preguntó mi tío al capitán.

—Unos diez días —respondió este último—, si no encontramos demasiados vendavales del noroeste al atravesar las Feroe.

—Pero ¿puede sufrir retrasos considerables?

—No, señor Lidenbrock; tranquilícese; llegaremos.

Al atardecer, la goleta dobló el cabo Skagen por la punta norte de Dinamarca, cruzó durante la noche el Skagerrak, costeó el extremo de Noruega por el cabo Lindness y entró en el mar del Norte.

Dos días después avistábamos las costas de Escocia a la altura de Peterheade, y la *Valkiria* se dirigió hacia las Feroe pasando entre las Órcadas y las Shetland.

Nuestra goleta pronto fue batida por las olas del Atlántico; hubo de navegar en zigzag para evitar el viento del norte y no sin esfuerzo llegó a las Feroe. El día 8 el capitán reconoció Mygannes, la más oriental de estas islas, y, a partir de este momento se dirigió rectamente hacia el cabo de Portland, situado en la costa meridional de Islandia.

La travesía no presentó ningún incidente notable. Yo soporté bastante bien las pruebas del mar; mi tío, con gran enojo por su parte y mayor vergüenza todavía, no dejó de marearse ni un momento.

Por tanto, no pudo hablar con el capitán Bjarne sobre la cuestión del Sneffels, ni sobre los medios de comunicación o las facilidades de transporte; hubo de posponer tales explicaciones para el momento de la llegada y pasó todo el tiempo tumbado en su camarote, cuyos tabiques crujían a causa de los grandes bandazos y del cabeceo. Debo confesar que, en cierto modo, merecía su suerte.

El 11 avistamos el cabo Portland. El tiempo, claro entonces, permitió divisar el Myrdals Yocul, que lo domina. El cabo está compuesto por un gran peñasco, de empinadas pendientes, que se levanta completamente solo en mitad de la playa.

La *Valkiria* se mantuvo a razonable distancia de la costa, bordeándola hacia el Oeste, en medio de numerosos rebaños de ballenas y tiburones. Pronto apareció una inmensa roca horadada contra la cual arremetía con furia la mar espumeante. Los islotes de Westman parecieron brotar del océano como un semillero de rocas sobre la llanura líquida. A partir de este momento la goleta se distanció para doblar, a buena distancia, el cabo Reykjanes, que forma el ángulo occidental de Islandia.

La mar, muy gruesa, impedía a mi tío subir al puente para admirar aquellas costas recortadas y batidas por los vientos del suroeste.

Cuarenta y ocho horas después, al salir de una tempestad que obligó a la goleta a huir a todo trapo, divisamos al este la baliza de la punta Skagen, cuyas peligrosas rocas se adentran a gran distancia entre las olas. Un piloto islandés subió a bordo, y tres horas más tarde la *Valkiria* fondeaba en Reikiavik, ante la bahía de Faxa.

El profesor salió por fin de su camarote, algo pálido y descompuesto, pero siempre entusiasta, y con una mirada de satisfacción en los ojos.

La población de la villa, particularmente interesada por la llegada de un navío en el que cada cual tenía algo que recoger, se agrupaba en el muelle.

Mi tío tenía prisa por abandonar su prisión flotante, por no decir su hospital. Pero antes de dejar el puente de la goleta, me arrastró a proa, y desde allí me señaló, en la parte septentrional de la bahía, una montaña de dos picos, un doble cono cubierto de nieves eternas.

—¡El Sneffels! —exclamó—. ¡El Sneffels!

Luego, tras recomendarme con el gesto silencio absoluto, descendió a la barca que le esperaba. Yo le seguí, y pronto pisábamos el suelo de Islandia.

Enseguida apareció un hombre de rostro amable, vestido con uniforme de general. Sin embargo, no era más que un simple magistrado, el gobernador de la isla, el barón Trampe en persona. El profesor lo reconoció enseguida. Entregó al gobernador sus cartas de Copenhague, y ambos mantuvieron en danés una corta conversación, a la que permanecí completamente ajeno, y con toda razón. Pero de esta primera entrevista resultó lo siguiente: que el barón Trampe se ponía por completo a disposición del profesor Lidenbrock.

Mi tío tuvo una acogida muy amable por parte del alcalde, el señor Finsen, no menos militar en cuanto al traje que el gobernador, pero igual de pacífico por temperamento y ocupación.

En cuanto al coadjutor, señor Pictursson, realizaba en aquellos momentos una gira episcopal por el distrito Norte; por el momento debíamos renunciar a serle presentados. Pero un hombre encantador, cuya ayuda nos resultó preciosa, fue el señor Fridriksson, profesor de ciencias naturales de la escuela de Reikiavik. Este modesto sabio no hablaba más que el islandés y el latín; vino a ofrecerme sus servicios en la lengua de Horacio, y sentí que estábamos hechos para comprendernos. En efecto, fue el único personaje con el que pude conversar durante mi estancia en Islandia.

De las tres habitaciones de que se componía su casa, aquel excelente hombre puso dos a nuestra disposición, y pronto estuvimos instalados en ella con nuestros equipajes, cuya cantidad sorprendió algo a los habitantes de Reikiavik.

—Bueno, Axel —me dijo mi tío—, esto marcha, y lo más difícil ya está hecho.

—¿Cómo lo más difícil? —exclamé.

—Sin duda, ya no nos queda más que bajar.

—Si quiere tomarlo así, tiene razón; pero imagino que después de bajar habrá que subir.

—¡Oh, eso no me preocupa! Vamos, no hay tiempo que perder. Voy a dirigirme a la biblioteca. Quizá encuentre allí algún manuscrito de Saknussem, y me gustaría consultarlo.

—Mientras tanto, yo visitaré la ciudad. ¿No lo hará usted?

—Me interesa más bien poco. Lo curioso en esta tierra de Islandia no está encima, sino debajo.

Yo salí y vagabundeeé sin rumbo.

Perderse en las dos calles de Reikiavik hubiera sido bastante difícil. Por eso no me vi obligado a preguntar mi camino, cosa que en la lengua de los gestos expone a muchos sinsabores.

La ciudad se extiende sobre un suelo bastante bajo y pantanoso, entre dos colinas. Una inmensa corriente de lavas la cubre por un lado y desciende en rampas bastante suaves hacia el mar. Por el otro se extiende la amplia bahía de Faxa, limitada al norte por el enorme glaciar del Sneffels, y en la que la *Valkiria* era el único barco anclado en aquel momento. Por regla general, allí fondean los barcos de escolta de los pesqueros ingleses y franceses; pero entonces se hallaban de servicio en las costas orientales de la isla.

La más larga de las dos calles de Reikiavik es paralela a la orilla; allí viven los comerciantes y los negociantes, en cabañas de madera hechas de vigas rojas horizontalmente dispuestas; la otra calle situada más al oeste, corre hacia un pequeño lago, entre las casas del obispo y demás personajes ajenos al comercio.

Pronto recorrí esas vías sombrías y tristes; a veces se veía un trozo de césped descolorido, como una vieja alfombra de lana raída por el uso, o bien alguna apariencia de huerto, cuyas escasas hortalizas, patatas, coles y lechugas, habrían figurado fácilmente en una mesa liliputiense; algunos alhelíes raquíticos también trataban de aparentar que recibían el sol.

Hacia el centro de la calle no comercial encontré el cementerio público, cercado por una tapia de barro, en el que sobraba sitio. Luego, en unos pocos minutos, llegué a la casa del gobernador, una casucha comparada con el ayuntamiento de Hamburgo, un palacio comparado con las cabañas de la población islandesa.

Entre el pequeño lago y la ciudad se alzaba la iglesia, trazada al gusto protestante y construida con piedras calcinadas: los volcanes corren con los gastos de extracción; sin duda, debido a las fuertes ventoleras del oeste, las tejas rojas de su tejado debían salir volando, a menudo con gran peligro para los fieles.

Sobre un altozano próximo divisé la escuela nacional, donde, según supe más tarde por nuestro anfitrión, se daban clases de hebreo, inglés, francés y danés, cuatro lenguas de las que, para mi vergüenza, no conocía ni la primera palabra. Habría sido el último de los cuarenta alumnos con que contaba el pequeño colegio, e indigno de acostarme a su lado en aquellas habitaciones dobles, donde los más delicados debían ahogarse la primera noche.

En tres horas acabé de visitar no sólo la ciudad sino sus alrededores. El aspecto general era singularmente triste. Nada de árboles ni vegetación, por decir así. En todas partes las aristas vivas de las rocas volcánicas. Las cabañas de los islandeses están

hechas de barro y de turba, y sus paredes se inclinan hacia dentro. Parecen tejados puestos sobre el suelo. Sólo que esos tejados son praderas relativamente fértiles: gracias al calor del habitáculo la hierba crece en ellos con bastante fecundidad y en la época en que brota el heno han de segarlos meticulosamente, porque de otro modo los animales domésticos irían a pastar sobre las verdeantes mansiones.

Durante mi excursión encontré pocas personas. Al volver a la calle comercial, vi a la mayor parte de la población ocupada en secar, salar y enfardar bacalao, principal artículo de exportación. Los hombres parecían robustos, pero pesados, una especie de alemanes rubios de mirada pensativa, que se sienten algo marginados de la humanidad, pobres exilados relegados a esta tierra de hielo, de quienes la naturaleza debió hacer esquimales, puesto que los condenaba a vivir en el límite del círculo polar. En vano traté de sorprender una sonrisa en su rostro; reían a veces mediante una especie de contracción involuntaria de los músculos, pero no sonreían jamás.

Su ropa consistía en una basta blusa de lana negra, conocida en los países escandinavos con el nombre de *vadmel*, un sombrero de ala ancha, un pantalón de rayas rojas y, haciendo las veces de calzado, un trozo de cuero doblado.

Las mujeres, de cara triste y resignada, de tipo bastante agradable, pero sin expresión, vestían con un corpiño y una falda de *vadmel* oscuro; las muchachas solteras llevaban sobre sus cabellos trenzados en guiraldas un pequeño gorro de punto marrón; las casadas rodeaban su cabeza con un pañuelo de color, rematado por una cofia de tela blanca.

Tras un buen paseo, cuando volví a casa del señor Fridriksson, mi tío ya se encontraba allí en compañía de su anfitrión.

La cena estaba lista; fue devorada con avidez por el profesor Lidenbrock: la forzada dieta de a bordo había convertido su estómago en un abismo profundo. Aquella comida, más danesa que islandesa, no tuvo nada de notable en sí misma; pero nuestro anfitrión, más islandés que danés, me recordó a los personajes de la antigua hospitalidad. Me resultó más evidente que a él mismo que estábamos en su casa.

La conversación se desarrolló en la lengua local, que mi tío mezclaba con el alemán y el señor Fridriksson con el latín, a fin de que yo pudiera comprenderla. Giró sobre cuestiones científicas, como conviene a sabios; pero el profesor Lidenbrock mantuvo la mayor reserva, y a cada frase sus ojos me recomendaban un silencio absoluto sobre nuestros proyectos para el futuro.

Ante todo, el señor Fridriksson se interesó por el resultado de las investigaciones de mi tío en la biblioteca.

—¡La biblioteca! —exclamó este último—, está formada únicamente por libros desaparecidos en estantes casi vacíos.

—¡Cómo! —respondió el señor Fridriksson—. Poseemos ocho mil volúmenes, muchos de los cuales son preciosos y raros, obras en antigua lengua escandinava y todas las novedades que Copenhague nos envía cada año.

—¿De dónde saca esos ocho mil volúmenes? Por lo que a mí se refiere...

—Señor Lidenbrock, circulan por el país. En nuestra vieja isla de hielo sentimos gusto por el estudio. No hay un granjero ni un pescador que no sepa leer y que no lea. Pensamos que los libros, en lugar de enmohecerse tras una rejilla, lejos de miradas curiosas, están destinados a gastarse bajo los ojos de los lectores. Por eso los volúmenes pasan de mano en mano, hojeados, leídos y releídos, y a menudo no vuelven a su estante sino tras un año o dos de ausencia.

—Y mientras tanto —respondió mi tío con cierto despecho—, los extranjeros...

—¡Qué quiere! Los extranjeros tienen en sus casas bibliotecas, y además, antes que nada, es preciso que nuestros compatriotas se instruyan. Se lo repito, el amor al estudio está en la sangre islandesa. Por eso en 1816 fundamos una sociedad literaria que va muy bien: sabios extranjeros se honran formando parte de ella; publica libros destinados a la educación de nuestros compatriotas y presta auténticos servicios al

país. Si desea ser uno de nuestros miembros correspondientes, señor Lidenbrock, nos proporcionará un gran placer.

Mi tío, que ya pertenecía a un centenar de sociedades científicas, aceptó con agrado, lo que conmovió al señor Fridriksson.

—Y ahora —prosiguió éste—, si quiere indicarme los libros que esperaba encontrar en nuestra biblioteca, quizá pueda informarle sobre ellos.

Miré a mi tío. Dudó en contestar. Aquello afectaba directamente a sus proyectos. Sin embargo, tras haber reflexionado, se decidió a hablar.

—Señor Fridriksson —dijo—, quisiera saber si entre las obras antiguas poseen las de Arne Saknussem.

—¡Arne Saknussem! —respondió el profesor de Reikiavik—. ¿Se refiere usted a ese sabio del siglo XVI que era a la vez gran naturalista, gran alquimista y gran viajero?

—Exactamente.

—¿A una de las glorias de la literatura y de la ciencia islandesa?

—Así es.

—¿Un hombre ilustre entre todos?

—Lo concedo.

—¿Y cuya audacia iguala a su genio?

—Veo que le conoce usted bien.

Mi tío rebosaba de alegría al oír hablar así de su héroe. Devoraba con los ojos al señor Fridriksson.

—Y bien —preguntó—, ¿sus obras?

—Ay, sus obras no las tenemos.

—¡Cómo! ¿En Islandia?

—No existen ni en Islandia ni en ninguna otra parte.

—¿Y por qué?

—Porque Arne Saknussem fue perseguido por herejía, y en 1573 sus obras fueron quemadas en Copenhague por mano del verdugo.

—¡Muy bien! ¡Perfecto! —exclamó mi tío, con gran escándalo del profesor de ciencias naturales.

—¿Cómo? —dijo este último.

—Sí, todo se explica, todo se encadena, todo está claro, y ahora comprendo por qué Saknussem, puesto en el Índice y forzado a ocultar los descubrimientos de su genio, tuvo que enterrar en un incomprensible criptograma su secreto...

—¿Qué secreto? —preguntó interesado el señor Fridriksson.

—Un secreto que..., del que... —respondió mi tío balbuceando.

—¿Acaso tiene usted algún documento particular? —prosiguió nuestro anfitrión.

—No..., estaba haciendo meras suposiciones.

—Bien —respondió el señor Fridriksson, que tuvo la amabilidad de no insistir al ver el azoramiento de su interlocutor—. Espero —añadió— que no abandonen nuestra isla sin haber profundizado en sus riquezas mineralógicas.

—Desde luego —respondió mi tío—; pero llego un poco tarde; ya habrán pasado muchos sabios por aquí.

—Sí, señor Lidenbrock; los trabajos de los señores Olafsen y Povelsen realizados por orden del rey; los estudios de Troil; la misión científica de los señores Gaimard y Robert, a bordo de la corbeta francesa *La Recherche* y últimamente las observaciones de los sabios embarcados en la fragata *La Reine-Hortense* han contribuido poderosamente al conocimiento de Islandia. Pero, créame, todavía hay mucho trabajo por hacer.

—¿De veras? —preguntó mi tío con aire ingenuo, tratando de dominar el brillo de sus ojos.

—Sí. ¡Cuántas montañas, glaciares y volcanes poco conocidos están por estudiar aún! Y mire, sin ir más lejos, ¿ve ese monte que se alza en el horizonte? Es el Sneffels.

—¡Ah —dijo mi tío—, el Sneffels!

—Sí, es uno de los volcanes más curiosos y cuyo cráter rara vez se visita.

—¿Está apagado?

—Apagado desde hace quinientos años.

—Pues bien —respondió mi tío, que cruzaba frenéticamente sus piernas para no dar saltos en el aire—, quiero comenzar mis estudios geológicos por ese Seffel..., Fessel..., ¿cómo dice usted?

—Sneffels —contestó el bueno del señor Fridriksson.

Esta parte de la conversación se había desarrollado en latín; yo había comprendido todo y a duras penas logré mantenerme serio viendo a mi tío contener una satisfacción que le desbordaba por todas partes; trataba de adoptar un aspecto inocente que parecía la mueca de un viejo diablo.

—Sí —dijo—, sus palabras me han decidido. Trataremos de escalar el Sneffels, quizás incluso de estudiar su cráter.

—Lamento mucho que mis ocupaciones no me permitan ausentarme —respondió el señor Fridriksson—; les habría acompañado con placer y provecho.

—¡Oh, no, no! —atajó rápidamente mi tío—. No queremos molestar a nadie, señor Fridriksson; se lo agradezco de todo corazón. La presencia de un sabio como usted nos resultaría muy útil, pero los deberes de su profesión...

Quiero pensar que nuestro anfitrión, en la inocencia de su alma islandesa, no comprendió la malicia, algo burda, de mi tío.

—Me parece muy bien, señor Lidenbrock, que comience por ese volcán —dijo—. Ahí recogerá una amplia cosecha de observaciones interesantes. Pero, dígame, ¿cómo piensa llegar a la península del Sneffels?

—Por mar, atravesando la bahía. Es el camino más rápido.
—Sin duda, pero es imposible tomarlo.
—¿Por qué?
—Porque no tenemos ni un solo bote en Reikiavik.
—¡Diablos!
—Tendrá que ir por tierra, siguiendo la costa. Será más largo, pero más interesante.
—Bueno. Ya veré el medio de procurarme un guía.
—Precisamente puedo ofrecerle uno.
—¿Un hombre seguro, inteligente?
—Sí, un natural de la península. Es un cazador de éideres muy hábil y del que quedará usted satisfecho. Habla danés perfectamente.
—¿Y cuándo podré verle?
—Mañana, si usted quiere.
—¿Por qué no hoy?
—Porque llega mañana.
—Entonces tendrá que ser mañana —respondió mi tío con un suspiro.

Esta importante conversación finalizó algunos instantes después con calurosas expresiones de agradecimiento del profesor alemán al profesor islandés. Durante aquella cena, mi tío se había informado de cosas importantes, entre otras, de la historia de Saknussem, de la razón de su misterioso documento, de que su anfitrión no le acompañaría en su expedición y de que desde el día siguiente tendría un guía a sus órdenes.

Al atardecer, di un corto paseo por las orillas de Reikiavik, y volví temprano a acostarme en mi cama de grandes tablas, donde dormí con profundo sueño.

Cuando me desperté, oí a mi tío que hablaba con la mayor locuacidad en la sala vecina. Me levanté en el acto y me apresuré a reunirme con él.

Hablaba en danés con un hombre de elevada estatura y bien plantado. Aquel gran mocetón debía tener una fuerza poco común. Sus ojos, horadados en una cabeza muy grande y bastante ingenua, me parecieron inteligentes. Eran de un azul soñador. Unos cabellos largos, que habrían pasado por pelirrojos incluso en Inglaterra, caían sobre sus atléticos hombros. Aquel indígena tenía movimientos ágiles, pero movía poco los brazos, como hombre que ignoraba o despreciaba el lenguaje de los gestos. Todo revelaba en él un temperamento de calma perfecta; no indolente, sino tranquilo. Daba la impresión de no pedir nada a nadie, de trabajar a su conveniencia, y de que su filosofía no podía ser ni sorprendida ni perturbada por nada en este mundo.

Descubrí los matices de ese carácter en la forma en que el islandés escuchó la verborrea apasionada de su interlocutor. Permanecía con los brazos cruzados, inmóvil ante los abundantes gestos de mi tío; para negar, su cabeza se movía de izquierda a derecha; para afirmar, se inclinaba, y lo hacía tan ligeramente que apenas si se alteraban sus largos cabellos. Era la economía del movimiento llevada hasta la avaricia.

Desde luego, viendo a aquel hombre, jamás se hubiera adivinado su profesión de cazador, pues si bien era seguro que no espantaría a las piezas, ¿cómo se las arreglaba para atraparlas?

Todo quedó explicado cuando el señor Fridriksson me informó de que aquel tranquilo personaje no era más que un «cazador de éideres», patos cuyo plumaje constituye la mayor riqueza de la isla. En efecto, ese plumaje se llama edredón, y no se necesita mucha agilidad para cogerlo.

En los primeros días del verano, la hembra del éider, una hermosa especie de pato, construye su nido entre las rocas de los fiordos que bordean toda la costa. Construido el nido, lo alfombra con finas plumas que se arranca del vientre. Inmediatamente llega el cazador, o mejor dicho, el negociante, coge el nido, y la hembra tiene que comenzar de nuevo su trabajo. Esta operación dura hasta que está completamente desplumada;

entonces le toca al macho. Pero como el plumaje duro y grosero de este último no tiene ningún valor comercial, el cazador no se toma la molestia de quitarle la cama de su pollada; de manera que concluye el nido; la hembra pone sus huevos, los pequeños nacen, y al año siguiente comienza otra vez la recolección del edredón.

Y como el éider no escoge las rocas escarpadas para construir en ellas su nido, sino más bien las peñas suaves y planas que se adentran en el mar, el cazador islandés podía ejercer su oficio sin gran agitación. Era un granjero que no tenía que sembrar ni segar su cosecha, sólo recogerla.

Aquel personaje grave, flemático y silencioso se llamaba Hans Bjelke y venía por recomendación del señor Fridriksson: era nuestro futuro guía. Sus modales contrastaban singularmente con los de mi tío..

Sin embargo se entendieron sin problemas. Ni uno ni otro repararon en el precio: dispuesto el uno a aceptar lo que le ofrecieran y el otro a dar lo que le hubieran pedido. Jamás hubo trato alguno más fácil de concluir.

Y de lo pactado resultó que Hans se comprometía a conducirnos a la aldea de Stapi, situada en la costa meridional de la península del Sneffels, al pie mismo del volcán. La distancia por tierra era de unas veintidós millas, recorrido que debía hacerse en dos días, en opinión de mi tío. Pero cuando supo que se trataba de millas danesas, de veinticuatro mil pies, tuvo que modificar sus cuentas, y, vista la insuficiencia de los caminos, calcular siete u ocho días de marcha.

Debían ponerse a su disposición cuatro caballos, dos para llevarnos a él y a mí y otros dos destinados a nuestros equipajes. Hans iría a pie, según su costumbre. Conocía perfectamente aquella parte de la costa y prometió avanzar por el camino más corto.

Su compromiso con mi tío no expiraba a nuestra llegada a Stapi; permanecería a su servicio durante todo el tiempo necesario para sus excursiones científicas, al precio de tres rixdales por semana. Pero se pactó expresamente que esa suma le sería entregada al guía todos los sábados por la noche, condición *sine qua non* de su trato.

Se fijó la partida para el 16 de junio. Mi tío quiso entregar al cazador una señal como garantía del trato, pero éste se negó con una palabra.

—*Efter* —dijo.

—Después —tradujo el profesor para contribuir a mi educación.

Una vez concluido el trato, Hans se retiró inmediatamente.

—¡Un buen tipo! —exclamó mi tío—, pero no sospecha el maravilloso papel que el destino le reserva.

—Entonces nos acompaña hasta...

—Sí, Axel, hasta el centro de la Tierra.

Todavía quedaban cuarenta y ocho horas; muy a mi pesar hube de emplearlas en nuestros preparativos; toda nuestra inteligencia fue empleada en disponer cada objeto

de la forma más adecuada, los instrumentos en un sitio, las armas en otro, las herramientas en este paquete, los víveres en aquél. En total cuatro grupos.

Los instrumentos comprendían:

1.º Un termómetro centígrado de Eigel, graduado hasta ciento cincuenta grados, lo cual me parecía demasiado o insuficiente, según su destino: demasiado, si el calor ambiental debía subir hasta esos grados, en cuyo caso nosotros ya nos habríamos cocido antes; insuficiente, si se trataba de medir la temperatura de manantiales o cualquier otra materia en fusión;

2.º Un manómetro de aire comprimido, dispuesto de tal forma que indicara presiones superiores a la de la atmósfera al nivel del océano. En efecto, el barómetro corriente no hubiera bastado, porque la presión atmosférica debía aumentar proporcionalmente a nuestro descenso bajo la superficie de la Tierra;

3.º Un cronómetro de Boissonnas hijo, de Ginebra, perfectamente ajustado con el meridiano de Hamburgo;

4.º Dos brújulas de inclinación y declinación;

5.º Un anteojo de visión nocturna;

6.º Dos aparatos de Ruhmkorff que, por medio de una corriente eléctrica, daban una luz portátil, segura y poco engorrosa.

Las armas consistían en dos carabinas de Purdley More y Co. y dos revólveres Colt. ¿Por qué armas? Supongo que no teníamos que temer el encuentro con salvajes ni bestias feroces; pero mi tío parecía necesitar su arsenal tanto como sus instrumentos, sobre todo una notable cantidad de algodón de pólvora inalterable a la humedad, cuya fuerza expansiva es muy superior a la de los explosivos corrientes.

Las herramientas comprendían dos picos, dos piquetas, una escala de seda, tres bastones con la contera de hierro, un hacha, un martillo, una docena de cuñas y escarpas de hierro y largas cuerdas de nudos. Todo aquello formaba un gran bulto, porque la escala medía trescientos pies de longitud.

Por último estaban las provisiones; aunque el paquete no era muy grueso, sí resultaba tranquilizador, porque yo sabía que en carne concentrada y galletas había víveres para seis meses. La ginebra constituía toda la provisión líquida; nada de agua; pero teníamos cantimploras, y mi tío contaba con los manantiales para llenarlas; las objeciones que yo había hecho sobre su calidad, su temperatura e incluso sobre su ausencia, no habían tenido éxito.

Para completar la enumeración exacta de nuestros artículos de viaje, anotaré un botiquín portátil conteniendo tijeras de punta roma, tablillas para fracturas, una pieza de cinta de hilo crudo, vendas y compresas, esparadrapo, una lanceta para sangrías, cosas todas horribles; además, una serie de frascos conteniendo dextrina, alcohol para las heridas, acetato de plomo líquido, éter, vinagre y amoníaco, drogas todas de

empleo poco tranquilizador; por último, las materias necesarias para los aparatos de Ruhmkorff.

Mi tío no había echado en olvido la provisión de tabaco, pólvora para las escopetas y yesca; ni tampoco un cinturón de cuero que llevaba alrededor de la cintura y donde había una buena cantidad de monedas de oro y de plata y de dinero en papel. En el paquete de herramientas había buenos zapatos impermeabilizados con una capa de alquitrán y de goma elástica.

—Así vestidos, calzados y equipados, no hay ninguna razón para no ir lejos —me dijo mi tío.

La jornada del 14 se empleó íntegra en disponer todos estos objetos. Por la noche cenamos en casa del barón Trampe, en compañía del alcalde de Reikiavik y del doctor Hyaltalin, el médico más importante del país. El señor Fridriksson no se hallaba entre los invitados; más tarde supe que el gobernador y él estaban enfrentados por una cuestión administrativa y que no se trataban. De manera que no tuve posibilidad de comprender ni una sola palabra de lo que se dijo durante aquella cena semioficial. Sólo observé que mi tío habló todo el tiempo.

Al día siguiente, 15, se concluyeron los preparativos. Nuestro anfitrión dio una gran alegría al profesor entregándole un mapa de Islandia incomparablemente más perfecto que el de Handerson, el mapa del señor Olaf Nikolas Olsen, a escala de 1/480 000, publicado por la Sociedad Literaria Islandesa según los trabajos geodésicos del señor Scheel Frisac y el trazado topográfico del señor Bjorn Gumlaugsonn. Era un documento precioso para un mineralogista.

Pasamos la última velada en íntima conversación con el señor Fridriksson, hacia el que yo sentía una viva simpatía; luego, sucedió a la conversación un sueño bastante agitado, al menos por lo que a mí se refiere.

A las cinco de la mañana me despertó el relincho de cuatro caballos que piafaban bajo mi ventana. Me vestí apresuradamente y bajé a la calle. Allí, Hans acababa de cargar nuestros equipajes sin moverse, por decir así. Sin embargo, trabajaba con una destreza poco común. Mi tío era más ruidoso que efectivo, y el guía parecía preocuparse muy poco de sus recomendaciones.

Todo quedó terminado a las seis. El señor Fridriksson nos estrechó la mano. Mi tío le agradeció en islandés, de todo corazón, su benévola hospitalidad. En cuanto a mí, esboqué un saludo cordial en mi mejor latín; montamos a continuación en nuestros caballos, y el señor Fridriksson me lanzó, con su último adiós, este verso de Virgilio que parecía hecho para nosotros, viajeros inseguros del camino:

Et quacumque viam dederit fortuna sequamur.

Habíamos partido con cielo cubierto, pero estable. Ni fatigosos calores que temer, ni lluvias desastrosas. Un tiempo de turistas.

El placer de correr a caballo por un país desconocido me indujo a aceptar con buen ánimo el principio de la empresa. Me hallaba completamente entregado a la felicidad del excursionista, hecha de deseos y de libertad. Comenzaba a adaptarme a la situación.

«Además —me decía—, ¿qué arriesgo? ¡Viajar por el país más curioso! ¡Escarlar una montaña muy notable! En el peor de los casos, bajar al fondo de un cráter apagado. Es evidente que el tal Saknussem no hizo otra cosa. En cuanto a la existencia de una galería que lleve al centro del globo, ¡pura imaginación!, ¡absoluta imposibilidad! Por tanto, tomemos lo que haya de bueno en esta expedición y sin titubeos».

Cuando hube concluido este razonamiento, ya habíamos abandonado Reikiavik.

Hans iba en cabeza con paso rápido, igual y continuo. Le seguían los dos caballos cargados con nuestros equipajes, sin que fuera necesario dirigirlos. Mi tío y yo íbamos detrás; sin hacer realmente un papel demasiado malo sobre nuestras pequeñas, pero vigorosas, monturas.

Islandia es una de las mayores islas de Europa. Mide mil cuatrocientas millas de superficie, y sólo cuenta con sesenta mil habitantes. Los geógrafos la han dividido en cuatro partes, y nosotros teníamos que atravesar casi oblicuamente la que lleva el nombre de Tierra del Cuarto del Suroeste, «Sudvestr Fjordungr».

Al dejar Reikiavik, Hans había tomado inmediatamente la orilla del mar. Cruzábamos ralos pastizales que a duras penas conseguían ser verdes; lo predominante era el amarillo. Las cimas rugosas de las masas traquíticas se difuminaban en el horizonte entre las brumas del este; por momentos, algunas placas de nieve, concentrando la luz difusa, centelleaban sobre las laderas de cimas lejanas; algunos picos que se erguían más audaces, agujereaban las nubes grises y reaparecían por encima de los vapores movedizos semejantes a escollos que emergieran en pleno cielo.

A menudo estas cadenas de rocas áridas formaban una punta que se adentraba hacia el mar y salpicaban los pastos; pero siempre quedaba sitio suficiente para pasar. Además, nuestros caballos elegían por instinto los lugares propicios sin aminorar nunca

el paso. Mi tío no tenía siquiera el consuelo de excitar a su montura con la voz o el látigo: no le estaba permitido ser impaciente. Yo no podía sino sonreír al verle tan grande sobre su pequeño caballo, y como sus largas piernas rozaban el suelo, parecía un centauro de seis pies.

—¡Buen animal! ¡Buen animal! —decía—. Axel, ya verás cómo ningún animal gana en inteligencia al caballo islandés. Nieves, tempestades, caminos impracticables, rocas, glaciares, nada le detiene. Es valiente, sobrio, seguro. Jamás da un paso en falso, nunca se espanta. Que se presente algún río o algún fiordo que atravesar —y se presentará sin duda—, y lo verás arrojar al agua sin vacilaciones, como un anfibio, y ganar la orilla opuesta. Pero no los hostiguemos, dejémoslos actuar, y un día con otro haremos nuestras diez leguas diarias.

—Nosotros, por supuesto —respondí—, pero ¿y el guía?

—No me preocupa. Esas gentes caminan sin darse cuenta. Éste se mueve tan poco que apenas debe fatigarse. Además, llegado el caso le cederé mi montura. Pronto me darán calambres si no hago algo de ejercicio. Los brazos van bien, pero hay que cuidar las piernas.

Mientras tanto, avanzábamos con paso rápido. El país estaba ya casi completamente desierto. Aquí y allá una granja aislada, algún *boer* solitario, construido de madera, de tierra, o con trozos de lava, aparecía como un mendigo a orillas de un camino abandonado. Aquellas chozas que se venían abajo parecían implorar la caridad de los que pasaban, y por poco más se les hubiera dado limosna. En ese país, las rutas, los senderos incluso, faltaban por completo, y la vegetación, por lenta que creciese, había borrado rápidamente el paso de los raros viajeros.

Sin embargo, aquella parte de la provincia, situada a dos pasos tan sólo de su capital, figuraba entre las partes habitadas y cultivadas de Islandia. ¿Cómo eran entonces las comarcas más despobladas que este desierto? Franqueada media milla aún no habíamos encontrado ni un granjero a la puerta de su choza, ni un pastor salvaje apacentando un rebaño menos salvaje que él; sólo algunas vacas y corderos abandonados. ¿Cómo serían, pues, las regiones convulsionadas, alteradas por los fenómenos eruptivos, nacidas de explosiones volcánicas y de conmociones subterráneas?

Deberíamos conocerlas más tarde; pero consultando el mapa de Olsen, vi que las evitábamos bordeando el sinuoso límite de la orilla. En efecto, el gran movimiento plutónico se ha concentrado sobre todo en el interior de la isla; allí las capas horizontales de rocas superpuestas, llamadas *trapps* en lengua escandinava, las bandas traquíticas, las erupciones de basalto, de tobas, de todos los conglomerados volcánicos, las corrientes de lava y de pórfiro en fusión, han hecho un país de un horror sobrenatural. No podía sospechar yo el espectáculo que nos esperaba en la península

del Sneffels, donde esos estragos de una naturaleza fogosa forman un formidable caos.

Dos horas después de haber abandonado Reikiavik llegábamos al burgo de Gufunes, llamado «aoalkirkja», o iglesia principal. No ofrecía nada notable. Se trataba de algunas casas tan sólo. En Alemania apenas habrían sido suficientes para parecer un caserío.

Hans se detuvo allí media hora; compartió nuestro frugal almuerzo, respondió con un sí o un no a las preguntas de mi tío sobre la naturaleza del camino, y cuando se le preguntó en qué lugar esperaba pasar la noche, sólo dijo:

—Gardär.

Consulté el mapa para saber qué era Gardär. Vi un villorrio de ese nombre a orillas del Hvalfjörd, a cuatro millas de Reikiavik. Se lo mostré a mi tío.

—¡Sólo cuatro millas! —dijo—. ¡Cuatro millas de las veintidós! ¡Vaya paseo!

Quiso hacer una observación al guía que, sin responderle, volvió a ocupar su puesto delante de los caballos y se puso de nuevo en marcha.

Tres horas más tarde, siempre hollando el césped descolorido de los pastizales, tuvimos que contornear el Kollafjörd, vuelta más fácil y menos larga que una travesía de ese golfo. Pronto entrábamos en un «pingstaoer», lugar de jurisdicción comunal, llamado Ejulberg, cuyo campanario hubiera dado las doce si las iglesias islandesas fueran lo bastante ricas para poseer un reloj; pero se parecen mucho a sus feligreses, que no tienen relojes, y que se conforman sin ellos.

Allí descansaron los caballos; luego, avanzando por una orilla encerrada entre una cadena de colinas y el mar, nos llevaron de un tirón al «aoalkirkja» de Brantär, y una milla más adelante a Saurböer «annexia», iglesia aneja, situada en la orilla meridional del Hvalfjörd.

Eran entonces las cuatro de la tarde; habíamos recorrido cuatro millas.

En aquel lugar el fiordo tenía una anchura de media milla por lo menos; las olas se estrellaban con estruendo sobre las rocas puntiagudas; aquel golfo se ensanchaba entre murallas de peñas, especie de acantilado cortado a pico, de una altura de tres mil pies y notable por las capas oscuras que separaban lechos de toba de un matiz rojizo. Sea cual fuere la inteligencia de nuestros caballos, no auguraba yo nada bueno de la travesía de un verdadero brazo de mar realizada a lomos de cuadrúpedo.

—Si son inteligentes —dije—, no tratarán de pasar. En cualquier caso, ya me encargaré yo de ser inteligente por ellos.

Pero mi tío no quería esperar. Espoleó a los dos hacia la orilla. Su montura llegó a olfatear la última ondulación de las olas y se detuvo. Mi tío, que tenía instinto propio, la espoleó más. Nueva negativa del animal, que movió la cabeza. Entonces se sucedieron juramentos y latigazos por un lado, y por otro coces del animal, que comenzó a desmontar a su jinete. Por fin, el pequeño caballo, doblando las corvas, se

separó de las piernas del profesor y lo dejó plantado, de pie, sobre dos piedras de la orilla, como el coloso de Rodas.

—¡Ah, maldito animal! —gritó el jinete, súbitamente transformado en peatón y avergonzado como un oficial de caballería que pasara a soldado de infantería.

—*Färja* —dijo el guía tocándole el hombro.

—¿Qué? ¿Una barca?

—*Der* —respondió Hans, señalando un barco.

—Sí —exclamé yo—, hay una barca.

—Eso había que haberlo dicho. En marcha entonces.

—*Tidvatten* —continuó el guía.

—¿Qué dice?

—Dice marea —respondió mi tío, traduciéndome la palabra danesa.

—Sin duda hay que esperar la marea.

—*Förbida?* —preguntó mi tío.

—*Ja* —respondió Hans.

Mi tío daba patadas en el suelo mientras los caballos se dirigían hacia la barca.

Comprendí perfectamente la necesidad de esperar cierto instante de la marea para emprender la travesía del fiordo, el momento en que el mar, llegado a su máxima altura, se calma. Entonces el flujo y el reflujo no tienen ninguna acción sensible, y la barca no corre el peligro de ser arrastrada ni al fondo del golfo ni al medio del océano.

El instante favorable no llegó hasta las seis de la tarde; mi tío, yo, el guía, dos barqueros y los cuatro caballos nos instalamos en una especie de barca plana bastante frágil. Habitado como estaba a los barcos de vapor del Elba, los remos de los bateleros me parecieron un triste ingenio mecánico. Necesitamos más de una hora para atravesar el fiordo; pero finalmente hicimos el pasaje sin ningún percance.

Media hora después llegábamos al «*aoalkirkja*» de Gardär.

Hubiera debido ser de noche, pero en el paralelo sesenta y cinco no debía sorprenderme la claridad nocturna de las regiones polares. Durante los meses de junio y julio el sol no se pone en Islandia.

No obstante, la temperatura había bajado. Tenía frío, y sobre todo hambre. Bendito sea el *boer* que se abrió hospitalariamente para recibirnos.

Era la casa de un campesino, pero en punto a hospitalidad valía tanto como la de un rey. A nuestra llegada, el dueño de la casa vino a estrecharnos la mano y, sin más ceremonia, nos hizo señas de seguirle.

En efecto, seguirle, porque acompañarle hubiera sido imposible. Un pasaje largo, estrecho y oscuro, daba acceso a un habitáculo construido con vigas escuadradas apenas, y permitía llegar a cada una de las habitaciones; éstas eran cuatro: la cocina, el taller de tejer, la *badstofa*, dormitorio de la familia, y, la mejor de todas, la habitación de los forasteros. Mi tío, en cuya estatura no habían pensado al construir la casa, no pudo evitar darse tres o cuatro veces con la cabeza contra los salientes del techo.

Nos llevaron a nuestra habitación, especie de gran sala con suelo de tierra apisonada e iluminada por una ventana cuyos cristales estaban formados por membranas de cordero bastante poco transparentes. Las camas eran de forraje seco esparcido sobre dos cuadros de madera pintados de rojo y adornados con sentencias islandesas. Era realmente confortable, a no ser porque en aquella casa reinaba un fuerte olor a pescado seco, a carne macerada y a leche agria que sentaba bastante mal a mi olfato.

Cuando hubimos dejado a un lado nuestros arreos de viaje se dejó oír la voz del anfitrión invitándonos a pasar a la cocina, única pieza donde se hacía fuego, incluso cuando el frío era más intenso.

Mi tío se apresuró a obedecer aquella orden amistosa. Yo le seguí.

La chimenea de la cocina era de un modelo antiguo: en medio de la habitación, una piedra servía de hogar; en el techo, un agujero por el que salía el humo. La cocina servía también de comedor.

Al entrar, el anfitrión nos saludó, como si aún no nos hubiera visto, con la palabra *saellvertu*, que significa «sed felices», y vino a besarnos en la mejilla.

Su mujer, que se mantenía a su lado, pronunció las mismas palabras, acompañadas de idéntico ceremonial; luego, ambos esposos se inclinaron profundamente, poniendo su mano derecha sobre el corazón.

Debo decir que la islandesa era madre de diecinueve niños; todos los cuales, grandes y pequeños, pululaban entre las volutas de humo con que el lar inundaba la habitación. A cada momento se veía una cabecita rubia y algo melancólica salir de aquella niebla. Parecían una guirnalda de ángeles insuficientemente aseados.

Mi tío y yo acogimos cariñosamente aquella «nidada»; pronto tuvimos a tres o cuatro de aquellos críos en nuestros hombros, otros tantos sobre nuestras rodillas y el resto entre nuestras piernas. Los que hablaban repetían *saellvertu* en todos los tonos imaginables. Los que no hablaban gritaban a más no poder.

Este concierto fue interrumpido por el anuncio de la comida. En ese momento entró el cazador, que venía de dar de comer a los caballos; es decir, que económicamente los había soltado en el campo; los pobres animales debían contentarse con pacer el escaso musgo de las rocas y algunos fucos poco nutritivos; y al día siguiente acudirían por sí mismos a reanudar el trabajo de la víspera.

—*Saellvertu* —dijo Hans.

Después, tranquilo, automáticamente, sin que un beso fuera más acentuado que otro, rozó con sus labios al anfitrión, a su esposa y a los diecinueve hijos.

Acabada la ceremonia, nos sentamos a la mesa en número de veinticuatro, y por consiguiente, unos encima de otros, en el verdadero sentido de la expresión. Los más favorecidos no tenían más que dos chiquillos en las rodillas.

Sin embargo, a la llegada de la sopa se hizo el silencio en aquel pequeño mundo, e incluso entre los críos recobró su imperio la taciturnidad natural. El anfitrión nos sirvió una sopa de líquen nada desagradable, luego un enorme trozo de pescado seco nadando en mantequilla rancia desde hacía veinte años, y por consiguiente, preferible a la mantequilla fresca, según las ideas gastronómicas de los islandeses. Con aquello había *skyr*, especie de leche cuajada, acompañada de galleta sazónada con un jugo de bayas de enebro; finalmente, como bebida, suero de leche con agua, llamado *blanda* en el país. Si este singular alimento era bueno o no, es algo que no puedo juzgar. Tenía hambre, y de postre engullí hasta la última gota de una espesa papilla de alforfón.

Acabada la comida, los niños desaparecieron; las personas mayores rodearon el hogar, donde ardían turba, brezo, estiércol de vaca y huesos de peces desecados. Luego, tras aquella «toma de calor», los diversos grupos ganaron sus respectivos cuartos. La anfitriona, siguiendo la costumbre, se ofreció a quitarnos los calcetines y los pantalones; pero ante una educadísima negativa por nuestra parte, no insistió, y finalmente pude hacerme un ovillo en mi yacija de forraje.

Al día siguiente, a las cinco, nos despedíamos del campesino islandés; a mi tío le costó mucho trabajo que aceptara una remuneración adecuada, y Hans dio la señal de partida.

A cien pasos de Gardär, el terreno comenzó a cambiar de aspecto; el suelo se volvió pantanoso y menos adecuado para la marcha. A la derecha, la serie de montañas se prolongaba indefinidamente, como un mismo sistema de fortificaciones naturales, cuya contraescarpa seguíamos; a menudo se presentaban riachuelos que nos veíamos en la necesidad de vadear sin mojar demasiado nuestros equipajes.

El desierto se volvía a cada paso más desolado; sin embargo, a veces una sombra humana parecía huir a lo lejos; si las vueltas del camino nos acercaban inopinadamente a uno de aquellos espectros, yo experimentaba un malestar repentino a la vista de una cabeza hinchada, de piel reluciente, sin pelo, y cubierta de llagas repugnantes que dejaban ver los desgarrones de miserables harapos.

La desventurada criatura no se acercaba para tender su mano deforme; al contrario, escapaba, pero no antes de que Hans la hubiera saludado con el *saellvertu* habitual.

—*Spetelsk* —decía.

—¡Un leproso! —repetía mi tío. mi tío.

Y esta sola palabra producía su repulsivo efecto. Esa horrible afección de la lepra es bastante común en Islandia; no es contagiosa, sino hereditaria; por lo cual les está prohibido el matrimonio a estos miserables.

Aquellas apariciones no eran, por su naturaleza, las más idóneas para alegrar el paisaje, que se volvía profundamente triste; las últimas matas de hierbas venían a morir bajo nuestros pies. Ningún árbol, a no ser algunos bosquecillos de abedules enanos semejantes a matorrales. Ningún animal, salvo algunos caballos que su dueño no podía alimentar, y que vagaban por las sombrías llanuras. A veces un halcón planeaba entre las nubes grises y huía a todo vuelo hacia las comarcas del sur; yo me dejaba llevar por la melancolía de aquella naturaleza salvaje, y mis recuerdos me devolvían a mi país natal.

Fue preciso atravesar varios pequeños fiordos sin importancia, y, por fin, un verdadero golfo: la marea, quieta en ese momento, nos permitió pasar sin grandes fatigas y ganar el caserío de Aftanes, situado una milla más allá.

Tras haber vadeado dos ríos ricos en truchas y lucios, el Alfa y el Heta, nos vimos obligados a pasar la noche en una casucha abandonada, digna de ser frecuentada por todos los duendes de la mitología escandinava; a buen seguro el genio del frío la había elegido por domicilio, e hizo de las suyas durante toda la noche.

La jornada siguiente no ofreció ningún incidente particular. Siempre el mismo suelo pantanoso, igual uniformidad, exacta fisonomía triste. Al atardecer habíamos franqueado la mitad de la distancia a recorrer, y dormimos en la «annexia» de Krösolbt.

El 19 de junio, un terreno de lava se extendió bajo nuestros pies durante una milla aproximadamente; allí, esta disposición del suelo se llama *hraun*; la lava arrugada en la superficie adoptaba formas de cables tan pronto estirados como enrollados sobre sí mismos; una inmensa corriente descendía de las montañas vecinas, que en la actualidad eran volcanes apagados, pero de los que estos vestigios atestiguaban la violencia pasada. Sin embargo, algunas humaredas de fuentes termales se elevaban aquí y allá.

No teníamos tiempo para observar estos fenómenos; había que seguir caminando. Pronto reapareció bajo los pies de nuestras monturas el suelo pantanoso; pequeños lagos lo entrecortaban. Nuestro rumbo se orientaba entonces hacia el oeste; en efecto, habíamos dado la vuelta a la gran bahía de Faxe, y la doble cima blanca del Sneffels se erguía entre las nubes a menos de cinco millas.

Los caballos marchaban bien; las dificultades del suelo no los detenían; por lo que a mí se refiere, comenzaba a estar cansado; mi tío seguía firme y erguido como el primer día; no tenía más remedio que mirarle, lo mismo que al cazador, que consideraba aquella expedición como un simple paseo.

A las seis de la tarde del sábado 20 de junio llegábamos a Büdir, aldea situada a la orilla del mar, y el guía reclamaba la paga convenida. Mi tío se la abonó. Fue la familia misma de Hans, es decir, sus tíos y primos, la que nos ofreció hospitalidad; fuimos bien recibidos, y en aquella casa me habría repuesto del cansancio del viaje, sin abusar de la bondad de aquella gente. Pero mi tío, que no tenía que reponerse de nada, no lo entendía así, y al día siguiente hubo que montar de nuevo sobre nuestras buenas bestias. El suelo se resentía de la vecindad de la montaña, cuyas raíces de granito salían de la tierra, como las de una vieja encina. Rodeábamos la inmensa base del volcán. El profesor no lo perdía de vista: gesticulaba, parecía desafiarle y decir: «¡Ése es el gigante que voy a domar!». Finalmente, tras cuatro horas de marcha, los caballos se detuvieron por sí mismos a la puerta del presbiterio de Stapi.

Stapi es una aldea formada por una treintena de chozas, construida sobre la lava, bajo los rayos del sol que refleja el volcán. Se extiende al fondo de un pequeño fiordo encajado en una muralla basáltica del más extraño efecto.

Como se sabe, el basalto es una roca oscura de origen ígneo. Adopta formas regulares que sorprenden por su disposición. Aquí la naturaleza procede geométricamente y trabaja al modo humano, como si hubiera manejado la escuadra, el compás y la plomada. Si en todas partes hace arte con sus grandes masas lanzadas sin orden, sus conos apenas esbozados, sus pirámides imperfectas, la extravagante sucesión de sus líneas; aquí, queriendo dar ejemplo de regularidad y adelantándose a los arquitectos de las primeras edades, ha creado un orden severo que no han superado ni los esplendores de Babilonia ni las maravillas de Grecia.

Yo había oído hablar de la Calzada de los Gigantes de Irlanda y de la Gruta de Fingal de una de las Hébridas, pero el espectáculo de una infraestructura basáltica no se había ofrecido aún a mis ojos.

Y en Stapi aquel fenómeno se mostraba en toda su belleza.

La muralla del fiordo, como toda la costa de la península, se componía de una serie de columnas verticales, de treinta pies de alto. Aquellos fustes derechos y de una proporción pura soportaban una arquivolta hecha de columnas horizontales cuyo saliente inclinado formaba media bóveda encima del mar. A intervalos, y bajo ese impluvio natural, la mirada sorprendía aberturas ojivales de diseño admirable, a cuyo través las olas de alta mar se precipitaban espumeando. Algunos fragmentos de basalto, arrancados por las furias del océano, se extendían por el suelo como los vestigios de un templo antiguo, ruinas eternamente jóvenes, sobre las que pasaban los siglos sin gastarlas..

Ésa era la última etapa de nuestro viaje terrestre. Hans nos había guiado hasta allí con inteligencia, y yo me sentía más tranquilo pensando que todavía debía continuar acompañándonos.

Al llegar a la puerta de la casa del rector, una simple cabaña baja, ni más hermosa ni más confortable que las vecinas, vi a un hombre herrando un caballo, con el martillo en la mano y el delantal de cuero a la cintura.

—*Saellvertu* —le dijo el cazador.

—*God dag* —respondió el herrador en perfecto danés.

—*Kyrkoherde* —dijo Hans volviéndose hacia mi tío.

—¡El rector! —repitió este último—. Parece que este buen hombre es el rector, Axel.

Mientras tanto, el guía ponía al *kyrkoherde* al corriente de la situación; éste, suspendiendo su trabajo, lanzó una especie de grito que sin duda debía ser familiar a caballos y chalanés, y al punto una enorme arpía salió de la cabaña. Si no medía seis pies de alto, poco le faltaba.

Yo temía que viniera a ofrecer a los viajeros el beso islandés; pero no fue así, e incluso no puso muy buena cara al introducirnos en su casa.

La habitación para forasteros me pareció la peor del presbiterio, estrecha, sucia e infecta. Tuvimos que contentarnos con ella. El rector no parecía practicar la hospitalidad antigua. Todo lo contrario. Antes de finalizar el día, vi que teníamos que vernos con un herrero, con un pescador, con un cazador, con un carpintero, y no con un ministro del Señor. Bien es verdad que estábamos en día laborable. Quizá se desquitaba el domingo.

No quiero hablar mal de estos pobres sacerdotes que, después de todo, son muy desgraciados; reciben del gobierno danés un sueldo ridículo y perciben la cuarta parte de los diezmos de su parroquia, lo que en total no llega a sesenta marcos corrientes. De ahí la necesidad de trabajar para vivir; y pescando, cazando y herrando caballos se termina por adoptar los modales, el tono y las costumbres de los cazadores, de los pescadores y demás gentes algo rudas; aquella misma noche me di cuenta de que nuestro huésped no tenía la sobriedad entre el número de sus virtudes.

Mi tío comprendió rápidamente con qué género de hombre tenía que habérselas; en lugar de un buen y digno sabio, encontraba un campesino torpe y grosero. Resolvió, pues, comenzar cuanto antes su gran expedición y abandonar a aquel párroco poco hospitalario. Sin tener en cuenta su cansancio, decidió ir a pasar algunos días a la montaña.

Por tanto, los preparativos de partida se hicieron al día siguiente de nuestra llegada a Stapi. Hans alquiló los servicios de tres islandeses para reemplazar a los caballos en el transporte de los equipajes; pero, una vez llegados al fondo del cráter, aquellos nativos debían desandar el camino y abandonarnos a nuestras propias fuerzas. Este punto quedó perfectamente claro.

En esta ocasión mi tío hubo de informar al cazador de que su intención era proseguir el reconocimiento del volcán hasta sus últimos límites.

Hans se contentó con inclinar la cabeza. No veía ninguna diferencia en ir allá o a otra parte, hundirse en las entrañas de su isla o recorrerla. Por mi parte, distraído hasta entonces por los incidentes del viaje, olvidé algo el futuro, pero ahora sentía que la

emoción se apoderaba de mí con fuerza. ¿Qué hacer? Si hubiera podido intentar resistirme al profesor Lidenbrock, habría tenido que ser en Hamburgo y no al pie del Sneffels.

Había una idea que me inquietaba más que cualquier otra, era espantosa y capaz de alterar nervios menos sensibles que los míos.

«Veamos —me decía—, vamos a escalar el Sneffels. Bien. Vamos a inspeccionar su cráter. Bueno. Otros lo han hecho y no se han muerto. Pero eso no es todo. Si aparece un camino para descender a las entrañas del suelo, si ese desventurado Saknussem ha dicho la verdad, vamos a perdernos entre las galerías subterráneas del volcán. Y nada asegura que el Sneffels esté apagado. ¿Quién prueba que no se prepara una erupción? ¿Es suficiente el argumento de que el monstruo duerme desde 1229 para concluir que no puede despertarse? Y si se despierta, ¿qué será de nosotros?».

Merecía la pena reflexionar sobre el tema, y yo lo hacía. No podía dormir sin soñar con erupciones. Y representar el papel de escoria me parecía bastante brutal.

Por último, no pude contenerme; resolví someter a mi tío el caso con la mayor habilidad posible, y en forma de hipótesis perfectamente irreal.

Fui en su busca. Le participé mis temores, y me preparé para su explosión; pero él respondió simplemente:

—Estaba pensando en ello.

¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Iba, pues, a oír la voz de la razón? ¿Pensaba suspender sus proyectos? Aquello era demasiado hermoso para ser posible.

Tras algunos instantes de silencio, durante los cuales no me atreví a interrogarle, continuó diciendo:

—Estaba pensando en ello. Desde nuestra llegada a Stapi, me he preocupado por la grave cuestión que acabas de plantearme, porque no hay que actuar imprudentemente.

—No —respondí yo con aplomo.

—Hace seiscientos años que el Sneffels está mudo, pero puede hablar. Y las erupciones siempre van precedidas de fenómenos perfectamente conocidos. Por eso he interrogado a los habitantes de la zona, he estudiado el suelo, y puedo decírtelo, Axel: no habrá erupción.

Ante esta afirmación quedé estupefacto y no pude replicar nada.

—¿Dudas de mis palabras? —dijo mi tío—, pues bien, sígueme.

Obedecí maquinalmente. Al salir del presbiterio, el profesor tomó un camino recto que, atravesando por una grieta la muralla basáltica, se alejaba del mar. Pronto llegamos a campo raso, si es que puede darse este nombre a un amontonamiento inmenso de deyecciones volcánicas. La zona parecía aplastada bajo una lluvia de piedras enormes de *trapp* de basalto, de granito y de todas las rocas piroxénicas.

Aquí y allá veía humaredas elevarse en el aire; aquellos vapores blancos, llamados *reykir* en lengua islandesa, procedían de fuentes termales, y con su violencia ponían de manifiesto la actividad volcánica del suelo. Aquello parecía justificar mis temores. Por eso me quedé estupefacto cuando mi tío me dijo:

—¿Ves todas esas humaredas, Axel?; pues bien, prueban que no tenemos nada que temer de los furores del volcán.

—¿Y por qué? —exclamé yo.

—Acuérdate de esto —prosiguió el profesor—; cuando se acerca una erupción, estas fumarolas reduplican su actividad para desaparecer luego por completo mientras dura el fenómeno, porque los fluidos elásticos, al no tener ya la tensión necesaria, toman el camino de los cráteres en lugar de escapar a través de las fisuras del globo. Por tanto, si estos vapores se mantienen en su estado habitual, si su energía no aumenta, y si añades a esta observación que el viento y la lluvia no son reemplazados por un aire pesado y calmo, puedes afirmar que no habrá erupción próximamente.

—Pero...

—Basta. Cuando la ciencia ha hablado, lo único que queda es callarse.

Volví a la parroquia con las orejas gachas. Mi tío me había vencido con argumentos científicos. Sin embargo, aún me quedaba una esperanza: que una vez llegados al fondo del cráter no encontráramos ninguna galería y fuera imposible descender a mayor profundidad, a pesar de todos los Saknussem del mundo.

Pasé la noche siguiente sumido en una pesadilla: estaba en el interior de un volcán, en las profundidades de la Tierra, y me sentí lanzado a los espacios planetarios en forma de roca eruptiva.

Al día siguiente, 23 de junio, Hans nos esperaba con sus compañeros cargados de víveres, herramientas e instrumentos. Dos bastones con contera de hierro, dos fusiles y dos cartucheras estaban reservados para mi tío y para mí. Como hombre precavido, Hans había añadido a nuestros equipajes un odre lleno que, unido a nuestras cantimploras, nos aseguraba agua para ocho días.

Eran las nueve de la mañana. El rector y la arpía esperaban delante de su puerta. Sin duda querían dirigirnos el supremo adiós del anfitrión al viajero. Pero aquel adiós tomó la forma inesperada de una formidable factura, donde se incluía hasta el aire de la casa pastoral, aire infecto, si se me permite decirlo. Aquella digna pareja nos desplumaba como un hostelero suizo y ponía precio de oro a su hospitalidad sobreestimada.

Mi tío pagó sin regatear. Un hombre que partía para el centro de la Tierra no iba a reparar en unos rixdales más o menos.

Arreglado este punto, Hans dio la señal de partida, y algunos instantes después habíamos dejado Stapi.

El Sneffels tiene una altura de cinco mil pies. Con su doble cono remata una banda traquítica que se destaca del sistema orográfico de la isla. Desde nuestro punto de partida no podíamos ver perfilarse sus dos picos sobre el fondo grisáceo del cielo. Sólo se divisaba un enorme casquete de nieve inclinado sobre la frente del gigante.

Caminábamos en fila, precedidos por el cazador, que subía por estrechos senderos por los que no habrían podido caminar dos personas juntas. Por eso se volvía casi imposible cualquier conversación.

Al otro lado de la muralla basáltica del fiordo de Stapi aparece primero un suelo de turba herbácea y fibrosa, residuo de la antigua vegetación de los pantanos de la península; la masa de ese combustible, sin explotar todavía, bastaría para calentar durante un siglo a toda la población de Islandia; si se midiera aquella vasta turbera desde el fondo de ciertos barrancos, tendría con frecuencia setenta pies de alto, acumulada en capas sucesivas de detritus carbonizados separados por hojas de piedra pómez.

Como verdadero sobrino del profesor Lidenbrock, y a pesar de mis preocupaciones, observaba con interés las curiosidades mineralógicas expuestas en aquel vasto gabinete de historia natural; al mismo tiempo reproducía en mi mente toda la historia geológica de Islandia.

Evidentemente, esa isla tan curiosa ha salido del fondo de las aguas en una época relativamente moderna. Quizás incluso todavía se eleva con un movimiento imperceptible. Si así fuera, no puede atribuirse su origen más que a la acción de los fuegos subterráneos. En ese caso, la teoría de Humphry Davy, el documento de Saknussem, las pretensiones de mi tío, todo se volvía agua de borrajas. Esta hipótesis me llevó a examinar atentamente la naturaleza del suelo, y pronto me di cuenta de la sucesión de fenómenos que presidieron su formación.

Carente por completo de terreno sedimentario, Islandia se compone únicamente de toba volcánica, es decir, de un conglomerado de piedras y rocas de textura porosa. Antes de la existencia de los volcanes, estaba hecha de un macizo trapeico lentamente elevado por encima de las olas mediante el empuje de fuerzas centrales. Todavía no habían irrumpido en el exterior los fuegos internos.

Pero más tarde se abrió una amplia hendidura diagonal del suroeste al noreste de la isla; por la que se derramó poco a poco toda la pasta traquítica. El fenómeno se materializaba entonces sin violencia; la boca de salida era enorme, y las materias fundidas, rechazadas por las entrañas del globo, se extendieron tranquilamente en vastas capas o en masas onduladas. En esa época aparecieron los feldespatos, las sienitas y los pórfiros.

Pero gracias a este derrame, el espesor de la isla se incrementó considerablemente y, por consiguiente, su resistencia. Es fácil concebir la cantidad de fluidos elásticos que se almacenaron en su seno cuando ya no encontraron ninguna salida tras el enfriamiento de la corteza traquítica. Llegó, pues, un momento en que la potencia mecánica de ese gas fue tal que levantó la pesada corteza y se crearon altas chimeneas. Así surgió el volcán, hecho del levantamiento de la corteza, y luego el cráter súbitamente abierto en la cima del volcán.

Entonces, los fenómenos volcánicos sucedieron a los eruptivos. Por las aberturas recién formadas escaparon primero las deyecciones basálticas, cuyos especímenes más maravillosos ofrecía a nuestras miradas la llanura que atravesábamos en aquel momento. Caminábamos sobre aquellas rocas gris oscuro que el enfriamiento había moldeado en prismas de base hexagonal. A lo lejos se veía un gran número de conos aplastados, que en otro tiempo fueron bocas ignívolas.

Luego, acabada la erupción basáltica, el volcán, cuya fuerza se incrementó con la de los cráteres apagados, dio paso a las lavas y a las tobas de cenizas y escorias cuyas largas corrientes diseminadas por los flancos veía yo como una opulenta cabellera.

Tal fue la sucesión de fenómenos que constituyeron Islandia; todos provenían de la acción de fuegos interiores, y suponer que la masa interna no permanecía en un estado permanente de incandescente liquidez era una locura. ¡Y lo era sobre todo pretender alcanzar el centro del globo!

Así pues, me tranquilicé sobre el resultado de nuestra empresa al tiempo que caminaba al asalto del Sneffels.

La ruta se hacía cada vez más difícil; el suelo se elevaba; los fragmentos de piedras se movían, y había que poner la mayor atención para evitar caídas peligrosas.

Hans avanzaba tranquilamente como sobre un terreno liso; a veces desaparecía tras los grandes bloques, y momentáneamente lo perdíamos de vista; entonces un silbido agudo, escapado de sus labios, indicaba la dirección a seguir. También a menudo se detenía, recogía algunos desechos de rocas, los disponía de forma reconocible y hacía de este modo señales destinadas a indicar el camino de vuelta. Precaución buena en sí misma que los acontecimientos futuros hicieron inútil.

Tres fatigosas horas de marcha nos habían llevado tan sólo a la base de la montaña. Allí, Hans hizo señas de detenerse, y todos compartimos un almuerzo frugal. Para ir más deprisa mi tío daba bocados de tamaño doble del normal. Pero como esta parada

para comer era también un alto para descansar, tuvo que esperar a la decisión del guía, que dio la señal de partida una hora más tarde. Los tres islandeses, tan taciturnos como su camarada el cazador, no pronunciaron una sola palabra y comieron con sobriedad.

Comenzábamos entonces a escalar las pendientes del Sneffels. Por una ilusión óptica frecuente en las montañas, su nevada cima me parecía muy cercana y, sin embargo, ¡cuántas interminables horas faltaban para alcanzarla! Sobre todo, ¡qué cansancio! Las piedras, a las que no unía entre sí ninguna clase de cemento, ni de tierra ni hierba, se desmoronaban bajo nuestros pies e iban a perderse en la llanura con la rapidez de una avalancha.

En ciertos lugares, las laderas del monte formaban con el horizonte un ángulo de treinta y seis grados por lo menos; era imposible escalarlos, y aquellos repechos pedregosos debían ser rodeados no sin dificultad. Nos prestábamos entonces ayuda mutua gracias a nuestros bastones. bastones.

Debo decir que mi tío estaba lo más cerca que podía de mí; no me perdía de vista y en muchas ocasiones su brazo me proporcionó un sólido apoyo. En cuanto a él, tenía, sin duda, un sentido innato del equilibrio, porque no tropezaba. Los islandeses, aunque cargados, trepaban con agilidad de montañeros.

Viendo la altura de la cima del Sneffels, me parecía imposible que pudiéramos alcanzarla por aquel lado si no disminuía el ángulo de inclinación de las pendientes. Afortunadamente, tras una hora de esfuerzos y proezas, apareció inopinadamente, en medio de la vasta alfombra de nieve desplegada sobre la cima redondeada del volcán, una especie de escala que simplificó nuestro ascenso. Estaba formada por uno de esos torrentes de piedras arrojadas por las erupciones, cuyo nombre en islandés es *stinâ*. Si aquel torrente no se hubiera visto detenido en su caída por la disposición de los flancos de la montaña, habría ido a precipitarse en el mar y a formar nuevas islas.

Tal como estaba, nos sirvió de mucho. La rigidez de las pendientes aumentaba, pero aquellos escalones de piedra permitían escalarla fácilmente e, incluso, con tal rapidez que habiéndome quedado un momento atrás mientras mis compañeros continuaban su ascensión, cuando los vi ya aparecían reducidos por la distancia a una apariencia microscópica.

A las siete de la tarde habíamos subido los dos mil peldaños de la escalera y dominábamos una protuberancia de la montaña, especie de meseta sobre la que se apoyaba el cono del cráter propiamente dicho.

El mar se extendía a una profundidad de tres mil doscientos pies. Habíamos sobrepasado el límite de las nieves perpetuas, bastante poco elevadas en Islandia como consecuencia de la humedad constante del clima. Hacía un frío violento. El viento soplaba con fuerza. Yo estaba agotado. El profesor vio perfectamente que mis

piernas se negaban a prestar su servicio, y a pesar de su impaciencia decidió detenerse. Así pues, hizo una seña al cazador, que movió la cabeza diciendo:

—*Ofvanför*.

—Parece que hay que ir más arriba —dijo mi tío.

Luego preguntó a Hans el motivo de su respuesta.

—*Mistour* —respondió el guía.

—*Ja, mistour* —repitió uno de los islandeses en tono bastante asustado.

—¿Qué significa esa palabra? —pregunté con inquietud.

—Mira —dijo mi tío.

Dirigí mis ojos hacia la llanura. Una inmensa columna de piedra pómez pulverizada, de arena y polvo, se elevaba girando como una tromba; el viento la empujaba hacia el flanco del Sneffels al que nos aferrábamos nosotros; aquella cortina opaca extendida ante el sol arrojaba una gran sombra sobre la montaña. Si aquel torbellino se torcía, nos atraparía inevitablemente en sus remolinos. El fenómeno, bastante frecuente cuando el viento sopla desde los glaciares, toma en lengua islandesa el nombre de *mistour*.

—*Hastig, hastig* —exclamó nuestro guía.

Sin saber danés, comprendí que teníamos que seguir a Hans más deprisa. Éste empezó a rodear el cono del cráter, pero en zigzag, de forma que la marcha fuera más fácil. Pronto la tromba se abatió sobre la montaña, que se estremecía con su choque; las piedras atrapadas en los remolinos de viento volaron como una lluvia, lo mismo que en una erupción. Afortunadamente nosotros estábamos en la vertiente opuesta y al amparo de cualquier peligro. Sin la precaución del guía, nuestros cuerpos despedazados, reducidos a polvo, hubieran terminado por caer lejos como producto de algún meteoro desconocido.

Sin embargo, Hans no creyó prudente pasar la noche en las laderas del cono. Continuamos nuestra ascensión en zigzag; los quinientos pies que quedaban por franquear nos costaron cinco horas; las vueltas, sesgos y contramarchas supusieron tres leguas por lo menos. Yo no podía más, sucumbía al frío y al hambre. El aire, algo enrarecido, no era suficiente para las necesidades de mis pulmones.

Por fin, a las once de la noche, en plena oscuridad, alcanzamos la cima del Sneffels, y antes de ir a refugiarme en el interior del cráter, tuve tiempo de ver «el sol de medianoche» en lo más bajo de su carrera, proyectando sus pálidos rayos sobre la isla dormida a mis pies.

La cena fue devorada rápidamente y la pequeña tropa se instaló lo mejor que pudo. La cama era dura, el abrigo insuficiente y la situación muy penosa, a cinco mil pies sobre el nivel del mar. Sin embargo, mi sueño fue particularmente tranquilo durante aquella noche, una de las mejores que pasaba desde hacía tiempo. Ni siquiera soñé.

Al día siguiente, medio congelados por un viento muy fuerte, nos despertaron los rayos de un espléndido sol. Dejé mi cama de granito y fui a gozar del magnífico espectáculo que se ofrecía a mis ojos.

Me hallaba en la cima de uno de los dos picos del Sneffels, el del sur. Desde allí, mi vista abarcaba la mayor parte de la isla. El efecto óptico, común a todas las grandes alturas, destacaba las orillas mientras parecían desvanecerse las partes centrales. Se hubiera dicho que se extendía a mis pies uno de esos mapas en relieve de Helbesmer. Veía los valles profundos que se cruzaban en todos los sentidos, los precipicios que se ahondaban como pozos, los lagos transformados en estanques, los ríos convertidos en riachuelos. A mi derecha se sucedían los glaciares sin número y se multiplicaban los picos, algunos de ellos coronados por leves humaredas. Las ondulaciones de aquellas montañas infinitas, que sus capas de nieve parecían volver espumeantes, traían a mi recuerdo la superficie de un mar agitado. Si me volvía hacia el oeste, el océano se desarrollaba allí en su majestuosa extensión, como continuación de aquellas cimas acanaladas por la erosión. Mi vista apenas distinguía dónde terminaba la tierra y dónde comenzaban los olas.

Me sumergía así en ese maravilloso éxtasis que proporcionan las cimas, y en esta ocasión sin vértigo, porque por fin me acostumbraba a esas sublimes contemplaciones. Mi mirada deslumbrada se bañaba en la transparente irradiación de los rayos solares. Me olvidaba de quién era y de dónde estaba, para vivir la vida de los elfos o de los silfos, imaginarios habitantes de la mitología escandinava. Me embriagaba con la voluptuosidad de las alturas, sin pensar en los abismos en que mi destino me iba a hundir dentro de poco. Pero fui devuelto a la realidad por la llegada del profesor y de Hans, que se reunieron conmigo en la cima del pico.

Volviéndose hacia el oeste, mi tío me indicó con la mano un ligero vapor, una bruma, una apariencia de tierra que dominaba la línea de las olas.

—Groenlandia —dijo.

—¿Groenlandia? —pregunté.

—Sí, no estamos a más de treinta y cinco leguas, y durante el deshielo los osos blancos llegan hasta Islandia traídos por los témpanos del norte. Pero eso importa poco. Nos hallamos en la cima del Sneffels, y aquí tenemos dos picos, uno al sur, otro al norte. Hans va a decirnos qué nombre dan los islandeses al que nos sostiene en este momento.

Formulada la pregunta, el cazador respondió:

—Scartaris.

Mi tío me lanzó una mirada triunfante.

—¡Al cráter! —dijo.

El cráter del Sneffels era como un cono invertido, cuyo orificio podía tener media legua de diámetro. Estimé su profundidad en unos dos mil pies aproximadamente. Júzguese el estado de un recipiente semejante cuando se llena de truenos y llamas. El fondo del embudo no debía medir más de quinientos pies de perímetro, de forma que sus pendientes, bastante suaves, permitían llegar con facilidad a su parte inferior. Involuntariamente comparé aquel cráter con un enorme trabuco de boca ancha, y la comparación me espantaba.

«Descender a un trabuco —pensaba— cuando quizá esté cargado y puede disparar al menor choque, es cosa de locos».

Pero no podía retroceder. Con aire indiferente, Hans volvió a ponerse al frente de la tropa. Le seguí sin decir palabra.

A fin de facilitar el descenso, Hans describía en el interior del cono elipsis muy alargadas. Había que caminar en medio de rocas eruptivas, algunas de las cuales, desgajadas de sus alveolos, se precipitaban dando saltos hasta el fondo del abismo. Su caída ocasionaba repercusiones de ecos de una sonoridad extraña.

Ciertas partes del cono formaban glaciares interiores. Hans avanzaba entonces con extremada precaución, tanteando el suelo con la punta de hierro de su bastón para descubrir las hendiduras. En ciertos pasajes dudosos se hizo necesario atarnos con una larga cuerda, a fin de que aquel a quien le fallara inopinadamente el suelo se encontrara sostenido por sus compañeros. Esta solidaridad era prudente, pero no excluía todo peligro.

Sin embargo, y a pesar de las dificultades del descenso por pendientes que el guía no conocía, se hizo el camino sin accidentes, salvo la caída de un paquete de cuerdas que se le escapó de las manos a un islandés y que fue por el vacío hasta el fondo del abismo.

A mediodía habíamos llegado. Alcé la cabeza, y vi el orificio superior del cono, en el que estaba enmarcado un trozo de cielo de una circunferencia singularmente

reducida, pero casi perfecta. Sólo en un punto se destacaba el pico del Scartaris, que se hundía en la inmensidad.

Al fondo del cráter se abrían tres chimeneas, por las que, en la época de las erupciones del Sneffels, el foco central expulsaba sus lavas y sus vapores. Cada una de aquellas chimeneas tenía aproximadamente cien pies de diámetro, y se abrían bajo nuestros pies. Yo no hubiera tenido valor para hundir mi mirada en ellas. Sin embargo, el profesor Lidenbrock había hecho un rápido examen de su disposición; estaba jadeante; corría de una a otra, gesticulando y profiriendo palabras incomprensibles. Hans y sus compañeros le observaban sentados sobre unos trozos de lava; evidentemente le tomaban por loco.

De pronto mi tío lanzó un grito. Creí que acababa de perder pie y caer en uno de los tres abismos. Pero no. Estaba de pie, con los brazos levantados y las piernas separadas, ante una roca de granito situada en el centro del cráter, como un enorme pedestal hecho para una estatua de Plutón. Se encontraba en la posición de un hombre asombrado; pero esa estupefacción dejó paso muy pronto a una alegría insensata.

—¡Axel, Axel! —gritó—. ¡Ven, ven!

Yo acudí. Ni Hans ni los islandeses se movieron.

—¡Mira! —me dijo el profesor..

Y compartiendo su asombro, aunque no su alegría, leí en la cara occidental del bloque,

ᚠᚠᚠ ᚱᚱᚱᚱᚱᚱᚱᚱ

en caracteres rúnicos, semiroídos por el tiempo, aquel nombre mil veces maldito:

—¡Arne Saknussem! —exclamó mi tío—. ¿Sigues dudando todavía?

No respondí, y volví consternado a mi banco de lava. La evidencia me abrumaba.

¿Cuánto tiempo permanecí sumido de aquella manera en mis reflexiones? Lo ignoro. Todo lo que sé es que al levantar de nuevo la cabeza vi a mi tío y a Hans solos en el fondo del cráter. Los islandeses habían sido despedidos, y ahora ya estaban bajando por las pendientes exteriores del Sneffels en dirección a Stapi.

Hans dormía tranquilamente al pie de una roca, en una corriente de lava en la que se había preparado una improvisada cama; mi tío daba vueltas por el fondo del cráter, como un animal salvaje en el foso de un trampero. No tuve ganas ni fuerza para

levantarme, y tomando ejemplo del guía, me dejé ir a un doloroso sopor, creyendo oír ruidos o sentir estremecimientos en los flancos de la montaña.

Así pasó aquella primera noche en el fondo del cráter.

Al día siguiente un cielo gris, nuboso, pesado, cayó sobre la cima del cono. Me di cuenta de ello tanto por la oscuridad del abismo como por la cólera que se apoderó de mi tío.

Pronto comprendí el motivo, y un resto de esperanza reapareció en mi ánimo. La razón era la siguiente:

De las tres rutas abiertas bajo nuestros pies, sólo una había sido seguida por Saknussem. Según el sabio islandés, debíamos reconocerla por la particularidad señalada en el criptograma: la sombra del Scartaris venía a acariciar sus bordes durante los últimos días del mes de junio.

En efecto, podíamos considerar aquel pico agudo como la aguja de un inmenso cuadrante solar cuya sombra señalaba, en un día determinado, el camino del centro del globo.

Pero si faltaba el sol, no había sombra. Y, por consiguiente, no había indicación. Estábamos a 25 de junio. Si el cielo seguía cubierto durante seis días, habría que posponer la observación para otro año.

Renuncio a pintar la cólera impotente del profesor Lidenbrock. Pasó la jornada y ninguna sombra vino a alargarse sobre el fondo del cráter. Hans no se movió de su sitio; sin embargo, debía preguntarse qué estábamos esperando, si es que se preguntaba algo. Mi tío no me dirigió ni una sola vez la palabra. Su mirada, vuelta invariablemente hacia el cielo, se perdía en su tinte gris y brumoso.

El 26 tampoco hubo nada. Durante todo el día cayó aguanieve. Hans construyó una cabaña con trozos de lava. Me divertí algo siguiendo con la mirada las mil cascadas improvisadas en los flancos del cono, cuyo ensordecedor murmullo aumentaba en cada piedra.

Mi tío no se dominaba. Había motivo para irritar a un hombre más paciente, porque aquello era realmente naufragar una vez llegado a puerto.

Pero el cielo mezcla incesantemente los grandes dolores y las grandes alegrías, y reservaba al profesor Lidenbrock una satisfacción igual a su rabia desesperada.

Al día siguiente, el cielo siguió cubierto; pero el domingo 28 de junio, antepenúltimo día del mes, con el cambio de luna vino el del tiempo. El sol derramó a oleadas sus rayos por el cráter. Cada montículo, cada roca, cada piedra, cada aspereza participó de su luminoso efluvio y proyectó instantáneamente su sombra sobre el suelo. Entre todas, la del Scartaris se dibujó como una viva arista y empezó a girar lentamente con el astro radiante.

Mi tío giraba con ella.

A mediodía, en su proyección más corta, vino a lamer suavemente el borde de la chimenea central.

—¡Ésa es! —gritó el profesor—. ¡Ésa es! ¡Al centro del globo! —añadió en danés.

Yo miré a Hans.

—*Forut!* —dijo tranquilamente el guía.

—¡Adelante! —respondió mi tío.

Era la una y trece minutos de la tarde.

Comenzaba el verdadero viaje. Hasta entonces las fatigas habían prevalecido sobre las dificultades; ahora éstas iban a nacer realmente bajo nuestros pies.

Aún yo no había hundido mi mirada en aquel pozo insondable donde iba a sumergirme. Había llegado el momento. Todavía podía decidirme por la aventura o negarme a intentarla. Pero sentí vergüenza de retroceder ante el cazador. Hans aceptaba tan tranquilamente la empresa, con tal indiferencia, con una despreocupación tan perfecta ante cualquier posible peligro que me ruboricé ante la idea de ser menos valiente que él. De estar solo, habría iniciado la retahíla de los grandes argumentos; pero en presencia del guía me callé; uno de mis recuerdos voló hacia mi linda virlandesa, al tiempo que me acercaba a la chimenea central.

He dicho que medía cien pies de diámetro, o trescientos pies de circunferencia. Me incliné por encima de una roca que sobresalía en el abismo, y miré. Mis cabellos se erizaron. El sentimiento del vacío se apoderó de mí. Sentí desplazarse dentro de mí el centro de gravedad y subir el vértigo a mi cabeza como una borrachera. Nada más embriagador que aquella atracción del abismo. Iba a caer. Una mano me retuvo. La de Hans. Decididamente no había tomado suficientes «lecciones de abismo» en la Frelsers-Kirk de Copenhague.

Sin embargo, a poco que hubiera aventurado mis miradas en aquel pozo, me habría dado cuenta de su conformación. Sus paredes, casi verticales, presentaban numerosos salientes que debían facilitar el descenso. Pero si no faltaba la escalera se echaba de menos la barandilla. Una cuerda atada al orificio habría bastado para sostenernos, pero ¿cómo desatarla cuando hubiéramos llegado al extremo inferior?

Mi tío empleó un medio muy sencillo para obviar esta dificultad. Desenrolló una cuerda del grosor de una pulgada y de cuatrocientos pies de larga; dejó caer primero la mitad, y luego la enrolló alrededor de un bloque de lava que sobresalía y tiró la otra mitad a la chimenea. Cada uno de nosotros podía descender entonces reuniendo en la mano las dos mitades de la cuerda que no podían escaparse; una vez que hubiéramos bajado doscientos pies, nada nos sería más fácil que recogerla soltando un cabo y tirando del otro. Este ejercicio volvería a empezar de nuevo *ad infinitum*.

—Ahora ocupémonos de los equipajes —dijo mi tío tras haber terminado esos preparativos—. Los dividiremos en tres paquetes, y cada uno de nosotros atará uno a su espalda; me refiero sólo a los objetos frágiles.

Evidentemente, el audaz profesor no nos incluía en esta última categoría.

—Hans —prosiguió— va a encargarse de las herramientas y de una parte de los víveres; tú, Axel, de otro tercio de los víveres y de las armas; y yo, del resto de los víveres y de los instrumentos delicados.

—Pero ¿quién se encargará de bajar la ropa y ese montón de cuerdas y escalas? —dije yo.

—Bajarán solas.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ahora lo verás.

Mi tío echaba mano de los grandes medios gustosamente y sin vacilar. Por orden suya, Hans reunió en un solo bulto los objetos no frágiles, y atado el paquete sólidamente fue arrojado al abismo por las buenas.

Oí el mugido sonoro producido por el desplazamiento de las capas de aire. Mi tío, inclinado sobre el abismo, seguía con mirada satisfecha la caída de los equipajes, y no volvió a levantarse hasta haberlos perdido de vista.

—Bueno —dijo—. Ahora nos toca a nosotros.

Pregunto a cualquier hombre de buena fe si se pueden oír sin estremecerse palabras semejantes. El profesor se ató a su espalda el fardo de los instrumentos. Hans cogió el de las herramientas y yo el de las armas. El descenso comenzó por el siguiente orden: Hans, mi tío y yo. Se hizo en un profundo silencio, sólo turbado por la caída de los fragmentos de roca que se precipitaban en el abismo.

Me dejé deslizar, por decirlo así, agarrando frenéticamente la doble cuerda en una mano, y afianzándome con la otra ayudado por mi bastón. Sólo me dominaba una idea: temía que me faltase el punto de apoyo. Aquella cuerda me parecía muy frágil para soportar el peso de tres personas. Me servía de ella lo menos posible, haciendo milagros de equilibrio sobre los salientes de lava que mi pie trataba de coger como una mano.

Cuando uno de aquellos peldaños deslizantes se movía bajo los pies de Hans, decía éste con voz tranquila:

—*Gif akt!*

—¡Cuidado! —repetía mi tío.

A la media hora, habíamos llegado a la superficie de una roca sólidamente encajada en la pared de la chimenea.

Hans tiró de la cuerda por uno de sus cabos; el otro se elevó en el aire; tras haber repasado la roca superior, volvió a caer rastrillando los trozos de piedra y lava, especie de lluvia, o mejor de granizo, muy peligrosa.

Inclinándome por encima de nuestra estrecha plataforma observé que el fondo del agujero todavía era invisible.

La maniobra de la cuerda volvió a empezar, y media hora después habíamos ganado otros doscientos pies de profundidad.

Dudo que el geólogo más apasionado hubiera tratado de estudiar durante este descenso la naturaleza de los terrenos que le rodeaban. Por lo que a mí se refiere, apenas me preocupaba de ello; me preocupaba poco que fueran pliocenos, miocenos, eocenos, cretáceos, jurásicos, triásicos, pérmicos, carboníferos, devónicos, silúricos o primitivos. Pero el profesor, sin duda, hizo sus observaciones o tomó sus notas, porque en uno de los altos me dijo:

—Cuanto más avanzo, más seguro estoy. La disposición de estos terrenos volcánicos da toda la razón a la teoría de Davy. Estamos en pleno suelo primordial, suelo en el que se produjo la operación química de los metales inflamados al contacto con el aire y el agua. Rechazo absolutamente el sistema de un calor central. Además, lo vamos a comprobar.

Siempre la misma conclusión. Como se comprenderá, yo no me entretuve en discutir. Mi silencio fue tomado por asentimiento, y el descenso comenzó de nuevo.

Al cabo de tres horas aún no se divisaba el fondo de la chimenea. Cuando miraba hacia arriba, veía el orificio que disminuía sensiblemente. Debido a su ligera inclinación, sus paredes tendían a acercarse. La oscuridad iba creciendo poco a poco.

Mientras tanto seguíamos descendiendo; me parecía que las piedras desprendidas de las paredes eran engullidas con una repercusión más amortiguada, y que debían encontrar antes el fondo del abismo.

Como había tenido la precaución de anotar exactamente nuestras maniobras de cuerda, pude calcular exactamente la profundidad alcanzada y el tiempo transcurrido.

En aquel momento habíamos repetido catorce veces aquella operación, que nos ocupaba media hora. Por lo tanto eran siete horas, más catorce cuartos de hora de descanso, a tres horas y media. En total diez horas y media. Habíamos partido a la una; en aquel momento debían ser las once.

En cuanto a la profundidad que habíamos alcanzado, las catorce maniobras de una cuerda de doscientos pies daban dos mil ochocientos pies.

En aquel momento se dejó oír la voz de Hans.

—*Halt!* —dijo.

Me detuve en seco en el instante en que iba a golpear con los pies la cabeza de mi tío.

—Hemos llegado —dijo éste.

—¿Dónde? —pregunté yo, dejándome resbalar junto a él.

—Al fondo de la chimenea perpendicular.

—¿No hay otra salida?

—Sí, una especie de corredor que vislumbro y que tuerce hacia la derecha. Mañana lo veremos. Cenemos primero; y luego a dormir.

La oscuridad no era completa todavía. Abrimos la bolsa de las provisiones, comimos y cada cual se acostó lo mejor que pudo en una cama de piedras y restos de lava.

Tendido de espaldas abrí los ojos y divisé un punto brillante en la extremidad de aquel tubo de tres mil pies de longitud que se transformaba en un gigantesco antejo.

Era una estrella despojada de todo centelleo y que, según mis cálculos, debía ser la β de la Osa Menor.

Luego me dormí profundamente.

A las ocho de la mañana vino a despertarnos un rayo de luz. Las mil facetas de la lava de las paredes lo recogían a su paso y lo desparramaban como una lluvia de chispas.

Aquella luz era lo bastante fuerte como para permitir distinguir los objetos circundantes.

—Y bien, Axel, ¿qué dices? —exclamó mi tío frotándose las manos—. ¿Has pasado en alguna ocasión una noche más tranquila en nuestra casa de Königstrasse? ¡Ni el más mínimo ruido de carruajes, ningún grito de vendedores, nada de voces de bateleros escandalizando!

—Desde luego, hemos dormido muy tranquilos en el fondo de este pozo, pero hasta esta misma calma tiene algo de espantoso.

—Vamos —exclamó mi tío—, si te asustas ya, ¿qué será más tarde? Todavía no nos hemos adentrado ni una pulgada en las entrañas de la Tierra.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no hemos alcanzado más que el suelo de la isla. Este largo tubo vertical, que desemboca en el cráter del Sneffels, se detiene aproximadamente al nivel del mar.

—¿Está usted seguro?

—Totalmente seguro. Consulta el barómetro.

En efecto, el mercurio, que había subido poco a poco en el instrumento a medida que se efectuaba el descenso, se había detenido en veintinueve pulgadas.

—¿Lo ves? —continuó el profesor—; aún no tenemos más que una atmósfera de presión; sólo más tarde vendrá el manómetro a reemplazar a ese barómetro.

En efecto, aquel instrumento se iba a volver inútil en el momento en que el peso del aire superase su presión, calculada al nivel del océano.

—Pero ¿no hemos de temer que al continuar creciendo la presión resulte peligrosa? —pregunté.

—No. Descenderemos lentamente, y nuestros pulmones se habituarán a respirar una atmósfera más comprimida. A los aeronautas termina por faltarles el aire cuando se elevan a las capas superiores, y a nosotros, en cambio, quizá nos sobre. Pero prefiero esto. No perdamos un instante.

—¿Dónde está el paquete que nos ha precedido en el interior de la montaña?

Recordé entonces que la noche anterior lo habíamos buscado en vano. Mi tío preguntó a Hans, quien tras haber mirado atentamente con sus ojos de cazador, respondió:

—*Der huppe!*

—Allá arriba.

En efecto, el bulto se había quedado en un saliente de roca, un centenar de pies por encima de nuestras cabezas. Acto seguido el ágil islandés trepó como un gato, y pocos minutos más tarde el fardo estaba con nosotros.

—Ahora —dijo mi tío— desayunemos, pero hagámoslo como personas que quizá tengan que hacer un largo camino.

La galleta y la carne seca fueron rociadas con algunos tragos de agua mezclada con ginebra.

Acabado el almuerzo, mi tío sacó de su bolsillo un cuaderno destinado a las observaciones; tomó uno tras otro sus diversos instrumentos y anotó los datos siguientes:

Lunes, 1 de julio

Cronómetro: 8 h 17 m de la mañana

Barómetro: 29 p. 7l.

Termómetro: 6°

Dirección: E.-S.-E.

Esta última observación se refería a la galería oscura y fue señalada por la brújula.

—Ahora, Axel —exclamó el profesor con voz entusiasta—, vamos a hundirnos verdaderamente en las entrañas del globo. Éste es el momento preciso en que comienza nuestro viaje.

Dicho esto, mi tío cogió en una mano el aparato de Ruhmkorff que colgaba de su cuello; con la otra puso en comunicación la corriente eléctrica con el serpentín de la linterna, y una luz bastante brillante disipó las tinieblas de la galería.

Hans llevaba el segundo aparato, que también fue activado. Esta ingeniosa aplicación de la electricidad nos permitía caminar durante mucho tiempo creando luz artificial en medio incluso de los gases más inflamables.

—¡En marcha! —dijo mi tío.

Cada cual cogió su bulto. Hans se encargó de empujar por delante el paquete de cuerdas y ropa y, cerrando yo la marcha, entramos en la galería.

En el momento de sumirse en aquel oscuro corredor, levanté la cabeza y divisé por última vez, a través del inmenso tubo, aquel cielo de Islandia, «que no debía volver a ver».

La lava se había abierto paso a través de aquel túnel durante la última erupción de 1229. Alfombraba el interior con un barniz espeso y brillante; la luz eléctrica se reflejaba en él centuplicando su intensidad.

Toda la dificultad de la ruta consistía en no deslizarse con demasiada rapidez por una pendiente que tenía una inclinación de unos cuarenta y cinco grados aproximadamente; por suerte, ciertas erosiones y algunos resaltes cumplían la función de escalones, y no teníamos más que descender soltando nuestros equipajes, sujetos a una larga cuerda.

Pero lo que se convertía en escalón bajo nuestros pies se volvía estalactita en las demás paredes. La lava, porosa en ciertos lugares, presentaba pequeñas ampollas redondas: cristales de cuarzo opaco, adornados de límpidas gotas de cristal y suspendidos de la bóveda como lámparas, parecían encenderse a nuestro paso. Se hubiera dicho que los genios del abismo iluminaban su palacio para recibir a los huéspedes de la Tierra.

—¡Es magnífico! —exclamé involuntariamente—. ¡Qué espectáculo, tío! ¿No siente admiración por esos tonos de la lava que van del rojo oscuro al amarillo resplandeciente a través de insensibles gradaciones? ¿Y esos cristales que se presentan como globos luminosos?

—¡Por fin, Axel! —respondió mi tío—. ¡Por fin te parece esto espléndido, muchacho! Espero que veas muchas otras maravillas. Adelante, caminemos.

Más precisamente hubiera debido decir «resbalemos», porque nos dejábamos deslizar sin esfuerzo por las pendientes inclinadas. Era el *facilis descensus Avern* de Virgilio. La brújula, que consultábamos frecuentemente, indicaba dirección sureste con imperturbable rigor. Aquella corriente de lava no se desviaba ni a un lado ni a otro. Tenía la inflexibilidad de la línea recta.

Mientras tanto el calor no aumentaba de forma sensible. Lo cual daba la razón a las teorías de Davy, y más de una vez consulté el termómetro con asombro. Dos horas después de la partida aún no marcaba más que 10°, es decir, un incremento de 4°. Esto me autorizaba a pensar que nuestro descenso era más horizontal que vertical. En cuanto a saber exactamente la profundidad alcanzada, nada más fácil. El profesor medía exactamente los ángulos de desviación y de inclinación del camino, pero se guardaba para sí el resultado de sus observaciones.

Por la noche, hacia las ocho, dio la señal de parar. Hans se sentó inmediatamente. Colgamos las lámparas de un saliente de lava. Estábamos en una especie de caverna donde no faltaba el aire. Al contrario. Hasta nosotros llegaba alguna brisa. ¿Qué causa la producía? ¿A qué agitación atmosférica atribuir su origen? Pregunta que no traté de resolver en aquel momento. El hambre y la fatiga me volvían incapaz de razonar. Un descenso de siete horas consecutivas no se realiza sin gran desgaste de fuerzas. Estaba agotado. Me causó gran placer oír la palabra «alto». Hans puso algunas provisiones

sobre un bloque de lava y todos comimos con apetito. Sin embargo, había algo que me inquietaba: nuestra reserva de agua estaba medio agotada. Mi tío esperaba reponerla en las fuentes subterráneas, pero hasta entonces no habían aparecido. No pude dejar de llamar su atención sobre el tema..

—¿Te sorprende esta falta de manantiales? —dijo.

—Desde luego, e incluso me inquieta. Sólo tenemos agua para cinco días.

—Tranquilízate, Axel, te aseguro que encontraremos agua, y más de la que queramos.

—¿Cuándo?

—Cuando hayamos pasado esta capa de lava. ¿Cómo quieres que broten fuentes a través de estas paredes?

—Pero quizá esta corriente se prolongue a grandes profundidades. Me parece que aún no hemos avanzado mucho verticalmente.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Que si lo hubiéramos hecho, el calor sería mayor.

—Según tu teoría, sí —respondió mi tío—. ¿Qué indica el termómetro?

—Apenas quince grados, lo que en total sólo supone un aumento de nueve grados desde nuestra partida.

—¿Cuál es tu conclusión?

—La siguiente: según las observaciones más exactas, el aumento de la temperatura en el interior del globo es de un grado cada cien pies. Pero ciertas condiciones locales pueden modificar esa cifra. Así en Yakust, en Siberia, se ha observado que cada treinta pies se produce el aumento de un grado. Esta diferencia depende, evidentemente, de la conductibilidad de las rocas. También añadiré que en las cercanías de un volcán apagado, y a través de los gneis, se ha observado que la elevación de la temperatura era sólo de un grado por cada ciento veinticinco pies. Sigamos, pues, esta última hipótesis, que es la más favorable, y calculemos.

—Calcula, muchacho.

—Nada más fácil —dije yo, anotando las cifras en mi cuaderno—. Nueve por ciento veinticinco pies, total mil ciento veinticinco pies de profundidad.

—Totalmente exacto.

—¿Entonces?

—Pues que, según mis observaciones, hemos llegado a diez mil pies por debajo del nivel del mar.

—¿Es posible?

—Sí, o las cifras mienten.

Los cálculos del profesor eran exactos. Habíamos sobrepasado en más de seis mil pies las grandes profundidades alcanzadas por el hombre, como las minas de Kitz-Bahl, en el Tirol, y las de Wuttemberg, en Bohemia.

La temperatura, que en aquel lugar hubiera debido ser de ochenta y un grados, era apenas de quince. Singularidad que daba mucho que pensar.

A las seis del día siguiente, martes 30 de junio, se reanudó el descenso.

Continuábamos por la galería de lava, verdadera rampa natural, suave como esos planos inclinados que todavía reemplazan a la escalera en las casas antiguas. Así seguimos hasta las doce y diecisiete minutos, instante preciso en que alcanzamos a Hans, que acababa de detenerse.

—¡Ah! —exclamó mi tío—. ¡Hemos llegado al final de la chimenea!

Miré a mi alrededor. Estábamos en el centro de una encrucijada a la que iban a parar dos rutas, ambas sombrías y estrechas. ¿Cuál convenía tomar? Era un problema.

Sin embargo, mi tío no quiso dar la impresión de duda delante de mí ni ante el guía; señaló el túnel del este, y pronto nos hundimos los tres por él.

Además, cualquier vacilación ante aquel doble camino se hubiera prolongado indefinidamente porque ningún indicio podía determinar la elección de uno u otro; había que ponerse por entero en manos del azar.

La pendiente de esta nueva galería era poco pronunciada, y su sección muy desigual. A veces ante nosotros se desarrollaba una sucesión de arcos como los arbotantes de una catedral gótica. Los artistas de la Edad Media habrían podido estudiar allí todas las formas de esa arquitectura religiosa que tiene a la ojiva como base. Una milla más allá, nuestra cabeza se inclinaba a causa de las cimbras rebajadas de estilo románico, y grandes pilares encajados en el macizo se plegaban bajo el arranque de las bóvedas. En ciertos lugares, esta disposición dejaba paso a bajas construcciones subterráneas que parecían obras de castores, y nos deslizábamos reptando a través de estrechos pasadizos.

El calor se mantenía en un grado soportable. Yo pensaba involuntariamente en su intensidad cuando las lavas vomitadas por el Sneffels se habían precipitado por aquella ruta tan tranquila en aquel momento. Imaginaba los torrentes de fuego quebrados en los ángulos de la galería y la acumulación de vapores recalentados en aquel estrecho ambiente.

«¡Con tal de que al viejo volcán no se le ocurra una fantasía tardía!», pensé.

No le comunicaba ninguna de estas reflexiones al tío Lidenbrock; no las hubiera comprendido. Su único pensamiento era seguir adelante. Caminaba, se deslizaba, rodaba incluso, con una convicción que después de todo era de admirar.

A las seis de la tarde, tras un paseo poco fatigoso, habíamos avanzado dos leguas en dirección sur, pero apenas un cuarto de milla en profundidad.

Mi tío hizo la señal de descanso. Comimos sin hablar mucho y nos dormimos sin reflexionar demasiado.

Nuestro equipo nocturno era muy sencillo: una manta de viaje, en la que nos liábamos, componía toda la ropa de cama. No teníamos que temer ni frío ni visita inoportuna. Los viajeros que se adentran en los desiertos de África o en el seno de las selvas del Nuevo Mundo se ven obligados a relevarse en la vigilancia durante las horas del sueño. Pero aquí había soledad absoluta y seguridad completa. Ni salvajes ni animales feroces, ninguna de esas especies malhechoras era de temer.

Nos levantamos al día siguiente frescos y dispuestos. Reanudamos el camino. Seguíamos un camino de lava como la víspera. Imposible reconocer la naturaleza de los terrenos que atravesaba. En lugar de hundirse en las entrañas del globo, el túnel tendía a volverse absolutamente horizontal. Creí observar incluso que remontaba hacia la superficie de la Tierra. Esta disposición fue tan manifiesta hacia las diez de la mañana, y por consiguiente tan fatigosa, que me vi forzado a moderar nuestra marcha.

—¿Qué pasa, Axel? —dijo impaciente el profesor.

—Que no puedo más —respondí.

—¿Cómo! ¿Después de tres horas de paseo por un camino tan fácil?

—Fácil no digo que no, pero cansado, desde luego.

—¿Cómo? ¡Si no tenemos más que bajar!

—Que subir, si no le importa.

—¿Que subir! —dijo mi tío encogiéndose de hombros.

—Desde luego. Desde hace media hora, las pendientes se han modificado, y de seguir así volveremos a buen seguro a la superficie de Islandia.

El profesor sacudió la cabeza como hombre que no quiere convencerse. Traté de reanudar la conversación. No me respondió y dio la señal de partida. Me di cuenta de que su silencio no era más que malhumor concentrado.

Sin embargo, yo había vuelto a cargar mi fardo con buen ánimo, y seguía rápidamente a Hans, a quien precedía mi tío. Tenía cuidado de no distanciarme. Mi gran preocupación era no perder de vista a mis compañeros. Temblaba ante la idea de perderme en las profundidades de aquel laberinto.

Además, aunque la ruta ascendente se volvía más penosa, me consolaba pensando que me acercaba a la superficie de la Tierra. Era una esperanza. Cada paso lo confirmaba, y me alegraba ante la idea de volver a ver a mi pequeña Graüben.

A mediodía se produjo un cambio de aspecto en las paredes de la galería. Percibí el debilitamiento de la luz eléctrica reflejada por los muros. Al revestimiento de lava sucedía la roca viva. El macizo se componía de capas inclinadas y a menudo dispuestas verticalmente. Estábamos en plena época de transición, en pleno período silúrico.

—Es evidente —me decía a mí mismo—; en la segunda época de la Tierra los sedimentos de las aguas formaron estos esquistos, estas calizas y estas areniscas. Estamos dando vueltas al macizo granítico. Somos como gentes de Hamburgo que tomaran el camino de Hannover para ir a Lübeck.

Hubiera debido guardarme para mí estas observaciones. Pero mi temperamento de geólogo prevaleció sobre la prudencia, y el tío Lidenbrock oyó mis exclamaciones.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Mire —respondí, mostrándole la variada sucesión de areniscas, de calizas y los primeros indicios de terrenos pizarrosos.

—¿Y qué pasa?

—Que hemos llegado al período en que aparecieron las primeras plantas y los primeros animales.

—¿Eso crees?

—Pero mire, examine, observe.

Obligaba al profesor a pasear su lámpara por las paredes de la galería. Yo esperaba alguna exclamación de su parte. Pero no dijo ni una palabra y continuó su camino.

¿Me había comprendido o no? ¿No quería aceptar, por amor propio de tío y de sabio, que se había equivocado al escoger el túnel del este, o trataba de reconocer aquel pasadizo hasta su final? Era evidente que habíamos abandonado la ruta de las lavas y que aquel camino no podía conducir al centro del Sneffels.

Sin embargo, yo me preguntaba si no daba excesiva importancia a esta modificación de los terrenos. ¿No me equivocaba yo también? ¿Atravesábamos realmente esas capas de roca superpuestas al macizo granítico?

«Si tengo razón —pensé— debo encontrar algún resto de planta primitiva, y tendrá que rendirse a la evidencia. Busquemos».

No había dado cien pasos cuando se ofrecieron a mis ojos pruebas irrefutables. Tenía que ser así, ya que en la época silúrica los mares encerraban más de mil quinientas especies vegetales o animales. Mis pies, habituados al suelo duro de las lavas, pisaron de pronto un polvo formado por restos de plantas y conchas. En las paredes se veían nítidamente huellas de fucos y de lycopodios. El profesor Lidenbrock no podía engañarse ante aquello, pero cerraba los ojos, según pienso, y proseguía su camino con paso invariable.

Era la obstinación llevada más allá de cualquier límite. No pude contenerme. Recogí una concha perfectamente conservada, que había pertenecido a un animal más o menos semejante a la actual cochinilla; luego se la alcancé a mi tío y le dije:

—Mire.

—Bueno —respondió tranquilamente—; es la concha de un crustáceo del desaparecido orden de los trilobites. Nada más.

—Pero ¿no deduce de ello?...

—¿Lo que tú deduces? Sí. Perfectamente. Hemos abandonado la capa de granito y la ruta de lavas. Es posible que me haya equivocado; pero no estaré seguro de mi error hasta el momento en que haya alcanzado el extremo de esta galería.

—Hace bien actuando así, tío, y yo lo aprobaría si no tuviéramos que temer un peligro cada vez más amenazador.

—¿Cuál?

—La falta de agua.

—Pues la racionaremos, Axel.

En efecto, tuvimos que racionarla. Nuestra provisión no podía durar más de tres días. De eso me di cuenta en el momento de la cena. Desagradable perspectiva: había pocas esperanzas de encontrar algún manantial en aquellos terrenos de la época de transición.

Durante toda la jornada del día siguiente, la galería desarrolló ante nosotros sus interminables arcos de bóveda. Caminábamos casi sin decir palabra. Iba ganándonos el mutismo de Hans.

La ruta no ascendía, al menos de forma sensible. A veces, incluso, parecía inclinarse. Pero esta tendencia, por lo demás poco marcada, no debía tranquilizar al profesor, porque la naturaleza de las capas no variaba, y el período de transición se afirmaba cada vez más.

La luz eléctrica hacía centellear espléndidamente los esquistos, las calizas y las viejas areniscas rojas de las paredes. Podría pensarse en una zanja abierta en medio de Devonshire, la región que dio su nombre a este género de terrenos. Especímenes de mármoles magníficos revestían las paredes, unos de un gris ágata con vetas blancas caprichosamente acusadas, otros de color encarnado o de un amarillo manchado de placas rojas; más adelante, muestras de mármoles de manchas carmín y colores sombríos, en los que las areniscas destacaban con matices vivos.

La mayoría de aquellas piedras contenían huellas de animales primitivos. Desde la víspera, la creación había hecho un progreso evidente. En lugar de los trilobites rudimentarios, percibí restos de un orden más perfecto: entre otros, peces ganoides y esos sauropteris en los que la mirada de paleontólogos ha sabido descubrir las primeras formas del reptil. Los mares devónicos estaban habitados por gran número de animales de esta especie, y los depositaron por millares en las rocas de nueva formación.

Estaba claro que remontábamos la escala de la vida animal, cuya cima ocupa el hombre. Pero el profesor Lidenbrock no parecía prestarle atención.

Esperaba dos cosas: o que un pozo vertical se abriera ante nuestros pies y le permitiera seguir su descenso, o que un obstáculo le impidiese continuar por aquella ruta. Pero llegó la noche sin que tales esperanzas se vieran realizadas.

El viernes, tras una noche en la que comencé a sentir los tormentos de la sed, nuestro pequeño grupo se hundió de nuevo en el laberinto de la galería.

Después de diez horas de marcha, observé que disminuía singularmente la reverberación de nuestras lámparas sobre las paredes. El mármol, el esquisto, la caliza, la arenisca de las paredes dejaban paso a un revestimiento sombrío y sin brillo. En el momento en que el túnel se volvía más estrecho, me apoyé sobre su pared de la izquierda.

Cuando aparté mi mano, estaba completamente negra. Miré más de cerca. Estábamos en una hullera.

—¡Una mina de carbón! —exclamé..

—Una mina sin mineros —respondió mi tío.

—¡Quién sabe!

—Yo lo sé —replicó el profesor en tono seco—, y estoy seguro de que esta galería horadada a través de las capas de hulla no ha sido hecha por la mano del hombre. Pero sea o no obra de la naturaleza, poco me importa. Es hora de cenar. Cenemos.

Hans preparó algunos alimentos. Yo apenas comí, y bebí las pocas gotas de agua que constituían mi ración. Todo lo que quedaba para apagar la sed de tres hombres era la cantimplora del guía medio llena.

Después de la cena, mis dos compañeros se tumbaron bajo sus mantas y encontraron en el sueño reposo para sus fatigas. En cuanto a mí, no pude dormir y conté las horas hasta el alba.

El sábado, a las seis, iniciamos de nuevo la marcha. Veinte minutos más tarde llegábamos a una vasta excavación: reconocí entonces que la mano del hombre no podía haber perforado aquella hullera: las bóvedas hubieran estado apuntaladas, y realmente sólo se sostenían por un milagro de equilibrio.

Esta especie de caverna tenía cien pies de ancho por ciento cincuenta de alto. El terreno había sido separado violentamente por una conmoción subterránea. El macizo terrestre, cediendo a algún empuje poderoso, se había dislocado, dejando aquel amplio vacío donde por primera vez entraban habitantes de la Tierra.

Toda la historia del período hullero estaba escrita sobre aquellas sombrías paredes, y un geólogo podía seguir fácilmente sus diversas fases. Las capas de carbón estaban separadas por compactos estratos de arenisca o de arcilla, y como aplastadas por las capas superiores.

En esa edad del mundo que precedió a la época secundaria, la Tierra se recubrió de inmensas vegetaciones debidas a la doble acción de un calor tropical y de una humedad persistente. Una atmósfera de vapores envolvía el globo por todas partes, privándole aún de los rayos del sol.

De ahí la conclusión de que las altas temperaturas no provenían de ese nuevo foco. Quizá el astro del día aún no estaba dispuesto para jugar su papel resplandeciente.

Los «climas» no existían todavía y un calor tórrido se difundía por toda la superficie de la Tierra, igual en el ecuador que en los polos. ¿De dónde procedía? Del interior del planeta.

A pesar de las teorías del profesor Lidenbrock, un fuego violento anidaba en las entrañas del esferoide; su acción se dejaba sentir hasta las últimas capas de la corteza terrestre; las plantas, privadas de los bienhechores efluvios del sol, no daban ni flores ni perfumes, pero sus raíces extraían una vida poderosa de los terrenos ardientes de los primeros días.

Había pocos árboles, sólo plantas herbáceas, inmensos céspedes, helechos, licopodios, sigilarias, asterofilites, familias raras cuyas especies se contaban entonces por millares.

Y precisamente a esta exuberante vegetación debe su origen la hulla. La corteza todavía elástica del globo obedecía a los movimientos de la masa líquida que lo recubría. De ahí las numerosas fisuras y hundimientos. Las plantas, arrastradas bajo las aguas, formaron poco a poco considerables acumulaciones.

Entonces intervino la química natural; en el fondo de los mares, las masas vegetales primero se hicieron turba; luego, gracias a la influencia de los gases, y bajo el calor de la fermentación, sufrieron una mineralización completa.

Así se formaron esas inmensas capas de carbón que, sin embargo, un consumo excesivo debe agotar en menos de tres siglos, si los pueblos industriales no tienen cuidado.

Estas reflexiones venían a mi espíritu mientras consideraba las riquezas hulleras acumuladas en aquella porción del macizo terrestre. Sin duda, nunca habrán de salir a la luz. La explotación de estas minas remotas exigiría inversiones demasiado considerables. Además, ¿para qué, si la hulla todavía está desparramada, por así decir, por la superficie de la Tierra en gran número de comarcas? Por eso, cuando llegara la última hora del mundo, aquellas capas estarían tal como yo las veía ahora, intactas.

Mientras tanto, seguíamos caminando, y yo era el único de los tres que olvidaba la longitud de la ruta para perderme en consideraciones geológicas. La temperatura seguía siendo sensiblemente la misma que durante nuestro paso entre las lavas y los esquistos. Sólo mi olfato estaba afectado por un olor muy acusado de protocarburo de hidrógeno. Reconocí inmediatamente la presencia en aquella galería de una notable cantidad de ese fluido peligroso al que los mineros han dado el nombre de grisú, y cuya explosión ha causado tan a menudo catástrofes espantosas.

Por fortuna estábamos iluminados por los ingeniosos aparatos de Ruhmkorff. Si por desgracia hubiéramos explorado imprudentemente aquella galería antorcha en mano, una terrible explosión habría puesto fin al viaje suprimiendo a los viajeros.

Aquella excursión por la hullera duró hasta el atardecer. Mi tío apenas podía contener la impaciencia que le causaba la horizontalidad de la ruta. Las tinieblas, que

seguían siendo impenetrables a veinte pasos, impedían calcular la longitud de la galería, y yo comenzaba a creerla interminable cuando de repente, a las seis, un muro se presentó inopinadamente ante nosotros. A derecha, a izquierda, por arriba, por abajo: no había ningún pasaje. Habíamos llegado al fondo de un callejón sin salida.

—¡Tanto mejor! —exclamó mi tío—. Al menos sé a qué atenerme. No estamos en la ruta de Saknussem, y sólo nos queda volver atrás. Tomemos una noche de descanso, y antes de tres días habremos llegado al punto en que se bifurcan las dos galerías.

—Sí —dije yo—, si tenemos fuerzas.

—¿Y por qué no?

—Porque mañana nos quedaremos sin agua.

—¿Y también te quedarás sin valor? —preguntó el profesor mirándome con severidad.

No me atreví a responderle.

Al día siguiente partimos muy temprano. Había que darse prisa. Estábamos a cinco días de marcha de la encrucijada.

No insistiré en las penalidades de nuestra vuelta. Mi tío las soportó con la cólera de un hombre que ya no se siente el más fuerte. Hans, con la resignación de su naturaleza pacífica; yo, lo confieso, quejándome y desesperándome: no podía tener ánimo ante aquella mala fortuna.

Como había previsto, el agua se acabó al final del primer día de marcha. Nuestra provisión líquida se redujo entonces a la ginebra, pero ese licor infernal quemaba el gaznate, y yo no podía siquiera soportar su vista. La temperatura me parecía asfixiante. El cansancio me paralizaba. Más de una vez estuve a punto de caer faltar de movimiento; entonces se hacía un alto y mi tío y el islandés me reconfortaban lo mejor que podían. Pero yo veía ya que el primero reaccionaba penosamente a la extremada fatiga y las torturas motivadas por la falta de agua.

Finalmente, el martes 7 de julio, arrastrándonos sobre nuestras rodillas y manos, llegamos medio muertos al punto de unión de las dos galerías. Allí permanecí como una masa inerte, tendido sobre el suelo de lava. Eran las dos de la mañana.

Hans y mi tío, recostados en la pared, trataron de masticar algunos trozos de galleta. Largos gemidos se escapaban de mis labios tumefactos. Caí en un profundo sopor.

Al cabo de cierto tiempo, mi tío se acercó a mí y me levantó entre sus brazos:

—¡Pobre muchacho! —murmuró con verdadero acento de piedad.

Me conmovieron estas palabras, por no estar habituado a las ternuras del huraño profesor. Cogí sus manos temblorosas entre las mías. Él se dejó hacer mirándome. Sus ojos estaban húmedos de lágrimas.

Le vi entonces coger la cantimplora colgada a su lado. Con gran asombro por mi parte la acercó a mis labios.

—¡Bebe! —dijo.

¿Había oído bien? ¿Estaba loco mi tío? Le miraba con aire alhelado. No quería comprenderlo.

—Bebe —repitió.

Y alzando su cantimplora la vació completamente entre mis labios.

¡Oh, goce infinito! Un trago de agua vino a humedecer mi boca abrasada, uno solo, pero bastó para devolverme la vida que ya escapaba.

Di las gracias a mi tío juntando mis manos.

—¡Sí —dijo—, un trago de agua! ¡El último! ¿Oyes bien? ¡El último! Lo había guardado como un tesoro precioso en el fondo de mi cantimplora. Veinte veces, cien veces he tenido que resistir mi horrible deseo de beberla. Pero no, Axel, la reservaba para ti.

—¡Tío! —murmuré, mientras dos gruesas lágrimas mojaban mis ojos.

—Sí, pobre niño, sabía que al llegar a la encrucijada caerías medio muerto, y he guardado mis últimas gotas para reanimarte.

—Gracias, gracias —exclamé.

Aunque mi sed se hubiera aplacado muy poco, había recuperado sin embargo algunas fuerzas, y la inflamación de mis labios se había suavizado. Podía hablar.

—Veamos —dije—, ahora sólo nos queda un partido que tomar; carecemos de agua, hemos de retroceder.

Mientras yo hablaba así, mi tío evitaba mirarme; bajaba la cabeza, sus ojos rehuían los míos.

—Hay que retroceder —exclamé—, y tomar de nuevo el camino del Sneffels. ¡Que Dios nos dé fuerzas para subir hasta la cima del cráter!

—¡Volver! —dijo mi tío, como si se respondiera a sí mismo más que a mí.

—Sí, volver, y sin perder un instante.

Se produjo un silencio bastante largo.

—Entonces, Axel —continuó el profesor en tono extraño—, ¿esas pocas gotas de agua no te han devuelto el valor y la energía?

—¡El valor!

—Te veo tan abatido como antes, y diciendo todavía palabras de desesperación.

¿Con qué hombre tenía que vérmelas y qué proyectos formaba todavía su audaz espíritu?

—¡Cómo! ¿No quiere...?

—¿Renunciar a esta expedición en el momento en que todo anuncia que puede triunfar? ¡Jamás!

—Entonces, ¿hemos de resignarnos a perecer?

—No, Axel, no. Vete. No quiero tu muerte. Que Hans te acompañe. Déjame solo.

—¿Abandonarle?

—Déjame, te digo. Yo he comenzado este viaje y lo llevaré hasta el final o no volveré. Vete, Axel, vete.

Mi tío hablaba con una sobreexcitación extrema. Su voz, hacía un instante tierna, se volvía dura, amenazadora. Luchaba con una sombría energía contra lo imposible. Yo

no quería abandonarle en el fondo de aquel abismo, y, por otro lado, el instinto de conservación me impulsaba a huir de él.

El guía seguía esta escena con su acostumbrada indiferencia. Sin embargo, comprendía lo que pasaba entre sus dos compañeros. Nuestros gestos indicaban suficientemente la vía diferente por la que cada uno de nosotros quería arrastrar al otro; pero Hans parecía interesarse poco por aquella cuestión en la que su existencia se hallaba en juego, dispuesto a partir si se daba la señal de partir, resuelto a quedarse a la menor voluntad de su amo.

¡Y que en aquel instante no pudiera yo hacerme entender por él! Mis palabras, mis lamentos, mi acento habrían dominado aquella fría naturaleza. Yo le habría hecho comprender y tocar con las manos aquellos peligros que él no parecía sospechar. Y quizá los dos juntos habríamos convencido al obstinado profesor. Llegado el caso, le habríamos obligado a dirigirse hacia las alturas del Sneffels.

Me acerqué a Hans. Puse mi mano en la suya. Él no se movió. Le mostré el camino del cráter. Permaneció inmóvil. Mi cara jadeante hablaba de todos mis sufrimientos. El islandés movió suavemente la cabeza y, señalando tranquilamente a mi tío, dijo:

—*Master*.

—¡El amo! —exclamé yo—. ¡Insensato, no, él no es el amo de tu vida! ¡Hay que huir! ¡Tenemos que llevárnoslo de aquí! ¿Me oyes? ¿Me comprendes?

Yo había cogido a Hans del brazo. Quería obligarlo a levantarse. Luchaba con él. Mi tío intervino.

—Calma, Axel —dijo—. No conseguirás nada de este servidor impasible. Por tanto, escucha lo que voy a proponerte.

Me crucé de brazos, mirando a mi tío directamente a la cara.

—La falta de agua es el único obstáculo para el cumplimiento de mis proyectos —dijo—. En esa galería del este hecha de lava, de esquistos, de hullas, no hemos encontrado una sola molécula líquida. Es posible que seamos más afortunados siguiendo el túnel del oeste.

Moví la cabeza con profunda incredulidad.

—Escúchame hasta el final —continuó el profesor forzando la voz—. Mientras tú yacías ahí sin movimiento, he ido a reconocer la conformación de esta galería. Se hunde directamente en las entrañas del globo, y dentro de pocas horas nos conducirá al macizo granítico. En ella debemos encontrar manantiales abundantes. Así lo quiere la naturaleza de la roca, y el instinto está de acuerdo con la lógica en apoyo de mi convicción. Ahora bien, lo que tengo que proponerte es esto: cuando Colón pidió tres días a sus marineros para dar con las nuevas tierras, su tripulación, enferma y espantada, accedió a su demanda, y él descubrió el Nuevo Mundo. Yo, el Colón de estas regiones subterráneas, sólo te pido un día. Si transcurrido ese tiempo no he

encontrado el agua que nos hace falta, te juro que volveremos a la superficie de la Tierra.

A pesar de mi irritación, quedé conmovido por aquellas palabras y por la contención que mi tío empleaba para hablar con semejante lenguaje.

—¡Bien —exclamé—, que sea lo que usted desea, y que Dios recompense su energía sobrehumana! Sólo tiene usted unas pocas horas para tentar al destino. ¡En marcha!

Reemprendimos el descenso, esta vez por la nueva galería. Hans marchaba delante, según su costumbre. No habíamos dado cien pasos cuando el profesor, paseando su lámpara a lo largo de las paredes, exclamó:

—¡Son terrenos primitivos! ¡Estamos en el buen camino! ¡Adelante, adelante!

Cuando la Tierra se fue enfriando poco a poco en los primeros días del mundo, la disminución de su volumen produjo en la corteza dislocaciones, rupturas, contracciones. Aquel pasadizo era una fisura de este tipo, por la que en otro tiempo se derramaba el granito eruptivo. Sus mil recovecos formaban un inextricable laberinto a través del suelo primordial.

A medida que descendíamos, la sucesión de capas que componían el terreno aparecía con mayor nitidez. La ciencia geológica considera este terreno primigenio la base de la corteza mineral, y ha reconocido que se compone de tres capas diferentes, los esquistos, los gneis, los micaesquistos, sustentados en esa roca inquebrantable que se llama granito.

Pero jamás mineralogista alguno se había encontrado en circunstancias tan maravillosas para estudiar la naturaleza en directo. Lo que la sonda, máquina inteligente y brutal, no podía sacar a la superficie del globo de su textura interna, íbamos a estudiarlo nosotros con nuestros ojos y a tocarlo con nuestras manos.

A través del suelo de esquistos coloreados por bellas irisaciones verdes, serpenteaban filones metálicos de cobre y de manganeso con algunos rasgos de platino y de oro. Pensaba yo en aquellas riquezas hundidas en las entrañas de la Tierra, de las que la avidez humana nunca podrá gozar. Estos tesoros los enterraron las perturbaciones de los primeros días a tales profundidades que ni la piqueta ni el pico podrían arrancarlas de su tumba.

A los esquistos sucedieron los gneis, de estructura estratiforme, notables por la regularidad y el paralelismo de sus hojas, luego los micaesquistos dispuestos en grandes láminas realzadas a la vista por los centelleos de la mica blanca.

La luz de los aparatos, reflejada por las pequeñas facetas de la masa rocosa, entrecruzaba sus chorros de fuego desde todos los ángulos, y yo me imaginaba

viajando a través de un diamante hueco, en el que los rayos se quebraban en mil destellos.

Hacia las seis, aquella fiesta de luz comenzó a disminuir sensiblemente, casi a cesar; las paredes adoptaron un tinte cristalizado, pero sombrío; la mica se mezcló con mayor intensidad al feldespato y al cuarzo, para formar la roca por excelencia, la piedra más dura de todas, la que soporta, sin ser aplastada, los cuatro pisos de terrenos del planeta. Estábamos encerrados en la inmensa prisión de granito.

Eran las ocho de la tarde. El agua no aparecía. Yo sufría de modo horrible. Mi tío marchaba en cabeza. No quería detenerse. Prestaba oído para sorprender los murmullos de algún manantial. Pero ¡nada!

Mis piernas se negaban ya a sostenerme. Resistía la tortura para no obligar a mi tío a detenerse. Para él habría sido el golpe de gracia, porque acababa el día, el último que le correspondía.

Finalmente me abandonaron las fuerzas. Lancé un grito y caí:

—¡Ayuda! ¡Me muero!

Mi tío volvió sobre sus pasos. Me miró cruzándose de brazos; luego salieron de sus labios estas palabras sordas:

—¡Todo ha terminado!

Un espantoso gesto de cólera sacudió mi mirada por última vez, y cerré los ojos.

Cuando los abrí de nuevo vi a mis dos compañeros inmóviles y envueltos en sus mantas. ¿Dormían? Por lo que a mí respecta, yo no podía encontrar un instante de sueño. Sufría demasiado, sobre todo ante la idea de que mi mal no tendría remedio. Las últimas palabras de mi tío resonaban en mis oídos: «¡Todo ha terminado!», porque en semejante estado de debilidad no podía pensarse siquiera en volver a la superficie del globo.

¡Había legua y media de corteza terrestre! Me parecía que aquella masa reposaba con todo su peso sobre mis hombros. Me sentía aplastado, y me agotaba en violentos esfuerzos para darme la vuelta sobre mi cama de granito.

Pasaron algunas horas. Un silencio profundo reinaba a nuestro alrededor, un silencio de tumba. Nada llegaba a través de aquellas murallas, la más delgada de las cuales medía cinco millas de espesor.

Sin embargo, en medio de mi sopor, creí oír un ruido. La oscuridad reinaba en el túnel. Miré más atentamente, y me pareció ver al islandés que desaparecía con la lámpara en la mano.

«¿Por qué aquella partida? ¿Nos abandonaba Hans?». Mi tío dormía. Quise gritar. Mi voz no pudo hallar paso entre mis labios reseca. La oscuridad se hacía más profunda, y los últimos ruidos acababan de apagarse.

«¡Hans nos abandona! —pensé—. ¡Hans, Hans!».

Gritaba estas palabras dentro de mí. No iban más lejos. Sin embargo, tras el primer instante de terror, sentí vergüenza de mi suspicacia contra un hombre cuya conducta hasta entonces nada tenía de sospechosa. Su marcha no podía ser una fuga. En lugar de remontar la galería, la bajaba. Un propósito falaz le hubiera arrastrado hacia arriba, no hacia abajo. Este razonamiento me calmó un poco, y volví a otro orden de ideas. Sólo un motivo grave había podido sacar a Hans, aquel hombre pacífico, de su reposo. ¿Iba a la aventura? ¿Había oído durante la silenciosa noche algún murmullo cuya percepción no había llegado hasta mí?

Durante una hora, imaginé en mi cerebro delirante todas las razones que habían podido mover al tranquilo cazador. Por mi cabeza pasaron las ideas más absurdas. ¡Creí que iba a volverme loco!

Pero, por fin, se produjo un ruido en las profundidades del abismo. Hans regresaba. La luz incierta comenzaba a deslizarse sobre las paredes, luego desembocó por el orificio del corredor. Apareció Hans.

Se acercó a mi tío, le puso la mano en el hombro y le despertó suavemente. Mi tío se levantó.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Vatten —respondió el cazador.

Debo creer que bajo la inspiración de violentos dolores todo el mundo se convierte en políglota. Yo no sabía ni una palabra de danés, y sin embargo comprendí por instinto la palabra de nuestro guía.

—¡Agua! ¡Agua! —exclamé yo, batiendo las manos, gesticulando como un insensato.

—¡Agua! —repetía mi tío—. *Hvar?* —le preguntó al islandés.

—Nedat —respondió Hans.

¿Dónde? ¡Abajo! Lo comprendí todo. Yo había cogido las manos del cazador y las estrechaba con fuerza mientras él me miraba con calma.

Los preparativos de marcha no fueron largos, y pronto caminábamos por el pasadizo cuya pendiente alcanzaba los dos pies por toesa.

Una hora más tarde habíamos caminado unas mil toesas y descendido dos mil pies.

En aquel momento oí nítidamente un sonido inusual correr por los flancos de la muralla granítica, una especie de mugido sordo, como un trueno lejano. Durante la primera media hora de marcha, al no encontrar el manantial anunciado, sentía que la angustia se apoderaba de nuevo de mí; pero entonces mi tío me informó sobre el origen de los ruidos que se producían.

—Hans no se ha equivocado —dijo—, lo que oyes es el mugido de un torrente.

—¿Un torrente? —pregunté.

—Es indudable. Un río subterráneo circula a nuestro alrededor.

Apresuramos el paso, sobreexcitados por la esperanza. Ya no sentía fatiga. Me refrescaba aquel ruido de agua murmurante. Aumentaba de modo sensible. El torrente, tras haberse mantenido por encima de nuestras cabezas durante mucho tiempo, corría ahora por la pared de la izquierda, mugiendo y saltando. Yo pasaba a menudo mi mano sobre la roca, esperando encontrar en ella huellas de humedad. Pero fue en vano.

Todavía pasó media hora y recorrimos media legua más.

Entonces resultó evidente que durante su ausencia el cazador no había podido continuar su búsqueda más allá. Guiado por un instinto particular de los montañeses y los zahoríes, «sintió» aquel torrente a través de la roca, pero, desde luego no había visto el precioso líquido; no había apagado su sed en él.

Pronto quedó claro que si continuábamos caminando, nos alejábamos de la corriente, cuyo murmullo tendía a disminuir.

Desanduvimos el camino. Hans se detuvo en el lugar preciso en que el torrente parecía estar más cercano.

Me senté junto al muro, mientras las aguas corrían a dos pies de mí con extrema violencia. Pero todavía nos separaba de ella un muro de granito.

Sin reflexionar, sin preguntarme si había algún medio para conseguir aquella agua, en un primer momento me dejé llevar por la desesperación.

Hans me miró y creí ver aparecer sobre sus labios una sonrisa.

Se levantó y cogió la lámpara. Yo le seguí. Se dirigió hacia la pared. Yo le miraba hacer. Pegó su oído a la piedra seca y lo paseó lentamente, escuchando con gran atención. Comprendí que buscaba el punto preciso en que el torrente se dejaba oír con mayor claridad. Encontró aquel punto en el muro lateral de la izquierda, a tres pies por encima del suelo.

¡Qué emoción sentía! ¡No me atrevía a adivinar lo que el cazador pretendía hacer! Pero tuve que comprenderlo y aplaudirle, y abrumarle con mis caricias, al verle coger su pico para atacar a la roca misma.

—¡Salvados! —exclamé.

—Sí —repetía mi tío frenético—. Hans tiene razón. ¡Ah, el valiente cazador! Nosotros no habríamos encontrado esto.

¡Estoy seguro! Un medio semejante, por simple que fuese, no se nos habría ocurrido. Nada más peligroso que dar un golpe de pico en aquella armazón del globo. ¿Y si se produjera algún desprendimiento que pudiera aplastarnos...? ¿Y si el torrente, al salir a través de la roca, nos invadiera...? Estos peligros no tenían nada de quiméricos; pero en ese momento los temores de desprendimiento o inundación no podían detenernos: nuestra sed era tan intensa que por aplacarla hubiéramos cavado en el lecho mismo del océano.

Hans se puso a la tarea que ni mi tío ni yo hubiéramos hecho.

Si la impaciencia hubiera guiado nuestra mano, la roca habría volado en mil pedazos bajo sus golpes precipitados. El guía, por el contrario, tranquilo y ponderado, desgastó poco a poco la roca con una serie de pequeños golpes repetidos, cavando una abertura de seis pulgadas de ancho. Yo oía crecer el ruido del torrente, y ya creía sentir el agua bienhechora refrescando mis labios.

Pronto el pico se hundió dos pies en la muralla de granito. El trabajo se prolongaba desde hacía más de una hora. Yo me retorcí de impaciencia. Mi tío quería echar mano de los grandes remedios. A duras penas hubiera podido detenerle, y ya cogía su pico cuando de repente se dejó oír un silbido. Un chorro de agua se disparó de la muralla y fue a estrellarse en la pared opuesta.

Hans, medio derribado por el choque, no pudo contener un grito de dolor. Lo comprendí cuando, hundiendo mis manos en el chorro líquido, lancé a mi vez una violenta exclamación. El manantial estaba hirviendo.

—¡Agua a cien grados! —exclame.

—Bueno, ya se enfriará —respondió mi tío.

El corredor se llenaba de vapores mientras se formaba un riachuelo que iba a perderse en las sinuosidades subterráneas; pronto tomamos nuestro primer trago.

¡Qué placer! ¡Qué incomparable voluptuosidad! ¿Qué era aquel agua? ¿De dónde venía? Importaba poco. Era agua, y por caliente que estuviese, devolvía al corazón la vida a punto de escaparse. Yo la bebía sin parar, sin saborearla siquiera.

Sólo tras un minuto de delectación exclamé:

—Pero ¡si es agua ferruginosa!

—Excelente para el estómago y de alta mineralización —replicó mi tío—. Este viaje vale tanto como ir a Spa o a Toeplitz.

—¡Ah, qué buena!

—Buenísima, agua sacada a dos leguas bajo tierra. Tiene un gusto a tinta que no resulta nada desagradable. ¡Buen manantial el que Hans nos ha procurado! Por eso propongo dar su nombre a este riachuelo salúfero.

—De acuerdo —asentí.

Y pronto quedó adoptado el nombre de Hans-bach.

Hans no se sintió más orgulloso por ello. Tras haberse refrescado con moderación, se recostó en un rincón con su calma acostumbrada.

—Ahora —dije—, no deberíamos dejar que esta agua se perdiera.

—¿Por qué? —respondió mi tío—; supongo que la fuente es inagotable.

—¡Qué importa! Llenemos el odre y las cantimploras y tratemos luego de tapar el hueco.

Se siguió mi consejo. Hans trató de taponar el corte hecho en la pared con pedazos de granito y de estopa. No fue fácil. Se quemaba las manos sin conseguirlo; la presión era demasiado considerable y nuestros esfuerzos resultaban infructuosos.

—A juzgar por la fuerza del chorro, es evidente que las capas superiores de este curso de agua están situadas a gran altura —dije.

—Sin duda —replicó mi tío—; si esta columna de agua tiene treinta y dos mil pies de altura, habrá ahí mil atmósferas de presión. Pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¿Por qué obstinarnos en tapar esa abertura?

—Pues porque...

Me encontraba en apuros para hallar un motivo.

—¿Estamos seguros de poder llenar nuestras cantimploras cuando estén vacías?

—No, evidentemente.

—Pues dejemos correr el agua. Bajaré naturalmente y guiaré a aquellos a los que refrescaré en el camino.

—Eso está bien pensado —exclamé—, y con ese riachuelo por compañero, no hay ninguna razón para no realizar nuestros proyectos.

—Ah, muchacho, ya te convences —dijo el profesor riendo.

—Hago algo más que convencerme, estoy seguro.

—¡Un momento! Empecemos tomándonos unas horas de descanso.

Me olvidaba realmente de que fuera de noche. El cronómetro se encargó de decírmelo. Pronto los tres, suficientemente reconfortados y refrescados, nos dormimos profundamente.

Al día siguiente ya habíamos olvidado nuestros pasados sufrimientos. Lo que más me asombró fue no tener sed ya, y me pregunté el motivo. El riachuelo que corría a mis pies murmurando se encargó de responderme.

Desayunamos y bebimos aquella excelente agua ferruginosa. Me sentía completamente reanimado y decidido a ir lejos. ¿Por qué un hombre tan seguro como mi tío no había de tener éxito con un guía industrial como Hans y un sobrino «decidido» como yo? ¡Ésas eran las hermosas ideas que se deslizaban por mi cerebro! Si me hubieran propuesto subir a la cima del Sneffels, me habría negado con indignación.

Pero por suerte sólo se trataba de bajar.

—Sigamos —exclamé, despertando con mis entusiastas acentos los viejos ecos del globo.

Reanudamos la marcha el jueves a las ocho de la mañana. El corredor de granito, de sinuosos recovecos, presentaba recodos inesperados y parecía el *imbroglio* de un laberinto; pero, en resumidas cuentas, su dirección principal era siempre hacia el sureste. Mi tío no cesaba de consultar su brújula con la mayor atención, para saber el camino recorrido.

La galería avanzaba casi sin inclinación, únicamente dos pulgadas por toesa como máximo. El riachuelo corría sin precipitación murmurando a nuestros pies. Yo lo comparaba a un genio familiar que nos guiaba a través de la Tierra, y con la mano acariciaba a la tibia náyade cuyos cantos acompañaban nuestros pasos. Mi buen humor adoptaba un giro mitológico.

En cuanto a mi tío, echaba pestes contra la horizontalidad del camino; él, el «hombre de las verticales». Su recorrido se alargaba indefinidamente, y en lugar de deslizarse a lo largo del radio terrestre, utilizando su expresión, se iba por la hipotenusa. Pero no podíamos elegir, y mientras avanzásemos hacia el centro, por poco que fuese, no había que quejarse.

Además, de vez en cuando las pendientes descendían; la náyade se ponía a rodar mugiendo, y nosotros descendíamos a mayor profundidad con ella.

En suma, aquel día y el siguiente hicimos mucho camino horizontal y relativamente poco vertical.

La noche del viernes 10 de julio, realizados nuestros cálculos, estimamos que debíamos estar a treinta leguas al sudeste de Reikiavik y a una profundidad de dos leguas y media.

Bajo nuestros pies se abría entonces un pozo bastante espantoso. Mi tío no pudo contenerse al calcular lo agudo de sus pendientes, y empezó a batir palmas.

—Éste sí que nos llevará lejos —exclamó—, y con facilidad, porque los salientes de la roca forman una auténtica escalera.

Las cuerdas fueron dispuestas por Hans de tal manera que prevenían cualquier accidente. Comenzó el descenso. No me atrevo a calificarlo de peligroso, porque ya me había familiarizado con aquella clase de ejercicio.

Aquel pozo era una grieta estrecha practicada en el macizo, del tipo de esas que se llaman «fallas». Evidentemente la contracción de la armazón terrestre se había producido en la época de su enfriamiento. Si en otro tiempo sirvió de paso a las materias eruptivas vomitadas por el Sneffels, no me explicaba yo cómo éstas no dejaron ninguna huella. Descendíamos por una especie de tornillo giratorio que parecía estar hecho por la mano del hombre.

Cada cuarto de hora teníamos que detenernos para tomar el descanso necesario y devolver a los músculos su elasticidad. Nos sentábamos entonces sobre algún saliente, con las piernas colgando, y hablábamos mientras comíamos y calmábamos nuestra sed en el riachuelo.

Lógicamente, en aquella falla el Hans-bach se convertía en cascada, con detrimento de su volumen; pero bastaba y sobraba para apagar nuestra sed; además, en los declives menos acusados volvía a recuperar su curso apacible. En aquel momento me recordaba a mi digno tío con sus impaciencias y rabietas, mientras que en las pendientes suaves parecía la calma del cazador islandés.

El 11 y el 12 de julio seguimos las espirales de aquella grieta, penetrando aún dos leguas más en la corteza terrestre, lo que suponía unas cinco leguas por debajo del nivel del mar. Pero el 13, hacia mediodía, la hendidura giró en dirección sureste, con una inclinación mucho más suave, de unos cuarenta y cinco grados.

El camino se volvió entonces fácil y de una monotonía total. Era difícil que fuera de otro modo. El viaje no podía ser variado por las incidencias del paisaje.

Por último, el miércoles 15 ya estábamos a siete leguas bajo tierra y a unas cincuenta aproximadamente del Sneffels. Aunque estuviéramos algo fatigados, nuestra salud se mantenía en un estado tranquilizador, y el botiquín de viaje todavía se hallaba intacto.

Mi tío anotaba hora a hora los datos de la brújula, del cronómetro, del manómetro y del termómetro, los mismos que ha publicado en el relato científico de su viaje.

Podía, pues, darse fácilmente cuenta de su situación. Cuando me informó que estábamos a una distancia horizontal de cincuenta leguas, no pude contener una exclamación.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada, sólo que se me ocurre una idea.

—¿Cuál, muchacho?

—Si sus cálculos son exactos, ya no estamos en Islandia.

—¿Eso crees?

—Es muy fácil comprobarlo.

Tomé mis medidas con el compás en el mapa.

—No me engañaba —dije—. Hemos pasado el cabo Portland, y estas cincuenta leguas hacia el sureste nos adentran en pleno mar.

—Bajo pleno mar —replicó mi tío frotándose las manos.

—Eso es —asentí—. El océano se extiende por encima de nuestras cabezas.

—¡Bah, Axel, nada más lógico! ¿No hay en Newcastle minas de carbón que se adentran bajo el mar?

Al profesor podía parecerle esta situación muy simple, pero la idea de pasearme bajo la masa de las aguas no dejó de preocuparme. Y, sin embargo, que estuvieran suspendidas sobre nuestras cabezas las llanuras y las montañas de Islandia o las olas del Atlántico, en última instancia, la diferencia era mínima, desde el momento en que la armadura granítica era sólida. Por lo demás, me habitué rápidamente a esta idea, porque el corredor, tan pronto recto como sinuoso, tan caprichoso en sus pendientes como en sus recovecos, pero siempre en dirección sureste, y siempre hundiéndose cada vez más, nos llevó rápidamente a grandes profundidades.

Cuatro días más tarde, la noche del sábado 18 de julio, llegamos a una especie de gruta bastante amplia; mi tío entregó a Hans sus tres rixdales semanales, y se decidió que el día siguiente sería de descanso.

De manera que el domingo por la mañana me desperté sin la preocupación habitual de una partida inmediatamente. Y aunque fuera en el más profundo de los abismos, no dejaba de ser agradable. Además, estábamos hechos a aquella existencia de trogloditas. Apenas pensé en el sol, las estrellas, la luna, los árboles, las casas, las ciudades y todas esas bagatelas terrestres que el ser sublunar ha convertido en necesidad. En nuestra calidad de fósiles, hacíamos poco caso de esas inútiles maravillas.

La gruta formaba una amplia sala. Sobre su suelo granítico corría suavemente el fiel riachuelo. A tanta distancia de su fuente, el agua sólo tenía la temperatura ambiente y se dejaba beber sin dificultad.

Después del desayuno, el profesor quiso dedicar algunas horas a poner en orden sus notas cotidianas.

—Ante todo —dijo—, voy a hacer unos cálculos para saber exactamente nuestra situación; al regreso quiero poder trazar un mapa de nuestro viaje, una especie de sección vertical del globo, que dará el perfil de la expedición.

—Será muy curioso, tío; pero ¿tendrán las observaciones un grado suficiente de precisión?

—Sí. He anotado cuidadosamente los ángulos y las pendientes. Estoy seguro de no equivocarme. Veamos primero dónde estamos. Coge la brújula y observa la dirección que indica.

Miré el instrumento, y tras un examen atento respondí:

—Este-cuarto-sur-este.

—¡Bien! —dijo el profesor anotando la observación y realizando algunos cálculos rápidos—. De lo que deduzco que hemos hecho ochenta y cinco millas desde nuestro punto de partida.

—¿O sea que viajamos bajo el Atlántico?

—Exacto.

—¿Y en este momento quizá está desencadenándose una tempestad en él, y hay navíos sacudidos sobre nuestras cabezas por las olas y el huracán?

—Puede ser.

—¿Y las ballenas van a golpear con su cola los muros de nuestra prisión?

—Tranquilízate, Axel, no conseguirán romperlos. Pero volvamos a nuestros cálculos. Estamos en el sureste, a ochenta y cinco leguas de la base del Sneffels, y, según mis notas anteriores, estimo en dieciséis leguas la profundidad alcanzada.

—¡Dieciséis leguas! —exclamé.

—Claro.

—Pero ése es el límite máximo asignado por la ciencia al espesor de la corteza terrestre.

—No digo que no.

—Y aquí, según la ley del aumento de la temperatura, debería existir un calor de mil quinientos grados.

—«Debería», muchacho.

—Y todo este granito no podría mantenerse en estado sólido y se hallaría en plena fusión.

—Ya ves que no ocurre nada de eso y que los hechos, siguiendo su costumbre, vienen a desmentir a las teorías.

—Me veo obligado a admitirlo, pero me asombra.

—¿Qué indica el termómetro?

—Veintisiete grados y seis décimas.

—Faltan, por tanto, mil cuatrocientos setenta grados y cuatro décimas para que los sabios tengan razón. De manera que el incremento proporcional de la temperatura es un error. Humphry Davy no se equivocaba. Está claro que no hice mal escuchándole. ¿Qué tienes que responder?

—Nada.

En verdad, habría tenido muchas cosas que decir. Yo no admitía en modo alguno la teoría de Davy, seguía sosteniendo la del calor central, aunque no sintiera sus efectos. Realmente, prefería admitir que aquella chimenea de un volcán apagado, recubierta por las lavas con un barniz refractario, no permitía que la temperatura se propagara a través de sus paredes.

Me limité a tomar la situación tal como venía, sin pararme a buscar argumentos nuevos.

—Tío —proseguí—, me parecen exactos sus cálculos, pero permítame sacar de ellos una consecuencia rigurosa.

—Como quieras, muchacho.

—En el punto en que estamos, a la latitud de Islandia, el radio terrestre es de mil quinientas ochenta y tres leguas aproximadamente.

—Mil quinientas ochenta y tres leguas y un tercio.

—Pongamos mil seiscientas leguas en números redondos. De un viaje de mil seiscientas leguas, hemos hecho doce.

—Exacto.

—Y esto ha supuesto ochenta y cinco leguas de diagonal.

—Perfectamente.

—¿Y en unos veinte días?

—En veinte días.

—Y dieciséis leguas son la centésima parte del radio terrestre. De continuar así, tardaremos más de dos mil días, o sea casi cinco años y medio en bajar.

El profesor no contestó.

—Sin contar con que, si una vertical de dieciséis leguas exige una horizontal de ochenta, el conjunto sumará ocho mil leguas en dirección sureste, y será preciso que antes de alcanzar el centro hayamos salido por un punto de la circunferencia.

—¡Al diablo con tus cálculos! —replicó mi tío con un gesto de cólera—. ¡Al diablo con tus hipótesis! ¿En qué se apoyan? ¿Quién te dice que este pasadizo no va directamente a nuestra meta? Además, tengo un precedente. Lo que yo hago, ya lo ha hecho otro, y si él ha tenido éxito, yo también lo tendré.

—Eso espero, pero, en fin, me está permitido...

—Te está permitido callarte, cuando quieras desbarrar de esa forma, Axel.

Comprendí que el terrible profesor amenazaba con reaparecer bajo la piel del tío, y me di por avisado.

—Ahora —continuó—, consulta el manómetro. ¿Qué indica?

—Una presión considerable.

—Bien. Como ves, al descender suavemente nos habituamos poco a poco a la densidad de esta atmósfera y no sufrimos nada.

—Nada, salvo algún dolor de oídos.

—Eso no es nada, y conseguirás hacer desaparecer ese malestar poniendo en comunicación rápidamente el aire del exterior con el aire contenido en tus pulmones.

—De acuerdo —respondí, completamente decidido a no llevar la contraria a mi tío—. Se siente, incluso, un verdadero placer en zambullirse en esta atmósfera más densa. ¿Ha notado usted con qué intensidad se propaga en ella el sonido?

—Desde luego. Un sordo terminaría por oír aquí de maravilla.

—Pero sin duda esta densidad aumentará.

—Sí, siguiendo una ley no bien determinada. Es cierto que la intensidad de la gravedad disminuirá a medida que descendamos. Ya sabes que es en la superficie misma de la Tierra donde su acción se deja sentir más vivamente, y que en el centro del globo los objetos ya no pesan.

—Lo sé; pero dígame, ¿este aire no terminará por adquirir la densidad del agua?

—Sin duda, a una presión de setecientas diez atmósferas.

—¿Y más abajo?

—Más abajo esa densidad continuará aumentando.

—¿Cómo descenderemos entonces?

—Nos meteremos piedras en los bolsillos.

—Desde luego, tío, tiene usted respuestas para todo.

No me atreví a seguir más tiempo en el campo de las hipótesis, porque habría chocado con alguna imposibilidad que haría saltar al profesor.

Era evidente, sin embargo, que el aire, a una presión que podía alcanzar millares de atmósferas, terminaría por pasar al estado sólido, y entonces, admitiendo que nuestros cuerpos resistieran, tendríamos que detenernos a pesar de todos los razonamientos del mundo.

Pero no hice valer este argumento. Mi tío me habría contestado con su eterno Saknussem, precedente sin valor, porque aun dando por sentado el viaje del islandés, había una respuesta sencilla: en el siglo XVI, ni el barómetro ni el manómetro estaban inventados; por tanto, ¿cómo había podido determinar Saknussem su llegada al centro del globo?

Pero me guardé esta observación para mí, y esperé acontecimientos.

El resto del día transcurrió en cálculos y conversación. Di siempre la razón al profesor Lidenbrock, y envidié la perfecta indiferencia de Hans que, sin buscar efectos ni causas, se dejaba ir ciegamente donde le llevaba el destino.

Debo confesarlo: hasta aquel momento las cosas iban bien, y yo no tenía derecho a quejarme. Si la «media» de dificultades no aumentaba, no había razón para que no pudiéramos alcanzar nuestra meta. Y entonces, ¡qué gloria! Había llegado a hacerme estos razonamientos a lo Lidenbrock. En serio. ¿Se debía al medio extraño en que vivía? Puede ser.

Durante algunos días, pendientes más rápidas, algunas incluso de una verticalidad horrible, nos adentraron profundamente en el macizo interno. En ciertas jornadas avanzábamos de legua y media a dos leguas hacia el centro. Eran descensos peligrosos, durante los cuales la destreza de Hans y su maravillosa sangre fría nos fueron muy útiles. Aquel impasible islandés se sacrificaba con una despreocupación incomprensible, y gracias a él conseguimos superar más de un mal paso del que nosotros no habríamos salido solos.

Su mutismo aumentaba día a día. Creo que incluso nos iba invadiendo a nosotros. Los objetos exteriores ejercen una acción real sobre el cerebro. Quien se encierra entre cuatro paredes termina por perder la facultad de asociar las ideas y las palabras. ¡Cuántos prisioneros encerrados en una celda se han vuelto imbeciles, si no locos, por falta de ejercicio de las facultades mentales!

Durante las dos semanas que siguieron a nuestra última conversación, no se produjo ningún incidente digno de ser referido. Sólo encuentro en mi memoria, y con razón, un acontecimiento de gravedad extrema del que me hubiera resultado difícil olvidar el menor detalle.

El 7 de agosto nuestros continuos descensos nos habían llevado a una profundidad de treinta leguas, es decir: sobre nuestra cabeza había treinta leguas de rocas, océano, continentes y ciudades. En aquel momento debíamos estar a doscientas leguas de Islandia.

Ese día el túnel seguía un plano poco inclinado.

Yo marchaba en cabeza. Mi tío llevaba uno de los dos aparatos de Ruhmkorff y yo el otro. Yo examinaba las capas de granito.

De pronto, al volverme, me di cuenta de que estaba solo.

«Bueno —pensé—, quizás he caminado demasiado deprisa, o bien Hans y mi tío se han detenido en el camino. Vamos, tengo que reunirme con ellos. Afortunadamente el camino no es demasiado empinado».

Volví sobre mis pasos. Caminé durante un cuarto de hora. Busqué: nadie; llamé: no hubo respuesta; mi voz se perdió en medio de los ecos cavernosos que súbitamente despertó.

Empecé a sentirme inquieto. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

—Hay que tener calma —dije en alta voz—. Estoy seguro de volver a encontrar a mis compañeros. ¡No hay otro camino! Por tanto, si yo iba delante, volvamos hacia atrás.

Subí durante una media hora. Escuché por si me buscaban, ya que en aquella atmósfera tan densa, su llamada podía llegarme desde muy lejos. Un silencio extraordinario reinaba en la inmensa galería.

Me detuve. No podía creer en mi soledad. Prefería estar extraviado, no perdido. Al primero se le encuentra.

—Veamos —repetí—, puesto que sólo hay un camino y ellos lo siguen, debo alcanzarlos. Bastará con seguir subiendo. A menos que, al no verme, y olvidando que yo iba delante, se les haya ocurrido la idea de retroceder. Pues bien, en tal caso, dándome prisa, los encontraré. ¡Es evidente!

Repetí estas últimas palabras como un hombre que no está convencido. Además, para asociar estas ideas tan simples y reunir las en forma de razonamiento, hube de emplear un tiempo muy largo.

Entonces una duda se apoderó de mí. ¿Iba yo delante? Desde luego, Hans me seguía, precediendo a mi tío. Se había detenido incluso durante algunos instantes para colocarse sus bultos a las espaldas. Me acordé de ese detalle. En ese mismo momento yo había continuado mi camino.

«Además —pensé—, tengo un medio seguro de no extraviarme; un hilo para guiarme en este laberinto y que no podría romperse: mi fiel riachuelo. No tengo más que remontar su curso, y forzosamente encontraré las huellas de mis compañeros».

Este razonamiento me reanimó, y resolví ponerme de nuevo en marcha sin perder un instante.

¡Cómo bendije entonces la previsión de mi tío al impedir al cazador taponar el agujero hecho en la pared de granito! De este modo, aquel manantial bienhechor, después de haber apagado nuestra sed durante el camino, iba a guiarme a través de las sinuosidades de la corteza terrestre.

Antes de seguir subiendo, pensé que una ablución me proporcionaría algún bienestar.

Me agaché, pues, para hundir mi frente en el agua del Hans-bach.

¡Y cuál no sería mi estupefacción!

¡Estaba pisando un granito seco y pedregoso! ¡El riachuelo ya no corría a mis pies!

No puedo pintar mi desesperación. Ninguna palabra de la lengua humana podría traducir mis sentimientos. Me hallaba enterrado vivo, con la perspectiva de morir en medio de las torturas del hambre y la sed.

Maquinalmente paseé mis manos ardientes sobre el suelo. ¡Qué reseca me pareció aquella roca!

Pero ¿cómo había abandonado el curso del riachuelo? Porque, desde luego, ¡ya no estaba allí! Entonces comprendí la razón de aquel silencio extraño, cuando escuché por última vez si alguna llamada de mis compañeros llegaba a mi oído. Así, en el momento en que mi primer paso se adentró por la ruta imprudente, no observé la ausencia del riachuelo. Es evidente que en ese momento se abrió delante de mí una bifurcación de la galería, mientras el Hans-bach, obediente a los caprichos de otra pendiente, se iba con mis compañeros hacia profundidades desconocidas.

¿Cómo volver? En cuanto a huellas, no las había. Mi pie no dejaba rastro alguno sobre aquel granito. Me rompía la cabeza tratando de buscar la solución de aquel insoluble problema. Mi situación se resumía en una sola palabra: ¡perdido!

¡Sí! Perdido a una profundidad que me parecía inconmensurable. Aquellas treinta leguas de corteza terrestre pesaban sobre mis hombros como una carga espantosa. Me sentía aplastado.

Traté de orientar mis pensamientos hacia las cosas de la tierra. Apenas si pude conseguirlo. Hamburgo, la casa de Königstrasse, mi pobre Graüben, todo aquel mundo bajo el que yo me extraviaba pasó rápidamente ante mi memoria asustada. En una viva alucinación volví a ver los incidentes del viaje, la travesía, Islandia, el señor Fridriksson, el Sneffels. Me dije que si en mi situación aún conservaba la sombra de una esperanza, eso sería un signo de locura, y que más valía desesperar.

En efecto, ¿qué poder humano podía devolverme a la superficie del globo y separar aquellas bóvedas enormes que se arqueaban por encima de mi cabeza? ¿Quién podía ponerme de nuevo en el camino de vuelta y hacer que me reuniera con mis compañeros?

—¡Oh, tío! —exclamé con el acento de la desesperación.

Ésa fue la única palabra de reproche que subió a mis labios, porque comprendí lo que el desventurado hombre debía estar sufriendo buscándome.

Cuando me vi así, sin posibilidad de cualquier ayuda humana, incapaz de intentar nada para lograr mi salvación, pensé en la ayuda del cielo. Los recuerdos de mi infancia, los de mi madre, a la que sólo había conocido en la época de los besos, volvieron a mi memoria. Recurrí a la plegaria, por pocos que fueran los derechos que tuviera a ser oído por Dios, al que me dirigía tan tarde, y le imploré con fervor.

Aquel recuerdo a la Providencia me devolvió un poco la calma, y entonces pude concentrar todas las fuerzas de mi inteligencia sobre mi situación.

Tenía víveres para tres días y la cantimplora estaba llena. Sin embargo, no podía quedarme solo más tiempo. Pero ¿debería subir o bajar?

¡Subir, evidentemente! ¡Seguir subiendo!

Debía llegar al punto en que había abandonado la fuente, al punto de la funesta bifurcación. Una vez con el riachuelo a mis pies, siempre podría retornar a la cima del Sneffels.

¡Cómo no lo había pensado antes! Evidentemente había una oportunidad de salvación. Por lo tanto, lo más urgente era encontrar de nuevo el curso del Hans-bach.

Me levanté y, apoyándome en mi bastón, comencé a subir por la galería. La pendiente era bastante empinada. Caminaba con esperanza y sin nerviosismo, como quien no puede elegir el camino a seguir.

Durante media hora ningún obstáculo detuvo mis pasos. Traté de reconocer mi ruta por la forma del túnel, por el saliente de ciertas rocas, por la disposición de las anfractuosidades. Pero ningún signo particular sorprendía mi espíritu, y pronto comprobé que aquella galería no podía llevarme a la bifurcación. No tenía salida. Choqué contra un muro impenetrable, y caí sobre la roca.

¡Qué espanto, qué desesperación se apoderó de mí entonces! No podría describirlo. Quedé anonadado. Mi última esperanza acababa de estrellarse contra aquella muralla de granito.

Perdido en aquel laberinto cuyas sinuosidades se cruzaban en todos los sentidos, no tenía siquiera la posibilidad de la huida. Fallecería de la más espantosa de las muertes. Y, cosa extraña, me vino al pensamiento de que si algún día mi cuerpo fosilizado era encontrado, su hallazgo a treinta leguas en el interior de las entrañas de la Tierra plantearía graves problemas científicos.

Quise hablar en voz alta, pero lo único que logró pasar entre mis labios resacos fueron roncacos sonidos. Jadeaba.

En medio de aquellas angustias, un nuevo terror vino a apoderarse de mi espíritu. Mi lámpara se había estropeado al caer. No tenía ningún medio de repararla. Su luz palidecía y pronto iba a reducirse a nada.

Vi la corriente luminosa disminuir en el serpentín del aparato. Una procesión de sombras movedizas se deslizó por las paredes sombrías. No me atreví a cerrar los párpados por temor a perder el menor átomo de aquella claridad fugitiva. A cada instante me parecía que iba a desvanecerse y que «lo negro» me invadiría.

Por último un postrer resplandor tembló en la lámpara. Yo lo seguí, lo aspiré con la mirada, concentré sobre él toda la fuerza de mis ojos, como si fuera la última sensación de luz que les fuera dado captar, y permanecí sumido en las inmensas tinieblas.

¡Qué grito terrible se escapó de mí! En tierra, en medio de las noches más profundas, la luz nunca abandona por entero sus derechos. Es difusa, es sutil, pero a poca que quede la retina del ojo termina por percibirla. Aquí, nada. La sombra absoluta hacía de mí un ciego en toda la acepción de la palabra.

Entonces mi cabeza enloqueció. Me levanté con los brazos extendidos delante de mí, intentando tantear dolorosamente. Empecé a huir, corriendo al azar en aquel inextricable laberinto, bajando siempre, corriendo a través de la corteza terrestre como un habitante de las grutas subterráneas, llamando, gritando, aullando, pronto magullado por los salientes de las rocas, cayendo y volviendo a levantarme ensangrentado, tratando de beber aquella sangre que me inundaba el rostro, y esperando que algún muro viniese a presentar a mi cabeza un obstáculo en el que se rompiera.

¿Adónde me condujo aquella carrera insensata? Lo ignoraré siempre. Tras muchas horas, al límite de mis fuerzas sin duda, caí como una masa inerte a lo largo de la pared, y perdí toda noción de existencia.

Cuando volví a la vida, mi rostro estaba mojado, pero de lágrimas. ¿Cuánto duró aquel estado de insensibilidad? No sabría decirlo. Ya no tenía medio alguno de darme cuenta del tiempo. Nunca hubo soledad semejante a la mía, jamás abandono tan completo.

Después de mi caída, había perdido mucha sangre. ¡Me sentía empapado en ella! ¡Ay, cuánto lamentaba no haber muerto, «y que todavía tuviese que hacer eso»! No quería pensar más. Abandoné cualquier idea, y vencido por el dolor, me acurruqué junto a la pared opuesta.

Ya sentía que el desvanecimiento se apoderaba de nuevo de mí y con él el aniquilamiento supremo, cuando un ruido violento vino a golpear en mis oídos. Se parecía al ruido prolongado del trueno, y oí las ondas sonoras perderse poco a poco en las lejanas profundidades del abismo.

¿De dónde provenía aquel ruido? De algún fenómeno, sin duda, que se operaba en el seno del macizo terrestre. La explosión de un gas, o la caída de algún potente asentamiento del globo.

Seguí escuchando. Quise saber si aquel ruido se repetiría. Pasó un cuarto de hora. El silencio reinaba en la galería. Oía incluso los latidos de mi corazón.

De pronto mi oído, aplicado por casualidad sobre el muro, creyó sorprender palabras vagas, imperceptibles, lejanas. Me estremecí.

«¡Es una alucinación!» pensé.

Pero no. Escuchando con más atención, oí realmente un murmullo de voz. Pero comprender lo que se decía fue lo que no me permitió mi debilidad. Sin embargo, hablaban. Estaba seguro.

Por un instante sentí el temor de que aquellas palabras fuesen mías, devueltas por un eco. Quizá sin saberlo yo mismo había gritado. Apreté los labios con fuerza y arrimé de nuevo el oído a la pared.

—Sí, es cierto, están hablando, están hablando.

Y avanzando algunos pies a lo largo de la muralla escuché con toda claridad. Logré captar palabras inciertas, extrañas, incomprensibles. Me llegaban como si fueran

pronunciadas en voz baja, murmuradas por así decir. La palabra *forloräd* era repetida varias veces con un acento de dolor.

¿Qué significaba? ¿Quién la pronunciaba? Evidentemente mi tío o Hans. Pero si yo las oía, ellos podrían escucharme.

—¡A mí! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Socorro!

Escuché, aceché una respuesta en la sombra, un grito, un suspiro. No se oyó nada. Pasaron algunos minutos. Todo un mundo de ideas se había abierto en mi espíritu. Pensé que mi voz debilitada no podía llegar hasta mis compañeros.

—Porque son ellos —repetía—. ¿Qué otros hombres se habrían metido a treinta leguas bajo tierra?

Me puse a escuchar de nuevo. Paseando mi oído sobre la pared, encontré un punto exacto en que las voces parecían alcanzar su máxima intensidad. La palabra *forloräd* volvió de nuevo a mi oído; y luego aquel ruido de trueno que me había sacado de mi torpor.

—No —dije—. No es a través del macizo por donde se dejan oír esas voces. La pared está hecha de granito, y no permitiría que la atravesase ni siquiera la detonación más fuerte. ¡Ese ruido llega por la galería misma! Es preciso que ahí se produzca un efecto acústico muy particular.

Escuché de nuevo, y aquella vez sí, aquella vez sí oí mi nombre nítidamente lanzado a través del espacio.

Era mi tío quien lo pronunciaba. Hablaba con el guía, y la palabra *forloräd* era una palabra danesa.

Entonces comprendí todo. Para hacerme oír, había que hablar precisamente a lo largo de aquella muralla que serviría para conducir mi voz como el hilo conduce la electricidad.

No había tiempo que perder. Si mis compañeros se alejaban algunos pasos, el fenómeno acústico quedaría destruido. Me acerqué, pues, a la muralla, y pronuncié estas palabras lo más claramente que pude:

—¡Tío Lidenbrock!

Esperé con la mayor ansiedad. El sonido no tiene una rapidez extremada. La densidad de las capas de aire no aumenta siquiera su velocidad; sólo su intensidad. Algunos segundos, siglos, transcurrieron, y por fin llegaron a mi oído estas palabras:

—¡Axel, Axel!, ¿eres tú?

.....

—¡Sí, sí! —respondí.

.....

—Hijo mío, ¿dónde estás?

.....

—¡Perdido, en la más completa oscuridad!

.....

—¿Y tu lámpara?

.....

—Apagada.

.....

—¿Y el riachuelo?

.....

—Desaparecido.

.....

—¡Axel, mi pobre Axel, ten ánimo!

.....

—¡Espere un poco, estoy agotado. No tengo ya fuerzas para responder! ¡Pero hábleme!

.....

—Valor —continuó mi tío—. No hables, escúchame. Te hemos buscado subiendo y bajando la galería. Ha sido imposible encontrarte. ¡Ah, cuánto te he llorado, muchacho! En fin, suponiéndote siempre en el camino del Hans-bach, hemos vuelto a bajar disparando los fusiles. Ahora, si nuestras voces pueden reunirse es un puro efecto de acústica. ¡Nuestras manos no pueden tocarse! Pero no desespere, Axel. Ya es algo oírse.

.....

Durante este tiempo, yo había reflexionado. Cierta esperanza, vaga todavía, volvía de nuevo a mi corazón. Ante todo, había algo que me importaba conocer. Acerqué, pues, mis labios al muro, y dije:

—¿Tío?

.....

—Dime, muchacho —me respondieron tras algunos instantes.

.....

—Lo primero que hay que saber es qué distancia nos separa.

.....

—Eso es fácil.

.....

¿Tiene el cronómetro?

.....

—Sí.

.....

—Pues bien, cójalo. Pronuncie mi nombre anotando exactamente el segundo en que hable. Yo lo repetiré en cuanto me llegue, y usted anotará igualmente el momento preciso en que le llegue mi respuesta.

.....
—Bien, y la mitad del tiempo comprendido entre mi pregunta y la respuesta indicará lo que mi voz tarda en llegar hasta ti.

.....
—Eso es, tío.

.....
—¿Estás listo?

.....
—Sí.

.....
—Pues bien, pon atención, voy a pronunciar tu nombre.

.....
Apliqué mi oído a la pared, y cuando la palabra «Axel» me llegó, respondí inmediatamente: «Axel»; luego esperé.

.....
—Cuarenta segundos —dijo entonces mi tío—. Son cuarenta segundos los que han transcurrido entre las dos palabras; por tanto, el sonido tarda veinte segundos en subir. Ahora bien, a milla y veinte pies por segundo, suman veinte millas cuatrocientos pies, o legua y media y un octavo.

.....
—¡Legua y media! —murmuré.

.....
—Eso se recorre, Axel.

.....
—Pero ¿hay que subir o bajar?

.....
—Bajar, y he aquí por qué. Hemos llegado a un amplio espacio en el que desembocan gran número de galerías. La que has seguido tiene que conducirte aquí, porque parece que todas estas hendiduras, estas fracturas del globo, irradian en torno de la inmensa caverna que ocupamos. Levántate, pues, y sigue tu ruta. Camina, arrástrate si es preciso, déjate deslizar en las pendientes rápidas, y encontrarás nuestros brazos para recibirte al final del camino. ¡En marcha, muchacho, en marcha!

.....
Estas palabras me reanimaron.

—Adiós, tío —exclamé—. Ya voy. Nuestras voces no podrán comunicarse entre sí en el momento en que abandone este lugar. Adiós, pues.

.....
—Hasta luego, Axel, hasta luego.

.....

Ésas fueron las últimas palabras que oí.

Aquella sorprendente conversación mantenida a través de la masa terrestre, intercambiada a más de una legua de distancia, concluyó con esas esperanzadoras palabras. Elevé una plegaria de gratitud a Dios porque me había conducido entre aquellas inmensidades sombrías al único punto quizás en que la voz de mis compañeros podía llegarme.

Este efecto acústico tan sorprendente se explica con facilidad por medio de las leyes físicas; provenía de la forma del corredor y de la conductibilidad de la roca. Hay muchos ejemplos de esta propagación de sonidos no perceptibles en los espacios intermedios. Recuerdo que este fenómeno ha sido observado en muchos lugares, entre otros en la galería interior de la catedral de San Pablo, en Londres, y sobre todo en esas curiosas cavernas de Siracusa, de las que la llamada Oreja de Dionisio es la más maravillosa de este género.

Me vinieron a la mente estos recuerdos, y vi claramente que, dado que la voz de mi tío llegaba hasta mí, no había ningún obstáculo entre nosotros. Siguiendo el camino de su voz, lógicamente debía llegar junto a él si las fuerzas no me faltaban.

Por tanto me levanté. Me arrastré más que anduve. La pendiente era bastante pronunciada. Me dejé resbalar por ella.

Enseguida la velocidad de mi descenso aumentó en espantosa proporción y amenazaba con parecerse a una caída. Yo no tenía fuerzas para detenerme.

De pronto, el terreno faltó bajo mis pies. Me sentí rodar rebotando sobre la asperezas de una galería vertical, un verdadero pozo. Mi cabeza chocó contra una roca aguda, y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, me hallaba medio en penumbra, tumbado sobre gruesas mantas. Mi tío me velaba, acechando en mi rostro algún resto de vida. A mi primer suspiro, me cogió la mano; a mi primera mirada lanzó un grito de alegría.

—¡Vive! ¡Vive! —exclamó.

—Sí —respondí yo con voz débil.

—Hijo mío —dijo mi tío estrechándome contra su pecho—, ya estás a salvo.

Quedé vivamente conmovido por el acento con que pronunció estas palabras, y más aún por las atenciones que las acompañaron. Pero ¡se precisaban pruebas como aquélla para provocar en el profesor semejante expansión!

En ese momento llegó Hans. Vio mi mano en la de mi tío; me atrevo a afirmar que sus ojos expresaron un vivo contento.

—*God dag* —dijo.

—Buenos días, Hans, buenos días —murmure—. Y ahora, tío, dígame dónde estamos en este momento.

—Mañana, Axel, mañana; hoy estás todavía demasiado débil; te he puesto en la cabeza unas compresas que no hay que mover; duerme, pues, muchacho, y mañana lo sabrás todo.

—Pero al menos —continué yo— ¿qué hora es, qué día?

—Las once de la noche, hoy es domingo, nueve de agosto, y no te permito hacerme más preguntas antes del diez del presente mes.

Realmente me encontraba muy débil, y mis ojos se cerraron involuntariamente. Necesitaba una noche de reposo; por eso me dejé adormecer con la idea de que mi soledad había durado cuatro largos días.

Cuando me desperté al día siguiente miré a mi alrededor. Mi cama, hecha con todas las mantas de viaje, se hallaba instalada en una gruta encantadora, adornada de magníficas estalagmitas, cuya suelo estaba cubierto de arena fina. Reinaba en ella la penumbra. Ninguna lámpara ni antorcha estaba encendida y, sin embargo, ciertos inexplicables resplandores procedían del exterior, penetrando por una estrecha abertura de la gruta. Oía también un murmullo vago e indefinido, semejante al gemido de las olas que rompen contra una playa, y a veces los silbidos de la brisa.

Me pregunté si estaba bien despierto, si todavía soñaba, si mi cerebro, lesionado en la caída, no percibía ruidos puramente imaginarios. Sin embargo, ni mis ojos ni mis oídos podían engañarse hasta ese punto.

«Es un rayo de luz —pensé— que se desliza por la hendidura de las rocas. ¡Eso es el murmullo de las olas! ¡Y eso el silbido de la brisa! ¿Me equivoco o hemos vuelto a la superficie de la Tierra? ¿Ha renunciado mi tío a su expedición o la habrá terminado felizmente?».

Me planteaba estas cuestiones insolubles cuando el profesor entró.

—Buenos días, Axel —dijo jovialmente—. Apostaría que ya estás bien.

—Por supuesto —dije, incorporándome sobre las mantas.

—Así debía ser, porque has dormido tranquilamente. Hans y yo nos hemos relevado para velarte, y hemos visto que tu curación hacía sensibles progresos.

—En efecto, me siento revigorizado, y la prueba es que haré honor al desayuno que tenga a bien servirme.

—¡Comerás, muchacho! Ya no tienes fiebre. Hans te ha frotado las heridas con no sé qué ungüento cuyo secreto poseen los islandeses, y han cicatrizado a las mil maravillas. Nuestro cazador es un gran hombre.

Mientras hablaba, mi tío preparaba algunos alimentos que me apresuré a devorar a pesar de sus recomendaciones. Durante este tiempo le abrumé a preguntas, que me respondió al momento.

Supe entonces que mi providencial caída me había llevado precisamente al final de una galería casi perpendicular; como había llegado en medio de un torrente de piedras, la menor de las cuales hubiera bastado para aplastarme, había que concluir que una parte del macizo se había deslizado conmigo. Aquel espantoso vehículo me transportó así hasta los brazos de mi tío, en los que caí sangrante e inanimado.

—En verdad —me dijo—, es sorprendente que no te hayas matado mil veces. Pero ¡por Dios!, no volvamos a separarnos, porque correríamos el riesgo de no vernos más.

«No separarnos más». Así, pues, ¿no había concluido el viaje? Abrí los ojos desmesuradamente, lo cual provocó de inmediato la siguiente pregunta:

—¿Qué te ocurre, Axel?

—Quiero hacerle una pregunta. Dice usted que estoy sano y salvo.

—Desde luego.

—¿Tengo todos mis miembros intactos?

—Desde luego.

—¿Y mi cabeza?

—Tu cabeza, salvo algunas contusiones, está perfectamente puesta sobre tus hombros.

—Pues bien, tengo miedo de que mi cerebro se haya perturbado.

—¿Perturbado?

—Sí. ¿No hemos vuelto a la superficie del globo?

—No, por supuesto.

—Entonces debo estar loco, porque percibo la claridad del día, oigo el ruido del viento que sopla y del mar que se riza.

—¡Ah! ¿No es más que eso?

—Explíqueme entonces...

—No te explicaré nada, porque es inexplicable; pero lo verás tú mismo y comprenderás que la ciencia geológica todavía no ha dicho su última palabra.

—Salgamos, pues —exclamé yo, levantándome bruscamente.

—No, Axel, no, el aire libre podría hacerte daño.

—¿El aire libre?

—Sí, el viento es bastante violento. No quiero que te expongas de esta forma.

—Pero le aseguro que me encuentro de maravilla.

—Un poco de paciencia, muchacho. Una recaída nos traería problemas, y no podemos perder tiempo, porque la travesía puede ser larga.

—¿La travesía?

—Sí, descansa todavía hoy, y mañana embarcaremos.

—¿Embarcar?

Esta última palabra me hizo dar un brinco.

¡Cómo! ¿Embarcar? ¿Teníamos, por tanto, un río, un lago, un mar ante nosotros? ¿Algún barco fondeado en algún puerto interior?

Mi curiosidad estaba excitada hasta el máximo grado. Mi tío trató en vano de contenerme. Cuando vio que mi impaciencia me haría más daño que la satisfacción de mis deseos, cedió.

Me vestí rápidamente. Para mayor precaución me envolví en una de las mantas y salí de la gruta.

Al principio no vi nada. Mis ojos desacostumbrados a la luz se cerraron bruscamente. Cuando pude abrirlos, quedé todavía más estupefacto que maravillado.

—¡El mar! —exclamé.

—Sí —respondió mi tío—, el mar Lidenbrock, y quiero creer que ningún navegante me disputará el honor de haberlo descubierto ni el derecho a bautizarlo con mi nombre.

Una vasta capa de agua, el comienzo de un lago o de un océano, se extendía hasta perderse de vista. La orilla, muy recortada, ofrecía a las últimas ondulaciones de las olas una arena fina, dorada, sembrada de pequeñas conchas donde vivieron los primeros seres de la creación. Las olas rompían con ese peculiar murmullo sonoro de los medios cerrados e inmensos. Una ligera espuma volaba al soplo de un viento moderado, y algunas salpicaduras me llegaban al rostro. En aquella playa ligeramente inclinada, a cien toesas aproximadamente del límite de las olas, iban a morir contrafuertes enormes de rocas que subían ensanchándose a inconmensurable altura. Algunos, desgarrando la costa con su aguda arista, formaban cabos y promontorios roídos por el diente de la resaca. Más lejos, la mirada seguía su masa con nitidez perfilada en los fondos brumosos del horizonte.

Era un verdadero océano, con el contorno caprichoso de las orillas terrestres, pero desierto y de un aspecto espantosamente salvaje.

Si mis miradas podían pasear a lo lejos por aquel mar era porque una luz «especial» iluminaba sus menores detalles. No se trataba de la luz del sol, con sus haces resplandecientes y la irradiación espléndida de sus rayos, ni la pálida y vaga del astro de las noches, que no es sino una reflexión sin calor. No. La intensidad de aquel resplandor, su difusión temblorosa, su blancura, su brillo, superior en realidad al de la luna, acusaban evidentemente un origen eléctrico. Era como una aurora boreal, un fenómeno cósmico continuo que llenaba aquella caverna capaz de contener un océano.

La bóveda suspendida por encima de mi cabeza, el cielo, si se quiere, parecía hecha de grandes nubes, vapores móviles y cambiantes, que por efecto de la condensación debían convertirse ciertos días en lluvias torrenciales. Habría creído que

bajo una presión tan fuerte de la atmósfera la evaporación del agua no podía producirse, y, sin embargo, por una razón física que se me escapaba, había amplias nubes en el aire. Pero en aquel instante «hacía buen tiempo». Las capas eléctricas producían sorprendentes juegos de luz sobre las elevadísimas nubes, y a menudo, entre dos capas desunidas, un rayo se deslizaba hasta nosotros con notable intensidad. Pero, en resumidas cuentas, no era el sol, puesto que su luz carecía de calor. El efecto era triste, soberanamente melancólico. En lugar de un firmamento brillante de estrellas, sentía por encima de aquellas nubes una cúpula de granito que me aplastaba con todo su peso, y aquel espacio, por inmenso que fuera, no habría sido suficiente para el paseo del menos ambicioso de nuestros satélites.

Me acordé entonces de la teoría de un capitán inglés que consideraba la Tierra una vasta atmósfera hueca, en cuyo interior el aire era luminoso a consecuencia de su presión, mientras que dos astros, Plutón y Proserpina, trazaban por él sus misteriosas órbitas. ¿Sería verdad?

Estábamos realmente aprisionados en una enorme excavación. No podía juzgarse su amplitud, puesto que la orilla iba alargándose hasta perderse de vista, ni su longitud, porque la mirada se detenía muy pronto en una línea de horizonte algo indecisa. En cuanto a la altura, debía sobrepasar varias leguas. La mirada no podía ver dónde se apoyaba aquella bóveda sobre sus contrafuertes de granito; pero suspendida en la atmósfera había alguna nube, cuya elevación podía estimarse en dos mil toesas, altitud superior a la de los vapores terrestres, y debida sin duda a la considerable densidad del aire.

Evidentemente, la palabra «caverna» no traduce mi pensamiento para pintar aquel inmenso lugar. Pero las palabras de la lengua humana no sirven a quien se aventura en los abismos del globo. Además, yo no sabía por qué hecho geológico explicar la existencia de semejante excavación. ¿Habría podido producirla el enfriamiento del globo? Por los relatos de los viajeros conocía de sobra ciertas cavernas célebres, pero ninguna presentaba tales dimensiones.

Aunque la gruta de Guachara, en Colombia, visitada por el señor de Humboldt, no había revelado el secreto de su profundidad al sabio, que la recorrió durante dos mil quinientos pies, posiblemente no se extendía mucho más allá. La inmensa caverna del Mammoth, en Kentucky, ofrecía, desde luego, proporciones gigantescas, puesto que su bóveda se elevaba a quinientos pies por encima de un lago insondable, y hubo viajeros que la recorrieron durante más de diez leguas sin encontrar su final. Pero ¿qué eran esas cavidades comparadas con la que yo admiraba entonces, con su cielo de vapores, sus irradiaciones eléctricas y un vasto mar encerrado entre sus orillas? Mi imaginación se sentía impotente ante aquella inmensidad.

Contemplaba en silencio todas aquellas maravillas. No tenía palabras para explicar mis sensaciones. Creía estar asistiendo en algún planeta lejano, Urano o Neptuno, a

fenómenos de los que mi naturaleza «terrestre» no tenía conciencia. Para sensaciones nuevas hacían falta palabras nuevas, y mi imaginación no me las proporcionaba. Miraba, pensaba y admiraba con una estupefacción mezclada con ciertas dosis de pavor.

Lo imprevisto de aquel espectáculo había devuelto a mi rostro los colores de la salud; estaba tratándome mediante la sorpresa y realizando mi curación con esta nueva terapia; además me reanimaba el frescor de un aire muy denso, que proporcionaba más oxígeno a mis pulmones.

No será muy difícil imaginar que, tras un encierro de cuarenta y siete días en una estrecha galería, era un goce infinito aspirar aquella brisa cargada de húmedas emanaciones salinas.

Así que no tuve que arrepentirme de haber abandonado mi oscura gruta. Mi tío, ya hecho a tales maravillas, no se extrañaba.

—¿Te encuentras con fuerzas para pasear un poco? —me preguntó.

—Sí, desde luego —contesté—; nada me resultará más agradable.

—Pues bien, coge mi brazo, Axel, y sigamos las sinuosidades de la orilla.

Acepté con entusiasmo, y comenzamos a bordear aquel nuevo océano. A la izquierda, unas rocas abruptas que trepaban unas sobre otras, formaban un amontonamiento titánico de efecto prodigioso. Por sus flancos corrían innumerables cascadas que fluían en capas límpidas y sonoras. Algunos ligeros vapores, saltando de roca en roca, señalaban el lugar de las fuentes termales, y unos riachuelos se deslizaban suavemente hacia el depósito común, buscando en las pendientes ocasión para murmurar de modo más agradable.

Entre aquellos riachuelos reconocí a nuestro fiel compañero de ruta, el Hans-bach, que iba a perderse tranquilamente en el mar, como si no hubiera hecho nunca otra cosa desde el comienzo del mundo.

—Ya no vendrá con nosotros —dije en un suspiro.

—¡Bah! —respondió el profesor—. Él u otro, ¿qué más da?

La respuesta me pareció algo ingrata.

Pero en aquel momento mi atención fue atraída por un espectáculo inesperado. A quinientos pasos, al rodear un alto promontorio, apareció ante nuestros ojos un bosque alto, tupido, espeso. Estaba formado por árboles de mediano tamaño, recortados en una especie de sombrillas regulares, de contornos nítidos y geométricos: las corrientes de la atmósfera no parecían ejercer ninguna influencia sobre su follaje, y permanecían inmóviles en medio de la brisa como un macizo de cedros petrificados.

Apresuré el paso. No podía dar un nombre a aquellas especies singulares. ¿Formaban parte de las doscientas mil clases de vegetales conocidas hasta entonces,

o había que otorgarles un lugar especial en la flora de las vegetaciones lacustres? No. Cuando llegamos bajo su umbría, mi sorpresa quedó por debajo de mi admiración.

En efecto, me encontraba en presencia de productos de la tierra, pero cortados por un patrón gigantesco. Mi tío los llamó inmediatamente por su nombre.

—Esto no es más que un bosque de hongos —dijo.

Y no se equivocaba. Júzguese el desarrollo adquirido por estas plantas propias de los medios cálidos y húmedos. Sabía que, según Bulliard, el «*lycoperdon giganteum*» alcanza de ocho a nueve pies de circunferencia; pero aquí se trataba de hongos blancos, de una altura de treinta a cuarenta pies, con un casquete de un diámetro igual. Los había a millares. La luz no conseguía atravesar su espesa sombra, y una oscuridad completa reinaba bajo aquellas cúpulas, yuxtapuestas como los techos redondos de una ciudad africana.

Sin embargo quise avanzar. Un frío mortal bajaba de aquellas bóvedas carnosas. Durante una media hora vagamos por aquellas húmedas tinieblas, y sentí verdadero bienestar cuando volví a encontrarme en la orilla del agua.

Pero la vegetación de esta comarca subterránea no se limitaba a aquellos hongos. Más lejos se elevaba en grupos un gran número de otros árboles de follaje descolorido. Eran fáciles de reconocer: se trataba de los humildes arbustos de la Tierra, pero con dimensiones fenomenales, licopodios de cien pies de altura, sigilarias gigantes, helechos arborescentes, grandes como los abetos de las altas latitudes, lepidodendros de tallos cilíndricos bifurcados, rematados por largas hojas erizadas de rudos pelos como monstruosas plantas carnosas.

—¡Sorprendente, magnífico, espléndido! —exclamó mi tío—. Ahí tienes la flora de la segunda época del mundo, de la época de transición. Ahí tienes a las humildes plantas de nuestros jardines que, en los primeros siglos del globo, se hacían árboles. ¡Mira, Axel, y admira! Jamás botánico alguno se ha encontrado con una fiesta semejante.

—Tiene usted razón, tío. La Providencia parece haber querido conservar en este inmenso invernadero esas plantas antediluvianas que la sagacidad de los sabios ha reconstruido con tanto acierto.

—Dices bien, muchacho, es un invernadero; pero mejor harías añadiendo que puede ser un zoológico.

—¡Un zoológico!

—Sin duda. ¿Ves este polvo que pisamos, estos huesos esparcidos por el suelo?

—¡Osamentas! —exclamé—. ¡Sí, osamentas de animales antediluvianos!

Me había precipitado sobre aquellos restos seculares hechos de una sustancia mineral indestructible. Sin vacilar iba dando su nombre a aquellos huesos gigantesco que parecían troncos de árboles disecados.

—Eso es la mandíbula inferior de un mastodonte —decía—; y éstos los molares del dinoterio; y ahí un fémur que no puede haber pertenecido más que al mayor de estos animales, al megaterio. Sí, esto es un zoológico, porque, desde luego, esas osamentas no han sido transportadas aquí por un cataclismo. Los animales a los que pertenecen vivieron en las orillas de este mar subterráneo, a la sombra de estas plantas arborescentes. Mire, veo esqueletos enteros. Y sin embargo...

—¿Y sin embargo...? —dijo mi tío.

—No comprendo la presencia de semejantes cuadrúpedos en esta caverna de granito.

—¿Por qué?

—Porque la vida animal sólo ha existido sobre la Tierra en los períodos secundarios, cuando el terreno sedimentario se formó gracias a los aluviones, y reemplazó a las rocas incandescentes de la época primitiva.

—Bueno, Axel, hay una respuesta muy simple que dar a tu objeción, y es que este terreno es un terreno sedimentario.

—¿Cómo! ¿A semejante profundidad por debajo de la superficie de la Tierra?

—Sin duda, y este hecho puede explicarse geológicamente. En cierta época la Tierra no estaba formada más que de una corteza elástica, sometida a movimientos alternativos de arriba y de abajo, en virtud de las leyes de atracción. Es probable que se hayan producido hundimientos del suelo, y que una parte de los terrenos sedimentarios haya sido arrastrada al fondo de abismos abiertos de forma súbita.

—Así debe ser. Pero si en estas regiones subterráneas han vivido animales antediluvianos, ¿quién nos dice que uno de esos monstruos no vaga todavía en medio de esos bosques sombríos o detrás de esas rocas escarpadas?

Ante esta idea, no sin terror, escudriñé los diversos puntos del horizonte; pero ningún ser viviente aparecía en aquellas orillas desiertas.

Estaba algo cansado. Fui a sentarme entonces en el extremo de un promontorio a cuyo pie iban a romperse con estrépito las olas. Desde allí mi mirada abarcaba toda aquella bahía formada por una escotadura de la costa. Al fondo se encontraba un pequeño puerto entre unas rocas piramidales. Sus aguas tranquilas dormían al abrigo del viento. Fácilmente podrían haber anclado en ella un *brick* y dos o tres goletas. Casi esperaba ver algún navío salir con las velas desplegadas y avanzar mar adentro bajo la brisa del sur.

Pero esta ilusión se disipó rápidamente. Éramos las únicas criaturas vivas en aquel mundo subterráneo. En algunos momentos de calma del viento, un silencio más profundo que los silencios del desierto descendía sobre las rocas áridas y pesaba en la superficie del océano. Yo trataba entonces de penetrar las lejanas brumas, de desgarrar aquella cortina arrojada sobre el fondo misterioso del horizonte. ¿Qué

preguntas se agolpaban en mis labios? ¿Dónde acababa aquel mar? ¿Adónde conducía? ¿Podríamos reconocer alguna vez las orillas opuestas?

Mi tío no parecía dudarlo. En cuanto a mí, lo deseaba y lo temía a la vez.

Tras haber pasado una hora en la contemplación de aquel maravilloso espectáculo, volvimos a tomar el camino de la playa para regresar a la gruta, y me dormí con un sueño profundo bajo el imperio de los más extraños pensamientos.

Al día siguiente me desperté completamente curado. Pensaba que un baño me resultaría muy saludable, y fui a zambullirme durante algunos minutos en las aguas de aquel Mediterráneo. A buen seguro que merecía este nombre más que cualquier otro.

Volví a desayunar con buen apetito. Hans se encargaba de cocinar nuestro pequeño menú; tenía agua y fuego a su disposición, de suerte que pudo variar algo nuestra comida de siempre. A los postres, nos sirvió unas tazas de café, y jamás me pareció de tan agradable sabor ese delicioso brebaje.

—Ahora ha subido la marea —dijo mi tío—, y no hay que dejar pasar la ocasión de estudiar este fenómeno.

—¿Cómo? ¿La marea? —exclamé.

—Desde luego.

—¿La influencia de la luna y del sol se deja sentir aquí?

—¿Por qué no? ¿No están sometidos los cuerpos en su conjunto a la atracción universal? Esta masa de agua no puede escapar, por tanto, a esa ley general. Por eso, a pesar de la presión atmosférica que se ejerce en su superficie, la verás subir como si fuera el mismo Atlántico.

En aquel momento pisábamos la arena de la orilla, y las olas ganaban poco a poco la playa.

—Ya está empezando el oleaje —exclamé.

—Sí, Axel, y por esos regueros de espuma, puedes ver que el mar sube aproximadamente una decena de pies.

—¡Es maravilloso!

—No, es natural.

—Tiene usted razón, tío, todo esto me parece extraordinario, y apenas si creo lo que ven mis ojos. ¿Quién hubiera imaginado bajo la corteza terrestre un océano verdadero, con sus flujos y reflujos, con sus brisas, con sus tempestades?

—¿Por qué no? ¿Hay alguna razón física que se oponga a ello?

—No la veo, desde el momento en que hay que abandonar la teoría del calor central.

—Así pues, hasta aquí la teoría de Davy ¿se encuentra justificada?

—Evidentemente, y a partir de ella nada contradice la existencia de los mares y de continentes en el interior del globo.

—Sin duda, pero deshabitados.

—Bueno, ¿por qué estas aguas no habían de dar asilo a peces de una especie desconocida?

—En cualquier caso, hasta ahora no hemos visto ni uno.

—Bueno, podemos fabricar cañas y ver si el anzuelo tiene tanto éxito aquí abajo como en los océanos sublunares.

—Lo intentaremos, Axel, porque hay que descubrir todos los secretos de estas nuevas regiones.

—Pero ¿dónde estamos, tío? Porque todavía no le he planteado las preguntas a las que deben contestar sus instrumentos.

—Horizontalmente, a trescientas cincuenta leguas de Islandia.

—¿Tanto?

—Estoy seguro de no equivocarme en más de quinientas toesas.

—¿Y la brújula sigue indicando el sureste?

—Sí, con una inclinación occidental de diecinueve grados y cuarenta y dos minutos, igual que en tierra. Por su inclinación, se produce un hecho curioso que he observado con el mayor cuidado.

—¿Cuál?

—Que la aguja, en lugar de inclinarse hacia el polo, como hace en el hemisferio boreal, se vuelve al polo contrario.

—Por tanto hay que deducir que el punto de atracción magnética se encuentra comprendido entre la superficie del globo y el lugar que hemos alcanzado.

—Precisamente, y es probable que si llegamos a las regiones polares, hacia esos setenta grados en que James Ross descubrió el polo magnético, veamos que la aguja se alza verticalmente. Así pues, este misterioso centro de atracción no se encuentra situado a gran profundidad.

—En efecto, y ése es un hecho que la ciencia no ha sospechado.

—La ciencia, muchacho, está hecha de errores, pero de errores que conviene cometer, porque llevan poco a poco a la verdad.

—¿Y a qué profundidad estamos?

—A una profundidad de treinta y cinco leguas.

—O sea —dije yo mirando el mapa—, que la parte montañosa de Escocia está encima de nosotros, y, en ella, los montes Grampianos elevan a una altura prodigiosa su cima cubierta de nieve.

—Sí —respondió el profesor riendo—. Es un poco duro de admitir, pero la bóveda es sólida; el gran arquitecto del universo la construyó con buenos materiales, y el hombre jamás hubiera podido darle semejante dimensión. ¿Qué son los ojos de los

puentes y las arcadas de las catedrales al lado de esta nave de un radio de tres leguas, bajo la que pueden desarrollarse a sus anchas un océano y sus tempestades?

—No hay temor de que el cielo caiga sobre mi cabeza. Ahora, tío, ¿cuáles son sus proyectos? ¿No piensa volver a la superficie del globo?

—¡Volver! Vaya. Al contrario, continuaremos nuestro viaje, puesto que hasta ahora todo ha ido tan bien.

—Sin embargo, no veo cómo vamos a penetrar bajo esa llanura líquida.

—No pretendo tirarme a ella de cabeza. Pero si los océanos no son, propiamente hablando, más que lagos, puesto que están rodeados de tierra, con mayor motivo este mar interior se encuentra delimitado por un macizo granítico.

—No hay duda.

—Pues bien, estoy seguro de encontrar en la orilla opuesta nuevas salidas.

—¿Qué longitud cree que tiene este océano?

—Treinta o cuarenta leguas.

—¡Ah! —dije, sospechando que tal estimación podía ser muy inexacta.

—Así que no tenemos tiempo que perder, y mañana nos haremos a la mar. Involuntariamente buscaba con la mirada el navío que debía transportarnos.

—¡Ah! O sea que embarcaremos. Bien. ¿Y en qué navío tomaremos pasaje?

—No será sobre un navío, muchacho, sino sobre una buena y sólida balsa.

—¡Una balsa! —exclamé—. Una balsa es tan imposible de construir como un navío, y no veo...

—Tú no ves, Axel, pero si escuchases, podrías oír.

—¿Oír?

—Sí, ciertos martillazos que te informarían de que Hans ya está manos a la obra.

—¿Construye una balsa?

—Sí.

—¿Cómo! ¿Ya ha cortado varios árboles con el hacha?

—No, los árboles estaban ya cortados. Ven, y le verás trabajando.

Tras un cuarto de hora de marcha, al otro lado del promontorio que formaba el pequeño puerto natural, vi a Hans trabajando. Con unos pocos pasos más llegué a su lado. Para mi gran sorpresa, sobre la arena había una balsa medio acabada; estaba hecha de vigas de una madera particular, y un gran número de maderos, de curvas y de cuadernas de toda especie, alfombraban literalmente el suelo. Había material suficiente para construir toda una flota.

—Tío —exclamé—, ¿qué madera es ésta?

—Es pino, abeto, cedro, todas las especies de las coníferas del norte, mineralizadas por la acción de las aguas del mar.

—¿Es posible?

—Es lo que se llama un *surtarbrandur* o madera fósil.

—Pero entonces, como pasa con los lignitos, debe tener la dureza de la piedra y no podrá flotar.

—A veces ocurre eso; hay maderas que se han convertido en auténticas antracitas; pero otras, como éstas, sólo han sufrido un comienzo de transformación fósil. Mira —añadió mi tío tirando al mar uno de aquellos preciosos restos.

Tras haber desaparecido, el trozo de madera volvió a la superficie de las olas y osciló con sus ondulaciones.

—¿Estás convencido? —preguntó mi tío.

—Convencido; sobre todo de que es increíble.

Al día siguiente por la tarde, gracias a la habilidad del guía, la balsa estaba terminada; tenía seis pies de longitud por cinco de ancho; los maderos de *surtarbrandur*, atados entre sí por fuertes cuerdas, ofrecían una superficie sólida y, una vez botada, aquella improvisada embarcación flotó apaciblemente sobre las aguas del mar de Lidenbrock.

El 13 de agosto nos despertamos temprano. Se trataba de inaugurar un nuevo género de locomoción rápida y poco fatigosa.

Un mástil fabricado de dos palos unidos, una verga formada por un tercero y una vela hecha con nuestras mantas, componían el aparejo de la balsa.

No faltaban las cuerdas y el conjunto era sólido.

A las seis, el profesor dio la señal de embarque. Los víveres, los bultos, los instrumentos, las armas y una notable cantidad de agua dulce recogida en las rocas ya estaban en su sitio.

Hans había montado una caña que le permitía dirigir su aparato flotante. Se puso al timón. Yo solté la amarra que nos sujetaba a la orilla. Orientamos la vela y zarpamos rápidamente.

En el momento de abandonar el pequeño puerto, mi tío, que andaba a vueltas con su nomenclatura geográfica, quiso darle un nombre, el mío, entre otros.

—Pues yo tengo otro que proponerle —dije.

—¿Cuál?

—El nombre de Graüben. Puerto Graüben, quedará muy bien en el mapa.

—Sea, pues, Puerto Graüben.

Y de ese modo el recuerdo de mi querida virlandesa se unió a nuestra aventurada expedición.

La brisa soplaba del noreste. El viento nos empujaba con extremada rapidez. Las densísimas capas de la atmósfera tenían un empuje considerable y actuaban sobre la vela como un poderoso ventilador.

Al cabo de una hora, mi tío había podido calcular con bastante exactitud nuestra velocidad.

—Si continuamos así —dijo—, haremos por lo menos treinta leguas cada veinticuatro horas y no tardaremos en divisar la orilla opuesta.

Yo no respondí, y fui a situarme en la proa de la balsa. La costa septentrional se empequeñecía en el horizonte. Los dos brazos de la orilla se abrían ampliamente como para facilitar nuestra partida. Ante mis ojos se extendía un mar inmenso. Grandes nubes paseaban rápidamente por la superficie su sombra grisácea, que parecía pesar

sobre aquel agua sombría. Los rayos argentados de la luz eléctrica, reflejados acá y allá por alguna gotita, hacían estallar puntos luminosos en los remolinos de la embarcación. Pronto se perdió de vista la tierra y desapareció todo punto de referencia; sin el surco espumoso de la balsa, hubiera podido creerse que permanecía en perfecta inmovilidad.

Hacia mediodía, unas algas inmensas vinieron a ondular en la superficie de las olas. Yo conocía el poder vegetativo de aquellas plantas, que reptan a una profundidad de más de doce mil pies por el fondo de los mares, se reproducen bajo presiones de cuatrocientas atmósferas y forman a menudo bancos lo bastante considerables para obstaculizar la marcha de los navíos; pero jamás, según creo, hubo algas más gigantescas que las del mar Lidenbrock. vinieron a ondular en la superficie de las olas.

Nuestra balsa pasó junto a fucos de tres a cuatro mil pies de largo, inmensas serpientes que se desarrollaban hasta más allá del alcance de nuestra vista; yo me divertía siguiendo con la mirada sus cintas infinitas, creyendo siempre divisar su final, y durante horas enteras mi paciencia, si no mi asombro, era engañada.

¿Qué fuerza natural podía producir tales plantas? ¿Cuál debía ser el aspecto de la Tierra en los primeros siglos de su formación, cuando, bajo la acción del calor y la humedad, el reino vegetal se desarrollaba sólo en su superficie?

Llegó la noche, y como ya había observado la víspera, la luminosidad del aire no sufrió disminución alguna. Era un fenómeno constante con cuya duración se podía contar.

Después de la cena, me tumbé al pie del mástil, y no tardé en dormirme en medio de indolentes ensoñaciones.

Hans, inmóvil al timón, dejaba deslizarse la balsa que, por lo demás, empujada desde detrás por el viento, ni siquiera necesitaba ser dirigida.

Desde nuestra partida de Puerto Graüben, el profesor Lidenbrock me había encargado llevar el «diario de a bordo», anotar las menores observaciones, consignar los fenómenos interesantes, la dirección del viento, la velocidad conseguida, el camino recorrido, en una palabra, todos los incidentes de aquella extraña navegación.

Me limitaré, pues, a reproducir aquí estas notas cotidianas, escritas, por así decirlo, al dictado de los acontecimientos, a fin de dar un relato más exacto de nuestra travesía.

Viernes, 14 de agosto. Brisa sostenida del NO. La balsa marcha con rapidez y en línea recta. La costa queda a treinta leguas a sotavento. Nada en el horizonte. La intensidad de la luz no varía. Buen tiempo, es decir, las nubes están muy altas, son poco espesas, y se bañan en una atmósfera blanca, como si fuera de plata en fusión. Termómetro: + 32° C.

A mediodía Hans prepara un anzuelo en el extremo de una cuerda. Lo ceba con un trozo de carne y lo lanza al mar. Durante dos horas no coge nada. ¿Son acaso aguas deshabitadas? No. Se produce un tirón. Hans saca su caña y recoge un pez que se debate vigorosamente.

—¡Un pez! —exclama mi tío.

—Es un esturión —digo a mi vez—, un esturión de pequeño tamaño.

El profesor mira atentamente el animal y no comparte mi opinión. El pez tiene la cabeza lisa, redondeada, y la parte anterior del cuerpo cubierta de placas óseas; su boca carece de dientes; sus aletas natatorias pectorales, bastante desarrolladas, están ajustadas a su cuerpo, desprovisto de cola. Ese animal pertenece a un orden en el que los naturalistas han clasificado al esturión, pero que difiere de él en aspectos bastante esenciales.

Mi tío no se engaña, porque tras un breve examen dice:

—Este pez pertenece a una familia extinguida hace siglos, cuyas huellas solamente se encuentran en terrenos devónicos.

—¿Cómo? —digo—; ¿habremos conseguido coger vivo a uno de esos habitantes de los mares primitivos?

—Sí —responde el profesor, continuando con sus observaciones—, y ya ves que estos peces fósiles no guardan la menor identidad con las especies actuales. Poseer uno de estos seres vivos es un verdadero honor para un naturalista.

—Pero ¿a qué familia pertenece?

—Al orden de los ganoides, familia de los cefaláspidos, género...

—¿Sí?...

—Género de los pterichtis, lo juraría. Pero éste ofrece una particularidad que, según dicen, se encuentra en los peces de las aguas subterráneas.

—¿Cuál?

—Es ciego.

—¿Ciego?

—No solamente ciego, sino que le falta por completo el órgano de la vista.

Miro, y nada es más cierto. Pero puede ser un caso particular. Hans ceba de nuevo la caña y la echa al mar. A buen seguro que este océano abunda en peces, porque en dos horas hemos cogido gran cantidad de pterichtis, así como otros que pertenecen a una familia también extinguida, los diptéridos, cuyo género mi tío no puede reconocer. Todos carecen del órgano de la vista. Esta pesca inesperada renueva provechosamente nuestras provisiones.

Así pues, parece confirmado: este mar sólo encierra especies fósiles, en las que peces y reptiles son tanto más perfectos cuanto más antigua es su creación.

Tal vez encontremos algunos de esos saurios que la ciencia ha logrado reconstruir a partir de un hueso o de un cartílago.

Tomo el anteojo y examino el mar. Está desierto. Sin duda aún nos hallamos demasiado cerca de las costas.

Miro al aire. ¿Por qué algunos de esos pájaros reconstruidos por el inmortal Cuvier no habían de batir con sus alas esas pesadas capas atmosféricas? Los peces les proporcionarían alimento suficiente. Observo el espacio, pero el cielo está deshabitado como las orillas.

Sin embargo, mi imaginación me arrastra a las maravillosas hipótesis de la paleontología. Sueño completamente despierto. Creo ver en la superficie de las aguas enormes quersitas, esas tortugas antediluvianas, semejantes a islas flotantes. Sobre las sombrías orillas pasan los grandes mamíferos de los primeros días, el leptoterio, encontrado en las cavernas del Brasil, el mericoterio, venido de las regiones heladas de Siberia. Más lejos, el paquidermo lofiodón, gigantesco tapir, se oculta tras las rocas, dispuesto a disputar su presa al anoploterio, animal extraño, mezcla de rinoceronte, caballo, hipopótamo y camello, como si el Creador, con demasiada prisa en las primeras horas del mundo, hubiera reunido varios animales en uno solo. El mastodonte gigante hace voltear su trompa y destroza con sus defensas las rocas de la orilla, mientras el megaterio, apuntalado sobre sus enormes patas, pisotea la tierra despertando con sus rugidos el eco de los sonoros granitos. Más arriba, el protopiteco, el primer mono aparecido en la superficie del globo, trepa a las ásperas cumbres. Más arriba todavía, el pterodáctilo, de manos aladas, se desliza como un murciélago en el aire comprimido. Por último, en las últimas capas, pájaros inmensos, más poderosos que el casuario, más grandes que el avestruz, despliegan sus vastas alas, y van a rozar con sus cabezas la pared de la bóveda granítica.

Todo este mundo fósil renace en mi imaginación. Me transporto a las épocas bíblicas de la creación, mucho antes del nacimiento del hombre, cuando la Tierra incompleta aún no era todavía suficiente para él. Mi sueño se adelanta a la aparición de los seres animados. Los mamíferos desaparecen, luego los pájaros, luego los reptiles de la época secundaria, y, por último, los peces, los crustáceos, los moluscos, los artrópodos. Los zoofitos del período de transición también vuelven a la nada. Toda la vida de la Tierra se resume en mí, y mi corazón es el único que late en este mundo despoblado. Ya no hay estaciones; tampoco climas; el calor propio del globo aumenta sin cesar y neutraliza el del astro radiante. La vegetación se desmesura. Paso como una sombra en medio de helechos arborescentes, pisando con mi pie inseguro las margas irisadas, las gredas abigarradas del suelo; me apoyo en el tronco de coníferas inmensas; me tumbo a la sombra de los esfenófilos, de los asterófilos y de licopodios de cien pies de alto.

Los siglos pasan como días. Remonto la serie de transformaciones terrestres. Las plantas desaparecen; las rocas graníticas pierden su pureza; el estado líquido va a reemplazar al sólido bajo la acción de un calor más intenso; las aguas corren por la

superficie del globo; hierven, se volatilizan; los vapores envuelven la Tierra, que poco a poco no forma ya más que una masa gaseosa que alcanza la incandescencia, tan grande y brillante como el sol.

En el centro de esta nebulosa, un millón cuatrocientas mil veces más voluminosa que el globo que va a formar un día, me veo arrastrado a los espacios planetarios. Mi cuerpo se sutaliza, se sublima a su vez y se mezcla como un átomo imponderable con esos inmensos vapores que trazan en el infinito su órbita en llamas.

¡Qué sueño! ¿Adónde me lleva? Mi mano febril pone sobre el papel extraños detalles. Lo he olvidado todo: el profesor, el guía y la balsa. Una alucinación se ha apoderado de mi espíritu.

—¿Qué te pasa? —dice mi tío.

Mis ojos, completamente abiertos, se clavan en él sin verle.

—Ten cuidado, Axel, te vas a caer al mar.

Al mismo tiempo me siento vigorosamente cogido por la mano de Hans. Sin él, bajo el imperio de mi sueño, me hubiera precipitado en las olas.

—¿Se estará volviendo loco? —exclama el profesor.

—¿Qué pasa? —digo, volviendo en mí.

—¿Estás enfermo?

—No, he tenido un momento de alucinación, pero ya ha pasado. ¿Va todo bien?

—Sí, buena brisa y mar en calma. Navegamos con rapidez, y si mis cálculos no me engañan, no podremos tardar mucho en tocar tierra.

Tras estas palabras, me levanto, consulto el horizonte; pero la línea del agua se sigue confundiendo con la de las nubes.

Sábado, 15 de agosto. El mar conserva su monótona uniformidad. Ni rastro de tierra a la vista. El horizonte parece excesivamente remoto.

Aún tengo la cabeza aturdida por la violencia de mi sueño.

Mi tío no ha soñado, pero está de mal humor. Recorre todos los puntos del espacio con su anteojo y se cruza de brazos con aire enojado.

Observo que el profesor Lidenbrock tiende a volverse el hombre impaciente del pasado, y anoto el hecho en mi diario. Fueron precisas mis peligrosas peripecias y mis penalidades para arrancar de él una chispa de humanidad; pero desde mi curación, su naturaleza ha vuelto a recuperar sus derechos. Y sin embargo, ¿por qué enfadarse? ¿No hacemos el viaje en las mejores condiciones? ¿No navega la balsa con maravillosa rapidez?

—Parece inquieto, tío —le digo al verle llevarse con frecuencia a sus ojos el catalejo.

—¿Inquieto? No.

—¿Impaciente entonces?

—No es para menos.

—Sin embargo, navegamos con una velocidad...

—¿Y qué importa? No es que la velocidad sea pequeña, es que el mar es demasiado grande.

Entonces recuerdo que el profesor, antes de nuestra partida, estimaba en una treintena de leguas la longitud de aquel océano subterráneo. Y ya hemos recorrido un camino tres veces mayor y todavía no aparecen las orillas del sur.

—No descendemos —prosigue el profesor—. Todo esto es tiempo perdido, y, en resumidas cuentas, no he venido desde tan lejos para dar un paseo en barca por un estanque.

¡Llama a esta travesía un paseo en barca y a este mar un estanque!

—Pero —le digo— puesto que hemos seguido la ruta indicada por Saknussem...

—Ése es el problema. ¿Hemos seguido esa ruta? ¿Encontró Saknussem esta extensión de agua? ¿La atravesó? Ese riachuelo que hemos tomado por guía ¿no nos habrá extraviado completamente?

—En cualquier caso, no podemos lamentar haber venido hasta aquí. Este espectáculo es magnífico y...

—No se trata de ver. Me he propuesto una meta y quiero alcanzarla. Así que no me hables más de admirar...

No me lo hago repetir dos veces, y dejo al profesor mordiéndose los labios de impaciencia. A las seis de la tarde, Hans reclama su paga y le son entregados sus tres rixdales.

Domingo, 16 de agosto. Nada nuevo. El mismo tiempo. El viento tiene una ligera tendencia a refrescar. Al despertarme, mi primera preocupación es constatar la intensidad de la luz. Siempre temo que el fenómeno eléctrico se debilite y luego se apague. No ocurre nada de eso. La sombra de la balsa se dibuja con nitidez sobre la superficie de las olas.

¡Realmente este mar es infinito! ¡Debe tener las dimensiones del Mediterráneo o del Atlántico! ¿Por qué no?

Mi tío lanza la sonda repetidas veces. Ata la piqueta más pesada al extremo de una cuerda que deja bajar más de doscientas brazas. No toca fondo. Nos cuesta mucho trabajo recuperar nuestra sonda.

Cuando la piqueta es izada a bordo, Hans me hace observar en su superficie unas señales muy acusadas. Se diría que el trozo de hierro ha sido vigorosamente apretado entre dos cuerpos duros.

Miro al cazador.

—*Tänder* —dice.

No comprendo. Me vuelvo hacia mi tío, que está enteramente absorto en sus reflexiones. No quiero interrumpirle. Me vuelvo hacia el islandés. Éste, abriendo y cerrando varias veces la boca, me da a entender su pensamiento.

—¡Dientes! —digo yo estupefacto, considerando con mayor atención la barra de hierro.

¡Sí, son dientes, y su huella se ha grabado en el metal! Las mandíbulas que esos dientes adornan deben poseer una fuerza prodigiosa. ¿Es un monstruo de las especies perdidas lo que se agita bajo la capa más profunda de las aguas, un monstruo más voraz que el escualo, más temible que la ballena? No puedo apartar mi mirada de esa barra medio roída. ¿Va a convertirse en realidad mi pesadilla de la pasada noche?

Estos pensamientos me agitan durante todo el día, y mi imaginación se calma a duras penas en un sueño de varias horas.

Lunes, 17 de agosto. Trato de recordar los instintos particulares de esos animales antediluvianos de la época secundaria que, sucediendo a los moluscos, a los crustáceos y a los peces, precedieron a la aparición de los mamíferos sobre el globo. El mundo pertenecía entonces a los reptiles. Estos monstruos reinaban como dueños y señores en los mares jurásicos. La naturaleza les había otorgado la conformación más completa. ¡Qué gigantesca estructura! ¡Qué fuerza prodigiosa! Los actuales saurios, los caimanes y cocodrilos más grandes y temibles, no son sino débiles reproducciones a pequeña escala de sus padres de las primeras edades.

Me estremezco ante la evocación que hago de estos monstruos. Ninguna mirada humana los ha visto vivos. Aparecieron sobre la Tierra mil siglos antes que el hombre, pero sus osamentas fósiles, encontradas en esa caliza arcillosa que los ingleses llaman *lias*, han permitido reconstruirlos anatómicamente y conocer su colosal conformación.

En el Museo de Hamburgo he visto el esqueleto de uno de esos saurios que medía treinta pies de longitud. ¿Estoy destinado yo, habitante de la Tierra, a encontrarme frente a frente con estos representantes de una familia antediluviana? No, es imposible. Sin embargo, la marca de dientes poderosos está grabada en la barra de hierro, y por su huella reconozco que son cónicos como los del cocodrilo.

Mis ojos se clavan con terror en el mar. Temo ver brotar de él a uno de esos habitantes de las cavernas submarinas.

Supongo que el profesor Lidenbrock comparte mis ideas, si no mis temores, porque después de haber examinado el pico, recorre el océano con la mirada.

«Al diablo —digo para mis adentros—, ¡vaya idea que ha tenido al lanzar la sonda! Ha molestado a algún animal en su refugio, y si somos atacados durante la navegación...».

Echo una ojeada a las armas, y me aseguro de que están en buen estado. Mi tío me ve hacerlo y aprueba con un gesto.

Amplias agitaciones producidas en la superficie de las olas indican la turbación de capas remotas. El peligro está cerca. Hay que vigilar.

Martes, 18 de agosto. Llega la noche, o mejor el momento en que el sueño pesa sobre nuestros párpados, porque este océano no tiene noche, y la implacable luz fatiga obstinadamente nuestros ojos, como si navegásemos bajo el sol de los mares árticos. Hans está al timón. Yo duermo durante su turno de vigilancia.

Dos horas después me despierta una sacudida espantosa. La balsa ha sido izada por encima de las olas con una potencia indescriptible y lanzada a veinte toesas de allí..

—¿Qué pasa? —grita mi tío—. ¿Hemos chocado?

Hans señala con el dedo una masa negruzca que, a una distancia de doscientas toesas, sube y baja sucesivamente. Miro y exclamo:

—¡Es una marsopa colosal!

—Sí —replica mi tío—, y allí tenemos un lagarto colosal de un grosor poco común.

—¡Y más allá un cocodrilo monstruoso! Mire su gran mandíbula y las filas de dientes de que está armada. ¡Ah, desaparece!

—¡Una ballena! ¡Una ballena! —grita entonces el profesor—. Veo sus enormes aletas natatorias. Mira el aire y el agua que echa por sus respiraderos.

En efecto, dos columnas líquidas se alzan a considerable altura por encima del mar. Quedamos sorprendidos, estupefactos, espantados, ante aquel rebaño de monstruos marinos. Tienen dimensiones sobrenaturales, y el menor de ellos rompería la balsa de una dentellada. Hans quiere ponerla al paio para huir de aquella peligrosa vecindad; pero por el otro lado divisa otros enemigos no menos temibles: una tortuga de cuarenta pies de anchura y una serpiente de treinta de longitud, que balancea su enorme cabeza por encima de las olas.

Imposible huir. Los reptiles se acercan; dan vueltas en torno a la balsa con una rapidez que podría igualar un tren lanzado a la mayor velocidad; trazan a su alrededor círculos concéntricos. Cojo mi carabina. Pero ¿qué efecto puede producir una bala sobre las escamas con que están recubiertos los cuerpos de estos animales?

Nos hemos quedado mudos de espanto. ¡Y se acercan! Por un lado un cocodrilo, por otro una serpiente. El resto del rebaño marino ha desaparecido. Voy a disparar. Hans me detiene con una seña. Los dos monstruos pasan a unas cincuenta toesas de la balsa, se precipitan uno sobre el otro, y su furor les impide vernos.

El combate comienza a cien toesas de la embarcación. Vemos con toda nitidez a los dos monstruos peleando.

Pero me parece que ahora los demás animales acuden para participar en la lucha, la marsopa, la ballena, el lagarto, la tortuga. Los entreveo a cada instante. Se los señalo al islandés. Éste mueve negativamente la cabeza.

—Tva —dice.

—¡Cómo! ¿Dos? Pretende que sólo dos animales...

—Tiene razón —exclama mi tío, que no aparta de su mirada el anteojo.

—¡Vamos, no lo creo!

—¡Sí! El primero de estos monstruos tiene hocico de marsopa, cabeza de lagarto, dientes de cocodrilo: eso es lo que nos ha engañado. Es el más temible de los animales antediluvianos, el ictiosaurio.

—¿Y el otro?

—El otro es una serpiente oculta en el caparazón de una tortuga, el terrible enemigo del primero, el plesiosaurio.

Hans estaba en lo cierto. Sólo dos monstruos turban de este modo la superficie del mar, y ante los ojos tengo dos reptiles de los océanos primitivos. Percibo el ojo sanguinolento del ictiosaurio, tan grueso como la cabeza de un hombre. La naturaleza le ha dotado de un aparato óptico de extremado poder, capaz de resistir a la presión de las capas de agua de las profundidades en que habita. Se le ha llamado con justicia la ballena de los saurios, porque tiene su rapidez y su tamaño: éste no mide menos de cien pies, y puedo juzgar su tamaño cuando levanta por encima de las olas las aletas natatorias verticales de su cola. La mandíbula es enorme, y, según los naturalistas, no cuenta con menos de ciento ochenta y dos dientes.

El plesiosaurio, serpiente de tronco cilíndrico y cola corta, tiene las patas dispuestas en forma de rama. Su cuerpo está revestido por entero de un caparazón, y su cuello, flexible como el del cisne, se yergue a treinta pies por encima de las olas.

Estos animales se atacan con furia indescriptible. Levantan montañas líquidas que llegan hasta la balsa. Veinte veces estamos a punto de naufragar. Se dejan oír silbidos de prodigiosa intensidad: las dos bestias están trabadas. No puedo distinguir a una de otra. Hay que temerlo todo de la rabia del vencedor. n con furia.

Pasa una hora, luego otra. La lucha continúa con el mismo encarnizamiento. Los combatientes se acercan y se alejan de la balsa sucesivamente. Permanecemos inmóviles, dispuestos a disparar.

De repente el ictiosaurio y el plesiosaurio desaparecen y provocan un auténtico *maelström* en el seno de las olas. Transcurren varios minutos. ¿Va a terminar el combate en las profundidades del mar?

De pronto una enorme cabeza sale fuera, la cabeza del plesiosaurio. El monstruo está herido de muerte. Ya no veo su inmenso caparazón. Sólo se alza su largo cuello, se abate, vuelve a levantarse, se curva, azota las olas como un látigo gigantesco y se retuerce como un gusano cortado. El agua salpica a considerable distancia. Nos ciega. Pero pronto la agonía del reptil llega a su fin, sus movimientos disminuyen, sus contorsiones se apaciguan, y aquel largo tronco de serpiente se tiende como una masa inerte sobre las olas apaciguadas.

En cuanto al ictiosaurio, ¿ha ganado de nuevo su caverna submarina o va a reaparecer en la superficie del mar?

Miércoles, 19 de agosto. Por suerte, el viento, que sopla con fuerza, nos ha permitido huir rápidamente del escenario de la lucha. Hans sigue al timón. Mi tío, sacado de sus absorbentes ideas por los incidentes del combate, vuelve a caer en su impaciente contemplación del mar.

El viaje adopta de nuevo su monótona uniformidad, que no quiero ver rota al precio de los peligros de ayer.

Jueves, 20 de agosto. Brisa N.-NE. bastante desigual. Temperatura cálida. Navegamos con una rapidez de tres leguas y media por hora.

Hacia mediodía se deja oír un ruido muy lejano. Consigno aquí el hecho sin poder dar una explicación. Es un bufido continuo.

—Allá lejos —dice el profesor— hay alguna roca o algún islote sobre el que rompe el mar.

Hans se sube a la cima del mástil, pero no divisa ningún escollo. El océano está liso hasta la línea del horizonte.

Transcurren tres horas. Los ruidos parecen provenir de una cascada lejana.

Se lo hago observar a mi tío, que mueve la cabeza. Sin embargo, tengo la convicción de no equivocarme. ¿Correremos, pues, hacia una catarata que nos precipitará en el abismo? Es posible que esta manera de descender guste al profesor, porque se acerca a la vertical, pero a mí...

En cualquier caso, a pocas leguas de distancia en dirección al viento debe haber algún fenómeno ruidoso, porque los bramidos se escuchan ahora con gran violencia. ¿Vienen del cielo o del océano?

Dirijo mis miradas hacia los vapores suspendidos en la atmósfera y trato de averiguar su profundidad. El cielo está tranquilo. Las nubes, arrastradas a lo más alto de la bóveda, parecen inmóviles y se pierden en la intensa irradiación de la luz. Por tanto, hay que buscar en otra parte la causa del rugido.

Interrogo entonces al horizonte puro y libre de toda bruma. Su aspecto no ha cambiado. Pero si ese ruido procede de un salto, de una catarata, si todo este océano

se precipita en una cuenca inferior, si esos bramidos son producidos por una masa de agua que cae, la corriente debe acelerarse, y su velocidad en aumento puede darme la medida del peligro que nos amenaza. Miro la corriente. No hay. Una botella vacía que tiro al mar queda al paio.

Hans se levanta hacia las cuatro, trepa al mástil y sube hasta la punta. Desde allí su mirada recorre el arco del círculo que el océano describe ante la balsa y se detiene. Su rostro no expresa ninguna sorpresa, pero su mirada está fija en un punto.

—Ha visto algo —dice mi tío.

—Eso creo.

Hans vuelve a bajar, luego tiende su brazo hacia el sur, diciendo:

—*Der nere*.

—¿Allí? —responde mi tío.

Y cogiendo su catalejo, mira atentamente durante un minuto que me parece un siglo.

—¡Sí, sí! —grita.

—¿Qué ve?

—Un inmenso surtidor que se eleva por encima de las olas.

—¿De algún animal marino?

—Quizás.

—Entonces vayamos hacia el oeste, porque ya sabemos a qué atenernos sobre el peligro de un encuentro con esos monstruos antediluvianos.

—Dejémonos ir —responde mi tío.

Me vuelvo hacia Hans. Hans mantiene el rumbo con inflexible rigor.

Sin embargo, si a la distancia que nos separa de ese animal, distancia que hay que estimar en doce leguas por lo menos, se puede percibir la columna de agua arrojada por sus respiraderos, debe ser de tamaño sobrenatural. Huir sería estar de acuerdo con las leyes de la prudencia más elemental. Pero no hemos venido aquí para ser prudentes.

Seguimos, pues, hacia delante. Cuanto más nos acercamos, más crece el surtidor. ¿Qué monstruo puede llenarse de semejante cantidad de agua y expulsarla sin interrupción de este modo?

A las ocho de la noche estamos ya a dos leguas de él. Su cuerpo negruzco, enorme, montañoso, se extiende en el mar como un islote. ¿Es una ilusión o efecto del terror? ¡Me parece que su longitud pasa de las mil toesas! ¿Cuál es, pues, ese cetáceo que no han previsto ni los Cuvier ni los Blumembach? Está inmóvil y como dormido; el mar parece no poder levantarlo y son las olas las que se rizan sobre sus flancos. La columna de agua, proyectada a una altura de quinientos pies, vuelve a caer en forma de lluvia con un ruido ensordecedor. Corremos como insensatos hacia esa masa poderosa que cien ballenas no alimentarían un solo día.

El terror se apodera de mí. ¡No quiero seguir adelante! Si es preciso, cortaré la driza de la vela. Me vuelvo hacia el profesor, que no me presta atención.

De pronto, Hans se levanta y mostrando con el dedo el punto amenazador, dice:

—*Holme!*

—¡Una isla! —exclama mi tío.

—¡Una isla! —digo yo a mi vez, encogiéndome de hombros.

—Evidentemente —responde el profesor, lanzando una gran carcajada.

—Pero ¿esa columna de agua?

—*Geysir* —dice Hans.

—Pues claro, un géiser —continúa mi tío—, un géiser semejante a los de Islandia.

Al principio pretendo no haberme equivocado de forma tan grosera. ¡Haber tomado un islote por un monstruo marino! Pero la evidencia es rotunda, y por último debo aceptar mi error. Aquello no era más que un fenómeno natural.

A medida que nos acercamos, las dimensiones del chorro líquido se vuelven grandiosas. El islote se parece a un cetáceo inmenso cuya cabeza domina las olas a una altura de diez toesas. El géiser, palabra que los islandeses pronuncian *geysir*, y que significa «furor», se alza majestuosamente en su extremo. Sordas detonaciones estallan de vez en cuando, y el enorme chorro, dominado por violentas cóleras, agita su penacho de vapores saltando hasta la primera capa de nubes. Es único. No lo rodean ni fumarolas ni manantiales termales, y toda la fuerza volcánica se resume en él. Los rayos de luz eléctrica se mezclan con ese chorro resplandeciente, cuyas gotas se matizan con todos los colores del prisma.

—Atraquemos —dice el profesor.

Pero hay que evitar con mucho cuidado esa tromba de agua que haría naufragar la balsa en un instante. Maniobrando hábilmente, Hans nos lleva al extremo del islote.

Salto a la roca. Mi tío me sigue ágil, mientras el cazador permanece en su puesto, como alguien que está por encima de semejantes maravillas. Caminamos sobre un granito mezclado con toba silíceas; el suelo se estremece bajo nuestros pies como los flancos de una caldera donde se retorciera el vapor recalentado; está ardiendo. Llegamos a la vista de un pequeño estanque central del que se alza el géiser. Meto en el agua que fluye hirviendo un termómetro, y marca un calor de ciento sesenta y tres grados.

Por tanto, ese agua sale de un foco ardiente, lo que contradice de modo singular las teorías del profesor Lidenbrock. No puedo dejar de hacer la observación.

—Y bien —replica él—, ¿qué es lo que prueba contra mi teoría?

—Nada —respondo en tono seco al ver que choco con una obstinación absoluta.

Sin embargo, me veo obligado a confesar que hasta ahora nos hemos visto singularmente favorecidos, y que por una razón que se me escapa, este viaje se realiza en condiciones particulares de temperatura; pero me parece evidente que un día u

otro hemos de llegar a esas regiones donde el calor central alcance los límites más altos y supere todas las graduaciones de los termómetros.

—Ya lo veremos —es la voz del profesor, que después de haber bautizado el islote volcánico con el nombre de su sobrino, da la señal de embarque.

Me quedo todavía unos minutos contemplando el géiser. Observo que su chorro es irregular en la boca, que disminuye a veces de intensidad, que luego se recobra con nuevo vigor, cosa que atribuyo a diferencias de presión de los vapores acumulados en su seno.

Por fin partimos rodeando las accidentadas rocas del sur. Hans ha aprovechado el alto para reparar la balsa.

Pero antes de desatracar hago algunas observaciones para calcular la distancia recorrida y las anoto en mi diario. Hemos recorrido doscientas setenta leguas de mar desde Puerto Graüben, y estamos a seiscientos veinte leguas de Islandia, debajo de Inglaterra.

Viernes, 21 de agosto. Al día siguiente, el magnífico géiser ha desaparecido. El viento ha refrescado, y nos hemos alejado con rapidez del islote Axel. Los bramidos se han ido apagando poco a poco.

El tiempo, si es que está permitido expresarse así, va a cambiar dentro de poco. La atmósfera se carga de vapores que arrastran consigo la electricidad formada por la evaporación de las aguas salinas; las nubes descienden sensiblemente y adoptan un uniforme tinte oliváceo: los rayos eléctricos apenas pueden horadar ese opaco telón echado sobre el teatro en que va a representarse el drama de las tempestades.

Me siento particularmente impresionado, como lo está en tierra toda criatura ante la proximidad de un cataclismo. Los cúmulos amontonados en el sur presentan un aspecto siniestro; tienen esa apariencia «despiadada» que a menudo he observado al principio de las tormentas. El aire está pesado, la mar en calma.

A lo lejos, las nubes parecen grandes balas de algodón amontonadas en un pintoresco desorden; poco a poco se hinchan y pierden en número lo que ganan en tamaño; su pesadez es tal que no pueden separarse del horizonte; pero al soplo de las corrientes altas, se funden poco a poco, se ensombrecen y pronto presentan una capa única de aspecto temible; a veces, una bola de vapores todavía iluminada salta sobre esa alfombra grisácea y va a perderse inmediatamente en la masa opaca.

La masa está saturada de fluido, resulta evidente; me hallo completamente impregnado por él; mis cabellos se erizan sobre mi cabeza como junto a una máquina de electricidad. Me parece que si mis compañeros me tocasen en este momento recibirían una violenta descarga.

A las diez de la mañana los síntomas de la tormenta son ya definitivos; se diría que el viento amaina para tomar aliento; la nube se parece a un odre inmenso en el que se acumulan los huracanes.

No quiero creer en las amenazas del cielo, y, sin embargo, no puedo dejar de decir:
—Se avecina mal tiempo.

El profesor no responde. Está de un humor insoportable, viendo el océano prolongarse indefinidamente ante sus ojos. Se encoge de hombros ante mis palabras.

—Tendremos tormenta —digo yo extendiendo la mano hacia el horizonte—. Esas nubes bajan sobre el mar como para aplastarlo.

Silencio general. El viento calla. La naturaleza parece como muerta y ya no respira. En el mástil, donde veo apuntar un leve fuego de Santelmo, la vela tendida cae en pesados pliegues. La balsa está inmóvil en medio de un mar espeso, sin ondulaciones. Pero si no avanzamos, ¿para qué conservar esta tela que puede causar nuestra perdición al primer embate de la tempestad?

—Arriémosla —digo—; quitemos nuestro mástil. Será más prudente.

—¡No, por todos los diablos! —exclama mi tío—. ¡Y cien veces no! Que nos arrastre el viento, que nos lleve el vendaval, pero que vea por fin las rocas de una orilla, aunque nuestra balsa deba romperse en mil pedazos contra ellas.

Aún no ha terminado de pronunciar estas palabras cuando el horizonte del sur cambia súbitamente de aspecto. Los vapores acumulados se resuelven en agua, y el aire, reclamado violentamente para llenar los vacíos producidos por la condensación, se vuelve huracán. Procede de los más remotos confines de la caverna. La oscuridad aumenta. Apenas si puedo tomar algunas notas incompletas.

La balsa se levanta, salta. Mi tío es arrojado por los aires. Me arrastro hasta él. Está fuertemente aferrado a un cabo de cable y parece mirar con placer el espectáculo de los elementos desencadenados.

Hans no se mueve. Su largo pelo, revuelto por el viento y agitándose sobre su faz inmóvil, le dan una extraña fisonomía, porque el extremo de cada uno de sus cabellos está erizado de pequeños penachos luminosos. Su terrible máscara es la de un hombre antediluviano, contemporáneo de los ictiosaurios y de los megaterios.

Mientras tanto, el mástil resiste. La vela se tensa como un globo dispuesto a reventar. La balsa navega con una velocidad que no puedo calcular, pero no tan rápida como las gotas de agua desplazadas bajo ella, cuya rapidez traza líneas rectas y nítidas.

—¡La vela! ¡La vela! —grito yo haciendo seña de arriarla.

—No —responde mi tío.

—Nej —dice Hans, moviendo suavemente la cabeza.

Sin embargo, la lluvia forma una catarata rugiente ante aquel horizonte hacia el que corremos como insensatos. Pero antes de que llegue hasta nosotros, el velo de nubes se desgarrar, el mar entra en ebullición y se inicia cierta electricidad producida por una vasta acción química que se opera en las capas superiores. A los estallidos del trueno se mezclan los destellos resplandecientes del rayo; innumerables relámpagos se entrecruzan en medio de las detonaciones; la masa de vapores se vuelve incandescente; los granizos que golpean el metal de nuestras herramientas y de nuestras armas se vuelven luminosos; las olas encrespadas parecen ser otros tantos

montecillos ignívoros bajo los que anida un fuego interno, y cada cresta está empenachada por una llama.

Mis ojos están deslumbrados por la intensidad de la luz, mis oídos se rompen por efecto del estrépito del rayo. ¡¡¡Tengo que agarrarme al mástil, que se pliega como un mimbre bajo la violencia del huracán!!!

.....

[Aquí mis notas de viaje se vuelven muy incompletas. No he encontrado más que algunas observaciones fugaces, tomadas maquinalmente, por decirlo así. Pero en su brevedad, en su oscuridad incluso, están preñadas de la emoción que me dominaba y expresan mejor que mi memoria la impresión de la situación.]

.....

Domingo, 23 de agosto. ¿Dónde estamos? Somos arrastrados con una rapidez inconmensurable.

La noche ha sido espantosa. La tormenta no se calma. Vivimos en medio de fragores, en una detonación incesante. Nuestros oídos sangran. No podemos intercambiar ni una palabra.

Los relámpagos no cesan. Veo zigzags en retroceso que, tras un destello rápido, vuelven de abajo arriba y van a golpear la bóveda de granito. ¿Y si se desmoronase? Otros relámpagos se bifurcan o adoptan la forma de globos de fuego que estallan como bombas. El estrépito general no parece aumentar; ha superado el límite de intensidad que puede percibir el oído humano, y aunque todos los polvorines del mundo saltaran juntos «no podríamos oír más».

Hay emisión continua de luz en la superficie de las nubes; la materia eléctrica se desprende de forma incesante de sus moléculas; evidentemente los principios gaseosos del aire están alterados; numerosísimas columnas de agua saltan a la atmósfera y vuelven a caer espumeantes.

El calor aumenta. Miro el termómetro; indica... [La cifra está borrada.]

Lunes, 24 de agosto. ¡Esto no acabará nunca! ¿Por qué, una vez modificado, no sería definitivo el estado de esta atmósfera tan densa?

Estamos destrozados de cansancio. Hans tiene el aspecto de siempre. La balsa corre invariablemente hacia el sureste. Hemos hecho más de doscientas leguas desde el islote Axel.

A mediodía aumenta la violencia del huracán. Hay que amarrar sólidamente los objetos que componen nuestro equipaje. Asimismo nos atamos nosotros. Las olas pasan por encima de nuestras cabezas.

Imposible intercambiar una sola palabra desde hace tres días. Abrimos la boca, movemos los labios; no se produce ningún sonido apreciable. Incluso hablando al oído no podemos entendernos.

Mi tío se acerca a mí. Ha articulado algunas palabras. Creo que me ha dicho: «Estamos perdidos». Pero no estoy seguro.

Tomo la decisión de escribirle estas palabras: «Arriemos la vela».

Me hace señas de que consiente.

Aún no ha tenido tiempo su cabeza de levantarse de abajo arriba cuando un disco de fuego surge junto a la balsa. El mástil y la vela se parten de golpe, y los veo elevarse a una altura prodigiosa, semejantes al pterodáctilo, ese pájaro fantástico de los primeros siglos.

Estamos helados de espanto. La bola, medio blanca, medio azulada, del grosor de una bomba de diez pulgadas, se pasea lentamente, girando sobre su eje a sorprendente velocidad bajo el impulso del huracán. Va de aquí para allí, sube a una de las esquinas de la balsa, salta sobre el paquete de las provisiones, vuelve a bajar ágilmente, brinca, roza la caja de la pólvora. ¡Horror! ¡Vamos a saltar por los aires! No. El disco resplandeciente se aparta; se acerca a Hans, que lo mira fijamente; a mi tío, que se tira de rodillas para evitarlo; a mí mismo, pálido y tembloroso bajo el resplandor de la luz y del calor; hace piruetas alrededor de mi pie, que trato de apartar. No puedo conseguirlo.

Un olor a gas nitroso llena la atmósfera; penetra en la garganta, en los pulmones. Nos ahogamos.

¿Por qué no puedo apartar el pie? Está clavado a la balsa. Ah, la caída del globo eléctrico ha imantado todo el hierro de a bordo; los instrumentos, las herramientas, las armas se agitan chocando entre sí con un ruido agudo; los clavos de mi calzado se adhieren con fuerza a una placa de hierro incrustada en la madera. ¡No puedo apartar el pie!

Por fin, con un violento esfuerzo, lo arranco en el momento en que la bola iba a atraparlo en su movimiento giratorio y arrastrarme a mí, si...

¡Ah, qué luz tan intensa! ¡El globo estalla! ¡Nos vemos cubiertos por chorros de llamas!

Luego todo se apaga. He tenido tiempo de ver a mi tío tendido en la balsa. Hans siempre al timón y «escupiendo fuego» bajo el influjo de la electricidad que le penetra.

—¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos?

.....

Martes, 25 de agosto. Salgo de un desvanecimiento prolongado. La tormenta continúa; los relámpagos se desencadenan como una nidada de serpientes soltada en la atmósfera.

¿Seguimos en el mar? Sí, arrastrados a una velocidad incalculable. ¡Hemos pasado bajo Inglaterra, bajo la Mancha, bajo Francia, quizá bajo toda Europa!

.....

Un nuevo ruido se deja oír. Evidentemente es el mar que rompe contra las rocas... Pero entonces...

Aquí concluye lo que he llamado el «diario de a bordo»; salvado, por fortuna, del naufragio. Ahora vuelvo a mi relato como antes.

No podría decir qué pasó al chocar la balsa contra los escollos de la costa. Me sentí precipitado entre las aguas, y si escapé a la muerte, si mi cuerpo no quedó desgarrado sobre las rocas puntiagudas, fue porque el brazo vigoroso de Hans me apartó del abismo.

El valiente islandés me transportó fuera del alcance de las olas, sobre una playa ardiente, donde me encontré al lado de mi tío.

Luego volvió hacia aquellas peñas contra las que chocaba el mar embravecido, a fin de salvar algunos restos del naufragio. Yo no podía hablar; estaba roto de emoción y de fatiga; necesité más de una hora para reponerme.

Mientras tanto continuaba cayendo un aguacero de diluvio, pero con esa fuerza que anuncia el fin de las tormentas. Algunas piedras superpuestas nos ofrecieron un refugio contra los torrentes del cielo. Hans preparó alimentos que no pude probar, y agotados por la vigilia de tres noches, caímos todos en un doloroso sueño.

Al día siguiente el tiempo era magnífico. El cielo y el mar se habían aplacado como de mutuo acuerdo. Había desaparecido toda huella de tempestad. Las palabras joviales del profesor saludaron mi despertar. Su alegría era enorme.

—Bueno, muchacho, ¿has dormido bien?

Se diría que estábamos en la casa de Königstrasse, que yo bajaba tranquilamente para desayunar y que mi matrimonio con la pobre Graüben iba a realizarse ese mismo día.

¡Ay!, a poco que la tempestad hubiera lanzado la balsa hacia el este, habríamos pasado bajo Alemania, bajo mi querida ciudad de Hamburgo, bajo aquella calle donde vivía lo que yo más amaba en el mundo. Entonces cuarenta leguas me separaban apenas de ella. Pero ¡cuarenta leguas verticales de un muro de granito y, en realidad, más de mil leguas que franquear!

Todas estas dolorosas reflexiones cruzaron rápidamente por mi cabeza antes de responder a la pregunta de mi tío.

—Vaya —repitió—, ¿no quieres decir si has dormido bien?

—Muy bien —respondí—; todavía estoy cansado, pero no será nada.

—Absolutamente nada, un poco de cansancio, eso es todo.

—Pero me parece que está usted muy alegre esta mañana, tío.

—Encantado, muchacho, encantado. ¡Hemos llegado!

—¿Al término de nuestra expedición?

—No, al final de este mar que no acababa nunca. Ahora vamos a reanudar la marcha terrestre y a hundirnos verdaderamente en las entrañas del globo.

—Tío, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Te lo permito, Axel.

—¿Y cuándo volveremos?

—¿Volver? Ah, estás pensando en volver cuando todavía no hemos llegado siquiera.

—No, sólo quiero preguntar cómo lo haremos.

—De la manera más sencilla del mundo. Una vez llegados al centro del esferoide, o encontramos una ruta nueva para subir a la superficie o volvemos cómodamente por el camino ya recorrido. Quiero pensar que no ha de cerrarse tras nuestros pasos.

—Entonces habrá que reparar la balsa.

—Por supuesto.

—Pero ¿quedan bastantes provisiones para realizar todos esos grandes proyectos?

—Desde luego. Hans es un muchacho hábil, y estoy seguro de que ha salvado la mayor parte del cargamento. Vamos a confirmarlo.

Dejamos aquella gruta abierta a todas las brisas. Yo tenía una esperanza que era a la vez un temor: me parecía imposible que el terrible abordaje de la balsa no hubiera aniquilado cuanto llevaba. Me equivocaba. Al llegar a la orilla, vi a Hans en medio de una colección de objetos colocados en orden. Mi tío le estrechó la mano con un profundo sentimiento de gratitud. Aquel hombre, de una abnegación sobrehumana como quizá no se encontraría otro ejemplo, había trabajado mientras nosotros dormíamos, salvando los objetos más preciosos con peligro de su vida.

No es que no hubiéramos tenido pérdidas bastante sensibles; nuestras armas, por ejemplo; pero, en última instancia, podíamos prescindir de ellas. La provisión de pólvora había permanecido intacta tras haber estado a punto de saltar durante la tempestad.

—Bueno —exclamó el profesor—, como no tenemos fusiles, no podremos cazar.

—¿Y los instrumentos?

—Aquí está el manómetro, el más útil de todos, y por el que cambiaría yo todos los demás. Con él puedo calcular la profundidad y saber cuándo habremos alcanzado el centro. Sin él, correríamos el riesgo de pasarnos del centro y salir por los antípodas.

Aquella alegría era feroz.

—¿Y la brújula? —pregunté.

—Aquí está, en esa roca, en perfecto estado, lo mismo que el cronómetro y los termómetros. ¡Ah, el cazador es un hombre que vale lo que pesa!

Había que reconocerlo; en lo que se refiere a instrumentos, no faltaba nada. En cuanto a las herramientas y a los ingenios, vi esparcidas por la arena escalas, cuerdas, picos, piquetas, etcétera.

Sin embargo, quedaba todavía por dilucidar la cuestión de los víveres.

—¿Y las provisiones? —pregunté.

—Veamos las provisiones —respondió mi tío.

Las cajas que las contenían estaban alineadas sobre la arena en perfecto estado de conservación; el mar las había respetado en su mayoría; en resumidas cuentas, en cuanto a galletas, carne salada, ginebra y pescado seco, podíamos contar todavía con cuatro meses de víveres.

—¡Cuatro meses! —exclamó el profesor—. Tenemos tiempo de ir y volver. ¡Y con lo que sobre quiero dar una gran cena a todos mis colegas del Johannaum!

Yo debería estar acostumbrado al temperamento de mi tío desde hacía mucho tiempo, y, sin embargo, aquel hombre continuaba sorprendiéndome.

—Ahora —dijo— tenemos que reponer nuestra provisión de agua con la lluvia que la tormenta ha dejado en todos esos recipientes de granito; así que no hay temor de que nos venza la sed. En cuanto a la balsa, encargaré a Hans que la repare lo mejor posible, aunque tal vez ya no nos sirva.

—¿Por qué? —pregunté.

—Se me ha ocurrido una idea, muchacho. Creo que no saldremos por donde hemos entrado.

Miré al profesor con cierta desconfianza. Me preguntaba si no se habría vuelto loco. Y, sin embargo, ni él mismo sabía lo acertado que estaba.

—Vamos a desayunar —continuó.

Después que hubo dado sus instrucciones al cazador le seguí a un cabo elevado, donde carne seca, galletas y té sirvieron para una comida excelente, y debo confesarlo, una de las mejores que yo había hecho en toda mi vida. El trabajo, el aire libre, la calma tras la agitación, todo contribuía a darme apetito.

Durante el almuerzo pregunté a mi tío dónde estábamos en aquel momento.

—Porque me parece difícil de calcular —dije.

—Calcularlo exactamente, sí —respondió—, incluso es imposible, puesto que durante estos tres días de tempestad no he podido anotar la velocidad y la dirección de la balsa; sin embargo, podemos estimar a ojo nuestra situación.

—En efecto, la última observación la hicimos en el islote del géiser...

—En el islote Axel, muchacho. No declines el honor de haber bautizado con tu nombre la primera isla descubierta en el centro del macizo terrestre.

—De acuerdo. En el islote Axel habíamos hecho aproximadamente doscientas setenta leguas de travesía, y nos encontrábamos a más de seiscientas leguas de Islandia.

—Bien, partamos entonces de ese punto, y contemos cuatro días de tormenta, durante los cuales nuestra velocidad no ha debido ser inferior a ochenta leguas cada veinticuatro horas.

—Así lo creo. Por lo tanto serían trescientas leguas más.

—Sí, y el mar Lidenbrock tendría aproximadamente seiscientas leguas de una orilla a otra. ¿Sabes, Axel, que puede competir en magnitud con el Mediterráneo?

—Sí, sobre todo si lo hemos cruzado a lo ancho.

—¡Es muy posible!

—Y cosa curiosa —añadí—, si nuestros cálculos son exactos, ahora tenemos el Mediterráneo sobre nuestras cabezas.

—¿De veras?

—De veras, porque estamos a novecientas leguas de Reikiavik.

—Es un viaje muy largo, muchacho; pero sólo se puede afirmar que estamos bajo el Mediterráneo y no de Turquía o del Atlántico si no se ha desviado nuestra dirección.

—No, el viento parecía constante; pienso, pues, que esta orilla debe situarse al sureste de Puerto Graüben.

—Bueno, eso es fácil de comprobar consultando la brújula. ¡Vamos a verlo!

El profesor se dirigió hacia la roca sobre la que Hans había puesto los instrumentos. Estaba contento, alegre, se frotaba las manos, hacía muecas. ¡Un auténtico joven! Yo le seguí, bastante intrigado por saber si me equivocaba en mis suposiciones.

Llegado a la piedra, mi tío cogió el compás, lo puso horizontalmente y observó la aguja, que, tras oscilar, se detuvo en una posición fija bajo el influjo magnético.

Mi tío miró, luego se frotó los ojos y observó de nuevo. Por fin se volvió hacia mí estupefacto.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me hizo señas de examinar el instrumento. Se me escapó una exclamación de sorpresa. La punta de la aguja marcaba el Norte donde nosotros suponíamos el mediodía. Se volvió hacia la playa en vez de hacerlo hacia pleno mar.

Sacudí la brújula, la examiné; estaba en perfecto estado. Sea cual fuere la posición que se hiciera adoptar a la aguja, tomaba obstinadamente esa dirección inesperada.

Así pues, no había duda, durante la tempestad se había producido un cambio del que no nos habíamos dado cuenta, y había llevado la balsa hacia lugares que mi tío creía haber dejado atrás.

Me sería imposible describir la sucesión de sentimientos que agitaron al profesor Lidenbrock: la estupefacción, la incredulidad y, por último, la cólera. Jamás vi a un hombre tan desconcertado primero y tan irritado después. Las fatigas de la travesía, los peligros corridos, ¡había que empezar todo de nuevo! Habíamos retrocedido en lugar de ir hacia delante.

Pero mi tío se rehízo rápidamente.

—¡Ay, qué jugadas me gasta la fatalidad! —exclamó—. Los elementos conspiran contra mí. El aire, el fuego y el agua combinan sus esfuerzos para oponerse a mi paso. Pues bien, se sabrá lo que puede mi voluntad. ¡No cederé, no retrocederé ni un ápice, y ya veremos quién vence, el hombre o la naturaleza!

De pie sobre la roca, irritado, amenazador, Otto Lidenbrock, semejante a un feroz Áyax, parecía desafiar a los dioses. Pero creí oportuno intervenir y poner freno a su insensata furia.

—Escúcheme —le dije en tono firme—. Aquí abajo hay un límite a toda ambición; no hay que luchar contra lo imposible; estamos mal equipados para un viaje por mar; no se hacen quinientas leguas en un mal ensamblaje de palos con una manta por vela, un bastón a guisa de mástil, y contra las furias desatadas. No podemos guiarlo, somos juguete de las tempestades, y es obrar como locos intentar por segunda vez esta travesía imposible.

Durante diez minutos, y sin verme interrumpido, desarrollé toda una serie de razones irrefutables; pero sólo se debió a la falta de atención del profesor, que no oyó siquiera una palabra de mi argumentación.

—¡A la balsa! —exclamó.

Ésa fue su respuesta. Por más que hiciera, suplicara o me enfadara, chocaba con una voluntad más dura que el granito.

Hans acababa de reparar la balsa en ese momento. Se diría que aquel ser extraño adivinaba los proyectos de mi tío. Con algunos trozos de *sur tarbrandur* había reforzado la embarcación. Ya se alzaba una vela y el viento jugaba entre sus pliegues flotantes.

El profesor dijo algunas palabras al guía, e inmediatamente éste embarcó los bultos y dispuso todo para la partida. La atmósfera era bastante pura y el viento del noreste soplaba con fuerza.

¿Qué podía hacer yo? ¿Resistir solo contra los dos? Imposible. Todavía si Hans se hubiera unido a mí... Pero no. Parecía que el islandés hubiera dejado a un lado su voluntad personal y hecho voto de abnegación. No podía obtener nada de un servidor tan servicial con su amo. Había que seguir adelante. Iba a ocupar mi puesto habitual en la balsa cuando mi tío me detuvo con la mano.

—Partiremos mañana —dijo.

Yo hice el gesto de un hombre resignado a todo.

—No debo descuidar nada —prosiguió—, y puesto que la fatalidad me ha empujado a esta parte de la costa, no la abandonaré sin haberla reconocido.

Se comprenderá esta observación cuando se sepa que no habíamos vuelto a las orillas del norte, sino al lugar mismo de nuestra primera partida. Puerto Graüben debía estar situado más al oeste. A partir de este momento nada más razonable que examinar con atención los alrededores de nuestro nuevo aterrizaje.

—¡Vamos a la aventura! —dije.

Y dejando a Hans entregado a sus ocupaciones, partimos. El espacio comprendido entre el borde del mar y el pie de los contrafuertes era muy amplio. Se podía caminar una media hora antes de llegar a la pared de rocas. Nuestros pies aplastaban innumerables conchas de todas las formas y tamaños, donde vivieron los animales de las primeras épocas. Veía también enormes caparazones cuyo diámetro superaba a menudo los quince pies. Habían pertenecido a esos gigantes gliptodontes del período plioceno, del que la tortuga moderna no es más que una pequeña reducción. Además, el suelo estaba sembrado de una gran cantidad de desechos pétreos, especies de guijarros redondeados por el oleaje y dispuestos en líneas sucesivas. Me vi llevado a hacer la siguiente observación: que antaño el mar debía ocupar aquel espacio. Las olas habían dejado huellas evidentes de su paso sobre las peñas esparcidas y ahora fuera de su alcance.

Esto podía explicar, hasta cierto punto, la existencia de aquel océano a cuarenta leguas por debajo de la superficie del globo. Pero, en mi opinión, la masa líquida debía perderse poco a poco en las entrañas de la Tierra, y provenía evidentemente de las aguas del océano que se abrieron paso a través de alguna grieta. Sin embargo, había que admitir que esa fisura estaba taponada en la actualidad, porque si no toda aquella caverna, o mejor, aquel inmenso estanque, se hubiera llenado en un tiempo bastante corto. Quizá aquella misma agua, después de luchar contra fuegos subterráneos, se había evaporado en parte. Ésa era la explicación de aquellas nubes flotando sobre nuestras cabezas y del desprendimiento de electricidad que creaba tempestades en el interior del macizo terrestre.

Esta teoría de los fenómenos de que habíamos sido testigos me parecía insuficiente, porque por grandes que sean las maravillas de la naturaleza, siempre son explicables mediante razonamientos físicos.

Caminábamos, pues, por una especie de terreno sedimentario, formado por las aguas como todos los de este período, tan ampliamente diseminados por la superficie del globo. El profesor examinaba atentamente los intersticios de cada roca. Si encontraba una grieta, se volvía de vital importancia para él sondear su profundidad.

Durante una milla bordeamos las márgenes del mar Lidenbrock; de pronto el suelo cambió de aspecto. Parecía alterado, convulsionado por el levantamiento violento de las capas inferiores. En muchos lugares, depresiones o alzamientos atestiguaban un potente dislocamiento del macizo terrestre.

Avanzábamos con esfuerzo por aquellas fracturas de granito, mezcladas con sílex, cuarzo y depósitos de aluvión, cuando un campo, más que un campo, una llanura de osamentas apareció ante nuestros ojos. Se diría que fuera un cementerio inmenso, donde generaciones de veinte siglos confundían su polvo eterno. Altas montañas de desechos se amontonaban a lo lejos, ondulaban hasta los límites del horizonte y se perdían en una bruma fundente. Allí, en tres millas cuadradas tal vez, se acumulaba toda la historia de la vida animal, apenas escrita en los terrenos demasiado recientes del mundo habitado.

Mientras tanto nos arrastraba una curiosidad impaciente. Nuestros pies aplastaban con ruido seco los restos de aquellos animales prehistóricos, y de los fósiles cuyos raros e interesantes desechos se disputan los museos de las grandes ciudades. La existencia de mil Cuvier no habría bastado para recomponer los esqueletos de los seres orgánicos esparcidos por aquel magnífico osario.

Yo estaba estupefacto. Mi tío había alzado sus grandes brazos hacia la densa bóveda que nos servía de cielo. Con la boca desmesuradamente abierta, los ojos fulgurantes tras los cristales de sus gafas, su cabeza moviéndose arriba y abajo, de izquierda a derecha, toda su figura, en fin, denotaba una sorpresa sin límites. Se encontraba ante una inapreciable colección de leptoterios, mericoterios, lofodiones, anoploterios, megaterios, mastodontes, protopitecos, pterodáctilos, de todos los monstruos antediluvianos amontonados allí para su satisfacción personal. Piénsese en un bibliómano apasionado transportado de golpe a la famosa biblioteca de Alejandría quemada por Omar y que un milagro hubiera hecho renacer de sus cenizas. Así estaba mi tío, el profesor Lidenbrock.

Pero fue todavía más asombroso cuando, corriendo a través de aquel polvo orgánico, cogió un cráneo pelado, y exclamó con voz estremecida:

—¡Axel! ¡Axel! ¡Una cabeza humana!

—¿Una cabeza humana, tío? —pregunté yo no menos maravillado.

—¡Sí, sobrino! ¡Ay, Milne-Edwards! ¡Ay, señor de Quatrefages! ¡Que no estéis vosotros donde estoy yo, Otto Lidenbrock!

Para comprender la evocación hecha por mi tío de esos ilustres sabios franceses, hay que saber que poco tiempo antes de nuestra partida se había producido un hecho de enorme importancia para la paleontología.

El 23 de marzo de 1863, los obreros que excavaban, bajo la dirección del señor Boucher de Perthes, las canteras de Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, en el departamento del Somme, en Francia, encontraron una mandíbula humana enterrada a catorce pies de profundidad. Era el primer fósil de esta especie sacado a la luz del sol. Junto a él se encontraron hachas de piedra y sílex tallados, coloreados y revestidos por el tiempo de una pátina uniforme.

La resonancia de este descubrimiento fue grande, no sólo en Francia, sino en Inglaterra y en Alemania. Varios sabios del Instituto Francés, entre otros los señores Milne-Edwards y de Quatrefages se tomaron en serio el asunto y demostraron la irrefutable autenticidad de la osamenta en cuestión, y se convirtieron en los defensores más acérrimos del «proceso de la mandíbula», según la expresión inglesa.

A los geólogos del Reino Unido que dieron el hecho por cierto, los señores Falconer, Busk, Carpenter, etcétera, se unieron sabios de Alemania, y entre ellos, en primera línea, el más fogoso, el más entusiasta, mi tío Lidenbrock.

La autenticidad de un fósil humano de la época cuaternaria parecía irrefutablemente demostrada y admitida.

Cierto que estas teorías habían tenido un adversario encarnizado en el señor Elie de Beaumont. Este sabio de tantísima autoridad sostenía que el terreno de Moulin-Quignon no pertenecía al «diluvium», sino a una capa menos antigua, y de acuerdo con Cuvier, no admitía que la especie humana hubiera sido contemporánea de los animales de la época cuaternaria. Mi tío Lidenbrock, unido a la gran mayoría de los geólogos, había atacado, disputado, discutido, y el señor Elie de Beaumont se había quedado prácticamente solo defendiendo sus teorías.

Conocíamos todos estos detalles del asunto, pero ignorábamos que después de nuestra partida el tema había hecho nuevos progresos. Se hallaron otras mandíbulas idénticas, aunque pertenecientes a individuos de tipos diversos y de naciones distintas, en los terrenos arcillosos y grises de algunas grutas de Francia, Suiza y Bélgica, así

como armas, utensilios, herramientas, osamentas de niños, de adolescentes, de adultos y de viejos. La existencia del hombre cuaternario se confirmaba cada día más.

Y esto no era todo. Nuevos restos exhumados de un terreno terciario plioceno habían permitido a sabios más audaces todavía asignar una antigüedad mayor a la raza humana. Ciertamente que estos restos no eran esqueletos humanos, sino sólo objetos de su industria, tibias, fémures de animales, fósiles labrados, esculpidos por decirlo así, que llevaban la marca de un trabajo humano.

De un salto, el hombre remontaba la escala de los tiempos en un gran número de siglos; precedía al mastodonte; se convertía en contemporáneo del «*elephans meridionalis*»; tenía cien mil años de existencia, puesto que ésa es la fecha asignada por los geólogos más famosos a la formación del terreno plioceno.

Tal era en ese momento el estado de la ciencia paleontológica, y lo que nosotros conocíamos del tema bastaba para explicar nuestra actitud ante aquel osario del mar Lidenbrock. Se comprenderá, por tanto, el pasmo y la alegría de mi tío, sobre todo cuando veinte pasos más adelante se encontró en presencia, podemos decir que frente a frente, de uno de los especímenes del hombre cuaternario.

Era un cuerpo humano perfectamente reconocible. ¿Acaso lo había conservado así durante siglos un suelo de una naturaleza particular, como el del cementerio Saint-Michel, de Burdeos? No podría asegurarlo. Pero aquel cadáver, con la piel tensa y apergaminada, los miembros todavía carnosos a primera vista, los dientes intactos, la cabellera abundante, las uñas de las manos y los pies de una longitud espantosa, se mostraba a nuestros ojos tal como había vivido.

Yo estaba mudo ante aquella aparición de otra edad. Mi tío, tan locuaz como de costumbre, tan desafortunadamente charlatán, también callaba. Habíamos levantado aquel cuerpo, lo habíamos enderezado. Nos miraba con sus órbitas vacías. Palpábamos su torso sonoro.

Tras unos instantes de silencio, se esfumó mi pariente y surgió el profesor Otto Lidenbrock, que arrebatado por su temperamento olvidó las circunstancias de nuestro viaje, el medio en que estábamos, la inmensa caverna que nos contenía. Sin duda se creyó en el *Johannaeum*, dando clase ante sus alumnos, porque adoptó un tono doctoral y dirigiéndose a un auditorio imaginario, dijo:

—Señores, tengo el honor de presentarles a un hombre de la época cuaternaria. Grandes sabios han negado su existencia, otros no menos grandes la han afirmado. Los santo Tomás de la paleontología lo tocarían con el dedo si estuvieran aquí, y se verían obligados a admitir su error. De sobra sé que la ciencia debe tener cuidado con los descubrimientos de este género. No ignoro la explotación que de los hombres fósiles han hecho los Barnum y demás charlatanes del mismo jaez. Conozco la historia de la rótula de Áyax, del pretendido cuerpo de Orestes encontrado por los Espartiatas, y del cuerpo de Asterius, de diez codos de largo, de que habla Pausanias. He leído los

informes sobre el esqueleto de Trapani descubierto en el siglo catorce, en el que se quería reconocer a Polifemo, y la historia del gigante desenterrado en el siglo dieciséis en los alrededores de Palermo. Señores, ni ustedes ni yo ignoramos el análisis hecho junto a Lucerna, en mil quinientos setenta y siete, de esos grandes esqueletos que según el célebre médico Felix Plater pertenecían a un gigante de diecinueve pies. He devorado los tratados de Cassanion, y todas esas memorias, opúsculos, discursos y contradiscursos publicados a propósito del esqueleto del rey de los Cimbros, Teutoboco, el invasor de la Galia, exhumado en un arenal del Delfinado en mil seiscientos trece. En el siglo dieciocho yo habría negado, con Pierre Campet, la existencia de los preadamitas de Scheuchzer. He tenido entre mis manos el escrito titulado *Gigans...*

En este momento reapareció el defecto natural de mi tío, que en público no podía pronunciar las palabras difíciles.

—El escrito llamado *Gigans...* —prosiguió.

No podía continuar.

—*Giganteo...*

¡Imposible! La condenada palabra no quería salir. ¡Cuánto se habrían reído en el Johannaëum!

—*Gigantosteología* —acabó de decir el profesor Lidenbrock entre dos juramentos.

Luego, y animándose cada vez más, continuó:

—Sí, señores, sé todas esas cosas. Sé también que Cuvier y Blumenbach han reconocido en esos esqueletos simples huesos de mamut y otros animales de la época cuaternaria. Pero aquí la duda sólo sería una injuria a la ciencia. ¡El cadáver está ahí! Podéis verlo, podéis tocarlo. No es un esqueleto, es un cuerpo intacto, conservado con miras únicamente antropológicas.

No quise contradecir aquella afirmación.

—Si pudiera lavarlo en una solución de ácido sulfúrico —continuaba mi tío—, haría desaparecer de él todas las partes terrosas y esas conchas brillantes que están incrustadas en su cuerpo. Pero no tengo el precioso disolvente. Sin embargo, tal como está, ese cuerpo nos contará su propia historia.

Entonces el profesor cogió el cadáver fósil y lo manipuló con la destreza de un vendedor de antigüedades.

—Ya lo ven —siguió—, no tiene seis pies de largo, y nos encontramos muy lejos de los presuntos gigantes. En cuanto a la raza a que pertenece, es caucásica sin lugar a dudas. Pertenece a la raza blanca, a la nuestra. El cráneo de este fósil es regularmente ovoide, sin desarrollo de pómulos, sin proyección de la mandíbula. No presenta ningún carácter de ese prognatismo que modifica el ángulo facial. Midan ese ángulo: tiene casi noventa grados. Pero iré más lejos aún en el terreno de las deducciones, y me atreveré a decir que esta muestra humana pertenece a la familia japética,

diseminada desde las Indias hasta los límites de la Europa occidental. No sonrían, señores.

Nadie sonreía, pero ¡el profesor tenía tal hábito de ver expansionarse los rostros durante sus doctas disertaciones!

—Sí —prosiguió con animación renovada—, aquí tenemos un hombre fósil contemporáneo de los mastodontes, cuyos esqueletos llenan este anfiteatro. Pero no voy a decirles por qué camino ha llegado aquí, cómo se han deslizado hasta esta enorme cavidad del globo las capas donde estaba enterrado. Sin duda, en la época cuaternaria todavía se manifestaban perturbaciones considerables en la corteza terrestre; el enfriamiento continuo del globo producía fracturas, hendiduras, fallas, por las que verosímilmente caía una parte del terreno superior. No quiero pronunciarme, pero en última instancia el hombre está ahí, rodeado por las obras de su mano, por esas hachas, por esos sílex tallados que constituyeron la edad de piedra, y a menos que haya venido aquí como simple turista, como pionero de la ciencia no puedo poner en duda la autenticidad de su antiguo origen.

El profesor se calló, y yo estallé en unánimes aplausos. Por otra parte, mi tío tenía razón, y personas más sabias que su sobrino se habrían visto en la imposibilidad de llevarle la contraria.

Otro indicio más. Aquel cuerpo fosilizado no era el único del inmenso osario. A cada paso que dábamos en aquel polvo, encontrábamos nuevos cuerpos, y mi tío podía escoger la más maravillosa de aquellas muestras para convencer a los incrédulos.

En verdad era un sorprendente espectáculo el de aquellas generaciones de hombres y animales confundidos en su cementerio. Pero se presentaba un problema grave que no osábamos resolver. ¿Aquellos seres animados se habían deslizado hasta allí por una convulsión del suelo hacia las orillas del mar de Lidenbrock cuando ya estaban reducidos a polvo, o más bien vivieron allí, en aquel mundo subterráneo, bajo aquel cielo ficticio, naciendo y muriendo como los habitantes de la Tierra? Hasta entonces sólo los monstruos marinos, sólo los peces habían aparecido vivos ante nosotros. ¿Qué hombre del abismo vagaba aún por aquellas playas desiertas?

Todavía durante media hora más hollaron nuestros pies aquellas capas de esqueletos. Seguíamos hacia delante impulsados por una curiosidad ardiente. ¿Qué otras maravillas encerraba aquella caverna, qué tesoros para la ciencia? Mi mirada esperaba cualquier sorpresa, mi imaginación estaba abierta a asombrarse de todo.

Las orillas del mar habían desaparecido hacía mucho tiempo detrás de las colinas del osario. El imprudente profesor, sin la menor inquietud por perderse, me arrastraba a lo lejos. Avanzábamos en silencio, bañados por ondas eléctricas. Por un fenómeno que no puedo explicar, y gracias a su difusión, completa entonces, la luz iluminaba de un modo uniforme las diversas caras de los objetos. Su foco no estaba en ningún punto determinado del espacio y no producía ningún efecto de sombra. Habríamos podido creernos en pleno mediodía de un día de verano en las regiones ecuatoriales, bajo los rayos verticales del sol. Todo vapor había desaparecido. Las rocas, las montañas lejanas, algunas masas oscuras de confusos bosques, adoptaban un extraño aspecto bajo la uniforme distribución del fluido luminoso. Nos parecíamos al fantástico personaje de Hoffmann que perdió su sombra.

Tras una caminata de una milla, apareció el límite de un inmenso bosque, pero no uno de aquellos bosques de hongos cercanos a Puerto Graüben.

Era la vegetación de la época terciaria en toda su magnificencia. Grandes palmeras de especies hoy desaparecidas, soberbios palmacitos, pinos, tejos, cipreses y tuyas representaban a la familia de las coníferas y se unían entre sí por una red de lianas inextricables. Una alfombra de musgos y de hepáticas revestía blandamente el suelo. Algunos arroyos murmuraban bajo aquellas umbrías, poco dignas de tal nombre, puesto que no producían sombra. En sus bordes crecían helechos arborescentes semejantes a los de los cálidos invernaderos del globo habitado. Sólo les faltaba el color a aquellos árboles, a los arbustos y a las plantas privadas del vivificante calor del sol. Todo se confundía en un tinte uniforme, pardusco y como pasado. Las hojas estaban desprovistas de verdor, y las mismas flores, tan numerosas en la época terciaria que las vio nacer, sin colores y sin perfumes parecían hechas de un papel descolorido por la acción de la atmósfera.

Era la vegetación de la época terciaria en toda su magnificencia.

Mi tío Lidenbrock se aventuró bajo aquella gigantesca espesura. Yo le seguí no sin cierta aprehensión. Si la naturaleza había producido allí una alimentación vegetal, ¿por qué no iban a existir mamíferos temibles? En los amplios claros que dejaban los árboles abatidos y roídos por el tiempo vi leguminosas, acerinas, rubiáceas y mil arbustos comestibles, caros a los rumiantes de todos los períodos. Luego aparecían, confundidos y entremezclados, árboles de comarcas diferentes de la superficie del globo, la encina creciendo junto a la palmera, el eucalipto australiano apoyándose en el abeto de Noruega, el abedul del norte confundiendo sus ramas con las del kauris neozelandés. Aquello era como para volver locos a los clasificadores más ingeniosos de la botánica terrestre.

De pronto me detuve. Agarré a mi tío.

La luz difusa permitía percibir los menores objetos en lo profundo del bosque. Había creído ver... No, realmente veía con mis propios ojos formas inmensas agitarse bajo los árboles. En efecto, eran animales gigantescos, todo un rebaño de mastodontes, y ya no fósiles, sino vivos, y semejantes a aquellos cuyos restos fueron descubiertos en 1801 en las zonas pantanosas de Ohio. Veía aquellos grandes elefantes cuyas trompas bullían bajo los árboles como una legión de serpientes. Oía el ruido de sus largas defensas al perforar el marfil los viejos troncos. Las ramas crujían y las hojas, arrancadas en cantidades considerables, se abismaban en las vastas fauces de aquellos monstruos.

Al fin se realizaba el sueño en el que yo había visto renacer todo ese mundo de los tiempos prehistóricos, las épocas terciaria y cuaternaria. Estábamos solos en las entrañas del globo a merced de su feroces habitantes.

Mi tío miraba.

—Vamos —dijo de golpe cogiéndome por el brazo—. ¡Adelante, adelante!

—¡No! —exclamé yo—. No. Estamos sin armas. ¿Qué haríamos en medio de ese rebaño de cuadrúpedos gigantes? Venga, tío, venga. Ninguna criatura humana puede arrostrar inmunemente la cólera de estos monstruos.

—¡Ninguna criatura humana! —respondió mi tío bajando la voz—. Te engañas, Axel. Mira, mira allí; me parece ver un ser vivo, un ser semejante a nosotros, ¡un hombre!

Yo miré encogiéndome de hombros y decidido a llevar la incredulidad hasta sus últimos límites.

Pero por incrédulo que fuera hube de rendirme a la evidencia.

En efecto, a menos de un cuarto de milla, apoyado en el tronco de un enorme kauris, un ser humano, un Proteo de aquellas comarcas subterráneas, un nuevo hijo de Neptuno, guardaba aquel numerosísimo rebaño de mastodontes.

Inmanis pecoris custos, inmanior ipse!

Sí. ¡*Inmanior ipse!* Ya no se trataba del ser fósil cuyo cadáver habíamos levantado en el osario, era un gigante, capaz de combatir con aquellos monstruos. Su talla superaba los doce pies. Su cabeza, tan grande como la de un búfalo, desaparecía en la maraña de una cabellera inculta. Se hubiera dicho que era una auténtica crin, semejante a la del elefante de las primeras edades. Blandía en la mano una rama enorme, digno cayado de aquel pastor antediluviano.

Nos habíamos quedado inmóviles, estupefactos. Pero podíamos ser vistos. Había que huir.

—Venga, venga —exclamaba yo arrastrando a mi tío, que por primera vez se dejó llevar.

Un cuarto de hora más tarde estábamos fuera de la vista de aquel temible enemigo.

Y ahora que pienso tranquilamente en ella, ahora que la calma ha vuelto a mi espíritu, que han transcurrido meses desde ese extraño y sobrenatural encuentro, ¿qué pensar?, ¿qué creer? No, es imposible. Nuestros sentidos se engañaron, nuestros ojos no vieron lo que veían. No hay criaturas humanas en ese mundo subterráneo. Ninguna generación de hombres habita esas cavernas inferiores del globo sin preocuparse de los habitantes de su superficie, sin comunicación con ellos. ¡Es insensato, profundamente insensato!

Prefiero admitir la existencia de algún animal cuya estructura se parezca a la estructura humana, de un mono de las primeras épocas geológicas, protopiteco o mesopiteco semejante al que descubrió el señor Lartet en el yacimiento de Sansan. Pero aquél superaba por su tamaño todas las medidas dadas por la paleontología moderna. No importa. ¡Un mono, sí, un mono, por inverosímil que sea! Pero un hombre, un hombre vivo, y con él toda una generación hundida en las entrañas de la Tierra, ¡jamás!

Mientras tanto, habíamos dejado el bosque claro y luminoso mudos de asombro, abrumados bajo una estupefacción que rayaba en el embrutecimiento. Corríamos a nuestro pesar. Era una verdadera fuga, semejante a esos arrebatos espantosos que se sufren en ciertas pesadillas. Instintivamente volvíamos hacia el mar Lidenbrock, y no sé qué divagaciones habrían dominado mi espíritu si una preocupación no me hubiera devuelto a observaciones más prácticas.

Aunque estuviera seguro de hollar un suelo enteramente virgen de nuestros pasos, distinguía montones de rocas cuya forma recordaba a las de Puerto Graüben. Aquello confirmaba, además, la indicación de la brújula y nuestro regreso involuntario al norte

del mar Lidenbrock. En ocasiones era como para volverse loco. Riachuelos y cascadas caían por centenares de los salientes de las peñas. Creía ver de nuevo la capa de *surtarbrandur*, a nuestro fiel Hans-bach y la gruta donde yo había vuelto a la vida. Luego, algunos pasos más allá, la disposición de los contrafuertes, la aparición de un riachuelo, el perfil sorprendente de una piedra me sumían en la duda.

Hice partícipe a mi tío de mi indecisión. Dudó como yo. No podía orientarse en medio de aquel panorama uniforme.

—Evidentemente —le dije—, no hemos atracado en nuestro punto de partida; la tempestad nos ha traído un poco más abajo y siguiendo la orilla volveremos a Puerto Graüben.

—En tal caso —respondió mi tío—, es inútil proseguir esta exploración, y lo mejor será regresar a la balsa. Pero ¿no te equivocas, Axel?

—Es difícil pronunciarse, tío, porque todas estas rocas se parecen. Sin embargo, creo reconocer el promontorio a cuyo pie construyó Hans la embarcación. Debemos estar cerca del pequeño puerto, si es que no es éste —añadí, examinando una pequeña ensenada que creía reconocer.

—No, Axel, por lo menos encontraríamos nuestras propias huellas, y no veo nada.

—Pero yo sí, yo sí —exclamé, lanzándome hacia un objeto que brillaba en la arena.

—¿Qué es?

—Esto —respondí.

Y mostré a mi tío un puñal cubierto de herrumbre que acababa de recoger.

—¡Vaya! —dijo—. ¿O sea que habías traído esta arma contigo?

—¿Yo? Nada de eso. Pero usted...

—No, que yo sepa —respondió el profesor—. Este objeto jamás ha sido de mi propiedad.

—¡Sí que es raro!

—No, es muy sencillo, Axel. Los islandeses tienen a menudo armas de esta especie, y Hans, a quien pertenece, la habrá perdido.

Yo moví la cabeza, Hans no había tenido nunca aquel puñal.

—Tiene que ser el arma de algún guerrero antediluviano —exclamé—; de un hombre vivo, de un contemporáneo de ese gigantesco pastor. No puede ser. No es una herramienta de la edad de piedra. Ni siquiera de la edad de bronce. Esta hoja es de acero...

Mi tío me detuvo en seco cuando iniciaba aquel camino al que me arrastraba una nueva divagación, y en tono frío me dijo:

—Cálmate, Axel, y recupera la razón. Este puñal es un arma del siglo dieciséis, una verdadera daga, de aquellas que los gentilhombres llevaban al cinto para dar el golpe de gracia. Es de origen español. No te pertenece a ti, ni a mí, ni al cazador; ni siquiera a los seres humanos que quizá vivan en las entrañas del globo.

—¿Se atreve a decir usted?...

—Mira, no se ha mellado así hundiéndose en la garganta de las personas; su hoja está cubierta de una capa de herrumbre que no data de un día o de un año, ni tampoco de un siglo.

Siguiendo su costumbre, el profesor se animaba, dejándose arrastrar por su imaginación.

—Axel —prosiguió—, estamos en el camino de un gran descubrimiento. Esta hoja ha permanecido abandonada sobre la arena desde hace cien, doscientos, trescientos años, y se ha mellado en las rocas de este mar subterráneo.

—Pero no ha venido sola —exclamé—; no se ha mellado sola, alguien nos ha precedido...

—¡Sí! Un hombre.

—¿Y ese hombre?

—¡Ese hombre ha grabado su nombre con este puñal! Ese hombre ha querido marcar una vez más con la mano la ruta del centro. ¡Busquemos, busquemos!

Y profundamente interesados recorrimos la alta muralla, indagando en las menores fisuras que pudieran convertirse en galería.

Llegamos así a un lugar en que la orilla se estrechaba. El mar casi iba a bañar el pie de los contrafuertes, dejando un pasadizo de una toesa de ancho como máximo. Entre dos salientes de roca se percibía la entrada de un túnel oscuro.

Allí, sobre una placa de granito aparecían dos letras misteriosas medio roídas, las dos iniciales del audaz y fantástico viajero:

· A · H ·

—¡A. S.! —exclamó mi tío—. ¡Arne Saknussem! ¡Siempre Arne Saknussem!

Desde el comienzo del viaje yo había visto muchas cosas sorprendentes; debía creermelo a salvo de sorpresas y ahito de maravillas. Sin embargo, a la vista de aquellas dos letras grabadas allí desde hacía trescientos años, me quedé en un estado de pasmo cercano a la estupidez. No sólo se leía en la roca la firma del sabio alquimista, sino que se hallaba entre mis manos el estilete que las había trazado. A menos de ser de una insigne mala fe, no podía poner en duda la existencia del viajero y la realidad de su viaje.

Mientras se agitaban en mi cabeza estas reflexiones, el profesor Lidenbrock se dejaba arrastrar a un arrebatado ditirámico en honor de Arne Saknussemm.

—¡Maravilloso genio! —exclamaba—. No has olvidado nada de lo que debía abrir a otros mortales las rutas de la corteza terrestre, y tus semejantes pueden encontrar las huellas que tus pies dejaron hace trescientos años en el fondo de estos oscuros subterráneos. Has destinado a otras miradas distintas a la tuya la contemplación de estas maravillas. Tu nombre, grabado de etapa en etapa, conduce directamente a su meta al viajero suficientemente audaz para seguirte, y el centro mismo de nuestro planeta, igualmente estará señalado por tu propia mano. Pues bien, también yo iré a firmar con mi nombre esa última página de granito. Pero, desde ahora, este cabo visto por ti junto a este mar por ti descubierto ha de llamarse para siempre cabo Saknussemm.

Eso es, poco más o menos, lo que oí, y me sentí ganado por el entusiasmo que respiraban aquellas palabras. ¡Un fuego interior se reanimó en mi pecho! Me olvidé de todo, tanto de los peligros del viaje de ida como de los de vuelta. Lo que otro había hecho, también quería hacerlo yo, y nada de lo que fuera humano me parecía imposible.

—Adelante, adelante —exclamé.

Ya me lanzaba hacia la sombría galería cuando el profesor me detuvo, y él, el hombre de los arrebatos, me aconsejó paciencia y sangre fría.

—Volvamos primero en busca de Hans —dijo—; y traigamos la balsa a este sitio.

Obedecí aquella orden no sin desagrado, y me deslicé rápidamente por entre las rocas de la orilla.

—¿Sabe, tío, que hasta ahora nos han ayudado mucho las circunstancias? —le dije mientras caminaba.

—¿Te parece eso, Axel?

—Desde luego; hasta la tempestad nos ha puesto en el camino acertado. ¡Bendita sea la tormenta! ¡Nos ha traído a esta costa de la que el buen tiempo nos hubiera alejado! Suponga por un instante que hubiéramos tocado con nuestra proa (¡con la proa de una balsa!) las orillas meridionales del mar Lidenbrock; ¿qué habría sido de nosotros? El nombre de Saknussem no habría aparecido ante nuestros ojos, y ahora estaríamos abandonados en una playa sin salida.

—Sí, Axel, hay algo de providencial en el hecho de que, bogando hacia el sur, hayamos vuelto precisamente al norte, y al cabo Saknussem. Debo decir que es más que sorprendente, y que hay algo cuya explicación se me escapa por completo.

—¿Y qué importa? No hay que explicar los hechos, sino aprovecharlos.

—Sin duda, muchacho, pero...

—Pero vamos a seguir la ruta del Norte, pasaremos bajo las comarcas septentrionales de Europa: Suecia, Siberia, ¡qué sé yo!, en lugar de hundirnos bajo los desiertos de África o las olas del océano, y no quiero saber más.

—Sí, Axel, tienes razón, y todo va lo mejor posible, puesto que abandonamos este mar horizontal que no podía llevarnos a ninguna parte. Vamos a descender, descender, siempre descender. ¿Sabes que para llegar al centro del globo no quedan más que mil quinientas leguas?

—¡Bah! —exclamé—. Realmente no merece la pena hablar de ello. ¡En marcha, en marcha!

Aún no se habían extinguido aquellas insensatas palabras cuando nos reunimos con el cazador. Todo estaba preparado para una partida inmediata. No quedaba ni un bulto sin embarcar. Ocupamos nuestro sitio en la balsa, y con la vela izada, Hans se dirigió hacia el cabo Saknussem siguiendo la costa.

El viento no era favorable a un género de embarcación que no podía aprovecharlo. Por eso, en muchos lugares hubo que avanzar con la ayuda de los bastones. A menudo nos obligaron a dar rodeos bastante largos las rocas que salían a flor de agua. Por fin, después de tres horas de navegación, es decir, hacia las seis de la tarde, alcanzábamos un lugar propicio para el desembarco.

Salté a tierra seguido por mi tío y el islandés. Aquella travesía no me había apaciguado. Al contrario. Me propuse quemar «nuestras naves», a fin de cortar cualquier retirada. Pero mi tío se opuso. Le encontré singularmente tibio.

—Al menos —dije—, partamos sin perder un instante.

—Sí, muchacho, pero antes examinemos esta nueva galería a fin de saber si tenemos que preparar nuestras escalas.

Mi tío puso su aparato de Ruhmkorff en actividad; abandonamos la balsa, atada a la orilla; además, la abertura del túnel no estaba ni a veinte pasos de allí, y nuestra pequeña tropa, conmigo a la cabeza, se dirigió hacia ella sin pérdida de tiempo.

El orificio, casi circular, presentaba un diámetro de cinco pies aproximadamente; el sombrío pasadizo estaba tallado en la roca viva y cuidadosamente barnizado por las materias eruptivas a las que antaño daba salida; por su parte inferior rozaba el suelo, de forma que pudimos penetrar en él sin ninguna dificultad.

Seguíamos un plano casi horizontal cuando, al cabo de seis pasos, nuestra marcha fue interrumpida por la interposición de un enorme bloque.

—¡Maldita roca! —exclamé encolerizado, viéndome detenido de pronto por un obstáculo infranqueable.

Por más que buscamos a derecha e izquierda, arriba y abajo, no existía ningún paso, ninguna bifurcación. Experimenté un vivo desaliento, no queriendo admitir la realidad del obstáculo. Me agaché. Miré debajo del bloque. Ningún intersticio. Encima. La misma barrera de granito. Hans llevó la luz de la lámpara a todos los puntos de la pared; pero ésta no ofrecía solución de continuidad. Había que renunciar a toda esperanza de pasar.

Yo me había sentado en el suelo; mi tío recorría el corredor a zancadas.

—Entonces Saknussem... —exclamé.

—Sí —dijo mi tío—, ¿se vio detenido por esta puerta de piedra?

—No, no —contesté apasionadamente—. Este trozo de roca ha taponado el paso repentinamente a consecuencia de un desprendimiento o por alguno de esos fenómenos magnéticos que agitan la corteza terrestre. Entre el regreso de Saknussem y la caída de este bloque han transcurrido muchos años. ¿No es evidente que esta galería fuera antaño el camino de las lavas y que entonces las materias eruptivas circulaban por ella libremente? Mire, hay fisuras recientes que surcan ese techo de granito; está hecho de piezas amontonadas, de piedras enormes, como si la mano de algún gigante hubiera trabajado en esta construcción; pero un día, el empuje fue más fuerte, y el bloque, semejante a una clave de bóveda que quedara suelta, se deslizó hasta el suelo obstruyendo el paso. Es un obstáculo accidental que Saknussem no encontró, y si nosotros no lo superamos somos indignos de llegar al centro de la Tierra.

¡Así hablaba yo! El espíritu del profesor había pasado por entero a mi cuerpo. Me inspiraba el genio de los descubrimientos. Olvidaba el pasado, despreciaba el futuro. Para mí ya no existía nada en la superficie de aquel esferoide en cuyo seno me había internado, ni las ciudades, los campos, Hamburgo, Königstrasse o mi pobre Graüben, que debía crearme perdido para siempre en las entrañas de la Tierra.

—Y bien —continuó mi tío—, abrámonos camino a golpes de piqueta y de pico; derribemos estas murallas.

—Es demasiado duro para el pico —exclamé.

—Entonces la piqueta.

—Demasiado ancho para la piqueta.

—Entonces...

—Pues bien, la pólvora, la mina. ¡Minemos y hagamos saltar el obstáculo!

—¡La pólvora!

—Sí, sólo se trata de romper una esquina de la roca.

—¡Hans, manos a la obra! —exclamó mi tío.

El islandés volvió a la balsa, y pronto regresó con un pico, del que se sirvió para cavar un agujero. No era trabajo fácil. Se trataba de hacer un hueco lo bastante considerable para contener cincuenta libras de fulmicotón, cuyo poder expansivo es cuatro veces mayor que el de la pólvora de los cañones.

Yo estaba prodigiosamente sobreexcitado al máximo. Mientras Hans trabajaba, ayudaba a mi tío a preparar una larga mecha hecha con pólvora mojada y encerrada en una manguera de tela.

—Pasaremos —decía.

—Pasaremos —repetía mi tío.

A medianoche, nuestro trabajo de mineros quedó completamente acabado; la carga de fulmicotón se encontraba metida en el agujero y la mecha, que recorría el túnel, venía a desembocar fuera.

Una chispa bastaba ahora para poner en actividad aquel formidable ingenio.

—Hasta mañana —dijo el profesor.

Tuve que resignarme y esperar todavía durante seis largas horas.

El día siguiente, jueves, 27 de agosto, fue una fecha célebre en aquel viaje subterráneo. No me viene a la memoria sin que el espanto haga palpar aún mi corazón. A partir de ese momento nuestra razón, nuestro juicio, nuestra inteligencia no tienen peso en los acontecimientos, y vamos a convertirnos en juguete de los fenómenos de la Tierra.

A las seis estábamos en pie. Se acercaba el momento de abrir un paso a través de la corteza de granito mediante la pólvora.

Solicité el honor de prender fuego a la mecha. Hecho esto, debía reunirme con mis compañeros en la balsa, que aún no había sido descargada; luego nos haríamos a la mar, a fin de precavernos de los peligros de la explosión, cuyos efectos podía ocurrir que no se concentraran en el interior del macizo.

Según nuestros cálculos, la mecha debía arder durante diez minutos antes de que el fuego alcanzase la pólvora. Tenía, pues, el tiempo necesario para regresar a la balsa.

Me preparé para cumplir mi papel, no sin cierta emoción.

Tras una rápida comida, mi tío y el cazador se embarcaron, mientras yo me quedaba en la orilla. Iba provisto de una linterna encendida que debía servirme para prender la mecha.

—Anda, muchacho —me dijo mi tío—, y vuelve a reunirse con nosotros inmediatamente.

—Tranquilícese —respondí yo—, no me entretendré en el camino.

Me dirigí al punto hacia el orificio de la galería. Abrí mi linterna y cogí el extremo de la mecha.

El profesor tenía su cronómetro en la mano.

—¿Estás preparado? —gritó.

—Lo estoy.

—Pues bien, ¡fuego, muchacho!

Rápidamente metí la mecha en la llama; al contacto se produjo un chisporroteo y volví a la orilla corriendo.

—Embarca —dijo mi tío— y naveguemos.

Con un vigoroso empujón, Hans nos lanzó al mar. La balsa se alejó una veintena de toesas.

Era un momento emocionante. El profesor seguía con la mirada la aguja del cronómetro.

—Todavía quedan cinco minutos —decía—. ¡Cuatro! ¡Tres!

Mi pulso marcaba los segundos.

—¡Dos!... ¡Uno!... ¡Desmoronaos, montañas de granito!

¿Qué pasó entonces? Creo que no oí el ruido de la detonación. Pero la forma de las rocas se modificó súbitamente ante mis ojos: se separaron como un telón. Percibí un insondable abismo que se abría en plena orilla. El mar, llevado por el vértigo, no fue más que una ola enorme, a cuyo lomo la balsa perpendicularmente se elevó.

Los tres fuimos derribados. En menos de un segundo, la luz cedió el sitio a la más profunda oscuridad. Luego sentí que me faltaba apoyo sólido, no a mis pies, sino a la balsa. Creo que se iba a pique. Hubiera querido dirigir la palabra a mi tío; pero el bramido de las aguas le habría impedido oírme.

A pesar de las tinieblas, el ruido, la sorpresa y la emoción, pude comprender lo que acababa de ocurrir.

Al otro lado de la roca volada había un abismo. La explosión había determinado una especie de terremoto en aquel suelo cortado por grietas; el precipicio se había abierto y el mar, convertido en torrente, nos arrastraba consigo.

Me creí perdido. Pasaron así una, dos horas, ¡qué sé yo! Nos estrechábamos codo con codo, nos sosteníamos con las manos para no salir precipitados fuera de la balsa. Se producían choques de extremada violencia cuando golpeaba contra el muro. Sin embargo, esos encontronazos eran raros, de lo que deduje que la galería se ampliaba considerablemente. Sin duda alguna, aquél era el camino de Saknussem; pero en lugar de descender solos, con nuestra imprudencia habíamos arrastrado todo un mar con nosotros.

Como se comprenderá, estas ideas se revelaron a mi espíritu de forma vaga y oscura. A duras penas las asociaba entre sí durante aquella carrera vertiginosa que se parecía a una caída. A juzgar por el aire que me azotaba la cara, la velocidad debía sobrepasar a la de los trenes más rápidos. Por tanto, era imposible encender una antorcha en aquellas condiciones, y nuestro último aparato eléctrico se había roto en el momento de la explosión.

De manera que tuve una gran sorpresa al ver brillar una luz a mi lado. El rostro tranquilo de Hans se iluminó. El hábil cazador había logrado encender la linterna, y aunque su llama vacilara hasta apagarse, lanzó alguna luz en la espantosa oscuridad.

El túnel era amplio. Tenía yo razón al juzgarlo así. La insuficiente claridad no nos permitía ver sus dos paredes al mismo tiempo. La pendiente de las aguas que nos arrastraban superaba la de los rápidos más turbulentos de América. Su superficie

parecía hecha de un haz de flechas líquidas disparadas con una potencia extraordinaria. No puedo transcribir mi impresión mediante una comparación más justa. La balsa, atrapada en algunos remolinos, navegaba a veces dando vueltas. Cuando se acercaba a las paredes de la galería, yo proyectaba hacia allí la luz de la linterna, y podía juzgar su rapidez al ver los salientes de la roca convertirse en rasgos continuos, de forma que estábamos encerrados en una red de líneas movedizas. Estimé que nuestra velocidad debía alcanzar treinta leguas por hora.

Mi tío y yo nos mirábamos despavoridos, agarrados a un trozo del mástil, que en el momento de la catástrofe se había roto de cuajo. Dábamos la espalda al aire a fin de no ser ahogados por aquel vertiginoso movimiento que ninguna fuerza humana podía sujetar.

Mientras tanto, pasaban las horas. La situación no cambiaba, pero un incidente vino a complicarla.

Al tratar de poner un poco de orden en el cargamento, vi que la mayoría de los objetos embarcados había desaparecido en el momento de la explosión, cuando el mar se abalanzó contra nosotros con tanta violencia. Quise saber exactamente a qué atenerme sobre nuestros recursos, y linterna en mano comencé mis indagaciones. De nuestros instrumentos no quedaban más que la brújula y el cronómetro. Las escalas y las cuerdas se reducían a un cabo de cable enrollado alrededor del trozo de mástil. No quedaba ni una sola herramienta: piquetas, picos, martillos y, desgracia irreparable, ¡sólo teníamos víveres para un día!

Registré hasta el menor resquicio de la balsa, todos los rincones formados por los troncos y la unión de las planchas. ¡Nada! Nuestras provisiones consistían únicamente en un trozo de carne seca y algunas galletas.

¡Miré con aire estúpido! ¡No quería comprender! Y, sin embargo, ¿de qué peligro me preocupaba? Aunque los víveres hubieran sido suficientes para meses o para años, ¿cómo salir de los abismos adonde nos arrastraba aquel irresistible torrente? ¿Por qué temer los tormentos del hambre, cuando la muerte se aparecía bajo tantas otras formas? Morir de inanición..., ¿tendríamos tiempo acaso?

Sin embargo, por una inexplicable extravagancia de la imaginación, olvidé el peligro inmediato ante las amenazas del futuro, que se me aparecieron en todo su horror. Además, tal vez pudiéramos escapar a los furores del torrente y volver a la superficie del globo. ¿Cómo? Lo ignoro. ¿Dónde? ¿Qué importa? Una posibilidad sobre mil es siempre una posibilidad, mientras que la muerte por hambre no nos dejaba la más mínima posibilidad de esperanza, por pequeña que fuese.

Se me ocurrió decirle todo a mi tío, mostrarle a qué indigencia nos veíamos reducidos, y hacer el cálculo exacto del tiempo que nos quedaba por vivir. Pero tuve el valor de callarme. Quería que conservara toda su sangre fría.

En aquel momento, la luz de la linterna disminuyó poco a poco y se apagó por completo. La mecha había ardido hasta el final. La oscuridad volvió a hacerse absoluta. Ni siquiera podíamos pensar en disipar aquellas tinieblas impenetrables. Sólo quedaba una antorcha, pero no hubiera podido mantenerse encendida. Entonces, como un niño, cerré los ojos para no ver la oscuridad.

Tras un lapso de tiempo bastante largo aumentó la velocidad de nuestra carrera. Me di cuenta por el roce del aire en mi cara. La inclinación de las aguas se volvía excesiva. Creo, en verdad, que no nos deslizábamos. Nos hundíamos. Tenía la impresión de una caída casi vertical. La mano de mi tío y la de Hans, aferradas a mis brazos, me retenían con vigor.

De pronto, después de un tiempo incalculable, sentí como un golpe; la barca no había chocado contra un cuerpo duro, pero se había detenido súbitamente en su carrera. Una tromba de agua, una inmensa columna líquida se abatió sobre su superficie. Me sentí asfixiado. Me ahogaba...

Pero aquella inundación repentina no duró mucho. Pocos segundos después me encontré al aire libre, que aspiré a pleno pulmón. Mi tío y Hans me apretaban el brazo hasta romperlo, y la balsa seguía sosteniéndonos a los tres.

Supongo que entonces debían ser las diez de la noche. Tras aquel último asalto, el primer sentido que me funcionó fue el del oído. Casi inmediatamente, porque fue un auténtico acto de audición, escuché hacerse el silencio en la galería tras aquellos bramidos que llenaban mi cabeza desde hacía largas horas. Por fin, me llegaron como un murmullo estas palabras de mi tío:

—¡Subimos!

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Sí, subimos, subimos.

Extendí el brazo, toqué la pared; mi mano quedó ensangrentada. Subíamos con extrema rapidez.

—¡La antorcha! ¡La antorcha! —exclamó el profesor.

No sin dificultades, Hans consiguió encenderla, y la llama, manteniéndose de abajo arriba pese al movimiento ascensional, lanzó la suficiente claridad para iluminar toda la escena. toda la escena.

—Es lo que pensaba —dijo mi tío—. Estamos en un pozo estrecho, que no tiene más de cuatro toesas de diámetro. El agua, una vez que ha llegado al fondo del abismo, recupera su nivel y nos sube con ella.

—¿Adónde?

—Lo ignoro, pero hay que estar preparados para lo que sea. Subimos a una velocidad que estimo en dos toesas por segundo, o sea, ciento veinte toesas por minuto, más de tres leguas y media por hora. A esa marcha pronto se recorre el camino.

—Sí, si nada nos detiene, y este pozo tiene una salida. Pero ¿si está taponado, si el aire se comprime poco a poco bajo la presión de la columna de agua, si nos aplasta?

—Axel —respondió el profesor con una calma total—; la situación es casi desesperada, pero hay algunas posibilidades de salvación, y son las que estoy examinando. Podemos perecer en cualquier instante, pero también podemos salvarnos. Por tanto, estamos en condiciones de aprovechar las menores circunstancias.

—Mas ¿qué hacer?

—Reparar nuestras fuerzas comiendo.

Al oír estas palabras miré a mi tío asustado. Lo que no había querido confesarle, tenía que decírselo por fin.

—¿Comer? —repetí.

—Sí, y sin tardanza.

El profesor añadió algunas palabras en danés. Hans sacudió la cabeza.

—¡Cómo! —exclamó mi tío—. ¿Se han perdido nuestras provisiones?

—Sí, éstos son los únicos víveres que nos quedan; un trozo de carne seca para los tres.

Mi tío me miraba sin querer comprender mis palabras.

—Y bien —dije—, ¿aún cree que podemos salvarnos?

Mi pregunta no obtuvo respuesta.

Pasó una hora. Yo comenzaba a sentir un hambre violenta. Mis compañeros también sufrían, pero ninguno de nosotros se atrevía a tocar aquel miserable resto de alimentos.

Mientras tanto, seguíamos subiendo con extrema rapidez. A veces el aire nos cortaba la respiración, como a los aeronautas cuya ascensión es demasiado rápida. Pero si éstos sienten un frío proporcional a medida que se elevan en las capas atmosféricas, nosotros sufríamos un efecto absolutamente contrario. El calor aumentaba de modo inquietante y en aquel momento debía alcanzar los cuarenta grados.

¿Qué significaba semejante cambio? Hasta entonces los hechos habían dado la razón a las teorías de Davy y de Lidenbrock; condiciones particulares de rocas refractarias, electricidad y magnetismo habían modificado las leyes generales de la naturaleza creando una temperatura moderada, porque a mis ojos la teoría del fuego central seguía siendo la única verdadera, la auténtica explicable. ¿Íbamos a volver a un medio en el que aquellos fenómenos se cumplían en todo su rigor, y en el que el calor reducía las rocas a un total estado de fusión? Eso es lo que me temía, y se lo dije al profesor:

—Si no nos ahogamos, ni nos estrellamos, ni nos morimos de hambre, siempre nos queda la posibilidad de cocernos vivos.

Se contentó con encogerse de hombros y volvió a sumirse en sus reflexiones.

Transcurrió una hora, y salvo un ligero aumento de la temperatura, ningún accidente vino a modificar la situación. Por fin mi tío rompió el silencio.

—Veamos, hay que tomar una decisión —dijo.

—¿Tomar una decisión? —pregunté.

—Sí. Hay que reparar nuestras fuerzas. Si tratamos de conservar estos restos de alimento, intentando prolongar nuestra existencia algunas horas, nos sentiremos débiles hasta el final.

—Sí, hasta el final; que no se hará esperar.

—Pero si se presenta una oportunidad de salvación, si es necesario un momento de acción, ¿dónde encontraremos las fuerzas para actuar si nos dejamos debilitar por la inanición?

—Tío, una vez devorado ese trozo de carne, ¿qué nos quedará?

—Nada más, Axel, nada. Pero ¿te alimentará más comerlo con los ojos? Esos razonamientos son los de un hombre sin voluntad, un ser sin energía.

—¿Todavía le quedan esperanzas? —exclamé yo irritado.

—Sí —replicó con firmeza el profesor.

—¿Cómo!, ¿todavía cree que existe alguna posibilidad de salvación?

—Sí, desde luego; mientras el corazón late, mientras la carne palpita, no admito que un ser dotado de voluntad permita que la desesperación anide en él.

¡Qué palabras! El hombre que las pronunciaba en semejantes circunstancias era, desde luego, de un temple poco común.

—En fin —dije—, ¿qué pretende hacer?

—Comer lo que queda de alimento hasta la última migaja y reparar nuestras fuerzas perdidas. Esa comida será la última, de acuerdo, pero, al menos, en lugar de estar agotados, nos convertiremos de nuevo en hombres.

—Pues bien, ¡comamos! —exclamé.

Mi tío cogió el trozo de carne y algunas galletas escapadas al naufragio; hizo tres partes iguales y las distribuyó. Aproximadamente era una libra de alimento para cada uno. El profesor comió con avidez, con una especie de arrebató febril; yo, sin placer, pese a mi hambre, casi con repugnancia; Hans, tranquila, moderadamente, masticando sin ruido pequeños bocados, saboreándolos con la calma de un hombre a quien las preocupaciones por el futuro no podían inquietar. Husmeando, había encontrado una cantimplora medio llena de ginebra; nos la ofreció, y ese líquido bienhechor tuvo el poder de reanimarme un poco.

—*Förtrafflig* —dijo Hans, bebiendo a su vez.

—¡Excelente! —respondió mi tío.

Yo había recobrado algo de esperanza. Pero nuestra última comida acababa de finalizar. Eran entonces las cinco de la mañana.

El hombre está hecho de tal forma que su salud es un efecto puramente negativo; una vez satisfecha la necesidad de comer, difícilmente se figura los horrores del hambre; tiene que sentirlos para comprenderlos. Por eso, al salir de un largo ayuno, algunos bocados de galletas y carne triunfaron sobre nuestros pasados sufrimientos.

Mientras tanto, después de esta comida, cada cual se dejó llevar por sus reflexiones. ¿En qué pensaba Hans, aquel hombre del extremo occidente que dominaba la resignación fatalista de los orientales? Por lo que a mí se refiere, mis pensamientos sólo estaban hechos de recuerdos, y éstos me devolvían a la superficie

del globo que jamás hubiera debido abandonar. La casa de Königstrasse, mi pobre Graüben, nuestra fiel Marthe, pasaron como visiones ante mis ojos y, en los lúgubres gruñidos que corrían a través del macizo, yo creía oír el ruido de las ciudades de la Tierra.

En cuanto a mi tío, «siempre en su tarea», con la antorcha en la mano, examinaba atentamente la naturaleza de los terrenos; trataba de reconocer su situación mediante la observación de las capas superpuestas. Aquel cálculo, o mejor, aquella estimación, no podía ser sino muy aproximada; pero un sabio es siempre un sabio, cuando consigue conservar la sangre fría y, desde luego, el profesor Lidenbrock poseía esa cualidad en un grado poco común.

Le oía murmurar palabras de la ciencia geológica; las comprendía y me interesaba a mi pesar en aquel estudio supremo.

—Granito eruptivo —decía—. Todavía estamos en la época primitiva pero ¡subimos!, ¡subimos!, ¡subimos! ¡Quién sabe!

¿Quién sabe? El seguía esperando. Con su mano tanteaba la pared vertical, y algunos instantes más tarde proseguía de la siguiente forma:

—¡Aquí tenemos los gneis!, y aquí los micaesquistos. Bueno, pronto vendrán los terrenos de la época de transición y entonces...

¿Qué quería decir el profesor? ¿Podía medir el espesor de la corteza terrestre suspendida sobre nuestra cabeza? ¿Poseía algún medio para hacer aquel cálculo? No. Carecía de manómetro, y ninguna estimación podía suplirlo.

Mientras tanto, la temperatura aumentaba sin cesar y yo me sentía bañado de sudor en medio de una atmósfera ardiente. No podía compararla más que con el calor despedido por los hornos de una fundición a la hora del vaciado. Poco a poco, Hans, mi tío y yo tuvimos que quitarnos nuestras chaquetas y chalecos; cualquier ropa se convertía en causa de malestar, por no decir de sufrimiento.

—¿Subimos hacia un foco incandescente? —pregunté en el momento en que el calor aumentaba.

—No —respondió mi tío—; es imposible, es imposible.

—Sin embargo —dije tanteando la pared—, este muro está ardiendo.

En el momento en que pronuncié estas palabras, mi mano había rozado el agua y hube de retirarla a toda prisa.

—El agua está ardiendo —exclamé.

Aquella vez el profesor sólo respondió con un gesto de cólera.

Entonces se apoderó de mi cerebro un invencible espanto y ya no lo abandonó. Tenía la sensación de una catástrofe próxima, y tal como hubiera podido concebirla la imaginación más audaz. Una idea, al principio vaga, insegura, se tornaba certidumbre en mi mente. La rechacé, pero volvía con obstinación. No me atrevía a formularla. Sin embargo, algunas observaciones involuntarias determinaron mi convicción. A la luz

dudosa de la antorcha, distinguí movimientos desordenados en las capas graníticas; evidentemente iba a producirse un fenómeno en el que la electricidad jugaba un papel; además, estaban el calor excesivo y el agua hirviendo... Miré la brújula.

¡Estaba loca!

Sí, loca. La aguja saltaba de un polo a otro con brascas sacudidas, recorría todos los puntos del cuadrante y giraba como si estuviera dominada por el vértigo.

Sabía de sobra que, según las teorías más aceptadas, la corteza mineral del globo no está nunca en estado de reposo absoluto; las modificaciones producidas por la descomposición de las materias internas, la agitación procedente de las grandes corrientes líquidas y la acción del magnetismo, tienden a romperla constantemente, incluso aunque los seres diseminados por su superficie no sospechen su turbulencia. Por lo tanto, ese fenómeno me habría asustado, de otra forma, o al menos, no habría hecho nacer en mi mente una idea terrible.

Pero otros acontecimientos, ciertos detalles *sui géneris*, no me permitieron dudar más tiempo. Las detonaciones se multiplicaban con una intensidad espantosa. Sólo podía compararlas con el ruido que harían un gran número de carruajes arrastrados rápidamente por el empedrado. Era como un trueno interminable.

Además, me confirmaba en la opinión de la brújula enloquecida, sacudida por los fenómenos eléctricos. La corteza mineral amenazaba con quebrarse, los macizos graníticos parecían querer unirse, las grietas rellenarse, colmarse el vacío, y nosotros, pobres átomos, íbamos a ser aplastados en aquel formidable abrazo.

—¡Tío, tío! —grité—, estamos perdidos.

—¿De qué terror se trata ahora? —me respondió con una calma sorprendente—. ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Observe esas paredes que se agitan, ese macizo que se disloca, el calor tórrido, el agua que hierve, los vapores que se espesan, la aguja loca; son todos los indicios de un terremoto.

Mi tío movió lentamente la cabeza.

—¿Un terremoto? —preguntó.

—Sí.

—Muchacho, creo que te equivocas.

—¡Cómo! ¿No reconoce los síntomas?

—¿De un terremoto? No; espero algo mejor.

—¿Qué quiere decir?

—Una erupción, Axel.

—¡Una erupción! —dije—. ¡Estamos en la chimenea de un volcán en actividad!

—Eso creo —dijo el profesor sonriendo—, y es lo mejor que puede pasarnos.

¡Lo mejor que puede pasarnos! ¡Mi tío se había vuelto loco! ¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Por qué aquella calma y aquella sonrisa?

—¡Cómo! —exclamé—. Estamos atrapados en una erupción; la fatalidad nos ha arrojado al camino de las lavas incandescentes, de las rocas en llamas, las aguas hirvientes y todas las materias eruptivas; vamos a ser rechazados, expulsados, despedidos, vomitados, expectorados al aire con trozos de rocas, lluvia de cenizas y escorias, en un torbellino de llamas, ¡y eso es lo mejor que podría pasarnos!

—Sí —respondió el profesor mirándome por encima de sus gafas—, porque es la única posibilidad que tenemos de volver a la superficie de la Tierra.

Pasaré sin detenerme por las mil ideas que se cruzaron en mi cerebro. Mi tío tenía razón, toda la razón, y jamás me pareció ni más audaz ni más convencido que en aquel momento en que esperaba y sopesaba con calma las posibilidades de una erupción.

Mientras tanto, continuábamos subiendo; la noche transcurrió en ese movimiento ascensional; aumentaba el estrépito circundante; yo estaba casi completamente sofocado ya que creía llegada mi última hora, no obstante, la imaginación es tan extravagante que me entregué a una búsqueda infantil. Viéndome obligado a soportar mis pensamientos, puesto que no los podía dominar.

Era evidente que nos empujaba la fuerza de una erupción. La balsa flotaba sobre el agua hirviente, bajo la cual se encontraba una capa de lava, un conglomerado de rocas que en la cima del cráter se dispersarían en todas direcciones. Estábamos, por tanto, en la chimenea de un volcán. No había duda.

Pero aquella vez, en lugar del Sneffels, que era un volcán apagado, se trataba de uno en plena actividad. Así que me pregunté cuál podía ser aquella montaña y en qué parte del mundo íbamos a ser expulsados.

En las regiones septentrionales, eso tampoco ofrecía la menor duda. Antes de volverse loca, la brújula no había cambiado al respecto. Desde el cabo Saknussem habíamos sido arrastrados directamente hacia el Norte durante centenares de leguas. Ahora bien, ¿estábamos en Islandia? ¿Íbamos a ser lanzados por el cráter del Hekla o por uno de aquellos otros siete montes ignívoros de la isla? En aquel paralelo y en un radio de quinientas leguas, por el oeste sólo recordaba los volcanes mal conocidos de la costa noroeste de América. Al este, nada más existía uno, el Esse, a ochenta grados de latitud, en la isla de Jean Mayen, no lejos del Spitzberg. Desde luego, cráteres no faltaban, y los había lo bastante anchos como para vomitar todo un ejército. Pero ¿cuál nos serviría de salida? Es lo que trataba de adivinar.

Por la mañana se aceleró el movimiento de ascensión. Cerca de la superficie del globo el calor aumentaba en lugar de disminuir: eso indicaba que era completamente

local y que se debía a una influencia volcánica. No me cabían dudas acerca de nuestro género de locomoción: una fuerza enorme, de una potencia de varios centenares de atmósferas, producida por los vapores acumulados en el seno de la Tierra, nos empujaba de modo irresistible. Pero ¡a qué innumerables peligros nos exponía!

Poco después penetraron unos reflejos amarillos en la galería vertical que se ensanchaba; a derecha e izquierda percibía corredores profundos semejantes a inmensos túneles por los que se escapaban espesos vapores; lenguas de llamas lamían las paredes chisporroteando.

—¡Mire, mire, tío! —exclamé.

—Bueno, son llamas sulfurosas. Es lo más lógico en una erupción.

—Pero ¿y si nos envuelven?

—No nos envolverán.

—¿Y si nos ahogamos?

—No nos ahogaremos. La galería se ensancha, y si es preciso abandonaremos la balsa para refugiarnos en alguna grieta.

—¿Y el agua? ¿El agua que sube?

—Ya no hay agua, Axel, sino una especie de pasta de lava que nos sube con ella hasta el orificio del cráter.

Efectivamente, la columna líquida había desaparecido para dejar su lugar a materias eruptivas bastante densas, aunque hirvientes. La temperatura se volvía insoportable; en aquella atmósfera un termómetro habría marcado más de setenta grados. El sudor me inundaba. Si no hubiera sido tan rápida nos habríamos ahogado sin la menor duda.

Sin embargo, el profesor no mantuvo su proposición de abandonar la balsa, e hizo bien. Aquellos troncos mal unidos ofrecían una superficie sólida, un punto de apoyo que en cualquier otra parte nos habría faltado.

Hacia las ocho de la mañana se produjo un nuevo incidente por primera vez. El movimiento ascensional cesó de pronto. La embarcación quedó absolutamente inmóvil.

—¿Qué pasa? —pregunté estremecido por aquella detención súbita como por un choque.

—Una parada —respondió mi tío.

—¿Se calma la erupción?

—Espero que no.

Me levanté. Traté de ver a mi alrededor. Quizá la balsa, retenida por un saliente de roca, oponía una resistencia momentánea a la masa eruptiva. En tal caso, había que apresurarse a abandonarla cuanto antes.

No era eso. La columna de cenizas, de escorias y de restos de piedras había dejado de subir.

—¿Se va a interrumpir la erupción? —pregunté.

—Ah —dijo mi tío con los dientes apretados—, ¿temes eso, muchacho?; tranquilízate, este momento de calma no puede prolongarse, hace cinco minutos que dura, y dentro de poco proseguiremos nuestra marcha hacia el orificio del cráter.

Mientras hablaba, el profesor consultaba su cronómetro. Se confirmaron sus pronósticos: pronto reanudó la balsa un movimiento rápido y desordenado que duró aproximadamente dos minutos antes de detenerse de nuevo.

—Bueno —dijo mi tío mirando la hora—, dentro de diez minutos reanudará su camino.

—¿Diez minutos?

—Sí. Estamos en un volcán cuya erupción es intermitente. Nos deja respirar con él.

Estaba en lo cierto. En el minuto justo fuimos lanzados de nuevo con la mayor rapidez. Había que aferrarse a los troncos para no salir despedido fuera de la balsa. Luego, se frenó el impulso.

Después he reflexionado sobre este singular fenómeno sin hallarle una explicación suficiente. Sin embargo, me parece evidente que no ocupábamos la chimenea central del volcán, sino un conducto accesorio, donde se dejaba sentir un efecto secundario.

¿Cuántas veces se repitió aquella maniobra? No sabría decirlo. Lo único que puedo afirmar es que, cada vez que se reanudaba el movimiento, éramos empujados con más fuerza, pareciendo que nos arrastrara un verdadero proyectil. Durante los instantes de detención nos ahogábamos; cuando ascendíamos, el aire ardiente me cortaba la respiración. Por un momento pensé con voluptuosidad en encontrarme súbitamente en las regiones hiperbóreas, con un frío de treinta grados bajo cero. Mi imaginación sobreexcitada se paseaba por las llanuras de nieve de las comarcas árticas, y ansiaba el momento en que me dejara rodar sobre las alfombras heladas del polo. Además, poco a poco se me iba la cabeza, rota por las reiteradas sacudidas. Sin los brazos de Hans, más de una vez me habría deshecho el cráneo contra la pared de granito.

Por esta razón no he conservado ningún recuerdo preciso de lo que pasó durante las horas siguientes. Tengo la confusa sensación de detonaciones continuas, de la agitación del macizo, de un movimiento giratorio que se apoderó de la balsa. Onduló sobre olas de lava en medio de una lluvia de cenizas. La envolvieron llamas sonoras. El rostro de Hans se me apareció por última vez en un reflejo de incendio, y no tuve más sensación que el espantoso siniestro de los condenados a ser atados a la boca de un cañón, en el momento en que el disparo sale y dispersa sus miembros por los aires.

Cuando volví a abrir los ojos, me sentí sujeto de la cintura por el brazo vigoroso del guía. Con la otra mano sostenía a mi tío. Yo no estaba herido de gravedad; sólo exhausto por un agotamiento general. Me vi tendido en la ladera de una montaña, a dos pasos de un abismo al que me habría precipitado el menor movimiento. Hans me había salvado de la muerte cuando rodaba por la falda del cráter.

—¿Dónde estamos? —preguntó mi tío, que me pareció muy irritado por haber vuelto a tierra.

El cazador se encogió de hombros en señal de ignorancia.

—En Islandia —dije.

—Nej —respondió Hans.

—¿Cómo que no? —exclamó el profesor.

—Hans se equivoca —dije yo levantándome.

Tras las innumerables sorpresas de aquel viaje, nos estaba reservada todavía una mayor. Yo esperaba ver un cono cubierto de nieves eternas, en medio de los áridos desiertos de las regiones septentrionales, bajo los pálidos rayos de un cielo polar, más allá de las latitudes más altas; y contrariamente a todas estas previsiones, mi tío, el islandés y yo estábamos tumbados en la pendiente de una montaña calcinada por los ardores del sol que nos devoraba con su fuego.

No quería dar crédito a mis ojos; pero la realidad que abrasaba mi cuerpo era algo que no me permitía dudar. Habíamos salido semidesnudos del cráter, y el astro radiante, del que no habíamos sabido nada desde hacía dos meses, mostrándose con nosotros pródigo de luz y de calor, derramaba a oleadas una irradiación espléndida.

Cuando mis ojos se habituaron al brillo del que se habían desacostumbrado, los empleé para rectificar los errores de mi imaginación. Suponía que por lo menos nos hallábamos en Spitzberg, y no estaba de humor para desistir de ello fácilmente.

El profesor fue el primero en tomar la palabra y dijo:

—En efecto, esto no se parece a Islandia.

—¿Y la isla de Jean Mayen? —pregunté.

—Tampoco, muchacho. Éste no es un volcán del norte con sus colinas de granito y su caperuza de nieve.

—Sin embargo...

—Mira, Axel, mira.

Por encima de nuestra cabeza, a quinientos pies como máximo, se abría el cráter de un volcán por el que cada cuarto de hora, con una fortísima detonación, era lanzada una alta columna de llamas mezcladas con piedra pómez, ceniza y lava. Yo sentía las convulsiones de la montaña, que respiraba como las ballenas, y de vez en cuando echaba fuego y aire por sus enormes respiraderos. Por debajo, las capas de materias eruptivas se extendían por una pendiente bastante pronunciada hasta una profundidad de setecientos a ochocientos pies; por lo tanto, el volcán sólo alcanzaba una altura total de trescientas toesas. Su base desaparecía en un auténtico ramillete de árboles verdes, entre los que distinguí olivos, higueras y viñas cargadas de uvas bermejas.

No era ése el aspecto de las regiones árticas, había que aceptarlo.

Cuando la mirada traspasaba aquel verde conjunto, se hundía enseguida en las aguas de un mar maravilloso, o quizá fuera un lago, que hacía de aquella tierra encantada una isla de apenas algunas leguas de ancho. A levante se veía un pequeño puerto, rodeado por algunas casas, y en el que unos navíos de forma peculiar se balanceaban a las ondulaciones de las azuladas olas. Más allá, sobresalían de la llanura líquida grupos de islotes tan numerosos que parecían un enorme hormiguero. Hacia poniente, bordeaban el horizonte unas costas lejanas; sobre unas se perfilaban montañas azules de armoniosa conformación; sobre otras, más alejadas, aparecía un cono prodigiosamente elevado, en cuya cima se agitaba un penacho de humo. En el norte, una inmensa extensión de agua brillaba bajo los rayos solares, dejando asomar aquí y allá la punta de una arboladura o la convexidad de una vela hinchada por el viento.

Lo imprevisto de semejante espectáculo centuplicaba todavía más sus maravillosas bellezas.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? —repetía yo a media voz.

Hans cerraba los ojos con indiferencia, y mi tío miraba sin comprender.

—Cualquiera que sea esta montaña —dijo por último—, hace bastante calor; las explosiones no paran, y sería realmente lamentable haber salido de una erupción para recibir un trozo de roca en la cabeza. Descendamos, y sabremos a qué atenernos. Además, me muero de hambre y de sed.

Decididamente el profesor no era un espíritu contemplativo. Por lo que a mí se refiere, olvidándome de la necesidad y las fatigas, me habría quedado en aquel lugar todavía durante muchas horas, pero tuve que seguir a mis compañeros.

El talud del volcán mostraba pendientes muy pronunciadas; resbalábamos por auténticas hoyas llenas de cenizas, evitando los riachuelos de lava que avanzaban como serpientes de fuego. Mientras descendíamos, yo hablaba con volubilidad, porque mi imaginación estaba demasiado rebosante para no derramarse en palabras.

—Estamos en Asia —exclamé—, en las costas de la India, en las islas de Malasia, en plena Oceanía. Hemos atravesado la mitad del globo para desembocar por los antípodas de Europa.

—Pero ¿y la brújula? —respondía mi tío.

—Sí. ¡La brújula! —decía yo con aire azorado—. De creerla, hemos caminado siempre hacia el Norte.

—¿Ha mentido entonces?

—Bueno, mentido...

—A menos que esto sea el polo norte.

—¡El polo! No, pero...

El hecho resultaba inexplicable. Yo no sabía qué pensar.

Mientras tanto, nos acercábamos a aquel verdor que daba gusto ver. El hambre me atormentaba, y también la sed. Afortunadamente, tras dos horas de marcha, se ofreció a nuestras miradas una preciosa campiña completamente cubierta de olivos, granados y viñedos que parecían pertenecer a todo el mundo. Además, en nuestra indigencia no estábamos en situación de tener escrúpulos. ¡Qué goce exprimir aquellos sabrosos frutos sobre nuestros labios y morder las uvas de aquellas viñas rojas! No lejos, en la hierba, a la sombra deliciosa de los árboles, descubrí una fuente de agua fresca, donde se zambulleron voluptuosamente nuestra cara y nuestras manos.

Mientras cada uno de nosotros se abandonaba así a todas las dulzuras del descanso, apareció un niño entre dos olivos.

—¡Ah! —exclamé—, un habitante de esta feliz comarca.

Era una especie de niño pobre, muy miserablemente vestido y bastante enfermizo, al que nuestra presencia pareció asustar mucho; en efecto, medio desnudos y con la barba revuelta, teníamos muy mal aspecto, y a menos que aquél fuera un país de ladrones, estábamos en las mejores condiciones para atemorizar a sus habitantes.

En el momento en que el chiquillo iba a emprender la fuga, Hans corrió tras él y lo trajo, pese a sus gritos y patadas.

Mi tío comenzó por tranquilizarle lo mejor que pudo, y le dijo en buen alemán:

—¿Cómo se llama esta montaña, pequeño?

El niño no respondió.

—Bueno —dijo mi tío—, no estamos en Alemania.

Y volvió a repetir la misma pregunta en inglés. El niño tampoco respondió. Yo estaba muy intrigado.

—¿Será mudo? —exclamó el profesor que, muy orgulloso de su poliglotismo, repitió la misma pregunta en francés.

El niño siguió en silencio.

—Intentémoslo en italiano —prosiguió mi tío, y dijo en esa lengua:

—*Dove noi siamo?*

—Sí, ¿dónde estamos? —repetía yo con impaciencia.

El niño seguía sin responder.

—¡Ah, vas a hablar! —exclamó mi tío, a quien comenzaba a dominar la cólera, sacudiendo al niño por las orejas—. *Come si noma questa isola?*

—*Stromboli* —respondió el pastorcillo, que escapó de las manos de Hans y ganó la llanura entre los olivos.

¡Ni siquiera se nos había ocurrido! ¡El Stromboli! ¡Qué efecto produjo en mi imaginación ese nombre inesperado! Estábamos en pleno Mediterráneo, en medio del archipiélago eolio de mitológica memoria, en la antigua Strongyle, donde Eolo encadenaba los vientos y las tempestades. Y aquellas montañas azules que se redondeaban hacia levante eran las montañas de Calabria. Y aquel volcán erguido en el horizonte del sur, el Etna, el feroz Etna.

—¡Stromboli! ¡Stromboli! —repetía yo.

Mi tío me acompañaba con sus gestos y sus palabras. Parecía como si estuviéramos cantando a coro.

¡Ah, qué viaje! ¡Qué maravilloso viaje! ¡Habíamos entrado por un volcán y salíamos por otro, y este otro estaba situado a más de doscientas leguas del Sneffels, de la árida Islandia perdida en los confines del mundo! Los azares de aquella expedición nos habían transportado al seno de las más armoniosas comarcas de la Tierra. ¡Habíamos cambiado la región de las nieves eternas por las del verdor infinito, dejando por encima de nuestras cabezas la bruma grisácea de las zonas heladas para volver al cielo azulado de Sicilia!

Tras una deliciosa comida compuesta de frutas y agua fresca, nos pusimos de nuevo en camino para alcanzar el puerto de Stromboli. No nos pareció prudente decir cómo habíamos llegado a la isla: el espíritu supersticioso de los italianos habría visto en nosotros unos demonios vomitados del seno de los infiernos; tuvimos, pues, que resignarnos a pasar por humildes náufragos. Era menos glorioso, pero más seguro.

Mientras caminábamos, oía murmurar a mi tío:

—Pero ¡la brújula, la brújula marcaba el Norte! ¿Cómo explicarlo?

—Eso no hay que explicarlo, es lo más fácil —dije en un tono de desdén.

—¡Ya!, un profesor del Johannaueum que no encuentra la razón de un fenómeno cósmico..., ¡sería una vergüenza!

Al hablar así, mi tío, medio desnudo, con su bolsa de cuero alrededor de la cintura y alzando las gafas sobre la nariz, se convirtió de nuevo en el terrible profesor de mineralogía.

Una hora después de haber abandonado el bosque de olivos, llegábamos al puerto de San Vincenzo, donde Hans reclamó la paga de su decimotercera semana de servicio, que le fue entregada con calurosos apretones de mano.

En aquel instante, si no compartió nuestra natural emoción, se dejó arrastrar por lo menos a un movimiento de expansión extraordinaria.

Con la punta de los dedos oprimió ligeramente nuestras dos manos y comenzó a sonreír.

Ésta es la conclusión de un relato en el que se negarán a creer las gentes más acostumbradas a no asombrarse de nada. Pero estoy curtido de antemano contra la incredulidad humana.

Fuimos recibidos por los pescadores estrombolianos con las atenciones debidas a los náufragos. Nos dieron ropas y víveres. Tras cuarenta y ocho horas de espera, el 31 de agosto, un pequeño *speronare* nos condujo a Mesina, donde varios días de descanso nos repusieron de todas nuestras fatigas.

El viernes 4 de septiembre embarcábamos a bordo del *Volturne*, uno de los paquebotes-correo de las mensajerías imperiales de Francia, y tres días más tarde desembarcábamos en Marsella con una sola preocupación en nuestra mente: la de nuestra maldita brújula. Este hecho inexplicable no dejaba de preocuparme profundamente. El 9 de septiembre por la noche llegábamos a Hamburgo.

Renuncio a describir la estupefacción de Marthe y la alegría de Graüben.

—Ahora que eres un héroe —me dijo mi querida prometida—, ya no tendrás necesidad de abandonarme, Axel.

La miré: lloraba al mismo tiempo que sonreía. Imagínense si el regreso del profesor Lidenbrock causó sensación en Hamburgo. Gracias a las indiscreciones de Marthe, la noticia de su partida para el centro de la Tierra se había difundido en todo el mundo. Nadie quiso creerlo, y cuando volvieron a verle, tampoco lo creyó nadie.

Sin embargo, la presencia de Hans y diversas informaciones procedentes de Islandia modificaron poco a poco la opinión pública.

Entonces mi tío se convirtió en un gran hombre, y yo en el sobrino de un gran hombre, lo que ya es algo. Hamburgo dio una fiesta en nuestro honor. En el Johannaum tuvo lugar una sesión pública en la que el profesor hizo el relato de su expedición sin omitir más que los hechos relativos a la brújula. Aquel mismo día depositó en los archivos de la ciudad el documento de Saknussem y expresó su gran pesar de que las circunstancias, más fuertes que su voluntad, no le hubieran permitido seguir hasta el centro de la Tierra las huellas del viajero islandés. Fue modesto en su gloria, y su reputación aumentó con ello.

Tanto honor debía suscitar necesariamente envidias. Las hubo, y como sus teorías, apoyadas en hechos seguros, contradecían las teorías de la ciencia sobre la cuestión del fuego central, sostuvo con la pluma y la palabra notables discusiones con los sabios de todos los países.

Por lo que a mí se refiere, no puedo admitir su teoría del enfriamiento; a pesar de lo que he visto, creo y creeré siempre en el calor central; pero confieso que ciertas circunstancias todavía mal definidas pueden modificar esa ley bajo la acción de fenómenos naturales.

En el momento en que estas cuestiones eran palpitantes, mi tío experimentó una verdadera pena: Hans, pese a sus ruegos, había dejado Hamburgo; el hombre al que debíamos todo no quiso dejarnos pagarle nuestra deuda con él. Le dominaba la nostalgia de Islandia.

—*Farval* —dijo un día, y con esta simple palabra de adiós partió para Reikiavik, adonde llegó felizmente.

Estábamos unidos de modo muy singular a nuestro valiente cazador de éideres; su ausencia nunca hará que le olvidemos aquellos a quienes salvó la vida, y desde luego no moriré sin volver a verle.

Para terminar, debo añadir que este *Viaje al centro de la Tierra* causó enorme sensación en el mundo. Fue impreso y traducido a todas las lenguas; los periódicos de mayor prestigio se disputaron sus principales episodios, que fueron comentados, discutidos, atacados y sostenidos con igual convicción, tanto en el campo de los creyentes como de los incrédulos. Cosa rara. Mi tío gozaba en vida de toda la gloria que había adquirido y hasta el señor Barnum llegó a proponerle «exhibirlo» a muy alto precio por los Estados de la Unión.

Pero un malestar, digamos incluso que tormento, dejaba un mal sabor de boca en medio de tanta gloria. Un hecho seguía siendo inexplicable: el de la brújula; y para un sabio, semejante fenómeno inexplicado se convierte en el suplicio de la inteligencia. Sin embargo, el cielo reservaba a mi tío una felicidad completa.

Cierto día, mientras ordenaba una colección de minerales en su gabinete, vi la famosa brújula y me puse a contemplarla.

Estaba allí desde hacía seis meses, en su rincón, sin saber las torturas que causaba. De pronto, ¡cuál no fue mi pasmo! Lancé un grito. Acudió el profesor.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—La brújula.

—¿Y qué?

—Que la aguja indica el Sur y no el Norte.

—¿Qué dices?

—Mire, sus polos están cambiados.

—¡Cambiados!

Mi tío miró, comprobó, e hizo temblar la casa con un salto soberbio.

¡Qué luz iluminaba a la vez su espíritu y el mío!

—O sea —exclamó cuando recuperó la palabra—, desde nuestra llegada al cabo Saknussem, la aguja de esta maldita brújula marcaba el Sur en lugar del Norte.

—Evidentemente.

—Así se explica nuestro error. Pero ¿qué fenómeno ha podido producir esta inversión de los polos?

—Nada más simple.

—Explícate, muchacho.

—Durante la tormenta, en el mar Lidenbrock, aquella bola de fuego que imantaba el hierro de la balsa desorientó nuestra brújula, simplemente.

—Ah —exclamó el profesor echándose a reír—, ¿entonces no fue más que una mala pasada de la electricidad?

A partir de ese día, mi tío fue el más feliz de los sabios, y yo el más dichoso de los hombres, porque mi bonita virlandesa, dejando su estado de pupila, ocupó su rango en la casa de Königstrasse en la doble calidad de sobrina y esposa. Inútil añadir que su tío fue el ilustre profesor Otto Lidenbrock, miembro correspondiente de todas las sociedades científicas, geográficas y mineralógicas de las cinco partes del mundo.